

Francisco Zaragoza Esbri

Reencuentro

Diario Familiar de Eventos

Yo Jacinto Pincha en Barcelona a 26
comenciar a reflejar en este Diario las efemérides
que sean dignas de ello. Lo hago así y por que
hijo. Es un caso que llevará el nombre de
hijo. Esto va a ser el primer hecho notal

Diario Familiar de Eventos

Apartes de saber, después que cada vez que
importante que se van a surgir en este Diario
padres o hijos cuando el hijo se convierte en padre.
una generación de generación en generación.

Lectulandia

Una llave guardada en secreto hasta el lecho de muerte y un misterioso *Diario Familiar* nos conducen hacia una increíble historia a través de una espiral de sorprendentes confidencias de tiempos pasados que, poco a poco, se engarzan con el tiempo presente, formando una vorágine de acontecimientos que arrastran a la protagonista de forma implacable.

Georgina Pineda, la protagonista de *Reencuentro*, es una mujer joven que está a punto de entrar en la madurez. A través de la lectura del *Diario* de sus antepasados descubrirá una visión inédita y desconocida de su propia madre y también de ella misma. Y, al mismo tiempo, comprobará cómo su vida se ve influenciada y conducida hasta límites y situaciones insospechadas.

Lectulandia

Francisco Zaragoza Esbrí

Reencuentro

ePub r1.0

Red_S 18.09.13

Título original: *Reencuentro*
Francisco Zaragoza Esbrí, 2007

Editor digital: Red_S
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A mis cuatro nietos,
Judith, Mireia, Gemma y Marc.*

*Para todos ellos, el deseo de que sus orígenes
les sirvan de base para crecer y desarrollarse como
personas de bien, en el difícil mundo en que les ha
tocado vivir.*

*Somos lo que somos, y a menudo olvidamos que
nuestra principal riqueza es haber nacido allí donde lo
hemos hecho.*

Para Irene, mi madre.

Capítulo 1

BARCELONA, MARTES 25 de enero de 2005.

Miro hacia el exterior. No se ve nada. Los cristales de la cafetería parecen glaseados. Están empañados por los más de veinte grados de diferencia que hay entre la temperatura del interior del local y la de la calle. Alguien acaba de dirigirse a mí. No le conozco. Paso de él. Debe ser alguno de esos pesados que se pirran por cualquier escoba con faldas. No le hago ningún caso porque además, hoy da la casualidad de que llevo pantalones. Por hoy ya he tenido suficiente. Me levanto de la mesa y me dirijo con el paso decidido hacia el mostrador. Quiero pagar el cortado que acabo de beberme para marcharme de inmediato. Deseo librarme del pelmazo de turno que me ha tocado en suertes. He tomado un simple cortado con el café descafeinado de sobre, con la leche desnatada y endulzado con solo medio sobre de sacarina en polvo.

Tengo la sensación de que ese cortado es el fiel reflejo de mi vida actual. Todo se me ha convertido en una serie interminable de sucedáneos. Los cafés son ya siempre sin cafeína. La leche que les acompaña nunca tiene crema. Los edulcorantes son todos de fabricación sintética y nunca contienen azúcar de verdad. La poca cerveza que tomo es también sin alcohol. Las relaciones que tengo son sin amistad. Las amistades son pura rutina y sin prácticamente nada que compartir. El amor no tiene destinatario y para colmo de todo ello, el sexo, el sexo es siempre sin compañía.

—¿Qué le debo? —pregunto de forma mecánica.

—Un euro con veinte, señorita —responde el camarero marcando las correspondientes cifras en la caja registradora.

Abro el portamonedas y coloco una moneda de dos euros, en el mismo platillo de color marrón en el que el camarero acaba de depositar el ticket. Por lo menos me ha llamado, señorita. ¿Va a convertirse eso en la única nota amable de esta jornada? La verdad es que ya no deben quedar muchas más opciones para que eso no sea una realidad, porque el día ya está en su recta final.

—¿Siempre te comportas así con todos? —oigo que sigue insistiendo el incansable moscón—. ¿Sabes que tienes unos ojos de gata que me hacen perder el sentido?

—Si sigue molestándome, llamaré a la policía —le advierto de forma tajante mientras recojo y me guardo temporalmente las monedas del cambio, en el bolsillo derecho de mi abrigo—. No me impresionan los pesados como tú —añado y acompaño esta última frase con una mirada directa y llena de profundo desprecio hacia el plasta de tío que me está importunando.

—Siéntate, Rafael. Haz el favor de no molestar más a la señorita en mi establecimiento. Si no dejas de hacerlo, te pondré yo mismo de patitas en la calle —le insta el dueño del bar.

Ignoro también este último comentario y salgo a la calle. En un acto reflejo, me subo la solapa del abrigo para protegerme del intenso frío que noto al salir al exterior. Me recoloco el pañuelo de color rojo que llevo anudado al cuello. Me doy cuenta de que me cuesta mucho realizar este sencillo cometido porque antes de salir del local, ya me había colocado los guantes.

Son poco más de las siete y media de la tarde y la temperatura baila de forma caprichosa. Va alternando sus dígitos entre el tres y el cuatro de la escala centígrada. Comienzo a bajar por el Paseo de Gracia en dirección a la Plaza de Catalunya. Camino absorta en mis pensamientos pero sigo atenta a todos y a todo lo que me rodea. Al llegar a la confluencia con la Gran Vía, me detengo para mirar los reclamos de las películas que publicitan los carteles exteriores del cine Comedia. Mis ojos se centran rápidamente en la protagonista femenina de la película que se proyecta en la Sala número «2». *Gwyneth Paltrow* es mi artista favorita y lo es por muchas y variopintas razones. La primera y la que desencadenó mi interés inicial por ella, es que sus iniciales coinciden con las mías. La segunda razón se cimentó en la sorpresa de descubrir que éramos también del mismo signo zodiacal. Las dos nacimos bajo el signo de Libra. Ambas estamos pues, marcadas por el signo de la justicia y vivimos bajo el influjo directo del planeta Venus. Y aunque la *Paltrow* celebra los aniversarios con dos días de antelación, soy yo la que le lleva seis años de ventaja. Esas dos coincidencias me empujaron hacia la curiosidad de conocer su personalidad y a comenzar a querer verme en ella, como en el reflejo de un deseado espejo.

Mientras miro los reclamos, pienso en que he visto todas las películas en las que Gwyneth ha tenido un papel de actriz, por pequeño que este haya sido. Las recuerdo todas a la perfección. Sé que solo son ficciones de la realidad, pero a mi me han servido de ayuda en mis particulares estados de ánimo y de dudas. Me he acostumbrado a comparar mis reacciones con las que conozco de ella, o mejor dicho, por las de sus personajes interpretados.

La nueva película lleva pocos días en cartel. Miro la hora y puedo constatar que hace unos veinte minutos que ha comenzado la sesión. Es ya una autentica realidad que hoy no ha sido un día de suerte para mí y estoy comprobando que tampoco tiene visos de mejorar antes de que este termine.

El título de la película se las trae, aunque no renunciaré por ello a verla. No obstante, «*Sky Captain y el mundo de mañana*», tendrá que esperar hasta el próximo sábado por la tarde. Para ello, tendré primero que convencer a la loca de mi amiga Mercedes para que me acompañe. Odio ir yo sola al cine. Creo que no me tendré que esforzar mucho para convencerla. Estoy segura de que lograré su compañía con la ayuda de un pequeño soborno. Se me antoja que una tentadora oferta de invitación a tomar un chocolate suizo en nuestra Granja preferida de la calle Petrixol, resultará definitiva.

Abandono los vestíbulos exteriores del cine y cruzo la Gran Vía de les Corts Catalanes, por el paso de peatones contiguo a los jardines de la Reina Victoria. Me viene a la memoria la forma con la que ha comenzado el día. Me he despertado tarde y mal. Tarde, porque el despertador no ha logrado realizar con éxito la única misión que justifica su existencia en este mundo. A mi me trae sin cuidado si la alarma ha sonado o si no lo ha hecho. Lo cierto es que no me ha despertado y ésa es la única cuestión relevante que me importa considerar. Y también me he despertado mal, porque ha sido mi madre la que ha sustituido al despertador. Lo ha hecho susurrándome al oído una frasecita desafortunada y de una forma que aborrezco totalmente. Su débil hilillo de voz, se ha parecido mucho más a un rezo misógino en una aldea africana que a una verdadera llamada de urgencia.

—Hija mía, despierta. Vas a llegar tarde al trabajo. No gastes tiempo en hacerte la cama porque aprovecharé para cambiarle las sábanas.

Siempre me he preguntado porque mi madre es totalmente incapaz de despertarme gritando un sencillo pero imperativo y efectivo: «¡Georgina, haz el puto favor de levantarte de una puta vez!».

Me gustaría que en alguna ocasión se decidiera a actuar con fuerza, en lugar de hacerlo constantemente con acciones de corte débil e inseguro. Yo era muy pequeña cuando todo aquello sucedió, pero he llegado al total convencimiento de que ella decidió morirse lentamente, poco a poco, día a día, sin prisa pero sin pausa, desde el preciso momento en el que murió mi padre.

Continúo con mi particular labor de seguir repasando el comienzo del día mientras sigo caminando. Esta mañana he tenido que coger el «Metro» para no llegar tarde al trabajo y allí he tenido la segunda experiencia negativa del día. No me gusta el transporte público en horas punta. Son tan solo dos tramos de la Línea 3, los que están comprendidos entre las estaciones de la Plaza de Catalunya y la Diagonal, los que separan mi casa de mi lugar de trabajo. Y yo acostumbro a realizar el trayecto siempre a pie. Me gusta caminar. Pero esta mañana no he tenido otro remedio que coger el Metro. Pues bien, justo en el momento en que se abrían las puertas y yo me disponía a bajar del vagón en mi estación de destino, me han sobado el culo a conciencia. No ha sido un roce fortuito en absoluto. He notado claramente como dos manos se posaban en mis nalgas y luego las manoseaban sin reparo. Recuerdo que me he girado furiosa pero la gran cantidad de personas que se han apeado en esa estación, que también es de enlace con la Línea «5», me han arrastrado y me han obligado a quedarme con un par de narices y con el culo contento.

Siempre he odiado que me tocaran el trasero. Mi padre solía hacerlo como una de sus gracias preferidas y yo siempre le reprendía por ello. ¡Y eso que se trataba de mi propio padre y eso que yo era tan solo una niña!

Cuando he salido de nuevo a la calle, estaba muy preocupada por alisarme la

parte posterior de mi abrigo. Con ello, estaba intentando eliminar cualquier imaginario vestigio que pudiera quedar del tocamiento que acababa de sufrir, cuando el tacón de mi zapato izquierdo se me ha colado entre el bordillo y la acera con un resultado fácilmente imaginable. He tenido entonces que caminar como una coja hasta la oficina.

Allí me he cambiado los zapatos del tacón roto, por unos más planos y mucho más cómodos. Son unos zapatos de reserva que tengo guardados en el trabajo para que me saquen de cualquier emergencia. Me son muy útiles en los días de lluvia. Algunas veces, los uso simplemente para poder descansar los pies, cuando el resto de mi vestimenta combina adecuadamente con ellos.

Es evidente que éste no ha sido el caso de hoy. Y por tanto, no he tenido otra opción que lucir durante toda la mañana un impecable traje pantalón de color gris oscuro, con los zapatos reserva de color crema y de punta redonda. Ha sido espantoso. Cada paso que daba era como un pequeño atentado visual que clamaba al cielo de una forma silenciosa pero desgarrada.

Ha sido en la oficina donde he tenido la tercera nota desagradable. Y aunque a esta ya estoy mucho más acostumbrada, no ha dejado por ello de fastidiarme y de joderme enormemente. A eso de media mañana, he tratado de recomponer inútilmente el tacón con un tubo de pegamento de la oficina. Para ello me he ido a los servicios y he empleado unos pocos minutos en el intento. Al salir de ellos me estaba esperando el jefe de mi departamento. El muy capullo, esgrimiendo y haciendo gala una vez más de su habitual simpatía, se ha dirigido a mí diciéndome en tono burlón y ofensivo.

—¿Se puede saber que estabas haciendo en el servicio? Quince minutos dan para mucho allí dentro. ¿Acaso te dedicas a arreglar aquí, algún problema que no puedas solucionarte tú solita en la habitación de tu propia casa?

Evidentemente, he optado por la decisión de no hacerle caso y solo le he contestado con un escueto:

—Lo siento —e inmediatamente después, he regresado a mi mesa de trabajo sin dar más explicaciones.

Al sentarme de nuevo frente al ordenador de mi mesa, he podido ver como las cifras de la hora rebotaban de forma incansable e implacable en la pantalla. Hace algunas semanas que yo misma configuré el protector para que se activase a los ocho minutos de inactividad. ¿Habrán tenido entonces razón, el sebo y amargado de mi jefe? ¿Habré estado realmente más tiempo encerrada en el baño del que yo me había imaginado?

—¡Que se joda! Eso ahora ya no me importa en absoluto —pienso esbozando interiormente una tímida sonrisa, mientras cruzo el Paseo de Gracia con la clara intención de perderme en lo que quede de la rebajas de El Corte Inglés.

Yo siempre he sostenido la teoría de que los Grandes Almacenes dosifican y reparten las existencias de sus ofertas durante todo el periodo de rebajas. Por esa razón, todavía confío en que encontraré lo que yo quiero.

Entro y subo hasta la primera planta. Me quedo en ella. Hace tiempo que ya he renunciado a encontrar nada en la cuarta planta, la que está dedicada a la moda para las féminas jóvenes. Me paseo por todo el departamento intentando encontrar un chaquetón. Busco un tres cuartos de color gris oscuro que tenga el cuello muy ancho. A mis treinta y ocho años, he decidido que todas mis prendas de vestir, rocen el espectro cromático del negro absoluto.

Me centro especialmente en la sección de abrigos pero a la media hora abandono la búsqueda y desciendo otra vez hasta la planta baja. Salgo de los almacenes sin haber comprado nada por la puerta de la esquina que queda más cercana al Portal del Ángel.

El cambio de temperatura me transporta otra vez al repaso cronológico de todo lo que me ha sucedido en el día de hoy. Me concentro en encontrar una posible explicación convincente a lo que he visto en el ordenador. Tengo un trabajo que me gusta. Es un trabajo un poco rutinario y muy distinto a lo que siempre había imaginado para mí, pero también tiene su encanto y hoy he tenido la ocasión de comprobar que tampoco está exento de sorpresas. Estoy completamente segura de que esta mañana he visto en la pantalla del ordenador, algo que no debía haber visto.

Comienzo a descender por La Rambla y dejo la fuente de Canaletas a mi derecha. No quiero pensar más en lo que he visto hoy. Solo pienso en llegar a casa y quitarme los zapatos que me he comprado durante la hora de comida. Me aprietan demasiado. Siento que mis dedos meñiques no tienen espacio en ellos.

No sé cómo no me he dado cuenta de ello. La culpa la deben tener los zapatos reserva de color crema que he llevado durante toda la mañana. Me habrán relajado tanto los pies que no he notado molestias cuando me he probado los zapatos nuevos. Ahora que ya estoy llegando a casa, siento un dolor difícilmente soportable.

Continúo caminando, procurando abstraerme del dolor cuando giro a la izquierda y entro en mi calle, la calle de la Canuda. En esta pequeña, estrecha y entrañable arteria del casco antiguo de la ciudad, vivo yo desde que tenía unos cuatro años. Mi padre alquiló en aquel entonces, un piso de tres habitaciones en una casa nueva de cinco plantas. Un auténtico lujo para las tres personas que éramos en aquel entonces. Al llegar a su altura, miro instintivamente hacia el balcón de la segunda planta que pertenece a nuestro pequeño comedor. Es uno de los pocos balcones que no tiene una pancarta textil colgada en él. No soy muy amante de las pancartas pero siento una especial debilidad por una que está colgada en uno de los balcones más altos del edificio contiguo. En ella reza lo siguiente «*Una Plaça de disseny feta sense cap seny*» (Una Plaza de diseño construida sin ningún sentido común). El mensaje al

alcalde Clos, no puede ser más claro y acertado.

Centro de nuevo mi mirada en nuestro balcón. Me sorprende y me preocupa al observar que la luz no está encendida.

—¡Por favor! —me susurro interiormente mientras empujo la puerta que me da entrada a la escalera de mi edificio—. ¡Ya basta por hoy de cosas negativas! —suplico de nuevo con la voz baja y desesperada mientras subo hasta el segundo piso. Cuando me encuentro frente a la puerta de mi casa, hago sonar el timbre y coloco simultáneamente la llave en la cerradura y la abro. Es lo que acostumbro a hacer siempre que entro en casa.

—¡Mamá! —digo alzando la voz, sin obtener ninguna respuesta.

Capítulo 2

—¡MAMÁ! ¿ESTÁS EN CASA? —repito mientras corro hasta su habitación, presa ya de una creciente ansiedad que me atenaza.

La luz de la mesita de su cuarto está encendida. Al entrar veo que mi madre está tumbada en la cama completamente vestida. Me acerco a ella y compruebo que respira muy débilmente, pero todavía lo hace. Tiene los ojos en blanco. Llamo al «061».

Me contesta una voz neutra. Una voz metódica, sin casi entonación. Me desespero y trato de hablar deprisa. Me doy cuenta de que yo estoy intentando recuperar todo el tiempo que ella pierde en sus preguntas. Por fin logro terminar con el inútil interrogatorio al que he sido sometida. Me han asegurado que la ambulancia solo tardará unos pocos minutos.

—Pero ¿cuántos? —grito desesperada mirando a mi madre.

Me han recomendado que no la toque de la postura en la que se encuentra. El hecho de que siga respirando, así lo aconseja. Estoy nerviosa. Miro por la ventana de la habitación de mi madre que también da al exterior. La gente camina deprisa. El frío relaja el pulso pero acelera el paso.

A estas horas ya no hay nadie mirando las ruinas de las excavaciones de origen romano y visigodo que hay en la plaza. Tan solo un par de perros corren incansables una y otra vez en busca de la pelota de papel que les lanza el chico que sostiene sus correas.

De pronto una sirena y unas luces rompen el silencio. La monotonía que hasta ese momento imperaba en la Plaza de la Villa de Madrid, se ve alterada por completo.

Veo que la ambulancia se detiene en medio de la calle. Lo hace sin ningún tipo de miramiento. Rápidamente, dos personas descienden de ella y desaparecen de mi vista mientras el tercero, el chófer, se queda al cuidado y preparación de la cabina trasera.

Llaman a mi puerta. Me maldigo al pensar que yo podía estar esperándoles allí, en lugar de haber estado bobeando y mirando por el balcón. Son un hombre y una mujer. Entran y actúan con rapidez.

—¿Cuánto tiempo lleva en este estado? —pregunta ella, que parece estar al mando del equipo.

—No lo sé. Acabo de llegar del trabajo —contesto aguantando mi voz todo lo que puedo—. ¿Es muy grave? ¿Qué es lo que le ha pasado a mi madre? —pregunto inmediatamente después.

—Tiene todo el aspecto de ser solo una lipotimia. Pero tenemos que hacerle más pruebas para descartar otras posibilidades. Nos la llevamos.

—¿Adónde? —pregunto como una colegiala que parece padecer una incontinencia preguntadora. Sé que lo hago solo porque estoy nerviosa pero así y

todo, no puedo evitar hacerlo.

—Al Hospital Clínico. Usted puede venir con nosotros. Hay un asiento libre al lado del conductor.

—De acuerdo —les contesto mientras ellos solicitan la ayuda del tercer miembro de la ambulancia.

Entre los tres bajan a mi madre por la escalera. La han colocado en una especie de silla muy estrecha y con un respaldo muy alto. Veo como su cabeza va de un lado a otro, sin control. Intento alargar el brazo para sujetarla y para evitar que se golpee pero no logro llegar hasta ella. No me queda otra opción que callar, morderme los labios y dejarles hacer.

La ambulancia atraviesa la ciudad de una forma que me sorprende. Resulta muy extraño moverse por ella dentro de un vehículo que no para de hacer luces y sonidos. Apenas tarda diez minutos en comenzar a perderse por los túneles de acceso a las Urgencias de la calle Casanova.

Cuando bajo de la ambulancia, me indican que debo ir a cumplimentar el ingreso de mi madre a la ventanilla correspondiente. Una vez cumplido con ese sencillo trámite, tengo que subir hasta la planta principal y esperar en la sala. Me dicen que me llamarán en cuanto tengan algo que comunicarme.

Asiento con la cabeza sin pronunciar palabra y miro como se llevan a mi madre en la camilla. Debajo de aquella manta de color blanco con alguna que otra franja azul, apenas se aprecia que hay una persona. Tengo la sensación de que su cuerpo se ha encogido todavía un poco más. Mientras contesto a todas las preguntas para efectuar el ingreso, miro con atención a las paredes. El lugar ofrece una imagen sumamente desangelada. Por fortuna, los enfermos que ingresan por estos sótanos, están demasiado preocupados por lo suyo y no se dan cuenta de ello. En caso contrario, más de uno cogería una profunda depresión que le resultaría mucho más difícil de superar que su propia enfermedad.

Subo los diecinueve escalones que me llevan hasta la gran sala de espera. Busco un asiento libre. La sala está llena a rebosar. Afortunadamente localizo una silla libre en uno de los rincones. Al llegar a ella me quito el abrigo y me lo coloco encima de las piernas. No hay otro sitio donde poder dejarlo.

A mi derecha tengo a tres hombres jóvenes de raza árabe y a una mujer con un pañuelo que le cubre la cabeza. Enfrente veo a una pareja de chicas rubias con los ojos extremadamente claros. Deben ser rusas, ucranianas o algo por el estilo. Al mismo tiempo, a mi izquierda, resuena la voz de un padre regañando a su hijo de unos cuatro o cinco años. El hombre lo hace en un castellano que claramente proviene de las cercanías de los Andes.

—¡Cómo ha cambiado esta ciudad! —me digo interiormente a mi misma mientras constato que el decorado de actores y actrices es prácticamente el mismo en el resto

de la sala de espera.

Poco después, logro fijar mi vista en una viejecita de pelo cano. Ella sí que parece ser autóctona. Está sola y se seca continuamente las lágrimas que brotan de sus ojos con un pañuelo de color azul claro.

Doy otro vistazo general a la sala y cuando mi mirada regresa de nuevo a la viejecita, veo con cierto alivio que ya no está sola. Dos hombretones hechos y derechos están con ella. Imagino que deben ser sus hijos. La familia está completa si cuento que con toda seguridad el que está ingresado es el esposo de la viejecita. Caigo en la cuenta de que mi familia también está aquí completa pero eso ya no tiene tanto mérito, teniendo en cuenta que solo somos dos.

Miro al reloj. Son las once menos cuarto de la noche y tan solo han llamado a dos familiares por el altavoz. Un altavoz horrible que por cierto suena a hueco y combina las reverberaciones con los ruidos secos que producen sus polos al cebarse en demasía. Es un completo despropósito que se concreta en la triste realidad de que casi no se entiende nada de nada de lo que se anuncia a través de él.

La noche sigue avanzando pero yo decido no abandonar mi asiento. Tengo unos deseos enormes de fumar un cigarrillo pero me resisto. Temo salir al patio interior y perder mi sitio. Además seguro que allí los altavoces se oyen todavía peor. Intento cerrar los ojos para evadirme de todo cuanto me está sucediendo pero solo logro representar, una y otra vez en mi mente, el documento que he visto en la pantalla de mi ordenador cuando regresaba del intento fallido de arreglarme el tacón.

Ahora recuerdo perfectamente que era un albarán de entrega a un cliente de mi zona. Sin embargo y por mucho que lo intento, no logro recordar que ese cliente haya pedido nunca el tipo de material que figuraba en el documento. Y en este caso puedo hablar con perfecto conocimiento de causa porque soy yo la que autoriza todos los pedidos que nos cursa ese cliente. «*Solitex*» es uno de los pocos clientes que se podrían etiquetar perfectamente de fieles, de modélicos y de constantes. Sus pedidos son siempre muy regulares. Por eso me extraña lo que he visto esta mañana.

Intento cerrar los ojos. No quiero mirar constantemente al reloj. Consigo dormitar a tramos durante un tiempo que no controlo. Cuando vuelvo a mirar, son ya las cuatro menos diez minutos y todavía no tengo noticias de mi madre. Poco a poco, noto que va aflorando en mi interior, una clara sensación contradictoria. Es evidente que creo que los profesionales de la medicina estarán haciendo todo lo que pueden pero también tengo la firme convicción de que se olvidan de algo muy importante. Pienso que no es de recibo que hayan pasado más de cinco horas sin que nadie me haya dicho nada.

Me viene a la memoria una conversación que repetidamente sostengo con el doctor Miralles. Mi psiquiatra sostiene la teoría de que mi personalidad suele ausentarse con cierta frecuencia y es reemplazada entonces por otra mucho más

activa. Mi respuesta es siempre la misma. Yo soy siempre yo. Y lo soy con todos mis defectos y también con mis escasas y pequeñas virtudes. Siempre me muevo por mí misma y voy indefectiblemente unida a mis alegrías y a mis tristes fracasos. No me creo esa dualidad de carácter que él cree ver reflejada en mis respuestas.

Él dice que cuando me encuentro bajo tratamiento hipnótico, se confirma su teoría pero yo siempre le contesto que no me lo creo. El doctor Miralles es una persona a la que conozco desde hace más de veinticinco años y cuenta con mi plena admiración. Sobre todo porque él siempre logra encontrar, con una especial habilidad, nuevos argumentos para poder continuar el tratamiento con sus pacientes. También argumenta que yo soy algo especial para él. Me considera una «rara avis» en su jaula particular. Lo cierto es que comencé a visitarle a los doce años, después de padecer una serie de dolores de cabeza que incluso me hicieron perder la consciencia en un par de ocasiones. Siempre me ha tratado con un tacto especial y todavía continúa a la espera de poder confirmar en mí, sus fantásticas teorías.

Miro de nuevo al reloj. Ya son las cinco y veinte de la madrugada cuando el altavoz emite un nuevo chasquido y se oye una voz que dice:

—Familiares de Encarnación Surroca pasen a información.

Doy un salto y me levanto. Me dirijo hacia el pasillo de los despachos pero una chica joven con indumentaria de color verde y una bata blanca por encima, me sale al paso. La miro y observo que no debe tener más de veintidós o veintitrés años.

—¿Familiar de Encarnación Surroca? —me pregunta.

—Sí —le contesto—. Soy su hija —añado sin dilación.

—Hemos tenido problemas —me dice de sopetón.

—¿Cómo está mi madre? —le pregunto mientras me fijo en la caprichosa forma en la que se mueve el estetoscopio que lleva colgando por detrás del cuello.

—Ha sufrido un paro cardíaco. Ahora ya está estable. La hemos llevado a cuidados intensivos. Nos ha dado un buen susto.

Noto que una presión creciente me sube desde el estómago. Al final, es mi boca la que logra liberar esta presión cuando la abro y me pongo a gritar sin poder evitarlo.

—¿Me está diciendo que mi madre ha estado a las puertas de la muerte y que yo que estaba aquí abajo, no me he enterado? ¿Es ésta la clase de información de la que tanto presume el estamento médico?

—Cálmese señora —me corta sin que se le atisbe ni una señal de comprensión a lo que acabo de decirle—. Nuestra misión no consiste en retransmitir minuto a minuto la evolución de los enfermos. Nuestra labor se concentra en aplicar nuestros conocimientos para salvar vidas y en el caso de su madre, eso es lo que hemos hecho.

—¿Puedo hablar con ella? ¿Puedo verla?

—Puede usted subir conmigo siempre que mantenga la compostura. Podrá verla durante cinco minutos, no más. Está en un grado de consciencia reducido. Hemos

preferido no sedarla demasiado en estos momentos. Sobre todo, le pido que no la fatigue.

—Muchas gracias y le pido mil disculpas por lo de antes —le digo.

Subimos con el ascensor hasta la quinta planta. Lo hacemos en silencio y sin ni siquiera cruzarnos una mirada. Ella va siempre delante. Yo la sigo en su caminar cruzando todas las puertas, hasta que ella descorre una cortina y puedo ver a mi madre tendida en la camilla con los ojos cerrados. Me acerco a su lado y le cojo la mano. Al notar mi presencia abre los ojos y creo sentir que me aprieta ligeramente la mano. Estoy segura de que sabe que yo ya estoy con ella.

La miro. Tengo que tragar saliva un par de veces y respirar muy profundamente para ahuyentar la inundación de lágrimas que me viene a los ojos. Ella sin embargo, me hace con la cabeza una señal inequívoca de que me acerque. Creo que quiere decirme algo. Con la mano que tengo libre le hago gestos muy claros de que se calme y de que no se preocupe por nada pero ella insiste.

Miro a mi alrededor. Estamos las dos solas. Accedo a su petición y me acerco lo más que puedo, a sus labios.

—Me han quitado la llave —me susurra con su débil voz.

—¿Qué llave? —le pregunto. Lo hago solo por seguirle la corriente porque estoy convencida de que está delirando.

Ella me señala su cuello.

—No te preocupes por eso ahora, mamá. La habrán guardado.

De repente me viene a la mente que debe tratarse de la llave que ella siempre ha tratado de esconder a mi vista. Yo siempre me he imaginado que esa llave perteneció a mi padre y que ella actuaba de esa forma, para evitar mis indiscretas preguntas.

—¿Te refieres a la llave de papá?

—Sí —asiente ella pero moviendo la cabeza como si mi pregunta no fuera del todo acertada.

—Pero si ya no debe servir para nada, mamá —le digo yo para que se olvide de ello.

—Te equivocas —me contradice rápidamente—. Debes recuperar esa llave. Pregunta dónde está y llévatela contigo.

—Pero ¿para qué, mamá?

—El Diario —me susurra todavía más flojo. Lo dice como si intentara evitar que otras personas pudieran estar escuchando lo que ella me está contando.

—¿Qué Diario? —vuelvo a preguntar yo, a pesar de que a cada minuto que pasa, tengo la más firme convicción de que la enfermedad o la medicación que le han dado, le ha afectado el raciocinio.

—Ha llegado el momento de que el Diario pase a tus manos. Pero debes prometerme que no lo tocarás hasta que yo haya muerto.

—Mira mamá, deja ya de decir tonterías. Te lo prometo solo para que te tranquilices y descanses —le susurro a su oído, pero ella no se aparta de su obsesión.

—Recupera la llave —me repite.

En este instante entra la doctora y me dice que debo marcharme. Yo le pregunto por las cadenas y las medallas que llevaba mi madre colgadas en el cuello. Ella me señala una bolsa. La bolsa está debajo de la camilla. Justo en la parte de los pies.

—Ahí está todo. La ropa que llevaba y todo lo demás. Es mejor que usted se lo lleve todo. Así nos evitaremos problemas y complicaciones. Aquí no va necesitar nada de todo esto. Si acaso, le puede traer una bata porque cuando salga de aquí, de intensivos, ingresará en planta.

—Gracias —le digo mientras me agacho y cojo la bolsa. Luego la levanto para que mi madre se entere de que me la llevo. Espero que así se tranquilice.

Sin embargo, ella me vuelve a hacer señas de que me acerque otra vez.

—Voy a darle un beso —le digo a la doctora que ya se empieza a impacientar.

Me inclino sobre mi madre y ella me sujeta rápidamente la mano con más fuerza que antes. Cuando nuestras caras están a punto de rozarse, me susurra en voz muy baja.

—Antes de marcharte comprueba que te llevas la llave.

—Sí, mamá. No te preocupes —le contesto mientras le beso las dos mejillas.

Me retiro y me paro a los pies de la cama mientras le hago un gesto de pretendida complicidad a la doctora.

—Permítame. Van a ser solo treinta segundos y estoy segura de que mi madre va a quedarse mucho más tranquila, si le muestro lo que ella está deseando ver.

La doctora asiente y se cruza de brazos. Yo abro la bolsa y rápidamente localizo lo que estoy buscando. Saco la cadena con la llave y me la cuelgo de mi cuello. Mi madre esboza una sonrisa y cierra los ojos. La doctora sale tras de mí y cierra la cortina. Yo, por mi parte, soy también muy consciente de que acabo de cerrar una parte de mi vida. Una más. Sé que mi madre no va a salir de ésta. Sé que difícilmente volveremos a estar juntas, como antes, en el piso de la calle de la Canuda. La doctora me despide en la puerta de la sala. Yo llamo al ascensor. Mi vista está clavada en el suelo. Mis ojos empiezan a liberar los fluidos retenidos. El piloto del ascensor no se ilumina. Después de tres minutos de esperar en vano, decido bajar los cinco pisos por las escaleras.

Pienso que es inútil que siga esperando en la sala general. Hoy ya me lo han dicho todo. Salgo a la calle cuando la ciudad empieza a recuperar el frenético pulso de la vida cotidiana. Son las seis y cuarto de la mañana y me siento sola y desamparada. El día es gris y hace mucho frío. Casi sin quererlo y por un pequeño instante cierro los ojos en medio de la calle. Son solo unas décimas de segundo pero a mi me parecen una eternidad. Noto que un terrible desamparo se apodera de mí. Tengo la sensación

de estar tan sola como se encontraba *Gwyneth Paltrow*, en el papel de *Emily Bradford Taylor* en la película «*Un asesinato perfecto*», solo que a mí no me está intentando matar nadie.

O por lo menos, eso es lo que pienso yo.

Capítulo 3

TODAVÍA NO SON LAS SIETE de la mañana, cuando abro la puerta de entrada de nuestro piso. Estoy descentrada y desconcentrada. La soledad me invade. Me miro en el espejo del recibidor y compruebo que todavía llevo la llave colgando. En un «*morfing*» inmediato e imaginario veo como la cara de mi madre sustituye a la mía. Me veo siendo ella. Me veo como su continuación. La promesa que acabo de hacerle se me clava en el pensamiento y entonces mi cara vuelve a ser la mía.

—¿A qué se habrá referido con lo del Diario? —me pregunto.

Nunca he sabido nada de ningún Diario. Me tumbo en la cama y me doy cuenta que todavía llevo los zapatos de tortura que me compre ayer. Los pies me arden pero se han insensibilizado. En el momento en que cierro los ojos suena el maldito despertador. Son las siete y cuarto de la mañana. Es la hora normal de levantarme. Hoy sí que lo he oído. Lo paro de un manotazo y con cierta rabia. Reposiciono la alarma para que me avise a las nueve en punto. A esa hora llamaré a la oficina y pediré el día de fiesta. Mañana ya veré cómo me organizo. Espero que Mercedes pueda echarme una mano. Sobre todo para las cenas. Se me cierran los ojos y empiezo a sollozar hasta que el cansancio me vence y me duermo.

A las nueve en punto suena de nuevo el despertador. Paro la alarma mucho más suavemente de lo que lo hice la última vez. No han pasado ni dos horas. Me levanto como un autómatas y llamo por el inalámbrico. Por fortuna me responde Manuel. Es el único que ha llegado puntual. Le cuento la odisea de la pasada noche y escucho sus deseos para que mi madre se recupere y para que yo pueda descansar. Ese chico es un ángel. Tiene tan solo diecinueve años. Espero que conserve su talante abierto y toda su personalidad durante muchos años. Sé que le va a ser difícil pero deseo que sea así.

Mis ojos vuelven a cerrarse. Muevo de nuevo la manecilla de la alarma y la posiciono apuntando a las doce. No va a ser mucho tiempo pero estas tres horas tendrán que ser suficientes. A la una y media quiero estar de nuevo en el Hospital. El equipo médico empieza a pasar visita a las dos.

Cuando a mediodía suena una vez más la alarma, yo estoy hecha un desastre. Casi no he podido descansar. Vuelvo a coger el inalámbrico y llamo a Mercedes. Con mucho tacto le cuento las novedades. Ella es muy aprensiva y procuro que no se impresione demasiado. Me pregunta si puede ir a verla. Yo le contesto que no, de una forma tan rotunda que pienso que me he pasado. Me voy a tomar una ducha y me visto con ropa limpia.

A la una y cinco estoy en la calle. La excelente combinación de la línea «3» con la línea «5», me hace aparecer en la puerta de entrada de la calle Villarreal a la una y veinticinco.

Entro en el Hospital. Atravieso la sala de espera de las Urgencias sin detenerme. Subo en ascensor hasta la quinta planta. Allí encuentro a muchas personas esperando en el vestíbulo. Paso por en medio de ellas y abro la puerta de la sala donde se encuentra mi madre con total decisión. Entro y voy directa hasta el habitáculo que recuerdo de esta madrugada. Lo hago como si estuviera haciendo la cosa más normal del mundo. Aparto la cortina con suavidad y la veo.

Está con los ojos cerrados y con la mascarilla de oxígeno colocada. Una punzada recorre mi corazón y hace añicos la pretendida seguridad de la que tanto acostumbro a presumir. Me doy cuenta de que me aterroriza pensar que pueda morir. O acaso sucede que lo que realmente me da miedo es que voy a quedarme sola. Muevo la cabeza y procuro apartar estos pensamientos. Cierro las cortinas y me coloco al lado de mi madre. No me ha visto nadie pero como las cortinas no llegan hasta el suelo, no tengo forma de evitar que mis piernas y mis pies delaten mi intrusismo. Me verán en cuanto pase alguien por el pasillo principal de la sala.

—¿Por qué no habré hecho un cursillo de levitación? —me pregunto.

Pasan solo tres minutos hasta que sucede lo que me estaba temiendo. Veo acercarse unas piernas enfundadas en unos pantalones de color blanco y zapatillas a juego del mismo color. Se detienen en cuanto comprueban mi presencia. La cortina se abre y los pantalones blancos se completan con el resto de un esbelto cuerpo hasta llegar a una melena rubia recogida en una cola con un llamativo cierre de color rojo. Noto que su mirada es mucho más amigable que la que recibí de la doctora de ayer noche. El tono de su voz y su comportamiento también me lo demuestran.

—¿Es usted familia directa? —Soy su hija.

—Bien, puede usted permanecer aquí todo lo que quiera. También puede entrar y salir cuando le apetezca. Los horarios que están colgados en la puerta de entrada no son para usted. Dentro de media hora pasará el médico. Le sugiero que no se vaya hasta después de haber hablado con él. Después, recuerde que la puerta estará siempre abierta para usted. Las veinticuatro horas del día —me puntualiza.

—Gracias. ¿Significa esto que está muy mal? —le pregunto yo bajando la voz todo lo que puedo. Intento evitar que mi madre pueda oírme, en el caso de que ella esté medio consciente.

—El médico hablará con usted. Le recomiendo que espere hasta entonces. Le repito que puede quedarse usted aquí. Lo que siento de veras es que aquí no se permita ninguna silla.

Le hago un gesto de aprobación con la cabeza. Me he quedado sin palabras. Ayer a esta misma hora estaba muy preocupada por unos simples zapatos. Hoy sin embargo, la preocupación es muy diferente. El motivo actual es mucho más serio. El solo hecho de pensar en mi estado y en mi actitud del día de ayer, me produce mucha rabia y también un monumental enfado conmigo misma. Un ruido espantoso suena de

repente y rompe el silencio reinante. Me doy cuenta de que es mi móvil. He olvidado apagarlo, tal y como se recomienda en la entrada del hospital y también en la entrada de esta misma sala donde ahora me encuentro. Otra enfermera me recomienda que salga a los pasillos exteriores y que por favor no olvide apagarlo si vuelvo a entrar.

Salgo avergonzada y a toda prisa. Son las dos y un minuto. Es Mercedes la que llama. No ha tardado ni un minuto en llamar en cuanto ha salido del trabajo. Ella es así. Le contesto todo lo amablemente de lo que soy capaz aunque mi estado de nerviosismo no me permite muchas florituras. Le pido que no vuelva a llamarme porque voy a apagar el móvil. Sé que no ha sido culpa suya sino mía, pero seré yo quien la llame a partir de ahora. Le cuento que el médico está a punto de pasar visita y que tengo que volver al lado de mi madre.

—Te llamo yo, esta noche —le repito para poner punto y final a la conversación.

Regreso al lado de mamá. Dos enfermeras se cruzan conmigo y me castigan con la mirada. Les pido perdón por el mismo sistema, sin que medie palabra entre las tres. Me fijo por primera vez en que mi madre está intubada por la nariz. Debe tener también colocada una sonda porque veo la bolsa que la delata, colgada de un lateral de la cama.

Miro su rostro. Me parece adivinar que está tranquila. Me aventuro a pensar que no recuerdo haber visto nunca esa imagen de serenidad en su cara. Reconozco que nunca me he sincerado con ella y creo que a ella le ha sucedido algo parecido conmigo.

No he querido o quizás nunca me ha interesado entrar a debatir este tema con ella. Siempre he dado por bueno que toda su tristeza se debía a la muerte de mi padre. Algo consecuente al hecho de perder la compañía que ella había elegido para compartir el resto de su vida. Puede que mi distanciado comportamiento sea debido a que nunca he logrado entender la fragilidad de su carácter y la debilidad que siempre me ha mostrado desde que yo recuerdo tener uso de razón. Las primeras imágenes de las que tengo constancia cognitiva me permiten corroborar esta afirmación. Yo solo tenía que ponerme a llorar o a berrear para conseguir todo lo que yo quería, siempre naturalmente que ella pudiera dármelo. Ahora me siento responsable de que quizás yo también haya contribuido a esta inestabilidad de carácter que según mi opinión, ha caracterizado siempre el comportamiento de mi madre.

La vuelvo a mirar. Ella no se mueve. Dudo de que sepa que estoy a su lado. Siento que he desaprovechado muchos momentos para hablar con ella y temo que ya sea tarde para enmendarlo.

Su cara sin embargo, me traslada la imagen de todo lo contrario. Se la ve feliz dentro de su gravedad. Parece que se haya librado de algo que la ha estado oprimiendo durante todos estos años. Miro sus manos. Están abiertas y relajadas. No denotan ninguna crispación o tensión. Sus dedos están laxos y afilados. Parecen de

cera. No recuerdo nada parecido. Todo está resultando una sorpresa de difícil explicación para mí misma.

La cortina se abre y la enfermera de la melena rubia entra acompañada de un hombre de mediana edad. También lleva una bata blanca. Debe ser el médico de la planta. Le miro e intento esbozarle una media sonrisa de salutación. Él me corresponde el cumplido.

—¿Es su madre, verdad? —me pregunta mientras se acerca a comprobar la pantalla que refleja el ritmo cardíaco de ella.

—Sí —le contesto yo.

—Me gustaría hablar con usted. Le voy a pedir que, digamos dentro de unos treinta minutos, venga al pequeño despacho que hay dentro de esta sala. Está casi al final del pasillo. Las enfermeras le indicarán dónde está si es que usted no lo encuentra por si misma. La verdad es que queda un poco escondido.

—¿Cómo está ella, doctor?

—Hablaremos luego. Pero ya le adelanto que no tiene nada por lo que preocuparse. Hasta dentro de media hora, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza. La cortina vuelve a cerrarse y el médico y la enfermera desaparecen tras ella. Con la cortina cerrada, veo como sus pies se alejan en su particular anonimato. Poco después la calma vuelve a reinar en el pequeño habitáculo en el que estoy con mi madre.

—No hagas ningún caso de lo que dice. Estos médicos modernos de hoy en día, no saben nada.

Me giro sorprendida. Es la voz de mi madre. Es ella la que me habla sin casi abrir los ojos.

—Mamá, ¿cómo te encuentras? —le pregunto yo mientras le acaricio la frente con el dorso de la mano, en un intento de quitarle los cabellos que le entorpecen y le ensombrecen el rostro.

—No voy a salir de ésta, Georgina.

—No digas eso. El doctor acaba de decirme que no hay nada de que preocuparse.

—Por eso mismo te digo que no les hagas caso. Debes prepararte y aceptar que yo ya he terminado mi camino y que tú vas a tener que continuar caminando sola.

—No debes fatigarte, mamá. Es mejor que no hables.

—La vida no me ha tratado como yo esperaba. Pero también he tenido muchas cosas por las que poder alegrarme. Tú has sido la mejor de todas ellas. Sin embargo, dentro de mí, tengo la convicción de que no he sabido cómo tratarte.

—No digas eso, mamá —le repito una vez más.

—Estoy convencida de que no falta mucho para que mi luz se apague definitivamente. Antes de que llegue ese momento quiero pedirte un par de cosas.

—¿Más promesas, mamá? —le digo yo mientras veo que solo me faltan diez

minutos para la cita en el despacho del doctor.— No son promesas, son solo un par de peticiones que estoy segura que respetarás. Cuando encuentres el Diario quiero que lo leas en el orden más estricto. No pases a la siguiente página sino has leído y meditado la anterior. Encontrarás alguna hoja suelta en su interior. Esas hojas también tienes que leerlas cuando te las encuentres. Vigila que no se te caigan.

—Pero, mamá. ¿Es necesario todo esto?

—¿Conservas la llave, verdad? —me pregunta ignorando los inútiles comentarios que no le interesan.

—Sí, mama. Tengo la llave. ¿Pero qué significa todo este rollo de ese maldito Diario?

—No hables así —me dice—. Todo lo comprenderás en su momento. Ahora tienes que ir a ver al doctor o vas a llegar tarde —me dice con su voz casi inaudible.

—¿Les has oído?

—Claro que he oído todo lo que te decía. También he oído que esta mañana, durante su vista, les decía a las enfermeras que había muy poco que hacer y mucho que rezar. Cuando se ha percatado de que yo estaba consciente, ha cambiado su discurso y el rumbo de sus palabras. Ésa es la razón por la que te quiere ver allí, en su despacho. Sabe que estoy consciente y una cosa es que me esté muriendo y otra muy distinta es que esté tonta y sorda.

—Todo eso son solo imaginaciones tuyas, mamá.

—No le temo a la muerte, hija mía. Solo le temo a la oscuridad. Le he pedido a Dios que perdone todos mis pecados y que ilumine mi camino hasta encontrarle.

—¿Tus pecados? No me hagas reír, mamá. Pero si tú nunca te has atrevido a gritarle ni a una mosca.

—Espero y deseo que siempre me recuerdes como lo que soy, o sea tu madre. La persona que más te ha querido en este mundo. Ahora ve a ver al doctor. Un miembro de la familia Pineda nunca llega tarde a una cita. Recuérdalo siempre, Georgina.

Le beso la frente y sin contestarle ni contradecirle me retiro hasta el punto de unión de las cortinas. Me escabullo por la abertura sin hacer que ni siquiera se balanceen. La enfermera del pelo rubio me ve y me hace un ademán para que me acerque a ella. Lo hago sin vacilar y enfilo hacia el lugar donde ella se encuentra.

—El despacho del doctor Gimeno está allí detrás —me dice señalando la dirección con el dedo.

Justo al llegar frente a la puerta indicada me asalta un terrible temor. ¿Será verdad que mi madre está tan grave? Sin pensármelo más, llamo suavemente a la puerta con los nudillos.

—Adelante —oigo que me dice el doctor y yo entro en el despacho.

Capítulo 4

LUNES, 7 de febrero de 2005.

Ya pasó todo. El temor se convirtió en realidad. Una realidad cimentada en la desesperación. Una desesperación que es una mezcla de incredulidad y de escondida rebeldía. Una rebeldía que nace de la negativa a aceptar los hechos. Unos hechos que ya son inamovibles y que el tiempo no los cambiará jamás. Un tiempo que se augura incierto si es que la certeza de la soledad puede catalogarse como tal.

En fin, mi madre ha muerto y yo acabo de cumplir con todos mis deberes de hija. Esta misma mañana, ella ha recibido sepultura y yo he puesto el punto y final al hecho de tener una relación familiar. Estoy sola. Estoy completamente sola. También estoy un poco asustada. No por el hecho de tener que vivir sola sino por desconocer cómo voy a ser capaz de encauzar mi vida. Hoy ha sido un día difícil y raro. Pienso que es normal que haya sido así. Los pensamientos se me agolpan en la mente. Por mucho que lo intento, no logro desembarazarme de mil y una sensaciones que acuden a mi mente sin que yo les de permiso.

Mercedes me ha pedido que me quedara a dormir en su casa pero yo me he negado en redondo. He de afrontar mi nuevo estado de soledad desde el primer día. Lo quiero hacer sin engaños, sin dilaciones y sobre todo sin ninguna clase de excusas.

Estoy decidida a ello y como prueba de esta determinación y firmeza de voluntad, ya he tomado posesión de la habitación de mi madre. Siempre me había gustado tener vista directa al exterior y por eso no he perdido el tiempo. Es como sentirse conectada al mundo y formar parte de él, incluso cuando estás dormida.

Me acuerdo de que cuando sufría aquellos terribles dolores de cabeza, yo solía atribuirlos a que mi habitación no tenía respiración y que eso me aprisionaba el cerebro.

Lo cierto es que esta noche no podré abrir la ventana porque este invierno es uno de los más fríos que recuerdo. Sin embargo, siento como me voy empapando de esa sensación de libertad que confiere la vista al exterior.

Estoy totalmente agotada y voy a pasar de la cena. Creo que a partir de ahora voy a pasar muchas noches de la cena. Se acabaron los platos cocinados por mamá. En parte, me vendrá muy bien porque voy a proponerme rebajar unos kilos de peso. Entre cinco y seis sería lo ideal. Con ello me situaría entre los sesenta y dos y los sesenta y tres. Teniendo en cuenta que mido un metro y setenta y cuatro centímetros, estaría casi en el peso perfecto. Voy a tener casi cinco meses hasta que llegue el verano. Los bikinis son como la prueba del algodón que nunca engaña. La moda tiende a reducirlos de tamaño pero no solo para aumentar y fomentar el exhibicionismo, sino también para evitar que aprieten allí donde no deben.

Mientras me desvisto para meterme en la cama, dos imágenes acuden a mi mente.

La primera de ellas es la llave y la segunda mi trabajo. Mañana me reincorporo de forma normal a mi puesto en la oficina. Lo hago aunque mañana mismo voy a tener que ausentarme un par de horas para poder dar debida cuenta del fallecimiento de mi madre en el Registro Civil de la Plaza Medinaceli.

Durante las semanas que ha durado la convalecencia de mi madre, he disfrutado de carta blanca en lo que respectaba al horario. Una carta blanca obtenida y basada en la promesa de recuperar todas las horas de ausencia forzada. Cálculo que van a ser tres sábados por la mañana, los que voy a necesitar para saldar las quince horas que ahora tengo en mi «debe».

La segunda imagen termina por enmudecer y borrar a la primera. Descarto por hoy, el tema de la llave. Mañana no puedo llegar tarde al trabajo. Posiciono la alarma a las siete y veinte minutos. No puedo fallar. Tengo que asegurarme de que mañana oiré al despertador. El asunto «Solitex» ha quedado aparcado pero no olvidado. Creo que cuando trabaje los sábados por la mañana para recuperar las horas que les debo, voy a estar completamente sola. Será entonces cuando me decida a investigar.

Me tumbo en la cama y aspiro profundamente. Tengo que vencer a la sensación que tengo y que me recuerda que estoy respirando el aire de otra persona. Tengo que convencerme de que este aire ya es mío y que ahora me pertenece por completo. El sueño me vence y pone fin a mi particular alegato reivindicativo.

Oigo como suena el despertador. Lo oigo pero es como si no lo estuviera oyendo. Estoy consciente pero también me siento ausente. Me resisto a oír la alarma pero lo cierto es que la estoy oyendo. Continúo sin mover un dedo. De repente otra alarma se une a la primera y esto me hace reaccionar. Me incorporo y las paro a las dos. He de reconocer que la idea de Mercedes ha tenido éxito. Ayer le pedí ayuda y ella me confesó uno de sus más íntimos secretos. El uso de dos despertadores.

Ella utiliza este método para no llegar nunca tarde. Este pensamiento me enlaza con el recuerdo de una de las últimas sentencias de mi madre; «Un miembro de la familia Pineda nunca llega tarde a una cita».

Debo reconocer que ahora yo soy la única miembro de esa familia. Siempre me extrañó no tener ni tíos ni primos porque todas las otras familias que yo conozco, los tienen. Me ducho y me visto. La ducha de hoy no ha resultado tan reparadora como la de otros días. Es algo que me sucede algunas veces aunque por fortuna no muy a menudo.

Pasan diez minutos de las ocho cuando salgo a la calle. Voy a ir andando como a mí me gusta. Hace frío y esto también me gusta. El cielo apunta a que el día de hoy va a ser soleado. Así empiezan los días perfectos para mí. Espero que este también lo sea.

He colocado el Libro de Familia en mi bolso para cuando vaya al Registro. Mi madre me insistió en que lo cogiera del segundo cajón de su tocador y que lo llevara

conmigo cuando fuera a realizar el trámite que me toca hacer hoy. La verdad es que lo tenía todo planificado. Yo ignoraba que estos documentos siguieran existiendo. Sin embargo, le hecho caso y lo he cogido.

Comienzo a subir por el Paseo de Gracia. No sé por qué lo hago, pero me voy mirando continuamente en los cristales de los escaparates. Siempre lo hago. Voy analizando constantemente el reflejo de mi figura y de mi forma de andar. Me corrijo el porte si no voy lo suficiente erguida. Es una de mis más recalcitrantes manías.

Sigo caminando. Voy con tiempo suficiente y me paro a tomar la primera dosis de mi droga preferida. En el Café di Roma pido uno de mis cortados. Es el primero del día pero a éste le seguirán unos seis o siete más.

Cuando me reincorporo de nuevo al exterior me siento mucho más reconfortada y recompuesta. El efecto del cortado es casi milagroso en mí. Mi paso es ahora mucho más decidido. Cruzo el Paseo de Gracia a la altura de la calle Provenza. Me gusta hacerlo en este cruce porque así puedo admirar una de las más emblemáticas obras de Gaudí. Ver obras de Gaudí es como mirar al mar. Es poder sentir una oleada de sensaciones sin fin. Es poder disfrutar del movimiento contemplando lo inmóvil.

Me detengo frente a otro escaparate. Esta vez mi propósito no es analizar mi figura. Mi objetivo es un jersey de color blanco hueso con el cuello cisne. El precio es un poco caro pero puedo permitírmelo. La tienda está ahora cerrada pero no lo estará cuando salga esta tarde.

Levanto la vista y veo mi rostro reflejado de muy cerca. La imagen me provoca un flash retrospectivo que me hace recordar el sueño que he tenido esta pasada noche. Es un sueño que ya he tenido otras veces. No es un sueño que se repite exactamente de la misma forma aunque tengo que aceptar que básicamente siempre es el mismo, con los matices propios de cada caso.

En este sueño me veo vestida de forma rara y extravagante. Yo diría que casi provocativa. Del sueño de ayer, solo recuerdo claramente un par de cosas que de otra parte, también suelen ser comunes en casi todos los sueños extraños que recuerdo. Una es que mi voz sonaba muy ronca y la otra es que alguien me pinta una «T» en la uña del dedo meñique de la mano izquierda.

Al recordarlo, hago intención de quitarme el guante. Sin embargo, desisto inmediatamente de mi intención ante una idea tan absurda y tan descabellada. Me olvido del tema.

Llego a la oficina a las nueve menos tres minutos. La puerta ya está abierta. Marcelo, el conserje, la abre todos los días laborables a las nueve menos cuarto. He de recordar que tengo que confirmarle mi presencia para el próximo sábado.

Saludo a Manuel y me siento en mi mesa. Enciendo el ordenador mientras compruebo que temas nuevos tengo en la bandeja. Esta está llena a rebosar. Oigo que la puerta se abre de nuevo y observo que es mi jefe directo, el que entra. Desvío

sucintamente la mirada y la centró en la pantalla de mi ordenador. No me apetece mirarle a la cara. Estoy segura de que me dirá algo desacertado para hacerse el gracioso conmigo. Detesto su comportamiento y alguna que otra vez he estado tentada de denunciarle por acoso. Está claro que su presión sobre mí, tiene que obedecer o formar parte de alguna estrategia que no voy a tolerar si esto sigue así.

—Siento mucho lo de tu madre —me dice de una forma que me sorprende.

—Gracias, señor Méndez. Quizás haya sido mejor así —le contesto sin dar pie a que la conversación se prolongue más de lo estrictamente necesario.

—¿Es una moda nueva? —me pregunta él a continuación.

—¿El qué?

—El llevar pintadas las uñas de esta manera.

Un terremoto me sacude el corazón y la cabeza, mientras él sigue con su chanza particular. Acaba de encontrar un auténtico filón para hacerlo. Y más, cuando comprueba que yo no sé qué contestarle de forma rápida e inmediata.

Me miro las manos y las uñas. Están pintadas de color gris perla. Solo eso. No hay ninguna letra en ellas. Respiro con cierto alivio, mientras él sigue con lo suyo.

—¡Ya lo sé! —me dice riéndose muy convencido—. Creo que ya sé lo que es. Reconozco que es una forma original de recordatorio. Ese color significa que tienes que acordarte de comprar algo que represente el gris por naturaleza. Déjame pensar, déjame pensar. ¡Ya lo tengo! Ese color significa que esta tarde no te puedes olvidar de comprarte los Tampax. Vas a tener tu semana gris. Ja ja ja.

Mi sorpresa y mi sentido del ridículo hacen que no haga caso a la nueva estupidez que acaba de decirme. Ni siquiera logra que esta vez me enfade porque compruebo con el desdén de los impotentes, que esa será solo una más de sus inagotables gracias.

Capítulo 5

ESTÁ VISTO QUE MIS DÍAS son siempre completos. Cuando empiezan con algo desagradable continúan desagradables hasta el final y cuando comienzan con una sorpresa, esa nunca se queda sola.

Estoy metida en un taxi y voy de regreso al trabajo. He ido al Registro y todavía me tiemblan las piernas. Acabo de enterarme que no nací sola. Mi madre también dio a luz en el mismo parto a un hijo varón. Tuve un hermano gemelo durante algo más de cuatro meses. ¿Por qué nunca lo he sabido? ¿Por qué nunca me lo contaron?

Pienso que la funcionaria que me ha atendido habrá acabado por creer que, o bien soy una desequilibrada mental, o una estúpida integral.

Me ha costado mucho reaccionar cuando después de entregar los papeles, he oído que me decía.

—¿Es usted la hija?

—Sí.

—Entonces haga el favor de firmar aquí, Geraldine.

—¿Cómo me ha llamado?

—¿No me ha dicho que era usted la hija de la difunta?

—Sí.

—Pues aquí en el Libro de familia pone que usted se llama Geraldine Pineda Surroca. Mírelo usted misma si no me cree.

—Los apellidos son correctos, pero se equivoca usted con mi nombre. Yo me llamo Georgina.

—Eso no es posible —me contesta con un aire de absoluta suficiencia.

—Pero oiga, ¿por qué no me puedo llamar Georgina?

—Pues es muy sencillo. No puede porque su hermano se llamaba Jorge.

—¿Qué hermano? —pregunto yo.

—Oiga —me dice de forma muy enervada—. Si quiere reírse o mofarse de mí, ha escogido usted un mal día.

—¿Quiere ver mi DNI? —le contesto yo alargándoselo hasta las narices.

Lo mira de forma poco entusiasta y luego pasa unas hojas del Libro de Familia. Tras unos segundos de estudio, levanta su vista hacia mí y me suelta de sopetón.

—Debería usted comprobar en el departamento del fondo a la derecha que alguien le cambió el nombre al morir su hermano gemelo. Supongo que después nadie se preocupó de reflejarlo en el Libro de Familia. En aquel entonces los funcionarios públicos dejaban mucho que desear. Prefiero pensar que solo fue un olvido. Tiene usted que comprobarlo. Haga que le extiendan un certificado y vuelva aquí para cambiar su nombre en el Libro de Familia y para firmar la documentación que me presenta.

—¿Es esto necesario?

—En este caso sí que lo es. Su DNI y el Libro de Familia no coinciden. Y además, ¿es que no se siente usted atraída por conocer su propia verdad? —me añade con cierta sorna.

Le hago caso. No tengo otro remedio que dirigirme al departamento que me acaba de indicar. Allí me confirman que fue mi padre el que me cambió el nombre el día 19 de febrero de 1967. Justo dos días después de la muerte de mi hermano. En la hoja de solicitud de cambio de nombre, escribió mi nombre con «J» pero se lo hicieron rectificar y ponerlo con «G». El único motivo que figuraba en la casilla correspondiente de la solicitud como razón del cambio era, «por deseo materno».

Me extienden el certificado que confirma a todas luces que ahora me llamo Georgina. La funcionaria de la sección de defunciones lo mira y se sonríe.

—No se preocupe usted demasiado. Esto ocurre mucho más a menudo de lo que usted pueda imaginarse. Si hubiera visto lo que yo he podido ver, se llevaría usted las manos a la cabeza. Por suerte todo lo suyo está ahora en completo orden.

—Valiente manera de tenerlo todo en orden —me digo yo a mi misma mientras continúo sentada en el asiento posterior del taxi, que ya empieza a ascender por la Rambla de Catalunya—. ¿Es normal haber tenido un hermano gemelo y no saberlo? ¿Es normal que tu padre y tu madre te escondan este hecho? ¿Es normal que nadie te diga nada? Caigo en la cuenta de que cuando nos mudamos al domicilio actual, ya éramos solo tres. Nuestros vecinos no habrán sabido nunca nada. ¿Pero qué razones pueden haber existido para que me lo hayan ocultado mis padres?

—Hemos llegado —me avisa el taxista.

—¿Qué le debo?

—Siete ochenta. ¿Necesita un comprobante?

—No —le contesto yo.

Le entrego un billete de diez euros. Espero el cambio y me lo guardo en la mano. Al cerrar la puerta trasera del taxi, se me escurren dos monedas de entre los dedos y me siento totalmente tonta por ello.

Antes de subir a la oficina, necesito cambiar mi actitud y mi imagen. En estos momentos tengo que reconocer que está descompuesta y hecha añicos. Solo me apetece estar sola. Tengo necesidad de pensar. Quiero reencontrarme conmigo misma. Siento que no me conozco. Tengo la impresión de haber vivido dentro de un cuerpo que en este momento y por primera vez en mi vida, me resulta totalmente extraño.

Me miro en el espejo del ascensor mientras subo hasta el piso de mi oficina. En este corto trayecto me hago tres propósitos. El primero y más urgente es hacer desaparecer la mueca que parece haberse instalado en mi cara. Lo segundo es no ir a comer y recuperar parte del tiempo que debo. La tercera será salir un poco más tarde para evitar a Mercedes. Hoy no quiero ver a nadie cercano a mi persona. Estoy segura

de que ella notaría algo extraño en mí. Mi estado de ánimo acabaría por desvelar mi secreto. Por el momento no me apetece hacerlo público. No deseo decírselo a nadie. De esta forma, además, estaré completamente segura de que nadie lo traicionará. Sé que la distancia que separa el que una confidencia secreta se convierta en un indeseado hecho conocido por todos es demasiada corta. Debe medir solamente unos diez o doce centímetros. Es exactamente la distancia que media entre la oreja y la boca de la persona a la que se le hace la confidencia.

Entro en la oficina exhibiendo una forzada pero convincente sonrisa. Me reconforta saber que lo he logrado. Me siento en mi mesa y veo como se acerca mi jefe. Hoy no me va a dejar tranquila. Lo presiento.

—¿Cuándo vas a empezar a recuperar las horas que le debes a la Empresa? —me espeta sin ninguna clase de remilgos.

—Hoy mismo —le contesto yo—. Hoy no saldré a comer y después me quedare hasta las ocho y media de la tarde. Calculo que recuperaré unas tres horas y media.

—Ni lo sueñes, muñeca. A ese tiempo le debes descontar las casi dos horas que has estado ausente. Has salido a las diez y acabas de llegar. ¿Es posible que ya no lo recuerdes? ¿Tan volátil es la memoria residente que posees?

Le miro y no le contesto. Odio que me llamen muñeca. Detesto las reflexiones simplistas y ese hombre es pura simpleza. No me extraña que su mujer le abandonase. Eso fue lo que realmente le pasó aunque él explique y haga gala de todo lo contrario. Hago un ademán de responder pero antes de que me decida a hacerlo, él se me adelanta con su peculiar y burlona socarronería.

—Voy a darte un consejo. Vigila con las dietas. Si bien es verdad que te sobra algún que otro kilito, recuerda que el no comer debilita también el cerebro y eso sí que tú ya no puedes permitirte. De ahí vas bastante escasa y no te sobra nada.

—¡Señor Méndez! Le ruego que se ahorre usted estos comentarios que son de muy mal gusto —le digo en voz alta, esbozando una de mis más relucientes sonrisas para que todos mis compañeros se enteren de que lo estoy haciendo.

—Ya basta de perder el tiempo. ¿Puedes venir un momento a mi despacho? Tengo un tema que comentarte —me dice imponiendo la cualidad de su jefatura.

Me levanto y le sigo hasta el cubículo acristalado que él llama su despacho. Yo entro y él cierra la puerta.

—Siéntate por favor. Solo quería decirte que deseo ayudarte pero no quiero que se entere el resto de tus compañeros. Esto es solo entre tú y yo. Supongo que has tenido muchos gastos en estos últimos días. Yo podría sugerirte alguna forma sencilla de resarcirte de ellos. Estos días son muy fríos y las noches todavía lo son más, para que tú las pases sola. Los cuerpos al unirse se dan calor mutuamente y yo todavía puedo darte mucho de todo eso. Te lo propongo con la única intención de ayudarte. Ahora ya no te espera nadie en casa. Nadie notará tu ausencia si faltas alguna noche.

—Muchas gracias —respondo yo mientras me levanto—. Le prometo que me lo pensaré —añado con otra maravillosa sonrisa que no pasará desapercibida a mis compañeros a través de los cristales transparentes.

Vuelvo a mi sitio. Con mi mano derecha me agarro al ratón del ordenador intentando que no se note mi nerviosismo. Ahora solo me falta controlar y neutralizar mi mano izquierda. Tardo solo unos pocos segundos en conseguirlo. ¡Ya está! Ya está todo bajo control. Vuelvo a ser dueña de mi misma pero soy consciente de que mi compañera Carmen, se ha dado cuenta de todo.

—¿Qué te ha dicho? —me suelta sin girar la cabeza y hablando a través de un imperceptible movimiento de sus labios.

—Nada importante —le contesto yo, recordando lo de la pequeña distancia de las confianzas.

—Nos está acosando a todas —vuelve a decirme Carmen.

—No, a mí no —le repito yo.

De esta forma se termina la conversación de mimo. No hemos movido la boca pero nos lo hemos dicho todo. Le he mentido porque quiero ocuparme yo sola de ese cerdo. Dicen que a cada cerdo le llega su San Martín. Pues bien, yo quiero conseguir que el suyo sea completo. Quiero dejarle sin cabeza y totalmente despanzurrado y desollado de todas sus miserias. Pero quiero que el placer de conseguirlo sea solo mío. Creo que sé cómo hacerlo y lo voy a hacer.

Giro la cabeza y miro a Carmen. Otra sonrisa de anuncio de dentífrico «resetea» la relación. Ella sabe que le he mentido pero acepta mi versión. No la entiende pero sé que la acepta. Me gustaría hacerle partícipe de mi secreto, pero ya he decidido no hacerlo.

El próximo sábado estaré sola en la oficina y pondré en marcha la estrategia que he diseñado. Si me falla, el sábado siguiente pondré en marcha el plan «B».

Me concentro en mi trabajo, en el monitor. Instintivamente y sin un motivo aparente me palpo el bolsillo izquierdo de mi pantalón. Mi mano encuentra e identifica el objeto deseado. Tengo la llave y la llevo conmigo. Esta noche saldré tarde pero no me entretendré. Iré directa a casa. Cogeré el «Metro» para ganar tiempo. Cenaré una ensalada con mucho atún. Me encanta el atún. Sobre todo si le echo algunas alcaparras por encima.

Estoy ansiosa por comenzar a descubrir el misterioso Diario. Empiezo a tener la firme convicción de que siempre he estado equivocada al juzgar a mi madre.

Capítulo 6

MARTES, 8 de febrero de 2005, 22 horas 12 minutos.

He tardado más de lo que me suponía en encontrarlo. He tenido que remover todo el armario. Casi había perdido las esperanzas y ya comenzaba a pensar que todo era una invención enfermiza de mi madre, cuando he caído en la cuenta de que los cajones eran menos profundos de lo que aparentemente podían ser. Los he sacado todos de su alojamiento y he localizado la trampilla con una cerradura. La llave ha encajado perfectamente en ella y con una vuelta y media, se ha abierto.

He notado como los latidos de mi corazón incrementaban su ritmo a medida que me acercaba al logro de mi objetivo. Mis manos no han dejado de sudar desde entonces. He tenido que secármelas varias veces para no manchar el libro manuscrito que mi madre denominaba como, «el Diario».

Estoy sentada en la cama con la espalda recostada en el cabezal de la misma. He colocado dos cojines del sofá del comedor sobre mi almohada. Intento tener en lo posible, una postura más incorporada y también más cómoda.

No sé exactamente por qué, pero he sentido y continúo sintiendo la necesidad de leerlo en la cama. Me parece un signo de justa correspondencia a las intimidades que presiento que me voy a encontrar cuando lo lea.

He sido completamente respetuosa a los compromisos que adquirí con mi madre. He mantenido el más absoluto de los silencios con respecto a las últimas confesiones de ella. No he revelado nada a nadie.

Ya he conseguido que mis manos dejen de temblar. Sin embargo, sigo manteniendo el Diario entre ellas. Todavía permanece cerrado. Tiene las cubiertas de color oscuro sin que se pueda llegar a determinar si en su origen fueron negras, azules o quizás grises. El tamaño es algo menor a un folio actual. Se le ve bien conservado. Observo que hay tres grupos de papeles doblados que sobresalen de entre sus hojas. Recuerdo que mi madre me exhortó a que siguiera un orden estricto en su lectura. Volteo el Diario y observo que en la parte superior del lomo, a unos seis o siete centímetros de su borde superior, se adivinan unas desgastadas letras de color dorado. Son solo dos letras mayúsculas de rasgos barrocos y algo complicados. Las miro atentamente y creo poder descifrar que las dos letras son una «J» y una «P». Ésas eran las iniciales de mi padre y también las de mi abuelo.

—¡Y también eran las de mi hermano gemelo! —me digo a mí misma cuando caigo en la cuenta de ello—. ¡Y mi padre intentó registrar mi nombre con «J»! —exclamo poco después en la soledad de mi habitación, cuando recuerdo el episodio del Registro—. En cierto modo puedo considerar que también son mis iniciales —añado tratando de sopesar lo que eso puede llegar a significar.

Miro hacia el exterior. He corrido las cortinas pero no he bajado la persiana. Creo

que no la bajaré nunca. No tengo a nadie enfrente. Además, no creo que nadie pierda su tiempo en espiarme a mí.

Me concentro de nuevo en el Diario. Lo sostengo en mi mano izquierda y es mi mano derecha la que lo abre. Sus páginas huelen a viejo y son de un color descolorido. Quiero decir que muestran un tono envejecido. No sé si en su origen fueron blancas pero hoy ya no lo son. La contracubierta y la primera página están vírgenes. No hay nada escrito en ellas. Debajo de esta primera página se adivina el abultamiento que le produce el primer grupo de papeles foráneos. Paso la página con cuidado y me encuentro dos cuartillas dobladas escrupulosamente por su mitad. Las saco y coloco un punto de lectura en su lugar. Quiero seguir las instrucciones de mi madre a rajatabla y en estos momentos, tampoco deseo dejar ninguna huella externa o extraña en él.

Dejo el Diario a mi lado izquierdo, sobre la cama. Desdoblo las dos cuartillas. Su color es muy blanco. Me atrevería a afirmar que de los tres grupos de papeles que están intercalados entre las hojas del Diario, éste es el que conserva sus hojas más blancas. Creo interpretar que eso puede significar que también deben ser las más nuevas o sea las que se habrán escrito más recientemente.

Las cuartillas han sido escritas con bolígrafo de color azul. Reconozco la letra. Es de mi madre. Es una escritura diminuta y ordenada. Toda ella mantiene una formación perfecta. La primera de las cuartillas está escrita por las dos caras. En cambio la segunda solo lo está por una de ellas.

Respiro hondamente y las coloco en el orden y en la posición correcta. Siento una sensación difícil de explicar cuando empiezo a leer la primera cara de la primera de las cuartillas.

En Barcelona, a 17 de diciembre de 2004.

Querida Georgina.

Si todo se ha desarrollado como yo había previsto, en estos momentos ya estaré descansando. Con ello se habrá puesto fin a todas las manías, las rarezas y las supersticiones que me han acompañado en estos últimos treinta años.

También es ya un hecho que has encontrado el Diario de tu familia. Nunca puse en duda de que así sería. Quiero llamarte la atención a que he escrito «tu familia» de forma totalmente deliberada. Creo que yo nunca llegué a pertenecer a ella, ni por un solo instante.

Me casé con tu padre porque estaba perdidamente enamorada de él. Pero poco después de casarme, llegué a la incontestable conclusión de que lo que él sentía por mí, era otra cosa muy diferente a la que yo sentía por él. Comprendí que yo era solo el medio necesario para que él lograra sus objetivos.

A pesar del terrible mazazo que significó la constatación de este hecho, yo no cambié mi forma de actuar. Me sentía engañada pero todavía me sentía fuerte. Confiaba en poder enderezar la situación. Estaba segura de que con el tiempo, tu padre llegaría a quererme.

Pero basta ya de extenderme en este tema que a todas luces es agua pasada. No obstante y para terminar definitivamente con este asunto, quiero que estés completamente convencida de que yo siempre hice lo que tenía que hacer para conseguir que mi pequeña familia permaneciera unida.

Hecha esta aclaración, quiero pasar a hacerte mi primera confesión y ésta no es otra que decirte que yo también he leído este Diario. Aunque conocía su existencia, me resistí a leerlo durante muchos años. Sin embargo, hace unos doce años que sucumbí a la tentación. Creo que me movió más la necesidad de obtener respuestas, que ninguna otra cosa. No fue la curiosidad ni el morbo, lo que me impulsó a conocer su contenido. El Diario lo comienza tu tatarabuelo paterno. Deseo prevenirte y avisarte que su lectura me afectó muchísimo. Mucho más de lo que yo podía imaginarme en un principio. Tengo que admitirlo sin paliativos y éste es el motivo que me ha movido a escribir estas pocas líneas que no son de presentación, sino más bien de prevención.

Supongo que a estas alturas ya sabrás que no naciste sola. Te pido mil perdones por ocultarte la realidad de tu hermano gemelo. Cuando vivía tu padre, tenía prohibido hablar de ello. Después, cuando nos quedamos las dos solas, no encontré nunca el momento justo para hacerlo y poco a poco, me fui convenciendo de que ya no era relevante que lo supieras. Por eso nunca te lo dije. Ahora sin embargo, o mejor dicho en estos dos últimos años, me ha ido creciendo la convicción de que me había equivocado al no decírtelo.

Sin embargo, mi decisión estaba ya tomada y yo lo seguiré callando hasta el último de mis días. Espero que me comprendas.

Por otra parte, hace mucho tiempo que llegué a la determinación de hacerte conocedora del secreto del Diario. Pero solo lo haré en mi lecho de muerte. Lo haré solo cuando esté segura de que haya llegado mi hora.

He rezado mucho para que el Señor me conceda ese pequeño favor y que ello me permita hacerte partícipe de esta revelación. Estoy plenamente convencida de que atenderá mi última petición.

Con esta frase se llega al final de la segunda cara de la primera cuartilla. Mientras la coloco detrás de la segunda para continuar leyendo, pienso en la nueva forma en la que estoy empezando a percibir a mi madre. No es la persona tan frágil y tan débil que yo me imaginaba. Nunca pasé por alto lo que ella había sufrido pero ahora creo que siempre he estado equivocada en la causa que originaba su dolor. Aunque todavía no lo sé a ciencia cierta, empiezo a imaginarlo.

Estoy teniendo la sensación de que ella estaba mucho más cercana y unida a mí, que yo a ella. Pero ¿por qué no se sinceró nunca conmigo como ahora lo está haciendo?

Rechazo ensimismarme más en mis pensamientos y me centro en la segunda de las cuartillas.

No sé si te habrás fijado en la fecha. Es la fecha del día en el que sufrí el primer mareo. No llegué a perder el conocimiento pero me faltó poco. No te dije nada. Sabía que esto llegaría y también sabía lo que tenía que hacer cuando esto sucediese. No perdí el tiempo. Ahora tan solo me queda desearte mucha suerte en tu vida. Sé que la tendrás porque yo también me he preocupado para que fuera así.

Déjame, para terminar, que te haga un pequeño pero también merecido homenaje, Georgina.

Tú fuiste la única razón para que yo continuase en este mundo. Me alegraste la vida con tu locuacidad, cuando eras tan solo una niña. Recuerdo que lo sabías absolutamente todo. Después me sentí muy orgullosa cuando terminaste tus estudios de Filología Inglesa y siempre he lamentado que no llegases a terminar los dos últimos cursos de Farmacia. Intenté que lo hicieras, pero tú te empeñaste en contribuir a los gastos de la casa y te pusiste a trabajar. Fue un acto que agradecí enormemente aunque nunca te lo dije. Aprovecho también este momento para decírtelo. Siempre me ha gustado que las personas sean capaces de decidir por sí mismas. Y mucho más si esa persona eras tú.

Estoy segura de que ahora tú también sentirás la necesidad de decirme algo que no me dijiste cuando estábamos juntas. No importa que ya no me veas. Dímelo de todas formas. Aunque yo ya no pueda oírte, a ti te hará bien. Te lo aseguro. Nunca te arrepientas de nada que libremente hayas decidido hacer. Se feliz y sobre todo disfruta de lo tuyo pero recuerda terminar todo lo que empieces. Me imagino que todas estas recomendaciones te sorprenderán pero alguna ventaja tenía que tener el hecho de morirse primero.

Te quiero y te seguiré queriendo.

Mamá.

Tengo los ojos bañados en lágrimas cuando acabo de leer las cuartillas escritas por mi madre. Las leo por segunda y por tercera vez. En cada nueva lectura encuentro algún nuevo significado. Me resisto a doblarlas y guardarlas.

Siento que mi vida se está moviendo por un rumbo distinto que ni yo misma sé hacia donde me lleva. Aunque pueda parecer una exageración, noto que por primera vez en mi existencia, me embarga la responsabilidad y me atenaza el miedo a conocer

lo desconocido. Empiezo a no tener muy claro si hubiera sido mejor que mi madre se hubiese callado, llevándose para siempre el secreto del Diario con ella.

Miro el reloj. Pasan diecisiete minutos de la media noche. Tengo que dormir. Mañana debo acudir al trabajo en plenitud de condiciones porque tenemos visita de nuestros jefes de Alemania.

Cojo de nuevo el Diario y recoloco con mucho mimo las cuartillas en su lugar. Las dejo igual que las encontré. Sitúo el punto de lectura inmediatamente detrás de ellas. La curiosidad me empuja a pasar hoja y poder leer al menos, la primera de las páginas que verdaderamente forman parte del Diario. Dudo durante unos instantes pero finalmente paso hoja y sucumbo a la tentación.

Una escritura muy distinta aparece ante mis ojos. Está escrita con tinta y pluma. Las letras tienen formas curiosas que se repiten con una exquisita pulcritud. Los rasgos son muy recargados pero se identifican con claridad.

Diario Familiar de Eventos.

Yo, Jacinto Pineda, en Barcelona, a 26 de junio de 1870, he decidido comenzar a reflejar en este Diario, las efemérides y eventos familiares que sean dignos de ello. Lo hago hoy, porque acaba de nacer mi primer hijo. Es un varón que llevará el nombre de Joaquín y va a ser mi único hijo. Este va a ser el primer hecho notable que se vea reflejado en este Diario Familiar de Eventos.

A partir de ahora, dispongo que cada vez que suceda o nos suceda algo importante que reseñar, lo hagamos en este Diario, que pasará de padres a hijos cuando el hijo se convierta en padre. Así seguirá sucesivamente de generación en generación.

Ya no hay nada más escrito en esta primera página. Es solo la página de presentación pero sin embargo, he quedado sorprendida por el tono solemne que se adivina en las palabras de mi tatarabuelo en el día que nació su hijo, o sea mi bisabuelo paterno.

Pasan ya cuarenta y dos minutos de las cero horas y recuerdo que tengo que dormir. Coloco de nuevo el punto de lectura en el Diario. Es un gesto inútil porque todavía no es necesario pero yo lo hago como si lo fuera. Es parte del ritual que yo misma me he impuesto. Cierro el Diario y lo dejo sobre la mesita de noche. Cierro la luz y también cierro los ojos. A pesar de haberlos cerrado percibo en ellos la claridad que entra por la ventana fruto de las luces nocturnas exteriores. Me siento muy bien conmigo misma. Sin poderlo evitar, vuelvo a repasar mentalmente el contenido de las dos cuartillas de mi madre.

Intento conciliar el sueño pero sé que estoy muy lejos de conseguirlo. Ha sido demasiado para mí. Me cuesta aceptar que he tenido el primer contacto con mi

tatarabuelo, justo en el día que acaba de nacer mi bisabuelo. Y todo ello después de haber podido conocer los sentimientos póstumos de mi madre a los pocos días de su muerte. Reconozco que la mezcla es explosiva y que me encuentro un tanto superada por los acontecimientos.

Definitivamente no estoy por la labor de dormir. Mis pensamientos van y vienen sin control. De repente todo ha cambiado de color y de significado. ¿No se habla a veces del color de la voz? Pues bien, en este caso yo me atrevo a hablar del olor de las palabras escritas. La escritura de mi antepasado olía a aceite perfumado con rosas. Todavía percibo el olor en el ambiente.

Pero ¿qué habrá querido decir mi madre cuando afirma que ella se ha preocupado para que yo tenga suerte? ¿Qué significa la frase «tienes que acabar siempre todo lo que empieces»? ¿A qué se refiere exactamente? ¿Qué secretos puede contener este Diario que tanto llegó a afectarla? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en todo esto?

Mantengo mi lucha interior y aprieto los ojos en un intento de querer dormirme más rápidamente. Como no lo consigo, decido ocupar mi mente con una única frase en la que concentrarme. La repito una y mil veces.

Te quiero mamá. Te quiero mamá. Te quiero mamá. Te quiero.

Hasta que me duermo.

Capítulo 7

LA REUNIÓN TERMINA a los escasos veinte minutos de haber comenzado. Ha sido un visto y no visto. Lo único destacable es que nos han anunciado la llegada inminente de un «controller». Lo han decidido en Stuttgart. No han manifestado ninguna razón especial para haber tomado esta decisión. Tan solo nos han explicado que la División española estaba creciendo mucho y que cuando se alcanza una determinada facturación anual, son las propias normas internas de la compañía, las que lo exigen. También han dejado claro que el nuevo «controller» será el único encargado de reportar los datos a la Central de Alemania. Él mismo establecerá la forma estructurada y compatible de los mismos, para que todo sea homogéneo entre las distintas divisiones nacionales.

Como única confidencia a reseñar, el portavoz de la Central ha anunciado que el «controller» será una persona joven, con la licenciatura recién terminada en Alemania y que dominará los dos idiomas perfectamente. No ha querido decir si será hombre o mujer. Para no dar su nombre ha aludido a que el nombramiento no era todavía oficial y que él no podía adelantar acontecimientos.

He podido presenciar en directo, como se iban volviendo agrias las caras de todos mis jefes.

Acto seguido, el portavoz de la central se ha marchado. Ha rehusado muy amablemente a quedarse a comer. Tenía un asunto de cariz particular que le obligaba a regresar a Alemania de inmediato. Estoy convencida de que la huida del portavoz obedece a claros criterios tácticos para no enfrentarse a preguntas a las que no está autorizado a contestar.

Estoy sentada frente a mi ordenador. El Director Gerente y los cinco Jefes de Área continúan reunidos. Ha sido un auténtico mazazo para todos ellos. Lo he notado en sus ojos. Yo he podido asistir a la reunión en mi calidad de responsable de Zona. No he abierto la boca pero si que he procurado abrir los ojos y también he afinado los oídos todo lo que he podido. No he querido perderme nada de lo que se ha dicho y tampoco de lo que se ha dejado intrínsecamente flotando en el aire.

Mis impresiones se inclinan a que el motivo principal es que han debido percibir o adivinar algún tipo de irregularidad. En este punto vuelvo a recordar mi fugaz visión del albarán de «Solitex». He de asegurarme que el seboso de Méndez no haya realizado ninguna maniobra que pueda involucrarme directa o indirectamente. No me gusta recordar que se trata de un cliente de mi zona.

Cruzo una mirada de complicidad con Carmen. Ella me la devuelve con un ligero movimiento de ojos y de cabeza, señalando a la media docena de hombres que siguen reunidos. Por sus gestos de incredulidad y desesperación se adivina que deben estar completamente acojonados. Se acabó el chollo de poder chupar teta a discreción para

todos ellos.

—Están que no se la encuentran —me dice en voz baja, sin casi mover los labios.

—Sí, es verdad. Creo que van a tardar unos cuantos días en poder volver a mear de pie —le contesto yo de la misma forma.

Entonces veo como en el rincón inferior derecho de mi pantalla, aparece un icono parpadeante en color rojo. Me giro inmediatamente hacia Carmen y con dos dedos de la mano izquierda, le hago la señal de las tijeras para que corte y para que abandone de inmediato la estrategia que pretende comenzar. No puedo permitirme ningún tipo de error.

Lo que Carmen intentaba, era chatear conmigo a través de un sistema de comunicación interna que tenemos todos los empleados, en la división española. Conozco de buena tinta que todos los *chats* quedan grabados y no quiero que puedan encontrar ninguna razón que luego les pueda servir para colocarme como cabeza de turco. Al menos no quiero ser yo la que se lo brinde en bandeja de plata.

Carmen entiende la situación al instante y desiste rápidamente de su empeño. El icono parpadeante se funde y desaparece. Mi mirada se dirige de nuevo hacia donde están los seis «capos» reunidos. Creo percibir que los gestos y aspavientos que hace media hora eran muy ostensibles, han desaparecido por completo. Ya no están acojonados, ahora ya están completamente derrotados. Se les ve que están sumidos en el pesimismo. Observo cómo dos de ellos se sujetan la cabeza colocando su mano sobre la frente, mientras que el resto de ellos sigue hablando.

En la sala general somos un total de diecisiete personas. El sexo femenino es mayoría ya que tan solo hay cinco hombres y me atrevería a afirmar que uno de ellos está presto a salir del armario, si es que no lo ha hecho ya.

Doy un vistazo general y veo que todo el mundo está más o menos pendiente de la reunión de los jefes. Con mayor o menor disimulo todos están siguiendo los acontecimientos mudos que se adivinan a través del cristal. Como nadie puede oírles, cada uno de nosotros se debe estar haciendo su particular quiniela de pronósticos. Casi seguro que todos tenemos nuestro favorito sobre quien va ser el primero en caer decapitado.

—¿Cuánto tiempo le das a Méndez? —me pregunta Carmen.

—Ese va a ser el último en caer —respondo yo con una velada mentira que trata de esconder tanto mis deseos como mis intenciones.

—¿Tú crees?

—Es el más listo de todos.

—Y también el más cerdo. Ayer cuando tú te quedaste a recuperar, él salió detrás de mí y me pidió si podía hacerle un pequeño favor.

—¿Y? —pregunto yo con los ojos abiertos como platos.

—Me pidió que le instalara unos programas en el ordenador de su casa. Me

mostró un «cd» y me dijo que se lo había enviado su hermano. Según él, contenía un programa que le iba a permitir pasar las fotografías de sus sobrinos que estaban en el «cd», de una forma totalmente automática y secuenciada en la pantalla de su ordenador.

—¿No me dirás que aceptaste?

—Más que aceptar es que no supe cómo negarme. No encontré ninguna excusa que me pareciera válida. Él se dio cuenta de mis vacilaciones e insistió tanto que al final, le dije que sí.

—¡Santo Dios! —exclamo yo entre dientes.— El programa se instaló solo. No hubo ninguna clase problemas. Sin embargo, las fotografías no eran precisamente las de sus pequeños y encantadores sobrinos —sigue explicando mi compañera.

—No me cuentes más.

—Intentó meterme mano —sigue contando ella, ignorando mi comentario por completo.

—¿Y qué hiciste? —Escapé como pude pero no me salvé de sentir sus asquerosas manos sobre mi cuerpo.

—¡La madre que lo parió! —digo yo en voz alta provocando que todas las miradas de mis compañeros y compañeras, confluyan en mi persona.

Carmen enrojece y disimula. Yo descargo mis iras sobre la pantalla de mi ordenador. Intento disimular y hacer ver que mi comentario es una consecuencia directa de un fallo del programa informático.

—Lo he perdido todo. Hace más de veinte minutos que no había grabado para salvar todo lo que había hecho —añado de nuevo para dar credibilidad a mi artimaña de despiste.

Seguidamente intento seguir con lo mío. Vuelvo a mirar en dirección a la reunión de los desesperados. Es casi la hora de comer. Ellos sin embargo, no se han enterado de ello. Pienso en que se les habrá cerrado la boca del estómago y que por eso no tienen hambre. Siguiendo mi raciocinio, llego a la jocosa conclusión de que quizás también se les haya cerrado algún esfínter más de su cuerpo.

Son las dos en punto. Bloqueo mi ordenador y salgo a comer. Todos mis compañeros hacen lo mismo. No se queda nadie. Los cuchicheos en el ascensor y en el vestíbulo de la escalera son generales. Parece que en el horario de comida se haya abierto la veda. Todo el mundo habla y dice la suya menos yo. Yo solo sonrío y hago caras de complicidad con todos pero no digo nada.

Mercedes me está esperando para comer juntas y a través de ella tengo que empezar a poner en práctica el plan que he diseñado para el próximo sábado.

Salgo a la calle y la veo en la esquina de Rambla Catalunya con la calle Rosellón. Me alegra comprobar que hoy viste de forma muy elegante. He de reconocer que muchas veces sus ideas y su aire progresista, le traiciona en la vestimenta que elige,

pero hoy no es así. Hoy la encuentro impecable.

—Hola Merche. Estás radiante —le digo al llegar a su altura.

—Muchas gracias, Gina. Aunque debo confesarte que ese saludo me huele a peloteo. Apuesto a que quieres pedirme algo.

—¿Qué prefieres comer hoy?

—Una pizza vegetal con doble ración de alcachofa, me sentaría de auténtica maravilla.

—Entonces, trato hecho —digo yo, aceptando su sugerencia sin reparos y a la primera.

—Definitivamente hoy me vas a pedir algo —insiste ella.

—¿Sigues teniendo alguna relación con Marc? —le pregunto mientras caminamos hacia la pizzería.

—¿Por qué te interesa a ti, Marc?

—Tú contestame.

—Sí. Aunque no le veo a menudo. Sabes de sobras que es el tipo de hombre perfecto para echar una canita al aire de vez en cuando. Es atractivo, es educado y sobre todo no es posesivo. No es de los que por el mero hecho de haber mantenido una relación contigo, después se creen disponer de un derecho de exclusividad sobre ti. Una exclusividad que nadie les ha otorgado. ¿Acaso necesitas que te lo preste?

—¿Prestármelo? ¿Es que tú sí que te crees con exclusividad sobre él?

—¡*Touché!* —me contesta ella, admitiendo su contradicción.

—Necesito que este sábado por la mañana esté disponible para mí.

—¿No me dijiste que ibas a trabajar para recuperar las horas que dicen que perdiste al estar al cuidado de tu madre? ¡Hay que ver la clase de arpías que son tus jefes!

—Me conviene hacerlo —le contesto yo sin entrar al trapo.

—¿Entonces, para qué necesitas a Marc?

—Quiero que me ayude a solucionar un problemilla.

—¿En tu oficina?

—Sí, y además avísale que se vista de fontanero y que no venga hasta que yo le avise.

—¿Qué? ¡Bingo! —exclama Mercedes—. Por fin consigo averiguar algo íntimo sobre ti. No está nada mal como fantasía sexual. ¡En la oficina y con un fontanero! Me la apunto. ¡Es sencillamente genial!

—Deja ya de decir sandeces y dame el número de su móvil. No sé si le llamaré este próximo sábado. Advértele que solo lo haré si se cumplen las condiciones idóneas para hacerlo. Si no le llamo tendremos que esperar al sábado siguiente y sino al otro. Después ya no dispondré de otra oportunidad para estar sola en la oficina.

—Cuéntame. ¿Qué es lo que pasa? —pregunta ella abandonando los tonos

jocosos al adivinar que algo serio sucede.

—Prefiero no decírtelo todavía. Pero espero que Marc sea tan bueno frente al ordenador como tú aseguras que lo es en la cama. Confío en ti, Mercedes.

—Está bien. Le llamaré y haré que acepte tu juego. Pero por favor, te ruego que ahora me cuentes algo más.

—Aquí dentro no. No sé qué orejas pueden estar escuchándome —le contesto yo aprovechando el hecho de que estamos entrando en la pizzería.

Sin que ella lo note, yo sonrío interiormente al comprobar que he cronometrado perfectamente el tempo de la conversación para poder escudarme y esconderme en mi último comentario.

La tarde ha transcurrido como la mañana. Reunión tras reunión. Los corderos ya se están resignando a su suerte. Lo único que les cuesta es guardar el famoso silencio que hizo que *Jodie Foster* creciera como actriz. A las siete en punto me marché a casa. Hoy Merche no viene conmigo y yo no quiero encontrarme con situaciones como la de Carmen.

Son casi las diez de la noche. Estoy sola en casa. Ya he cenado. Oigo el zumbido vibrador de mi móvil. Acabo de recibir un SMS. Es de Mercedes. Me confirma que Marc va a estar a mis órdenes el próximo sábado. Levanto los brazos en señal de victoria.

Estoy sentada frente a la mesa del comedor de mi casa y tengo el Diario frente a mí. Hoy me he decidido a cambiar la cama por la mesa. Quiero estar más cómoda. Me duele un poco el hombro izquierdo. Supongo que será de alguna postura incómoda de ayer.

La luz de las farolas de la calle, se entremezcla a través de las cortinas con la luz de la lámpara del comedor.

Miro el Diario. Todavía no tengo una sensación formada con respecto a él. Siento que por un lado, es la curiosidad la que me incita a leerlo. Sin embargo, tengo un enorme respeto hacia lo que puede haber escrito en él. Mi madre me advirtió claramente de ello.

Lo abro ayudada por el punto de lectura. De nuevo aparecen ante mí, las letras con la caligrafía cuidada y caprichosa que las define.

Justo antes de comenzar a leer, siento una extraña sensación. Me noto que no estoy a gusto. Hay demasiada luz. Me levanto y voy en busca de una lámpara de mesa. La conecto, la enciendo y apago la luz principal del comedor. Ahora sí. Ahora tengo la atmósfera adecuada. La intimidad ha vuelto a mi entorno y reemprendo la lectura allí donde ayer la dejé.

26 de junio de 1870.

Mi hijo Joaquín ha nacido. Es un buen presagio que lo haya hecho tan solo un día después de que la reina Isabel II haya abdicado del trono. Ha nacido con la deseada libertad que todo este país espera. El niño está sano y casi no llora.

Carlota, mi esposa, también está bien. Ha sufrido mucho con el parto pero ella ya sabía que éste es el primero y el último al que habrá tenido y tendrá que enfrentarse en su vida. He decidido que solo voy a tener un hijo. No quiero dividir todo el resultado de mi esfuerzo. No quiero niñas que después traigan a casa zánganos que se crean con derecho a que sus hijos sean lo mismo que el hijo de mi hijo. Esos nietos no iban a llevar nuestro apellido y por lo tanto no quiero tenerlos.

03 de enero de 1871.

Este país parece no tener remedio. Nuestros políticos han decidido que traquemos con la infamia de tener un rey de origen italiano. Amadeo de Saboya es una mala solución. No necesitamos ningún rey. Lo único que necesitamos es un gobierno fuerte y con las ideas claras. En caso contrario, perderemos el tren del progreso y de la industrialización. Todo esto es un error que acabaremos pagando muy caro. Los carlistas han acabado saliéndose con la suya. Además el general Prim acaba de morir. No ha podido superar la emboscada que sufrió a la salida del Congreso el pasado día 27 de diciembre. El tiempo demostrará quienes han sido los verdaderos instigadores de este cruel magnicidio.

En los actuales momentos, la industria textil ya ha superado sus tambaleantes comienzos y está preparada para su consolidación. Espero que esta tan cacareada «monarquía constitucional» sea capaz de darle el empujón definitivo que se necesita.

Por mi parte, yo ya he decidido tomar el camino del riesgo. He comprado el cuarto telar y he encargado para finales de Septiembre, el quinto. He cambiado el nombre de la empresa para que ya se quede como definitivo. El nombre de «Textiles J. Pineda e hijo» no tendrá necesidad de ser cambiado nunca más.

Aparto la vista del libro y detengo la lectura. Tengo la boca seca. No ha sido una idea muy acertada comer tortilla de bacalao para cenar. Aunque he tomado precauciones y estaba muy desalado, sus efectos parecen no haber disminuido.

Creo que las palabras que estoy leyendo de mi tatarabuelo también contribuyen a ello. Ignoraba por completo que provengo de una familia de industriales. Tal como yo recuerdo, mi padre solo fue un sencillito panadero que trabajaba un montón de horas por un sueldo fijo.

Me acerco a la cocina y destapo una botella de agua mineral sin gas. Me sirvo y bebo el primer vaso sin apenas haber dejado que esa agua llegase a mojarlo. Me llevo conmigo el vaso y la botella hasta el comedor. Vuelvo a tomar asiento y reanudo la lectura. Me imagino esa época de finales del siglo XIX como muy lejana a mí. Sin

embargo, no lo está tanto.

27 de octubre de 1872.

Es domingo por la noche. Es mi momento de paz y sosiego. Estoy feliz. Las cosas me van bien. Tengo una familia estable. Mi hijo crece sano y fuerte. Puede decirse que soy un hombre de posición que lo tiene conseguido absolutamente todo, a los treinta y cuatro años de edad.

Tuve la visión de romper con la tradición familiar y abandoné el oficio de barbero que me había enseñado mi padre. Ahora hace diez años, cuando él murió, malvendí el negocio familiar para comprarme el primer telar. Era una maquina desvencijada por la que nadie apostaba. Pero yo sí que aposté por ella. Trabajé día y noche y pude comprar el segundo telar. Así fue sucediendo hasta llegar a la situación actual en que la empresa tiene ya siete telares y nueve operarios. Quizás tenga que pensar en doblar algún turno más, para que las máquinas nuevas trabajen las veinticuatro horas.

Mis temores eran ciertos y la situación global del país no mejora. El desarrollo de la industria depende todavía demasiado de la agricultura.

De todas formas mi intención es dejar reflejado en este Diario que me he trasladado de local. Sigo tomando riesgos en una época de incertidumbre. Hemos pasado de 300 metros cuadrados a más de 1000. También hemos dejado el viejo piso de la calle Trafalgar. Nos hemos mudado a una modesta casa con jardín situada cerca de la carretera de Vallvidriera. Mi hijo podrá salir al jardín y pisar la tierra. Podrá crecer libre de tanto adoquín y de tanto empedrado de las calles. La hora me indica que ya estamos a lunes. Debo ir a dormir. Tengo que abrir la fábrica antes de las seis de la mañana.

Yo también miro el reloj. Todavía no he cambiado de día pero me falta poco. Coloco el punto de lectura en el Diario y lo cierro. Quiero reflexionar sobre lo que he leído. Ese hombre conocía y valoraba el riesgo pero no por ello se arrugaba en sus decisiones. Siento que eso nos une. ¿Qué haría él en mi situación actual? ¿Cómo actuaría? Creo adivinar que no muy distinto, si salvamos las distancias de género y de época.

Otra cosa que me sorprende es su forma de vivir la política. La encuentro sencillamente apasionante. Continuamente está analizando la situación general y luego intenta extrapolarla a la suya en particular. ¿Qué pensaría de todo nuestro caos político actual? ¿A quién haría responsable del proceso inverso al de su tiempo? ¿Cómo encajaría mi tatarabuelo Jacinto Pineda, la maldita globalización que está acabando irremisiblemente con mucha parte de nuestra industria?

Me voy notando cada vez más unida a ese antepasado mío. Creo que comienzo a

sentir su influjo como en un paradigma de cariz intemporal. Reconozco que ahora me gustaría encontrar más cuartillas insertadas con los comentarios de mi madre. ¿Qué sentía ella cuando llegó a este mismo punto? ¿Por qué no compartimos nunca esas sensaciones? ¿Qué razón la empujó a comportarse siempre como si estuviera en deuda conmigo?

Mis reflexiones me han llevado hasta la cama. Cuando me meto en ella noto que está fría. Es una sensación que me gusta. Contrariamente a la mayoría de la gente, a mí me gusta ir paseando mis pies en busca de rincones que todavía conserven esa textura propia del invierno.

Esta noche he guardado otra vez el Diario en su escondite. Ayer no lo hice y hoy he tenido la sensación de que él lo había notado. Creo que su naturaleza y su condición así me lo exigen. Ese Diario conserva el alma de todos los que escribieron su vida en él.

Yo no debo ni puedo permitir que eso se pierda.

Capítulo 8

SÁBADO, 12 de febrero de 2005.

Son las nueve y media de la mañana y estoy sola en la oficina donde trabajo. Voy a esperar hasta las diez para poner en marcha el plan que he preparado. Acabo de tener más de diez minutos de charla con Marcelo, el conserje. Está contento de tener compañía en sábado. Se ha ofrecido para subirme un café a media mañana pero yo he declinado su ofrecimiento. No quiero estar pendiente de nada ni de nadie que pueda interferirse en mis actos.

Suena el teléfono y me produce un sobresalto. El timbre es mucho más sonoro y escandaloso al estar todo en silencio. No sé si contestar. Nuestros clientes saben que no trabajamos los sábados. Decido esperar un poco antes de contestar.

Al final contesto imitando a un contestador automático.

—Les informamos que nuestro horario de oficinas es de lunes a viernes de nueve a catorce horas.

Una voz me interrumpe. La reconozco al instante. Sabe que estoy sola.

—No te hagas la graciosa. Solo quería comprobar que estabas trabajando. Te advierto que ayer di ordenes a Marcelo para que me apunte tu hora de llegada y de salida.

—Usted siempre tan considerado, señor Méndez —digo yo deseando que todo quede en esta llamada y que no venga a importunarme.

—También le he pedido que controle tus salidas a tomar café o por cualquier otra excusa que te inventes. Los minutos que estés fuera los descontaré de tu recuperación.

—Gracias de nuevo, señor Méndez.

—¡Ah! Necesito que cierres la cifra de ventas del año 2004. La quiero por subzona y por agente. Todo debe estar disponible en mi mesa a primera hora del lunes, ¿entendido?

—De acuerdo, señor. No se preocupe usted. Me aseguraré que tenga usted todos esos datos que me pide —le digo yo mientras con la mano que tengo libre abro un cajón y compruebo que todo lo que me está pidiendo, lo tengo ya hecho. Tan solo tendré que reimprimir algunos de los documentos para que cojan la fecha del día de hoy, en la impresión.

Antes de colgar, Méndez me suelta otra de sus exquisiteces.

—Déjame decirte que has tardado mucho en descolgar el teléfono. He llamado directamente a tu extensión para que no actuara el contestador. ¿No estarías en el servicio haciendo gala de tu especialidad, verdad?

Me muerdo los labios para no contestar lo que pienso. Aprieto los puños y luego, aprovechando que no me ve, le hago la señal de los cuernos con los dedos de la mano

que tengo libre.

—No, no señor. Nada de eso. He tardado en contestar porque he dudado de si debía o no debía hacerlo.

—Excusas, siempre excusas. Parece que se hayan instalado en ti y no puedas prescindir de ellas. Recuerda que quiero los informes listos a primera hora del lunes.

—Ya le he dicho que los tendrá. Que tenga un buen fin de semana. Buenos días, señor Méndez —le digo y cuelgo el teléfono sin pensármelo dos veces.

Ese hombre me saca de quicio, pero no quiero demostrárselo. No quiero que sospeche nada de mí.

Son las diez y diez de la mañana. Es la hora. Me levanto y me dirijo a los servicios de caballeros. Mientras lo hago, relaciono las palabras de Marcelo con lo que acaba de decirme Méndez.

—¡Qué buen hombre es Marcelo! —me digo al recordar que quería subirme el café para evitar tener que pasar nota de mis ausencias a mi jefe.

Me centro en mi estrategia y abro todos los grifos de los lavabos. El agua rebosa rápidamente las cavidades de los lavamanos y empieza a chorrear hacia el suelo. Cuando todo está lo suficientemente encharcado, vuelvo a cerrarlos y llamo a Marc por el móvil.

—¿Estás listo?

—Sí —me contesta él.

—Pues adelante. Ya sabes la dirección. Procura ser convincente con el conserje. Es un buen tipo.

—De acuerdo. Si es verdad que es tan buen tipo no le dispararé con la recortada. Un solo disparo en la sien bastará. No padezcas que no le dolerá porque no se dará cuenta.

—Dejémonos de coñas —le digo—. El tiempo apremia.

—A sus ordenes mi comandante. El escuadrón de reparaciones se pone en marcha.

Calculo que han pasado unos veinte minutos desde que terminé de hablar con Marc, cuando empiezo a oír voces. Es Marcelo que discute con otra persona. Suena el timbre de la puerta.

—Señorita Georgina —dice el portero intentando evitar que el fontanero entre en la oficina—. Ese hombre dice que usted le ha llamado porque hay un escape de agua.

—Es cierto —digo yo, dirigiéndome al servicio de caballeros.

—¿Por qué no me ha dicho nada a mí?

—Pues porque no lo había visto hasta ahora. No suelo entrar allí, ¿sabe? Me he dado cuenta cuando he visto que el agua salía por debajo de la puerta. Entonces he llamado al fontanero.

—Pero ése es mi trabajo, señorita Georgina.

—¿El de fontanero? —pregunto yo, haciéndome la despistada.

—No, no, eso no. Pero sí que es mi trabajo el tener que avisarles.

—¡Oh!, lo siento. He actuado de forma refleja. Hace tres días que me sucedió lo mismo en mi casa y como todavía conservaba el número de teléfono en mi móvil, les he llamado.

—Pero es que tenemos un seguro contratado.

—Oigan —dice Marc—. No me hagan perder más tiempo. ¿Entro y miró lo que pasa o me voy? Ustedes deciden. —Bueno, ya está hecho. Supongo que no tiene más importancia— digo yo sin dar más opciones a Marcelo. —Cada uno de nosotros tiene su trabajo. Usted arregle el desaguisado lo más rápido posible y usted Marcelo, vaya a su puesto que yo iré al mío.

—Pero señorita —protesta Marcelo.

—No tiene porqué preocuparse, Marcelo. Si intenta violarme gritaré. Gritaré muy alto para que usted me oiga.

—No me gustan esas clases de bromas. Me parece que me voy —dice Marc, en su papel.

—¡Qué difíciles son los hombres! —les recrimino a los dos—. Por favor, cada uno a lo suyo que yo tengo que acabar lo que me ha encargado el señor Méndez.

—¿Ha hablado usted con él? —me pregunta el portero.

—Sí, esta misma mañana por teléfono. Me ha pedido un montón de informes y debo terminarlos. No puedo perder más tiempo, ¿saben?

Veo con satisfacción que mis palabras han causado el efecto deseado y que Marcelo se marcha y cierra la puerta.

Al oír el ruido del cierre, Marc viene hacia mí.

—¿Qué es lo que pasa? ¿A qué viene tanto misterio? Mercedes no ha querido decirme nada.

—Mercedes no sabe nada. Si ha fingido que no te revelaba información es porque ella es así. Nunca acepta estar fuera de nada. Pero eso ahora no importa. Vamos al grano.

—Venga, cuéntamelo todo.

En poco más de cinco minutos le cuento a Marc lo que pude ver en la pantalla de mi ordenador y mis sospechas de que algo muy raro estaba sucediendo. Acabo toda mi explicación con el anuncio de la aparición, en breve, de la figura de un «controller» alemán en la compañía.

—¿Cuántas claves de acceso conoces? —me pregunta.

—Solo la mía y la de mi amiga Carmen.

—¿Carmen es lo suficientemente amiga como para no ponerla en un compromiso?

—Sí.

—Entonces utilizaremos otro método. Dime el nombre del usuario que más rabia le tengas. También necesito saber de cuántos dígitos constan los «passwords».

—CMENDEZ —digo sin pensar—. Y los «passwords» tienen seis dígitos.

Permanezco en silencio mientras veo que saca una especie de calculadora y que la coloca entre el teclado y la torre. Acto seguido pulsa una combinación de cifras y letras. Veo después que en su diminuta pantalla empiezan a girar los dígitos a una velocidad endiablada que me recuerda la presentación de la película «Matrix».

No pasan ni tres minutos cuando ya ha encontrado la clave de acceso.

—Definitivamente, la clave de acceso de CMENDEZ es muy original.

—¿De verdad? —pregunto yo—. Me extrañaría mucho que así fuera.

—Veo que le conoces bien. La clave de acceso de CMENDEZ es CMENDZ. ¡Si llegáis a tener siete dígitos, la mete entera! —me dice Marc, sonriendo.

—Ya te dije que ese hombre es un anuncio viviente de pura simpleza.

—Bien, veamos lo que ha hecho personalmente en el último mes.

—¿Puedes ver eso?

—Sí. Hay ficheros ocultos que registran todo lo que haces. Se llaman «logs». Es una especie de historial de tus movimientos.

—Me asustas.

—Oye, ¿recuerdas el número de albarán que vistes?

—Sí. Me quedo grabado. Era el 05/538.

—¡Qué memoria! —exclama Marc.

—No creas. Me acuerdo porque termina con los años que tiene una buena amiga mía. Por eso me llamó la atención.

Marc no contesta. Está tecleando instrucciones desde su portátil que yo no entiendo en absoluto. Me dice que se acaba de conectar en red. Me explica que de esta forma todo lo que haga quedará en su portátil y no en el sistema. Y si alguna traza queda será la de CMENDEZ, porque ha cambiado la fecha del sistema y ha puesto la de ayer.

Le pregunto si puedo ir imprimiendo algún documento. Me contesta que mejor que no. Me recuerda que ha cambiado la fecha. Además necesita hacerme algunas preguntas y me quiere a su lado.

Solo pasan quince minutos cuando levanta las manos.

—Ya lo tengo.

—¿El qué?

—Ahora te lo cuento. ¿Puedes comprobarme primero el stock de fin de Enero de alguno de esos artículos raros que viste en el albarán de «Solitex»?

—Recuerdo el MAH930.

—Ese mismo vale —me dice.

Lo miro y compruebo que el stock físico declarado en el inventario coincide

exactamente con el stock que figura en la contabilidad.

—Todo en orden. Cuadra a la unidad.

—Estaba seguro de ello. La estafa está muy bien planteada y es muy difícil de detectar.

—Explícame ya, qué es lo que están haciendo. Te lo ruego.

—Lo haré de forma sencilla. Mira, los implicados deben tener unos clientes que se han prestado al juego por evidente interés económico.

—Cuenta. Estoy impaciente.

—Más o menos, el procedimiento debe ser el siguiente; Primero de todo, alguno de los clientes cómplices debe manifestar un interés concreto por algunos materiales. Entonces emiten un albarán a otro cliente cualquiera, que utilizan como puente, con esos materiales que interesan al cliente cómplice. Sin embargo, este albarán no se llega a facturar nunca, ya que simultáneamente le emiten otro albarán de abono con un artículo genérico de texto. Lo emiten por un valor que anula exactamente el valor total del primer albarán. No tengo que decirte que en el caso que tú descubriste, la empresa que utilizaron como puente fue «Solitex».

—¿Y entonces?

—Pues que el primer albarán rebaja la existencia de los artículos del almacén y el albarán de texto contrarresta la facturación antes de que ésta se emita. Nadie ve nada y ellos tienen los materiales que se han dado de baja, disponibles para ser vendidos bajo mano al cliente compinchado. Unos se quedan con el dinero y los otros obtienen materiales a bajo precio. Todos ganan y todo queda cuadrado en la contabilidad y en el almacén. No hay desfases. Las cifras anuales cuadran entre las dos empresas y las declaraciones del «347», también.

—Estoy perpleja.

—Pues todo queda perfecto y además produce un dinerito fresco para algunos. Un dinerito que además, y que yo sepa, no hay que declarar a Hacienda.

Me quedo boquiabierta mientras Marc desmonta y guarda sus aparatos. ¿Cómo pueden algunos ser tan listos? Y también, ¿cómo se puede ser tan ladrón?

—Voy a cambiar uno de los flexos del lavabo —me dice—. Cambiaré el del agua caliente. Es el que más suele reventar de los dos. Nadie verá nada raro en ello. ¿Tienes algo para recoger el agua?

—Sí. Hay una fregona y un cubo en el cuarto de limpieza —le contesto yo que todavía estoy absorta por la explicación del sistema del desfalco.

—Pues tú recoge el agua mientras yo cambio el flexo. Voy a tardar menos de cinco minutos. Date prisa porque estoy seguro de que el conserje no tardará en subir.

Efectivamente, las previsiones de Marc no tardan en cumplirse. Suena el timbre de la puerta y yo voy abrir fregona en mano.

—¿Cómo van las cosas? —pregunta Marcelo.

—Todo solucionado —le digo yo, mientras doy media vuelta y sigo recogiendo agua.

—La fuga era mínima, pero ha estado saliendo agua durante toda la noche. Me ha costado localizarla porque se trataba de un pequeño poro en el flexo del agua caliente.

—Suele pasar —asiente el conserje.

Marc termina su labor y recoge el resto de herramientas. El portátil ya está guardado en el otro lado de la caja.

—¿Qué le debo? —pregunto yo.

—Nada, señorita. Solo ha sido una tontería. Además me ha hecho usted un gran favor al llamarme porque ha evitado que me durmiera. Tengo que estar en casa de mis padres a la una. Ahora tengo el tiempo justo para cambiarme e ir a recogerlos. He de llevarlos a casa de mi hermana.

—Pero... —insisto yo.

—Nada, nada —repite él.

—Está bien, gracias. Tómese usted pues, una cervecita —le digo yo, mientras le tiendo un billete de cinco euros.

—Lo cojo por no desairarla pero no era necesario —dice Marc de una forma muy convincente cuando se marcha.

Marcelo ha asistido atónito a toda la conversación. Cuando se cierra la puerta, intenta decirme algo pero yo consigo pararlo a tiempo. La excusa de la gran cantidad de trabajo que tengo, es perfecta.

Me quedo sola de nuevo. Compruebo que Marc no se haya olvidado de cambiar de nuevo la fecha de trabajo en el sistema informático. Lanzo la reimpresión de los documentos pertinentes y llamo a Mercedes para no hacerla sufrir más. La pobre debe estar mordiéndose las uñas.

—Hola Merche.

—Hola bonita, ¿ya has utilizado los servicios del fontanero?

—Sí —contesto yo.

—¿Y?

—Todo perfecto. Tiene un conjunto de aparatos y herramientas que sabe manejar con gran habilidad.

—No estoy muy segura de que me gusten tus palabras —me contesta ella totalmente descolocada por mi comentario.

Yo rompo a reír a carcajada limpia. Me río como hacía tiempo que no lo hacía, al notar que Merche está celosa.

—¿Qué significan esas risas descontroladas? —me interrumpe—. Si es que todavía sigue aquí, haz el favor de decirle que se ponga.

—Merche, no tienes nada por lo que preocuparte. Marc ya se ha marchado. Es un verdadero genio con la informática. Realmente me ha sido de gran ayuda.

—Te lo dije —dice ella más calmada.

—¿Quedamos esta tarde a las cinco?

—Perfecto. —Pues, hasta entonces y muchas gracias.

—Hasta entonces.

Capítulo 9

LA TARDE CON MERCEDES ha resultado divertida y muy variopinta. Ha llegado con unos morros de aquí te espero. Pero cuando le he contado en lo que habían consistido los servicios de Marc, ha recuperado su porte y también su sonrisa habitual.

Naturalmente, no le he contado toda la verdad. Solo le he explicado que tenía un problema con mi ordenador que no quería que mis jefes se enteraran y que él, me lo ha solucionado.

Son ya las once de la noche pero mañana es domingo. Puedo leer el Diario familiar hasta que me plazca porque mañana no he de madrugar. Me gusta pensar en ello.

Lo rescato de su escondite y siento su calor en mis manos. No lo he tocado desde el pasado miércoles y sin embargo, su tacto continúa siendo muy cálido. Recuerdo que lo último que leí fue que mi tatarabuelo se sentía muy orgulloso de si mismo. Fue cuando conocí que hace más de cien años mi familia era una familia de éxito.

Esta vez me siento en el sofá, pero también apago la luz principal. La lámpara de pie da una luz más que suficiente y además, me concede la intimidad que yo necesito en estos momentos. Estoy convencida que voy a descubrir eventos, como así los define mi tatarabuelo, que me van a resultar muy interesantes. Quizás me sirvan para descubrir algo más de mí.

Continúo con la lectura.

21 de febrero de 1873.

Por fin se acabó la farsa italiana. Amadeo I, el extranjero de Saboya, ha abdicado y el pueblo de Madrid ha tomado la ciudad.

Las Cortes proclamaron ayer la Primera República Española. Se terminaron las aventuras monárquicas. Sin embargo, la alegría no puede ser total porque se han impuesto los postulados unitarios y tendremos un Presidente débil. No creo que Estanislao Figueras dure mucho en el poder. Pero éste no es momento de echar agua al vino. Es un gran momento de la historia. Estoy feliz por este primer paso y porque estoy convencido que no será el último.

El negocio va viento en popa y ahora que el pueblo va a ser soberano de sus decisiones sin cortapisas, creo que será factible el progreso. Además, el Federalismo nos espera impaciente.

26 de junio de 1873.

Ha llegado la hora de la verdad. Pi y Margall, el intelectual, ha sido nombrado Presidente. La República Federal es ya un hecho imparable. Las Cortes están

preparando una nueva Constitución y yo no he escondido mi entusiasmo. Me declaro abiertamente ante todos como un confeso federalista.

Levanto la vista y la fijo inconscientemente en un punto del comedor. Recuerdo las contadas conversaciones que he tenido aquí con mi madre. Pienso en lo que ella me contó sobre toda esta historia, a pesar de no haberla vivido.

En realidad, he interrumpido la lectura porque he llegado al final de una de las páginas de la derecha. No están numeradas pero en caso de estarlo, lo estaría con un número impar con toda seguridad.

Me estoy resistiendo a pasar página porque conozco la historia de este país. Sé que los sueños de mi tatarabuelo no se convirtieron nunca en una realidad estable. Tan solo se produjeron algunos pequeños amagos que no llegaron a cristalizar de forma definitiva. Bien mirado, todo sucedió completamente al revés.

Voy a pasar página cuando un pensamiento me detiene y una pregunta acude a mi mente. ¿Por qué mientras la página de la derecha se auto otorga el número uno, la página de la izquierda permanece en blanco? ¿Acaso no parece tener esto también un claro significado político? ¿Por qué todos los libros, incluidos los Diarios personales, empiezan siempre en la página de la derecha?

Una respuesta fácil me viene de inmediato a mi mente. Sin embargo, no me llega a convencer en absoluto. El hecho de que más del noventa por ciento de la población sea diestra no acaba de satisfacerme del todo.

Pienso de nuevo en mi tatarabuelo. Me empiezo a considerar unida a él por muchas razones y no solo por la consanguínea. Ese hombre era un idealista y un luchador. Me siento orgullosa de ello y de él. Intuyo su decepción antes de continuar y también la hago mía, pero todo está ya escrito. ¿Quién dijo que los viajes en el tiempo no eran posibles? Él que lo dijo estaba completamente equivocado. Tan solo se necesita un libro o un Diario personal con una historia capaz de sumergirte en ella, para que te sientas transportada a otra época.

Yo, en estos momentos, me considero conciudadana de la Barcelona de 1873 y atravieso de nuevo mi particular puerta estelar con solo volver a abrir el Diario de mis antepasados.

23 de julio de 1873.

¡Qué equivocado estaba! Esto se ha convertido en un caos. Me temo lo peor. Los acontecimientos han superado las expectativas más pesimistas. Este país continúa haciendo gala de su perenne inmadurez histórica. El Presidente Pi y Margall, no ha podido evitar que incluso pequeños cantones y comarcas se auto proclamen como repúblicas independientes para formar parte del nuevo Estado Federal. Lo que está sucediendo no tiene ningún sentido. Creo que nadie ha llegado a entender nada de

nada. La violencia se ha adueñado del país.

28 de julio de 1873.

Salmerón acaba de sacar las tropas del ejército a la calle. Se cuenta que la represión está siendo brutal y desproporcionada. Así no llegaremos nunca a ningún sitio.

11 de septiembre de 1873.

Se esfumaron mis sueños federalistas. No hemos tenido, ni tiempo ni paciencia, para consolidar estas tesis de vanguardia. Emilio Castelar, defensor del unitarismo, es el nuevo Presidente. Ha sido nombrado con el apoyo de los monárquicos. Se los ha ganado bajo la promesa de luchar sin tregua contra los cantonalistas, los carlistas y los independentistas. ¡Vivir para ver!

10 de enero de 1874.

Es una verdad como un puño que no tenemos remedio. Castelar ha quedado en minoría en las Cortes y ha querido devolver el poder a los federalistas. Sin embargo, la derecha monárquica lo ha evitado. Manuel Campos y Pavía, el Capitán General de Madrid, ha dado un golpe de estado. Se sabe que ha entrado a caballo en las Cortes, acompañado de un destacamento de la Guardia Civil.

Una sonrisa se escapa de mis labios y muevo instintivamente la cabeza de un lado a otro. ¡Cuánta razón tenía mi tatarabuelo! Tan solo unos cien años después se volvió a repetir la misma historia. Eso sí, esta vez cambiamos el caballo por los tanques. La Guardia Civil continuó actuando de comodín.

Seguro que mi tatarabuelo Jacinto, nunca llegó a imaginar lo oportunas que resultaron sus predicciones. La vieja Europa es demasiado vieja y está llena de los reumatismos propios de su edad. La cataplasma en forma de parche que supone la actual Unión Europea, pierde adherencia por varios costados. Y lo hace de una forma continuada e imparale.

Nuestra historia está repleta de muchas experiencias comenzadas con muy buenas intenciones. Sin embargo, el tiempo sigue instaurando, una vez tras otra y de una forma paulatina e incontestable, los mismos intereses que han sobrevivido y permanecido inmutables a través de ella. Dicho de otro modo, el poder y el dinero continúan vigentes hoy más que nunca.

¿Cuántas buenas ideas fracasaron y fracasan por no ser rentables? ¿Acaso no se esconden detrás de gestos aparentemente altruistas, una serie de acciones convergentes para lograr una mejor posición en el conjunto de intereses que hoy por

hoy, maneja y controla el mundo?

¿No se ha convertido el petróleo en el estandarte de la pretendida lucha contra la actual lacra de nuestro tiempo, el terrorismo? ¿No es menos cierto que mientras no dispongamos de verdaderas energías alternativas, el llamado oro negro prorroga su vigencia como elemento vital para el desarrollo y mantenimiento de la supremacía mundial?

Hoy en día, los fuertes se siguen imponiendo a los débiles y los ricos a los pobres. ¿No es esa una señal palpable de que todo sigue igual?

Estos pensamientos me hacen caer en la cuenta de que mi puerta interestelar me ha transportado de nuevo a mi tiempo. Vuelvo a ser una ciudadana del siglo XXI.

Me levanto y voy a dar un vistazo al exterior. Pasa ya de medianoche. El silencio y la tranquilidad son la tónica general de la plaza que tengo enfrente. No se ve ni un alma. Estoy segura sin embargo, que a unos escasos cien metros más a mi derecha, mucha gente sigue subiendo y bajando por la Rambla, a pesar de la gélida temperatura reinante.

Me desperezo estirando los brazos hacia arriba y encorvando mi espalda hacia adelante. Vuelvo al sofá. Veo que el Diario me está esperando pacientemente. Él sabe que ya me ha hecho suya. Sabe que estoy atrapada en sus páginas. Lo miro y noto que respira por sí solo. Creo que el aire de nuestros días lo ha rejuvenecido y que se siente con capacidad de sorprenderme.

Decido que voy a sentarme en el otro extremo del sofá. De este modo cambiaré la postura de mi espalda. Cuando estoy en posición, compruebo con satisfacción que la luz me alcanza con suficiencia y reempiendo la lectura. El Diario me transporta de nuevo al 10 de Enero de 1874.

Castelar ha tenido que dimitir. Un general del ejército ha tomado posesión de la Presidencia de la República con el beneplácito de los monárquicos. Se adivina tan claramente lo que persiguen que me hierve la sangre con solo pensarlo.

Estoy viendo que este Diario se está convirtiendo en una reseña política y eso no era ni su cometido inicial ni tampoco su objetivo principal.

Mi esposa Carlota me pide un segundo hijo pero yo continúo fiel a mis principios. Ella aduce que Joaquín se siente solo en esta casa tan grande y yo me sigo negando a esa posibilidad.

Mi padre era el sexto de ocho hermanos. Solo le llegaron las migajas que dejaron sus hermanos mayores y se conformó con el oficio de barbero. Sin embargo, tuvo la voluntad suficiente para transmitirme la idea fundamental de que un hijo es mejor que media docena de ellos. Los nuevos tiempos se imponen y la mano de obra gratuita que representaban los hijos en la agricultura, está perdiendo por fortuna, su valor.

31 de diciembre de 1874.

Cánovas del Castillo se ha salido finalmente con la suya y la monarquía será reinstaurada de nuevo. Volveremos a tener un rey Borbón. Alfonso XII será el nuevo rey de España. Ahora soy yo el que no entiende nada.

Por fortuna, el negocio está consolidado. La industria textil está en auge y en franca expansión. Debo abstraerme definitivamente de la política y centrarme más en mi familia. Carlota y Joaquín se lo merecen. Prometo dedicarles más tiempo. Espero que el año que mañana comienza nos traiga la paz necesaria para que todo se asiente y se normalice, aunque tenga que ser a costa de mi denostado federalismo.

Otro tópico convertido en un clásico típico —pienso yo—. ¿Por qué acostumbramos a dedicar menos tiempo a los nuestros que a los demás? ¿No será que pensamos muy equivocadamente que a los nuestros los tendremos para siempre y en eso fallamos de forma irremediable? ¿Por qué, yo misma, no le dediqué más tiempo a mi madre? ¿Por qué he preferido siempre salir de casa los sábados por la tarde, en lugar de pasarlos aquí con ella, compartiendo todo lo mucho que ahora compruebo que ambas teníamos en común?

Tengo la sensación de que algo se me ha escapado de entre los dedos de mis manos. Algo que era fácil de tener pero muy difícil de conservar. Algo semejante a un puñado de arena escapando entre las comisuras de los dedos. Una arena que cuanto más trata uno de apretar y de cerrar la mano, más presión acaba haciendo sobre ella y mayor es entonces la fuga que se produce sin que se pueda evitar. No solemos dar el valor justo a nuestras cosas más importantes. Dejamos que nuestro propio egocentrismo se transforme en una fuerza interior imparable que hace que lo que tenemos se nos escape entre los poros de nuestra piel. Es una irrealidad no deseada convertida en irreparable realidad.

Es inevitable que mi pensamiento vuele hacia el recuerdo de mi madre. La tuve a mi lado hasta hace bien poco. Pero la pregunta que realmente temo contestarme es, ¿hice cuanto estuvo en mi mano para darle lo que ella más deseaba que yo le diese? La contestación a esa pregunta no sale de mis labios, sino que viaja por mis células cerebrales que se resisten a transmitirla de forma definitiva a mi entendimiento. Pretendo buscar inútilmente algo que detenga su marcha y así evitar que llegue a mi psiquis, pero nada consigue frenarla y llega con plena rotundidad. La respuesta es que no lo hice.

No tengo la lágrima fácil pero no logro evitar que un par de ellas descendan por mis pómulos hasta mis mejillas. Respiro hondo y las seco con el dorso de mi mano izquierda. Acto seguido continúo con la lectura.

27 de agosto de 1877.

Estoy muy nervioso. Mis ojos acaban de presenciar una escena que no estaba reservada para ellos. El cielo acaba de caer sobre mí. Mi alma se ha evaporado en un instante. No sé que hacer y no sé que debo hacer. Por primera vez en mi vida, me siento completamente inseguro. Lo que acabo de ver atenta contra todos mis conceptos y destruye todos los principios sobre los que he cimentado mi existencia.

Mi hijo solo tiene siete años. Lo siento mucho por él. Es muy duro perder a una madre a esa edad pero si quiere llegar a ser un hombre tendrá que superarlo. El destino ha sido muy cruel con esa tierna criatura. El pequeño no se lo merece pero ella tiene la culpa de ello.

No sé cómo he podido retenerme. No es fácil ver a tu propia esposa en los brazos de otro hombre y lograr controlarse. Eso es lo que me ha sucedido. He dudado en reflejarlo en el Diario pero la decisión ya la tomé hace unos años y ahora no voy a echarme atrás porque los hechos a relatar sean de esta inesperada índole.

Ni yo ni mi hijo volveremos a hablar nunca más con ella. No le haré nada. No le pondré la mano encima, pero a él, le mataré. Juro que le mataré.

—¡Coño! —exclamo en voz alta sin poder reprimir mi expresión y rápidamente vuelvo a centrar mi vista en las páginas del Diario.

Un hombre tiene que tener sus principios y no debe renunciar nunca a ellos. Alguien dijo que los principios no son verdaderos principios si no te cuesta nada conservarlos. El valor de los principios es directamente proporcional a aquello que tenemos que renunciar para poder mantenerlos.

Asiento con la cabeza. Estoy totalmente de acuerdo con lo último que acabo de leer. En las primeras páginas del Diario, percibí a mi tatarabuelo como un hombre convencido y entregado a sus ideas y también a sus ideales. El mismo se ha ido definiendo como una persona fiel a sus principios. Temo que es capaz de hacer lo que dice.

Acabo de darme cuenta que estoy hablando en futuro. Este Diario consigue que viaje en el tiempo. Siento que estoy de nuevo en 1877 y que mi tatarabuelo va a cometer una locura cuando la triste realidad es que yo no puedo hacer absolutamente nada, para evitar lo que ya sucedió.

Reanudo la lectura con las manos temblorosas.

Me niego a aceptar que una adúltera eduque a mi hijo. Joaquín ya no es su hijo. Ella no le merece. Su castigo será permanecer en esta casa hasta que sus pies la precedan en su último viaje en este mundo. No saldrá nunca de ella hasta ese

momento. Nadie va a enterarse de nada. Solo lo sabrán las personas que están a mi directo servicio. Les haré jurar un pacto de silencio. Su vida y su prosperidad van a depender de que lo cumplan.

Mi pensamiento vuelve a centrarse en mi hijo. Sé que va a ser muy duro para él. Quizás llegue a odiarme por ello. Tengo que asumir esta posibilidad. No me queda otro remedio.

También sé que llegará el día en que él leerá el Diario y será entonces, solo entonces, cuando podrá conocer la verdad. Mientras tanto, nunca voy a hablarle mal de su madre. La culpa es mía por no haber sabido elegir a una esposa digna de esta familia.

Cuando conozca la verdad será ya un adulto y respetaré sus opiniones. Desde aquí hago el juramento de que aunque no las comparta, voy a respetarlas.

La solución no es nada sencilla pero esta misma noche comunicaré por escrito a Carlota mis decisiones. Ella podrá elegir entre aceptarlas y seguir viviendo en esta casa para poder ver crecer a mi hijo desde la distancia o no verlo nunca más y enfrentarse públicamente a su deshonor.

*—¡Qué bárbaro! —me digo a mi misma. Ese hombre tenía una sangre fría que cien años después todavía es capaz de erizarme el vello del brazo. ¿Cómo puede retenerse de esa forma? ¿Por qué culpa más al *gigoló* de turno, que a su propia esposa? ¿Qué le va a decir a mi bisabuelo Joaquín, si no piensa hablar mal de mi tatarabuela Carlota?*

Dejo el Diario después de colocar nuevamente en él, el punto de lectura. Me sudan las manos. Me siento toda yo, bañada en un sudor creciente e imparable. La calefacción está encendida pero a su nivel más bajo. Me levanto y la apago. En estos momentos el calor interno que tengo me basta y me sobra.

Reempiendo la lectura después de secarme. Necesito continuar leyendo. No puedo dejar de hacerlo. Estoy atrapada en el tiempo y absorbida en la historia de mi propia familia. Sigo leyendo.

04 de septiembre de 1877.

Ya está. El infame jardinero ha muerto. Me pregunto ahora si la infamia desaparece cuando desaparece el autor de la misma. Creo que no es así, pero ahora me siento mejor, mucho mejor. La policía ha dado el caso por cerrado. El jardinero fue atacado ayer por la noche por unos ladrones que tenían intención de entrar a robar en la casa. Se piensa que fueron dos. Intentaron apoderarse de las llaves de la casa pero él se resistió y entonces lo mataron de una certera cuchillada en la espalda a la altura del corazón. No hubo lucha. La hipótesis más probable es que le sorprendieron durmiendo y no le dio tiempo a avisar del ataque.

Ésta es la historia oficial y es también la única que importa al resto del mundo. Solo mi hijo tiene derecho a saber la verdad y ésa no es otra que conocer por fin, que su honor y el mío han sido restituidos. El que los mancilló ha recibido su justo castigo. Sé que Carlota está temblando. Está temerosa de que haga lo mismo con ella. No tengo ninguna intención de hacer nada para disipar sus infundados temores. Sé que mi comportamiento es cruel pero la venganza se sirve en plato frío.

—¡Lo hizo! ¡Caramba qué si lo hizo!

Mi tatarabuelo no se andaba nunca con chiquitas. Sus decisiones se convertían en leyes para él. Y sus leyes eran tan sagradas que nunca las trasgredía. Las cumplía siempre a rajatabla.

Pero ¿y ella? ¿Cómo vivió mi tatarabuela Carlota el resto de sus días? ¿Pudo sobreponerse? ¿Se le permitió enmendar su terrible desliz? Me temo que la respuesta es otra vez que no.

Son ya más de las tres de la madrugada. La tensión me ha invadido y se ha apoderado de mí. No tengo sueño. Vuelvo a sudar a mares. Debería dejarlo por esta noche pero no puedo. Debería aprovechar que de nuevo he llegado al final de una página impar. No debería pasar hoja. Lucho conmigo misma pero al fin decido cerrar el Diario.

Tengo que descansar. Mañana viene Mercedes a comer. La agasjaré con mi plato favorito. Los «fettuccini con almejas» que yo cocino, me han dado siempre un resultado extraordinario con todos mis invitados.

Mientras me dirijo a la cama, sigo en mi lucha interior para aceptar de forma definitiva, que mi decisión ha sido la de dejar la lectura por esta noche. Logro vencer y lo dejo sobre la mesita de mi derecha.

En esos momentos, siento que no estoy sola, aunque sé positivamente que estoy completamente sola.

Capítulo 10

MARTES, 15 de febrero de 2005.

Estoy en la oficina. El día ha amanecido de color gris. Miro al ordenador de forma fija pero mi mente solo piensa en el Diario. No lo he tocado desde el sábado por la noche o mejor dicho, desde la madrugada del domingo. Ayer tuve la intención de reemprender la lectura pero mis ánimos eran unos y mi estado de voluntad otro muy distinto. Estaba enormemente fatigada. Había acumulado mucho cansancio al perder horas de sueño. Ayer, sin ir más lejos, me quedé dormida en el sofá con el vaso del cortado entre mis manos. Evidentemente se me cayó y formé un estropicio del copón. Después de dejarlo de nuevo todo en condiciones, me obligué a ir a la cama.

La caminata de esta mañana me ha sentado fenomenal. Me siento otra vez en forma y dispuesta a todo. Méndez ya ha tratado de agriarme el día de buena mañana pero yo he resistido la embestida con serenidad.

Normalmente, cuando ese tipo tiene lo que yo llamo «un día cabrón», sigue insistiendo e insistiendo hasta que logra su propósito de desestabilizarme y colocarme en una posición incómoda. Pero algo está cambiando, porque desde aquella temprana hora, no ha vuelto a importunarme.

Una de dos, o ya no se siente tan seguro o bien comienza a temerme por algún motivo. Sea cuál sea la razón, representa un paso adelante para lograr la tranquilidad que necesito en estos momentos.

El día de ayer también transcurrió, laboralmente hablando, sin pena ni gloria. Fue una suerte para mí porque me notaba un poco «zombie» al no haber dormido lo suficiente. Pero hoy todo es diferente. Aunque desde hace unos diez minutos se adivina un movimiento de jefes desacostumbrado. Los cuchicheos que se oyen hablan de un fax. De un fax que ha llegado poco antes de las once de la mañana al equipo que mi compañera Nuria tiene a su lado. Al parecer estaba redactado en inglés y por eso se lo ha entregado al señor Garavaia, nuestro Gerente.

El silencio reina entre el personal de la sala. Ya se sabe que cuando se adivina que vienen hostias, lo mejor es quedarse calladito y no hacerse notar para evitar que te caiga alguna sin tú quererlo.

Me centro otra vez en mi trabajo cuando veo que un papel doblado varias veces llega volando y aterriza en mi mesa. Seguro que es obra de Carmen. La miro y ella me guiña un ojo. Definitivamente ha sido ella. Solo podía ser así. Cojo el papel con mi mano izquierda y al hacerlo compruebo que en su exterior figura escrito mi nombre. Me sorprende que Carmen haya anotado mi nombre en el exterior. Con pasarme la nota de forma anónima hubiera sido suficiente. Empiezo a sospechar que ella solo ha cubierto el último relevo en el viaje de la nota doblada.

Miro hacia delante y hacia atrás para comprobar que nadie que yo pueda

considerar potencialmente peligroso está observándome. Me guardo el papel doblado en la mano y me levanto para dirigirme a los servicios.

Tiene que ser una operación rápida para no levantar sospechas. Entro y cierro la puerta con el pestillo. Desdoble la nota y me quedo perpleja. Son solo siete palabras divididas en dos sencillas frases. Sin embargo, a mí me suenan a algo grave y me auguran negros nubarrones. La nota la firma Nuria y el texto es tan elocuente como preocupante.

«Necesito hablar contigo. Te invito a comer».

Intento disimular la turbación que me embarga cuando hago correr el agua del inodoro y regreso a mi puesto. Miro de reojo a Nuria y nos cruzamos la mirada. Entiendo que ella espera una respuesta. Yo simplemente levanto el dedo pulgar de mi mano derecha hacia arriba, mientras mantengo el resto de dedos recogidos. Ella entiende que he aceptado y asiente con un leve movimiento de cabeza y de ojos.

Dirijo de nuevo mi mirada hacia la pantalla del ordenador en el momento en que se activa el salva pantallas. Pulso la tecla «escape» y todo vuelve a la normalidad. Bueno, decir todo, es una temeridad y una falacia porque yo no me siento nada normal sino todo lo contrario. Me asaltan una infinidad de preguntas que me originan una no menor cantidad de dudas. Simulo estar concentrada en mi trabajo pero no es así.

La imagen que me he formado de mi tatarabuelo aparece en mi mente. No sabría explicar exactamente por qué, pero me lo imagino como un hombre alto y de faz enjuta, con el pelo engominado y con los bigotes ligeramente enfilados hacia arriba. Cuando le veo me surgen nuevas preguntas. ¿Por qué tengo yo tantas vacilaciones si resulta que soy descendiente directa de un hombre tan decidido y tan convencido de sus actos? ¿Por qué me aterra desconocer el futuro inmediato? ¿Por qué me asusto de antemano si todavía no sé cuál es la intención ni la finalidad de la nota de Nuria?

Vuelvo a mirar el reloj. Son solo las doce y veinte. Falta más de hora y media para ir a comer.

Tengo que encontrar algo para intentar desviar mi pensamiento de los malos presagios.

La solución a mis angustias aparece de repente y sin llamarla. Es una solución no deseada pero aún y así, no estoy en condiciones de poder rechazarla.

Es la voz de Méndez la que me dice.

—Garavaia, te pide que vengas conmigo a su despacho.

Al oír la inesperada e indeseada invitación, noto que mis piernas pesan toneladas. No puedo moverlas. No puedo levantarme. Lo intento pero no puedo. ¿Por qué mis malos presagios tienen que convertirse siempre en recalcitrantes realidades?

Oigo cómo Méndez vuelve a repetir la petición de Garavaia haciendo aspavientos

con los brazos.

—¿Vienes o vas a tener que recuperar también este tiempo que ahora estás perdiendo?

Me levanto y empiezo a caminar. No sé cómo lo he hecho pero lo cierto es que he logrado moverme. Me doy cuenta que estoy caminando un paso detrás de Méndez hacia el despacho del «boss».

Méndez entra primero y después lo hago yo. Es una falta de educación y de cortesía pero es un hecho palpable que entre nosotros hace ya tiempo que hemos superado y abandonado esas formalidades en el trato.

—Siéntate y cuéntanoslo todo —me espeta Garavaia, sin cruzar ningún tipo de saludo.

—¿El qué? ¿A qué se refiere? —contesto yo, más acojonada que sorprendida.

—Con nosotros no tienes porqué hacerte la tonta —interviene Méndez.

—Les juro que no sé a qué se refieren —insisto yo.

—*Solitex*, señorita. ¿Quieres que te ayude todavía un poco más? —me dice mi jefe directo usando su acostumbrado y peculiar gracejo.

Estoy a punto de saltar y contarle en la cara todo lo que yo sé que él está haciendo, pero algo me retiene. La imagen de mi tatarabuelo se me ha cruzado por un instante y eso me ha detenido. Cambio mi intención y vuelvo a contestar como si lo ignorara todo.

Garavaia toma la iniciativa y la palabra.

—*Solitex* es un cliente de tu zona y está disminuyendo su ritmo de compras. Además cursa muchos pedidos que luego anula. Le he preguntado a Méndez y él me asegura que esa cuenta la llevas tú personalmente.

—¡El muy hijo de puta! —pienso yo mordiéndome la lengua mientras vuelvo a ver como los bigotes de mi tatarabuelo siguen aconsejándome calma. No debo precipitarme. Lo mejor es acorazarme en mi posición de ignorancia y no ceder ni un centímetro. En esa línea, decido contestar.

—No tengo la impresión de que *Solitex* nos haya bajado sus compras. Cada año por esta época sucede lo mismo —sigo explicando con total tranquilidad—. Piensen que es un cliente con una clara estacionalidad en su negocio. Y respecto a las anulaciones no me consta ni tampoco recuerdo que lo haya hecho en los últimos meses.

—Mira Georgina —me dice Garavaia—. Algo no va bien y te juro que en estos momentos mi puesto puede estar en peligro. Te advierto que no me la voy jugar por nada ni por nadie.

—Le aseguro que bajo mi prisma de análisis, *Solitex* sigue siendo un cliente tan fiel como lo ha sido durante años. Por cierto, ¿ha hablado usted con Enrique Sánchez? Enrique, es el agente comercial de la zona de *Solitex*.

—Enrique Sánchez no tiene nada que ver con todo esto —responde Méndez como si mi comentario le hubiera dolido más que una picadura de avispa.

Otra vez veo como los bigotes de mi tatarabuelo se balancean fruto de una franca y amplia sonrisa. Está claro que acabo de hacer «bingo». No hay duda de que he nombrado otro eslabón en la cadena del fraude. Sin embargo, yo sigo con la táctica de estar ignorante de todo y también algo desconcertada por la situación. Es una táctica que no voy a cambiar.

—Es suficiente —me dice el «boss»—. Ahora vete, pero te aseguro que volveremos a hablar de esto —añade con una mirada fría que no le había visto antes.

—A su entera disposición —le contesto yo sin mirar a Méndez.

No quiero que pueda atisbar ni el menor resquicio en la impermeabilidad con la que me he recubierto. No me interesa en absoluto. Recuerdo que mi tatarabuelo se resistió a sus impulsos y luego se sirvió la venganza en un plato muy frío. Yo pienso hacer lo mismo. Ese Diario me ha marcado y creo que lo ha hecho para bien. Al menos me ha ayudado a que yo sea más capaz de dominarme a mi misma. Creo que incluso me conozco más que antes. He de reconocer que he descubierto nuevas versiones de la misma Georgina. Soy capaz de mostrarme más versátil y más plural. Mi ánimo me empuja hacia delante. Sigo teniendo dudas, pero algo me impulsa a dejarlas a un lado y a seguir mis intuiciones. Siempre he tenido intuiciones pero ahora ya las considero más como decididas intenciones, a las que hay que tener en cuenta.

Vuelvo a mi puesto de trabajo. Miro las caras de mis compañeros de sala. Todo el mundo está con la mirada baja. Nadie me mira a mí directamente. Noto que la preocupación flota en el ambiente. Este tema va traer cola. Yo también estoy convencida de ello. Sin embargo, sé que poseo una información privilegiada. Por ahora les llevo ventaja a todos.

Me siento de nuevo frente a mi mesa y observo que otro papelito doblado descansa en el lado derecho de la misma, justo debajo de la pantalla. Esta vez lo desdoble sin miramientos. Quiero que todos sepan que no me he dejado avasallar. La nota es mucho más expresiva que la anterior y tampoco va firmada. No lo necesita. Sé que la ha escrito Carmen. El sencillo mensaje de «Córtales los huevos a todos», me lo corrobora de forma irrefutable. Miro a la autora y ella me enseña las tijeras. Yo le sonrío porque ya es la hora de comer.

Soy la última en bajar hasta la calle. Nuria ya debe estar allí. Me doy cuenta de que no he podido avisar a Mercedes y ella también estará esperando mi salida. No me gusta la solución de ir las tres juntas a comer, pero no le puedo hacer un feo tan grande a mi mejor amiga. De ningún modo voy a dejar plantada a Merche.

Cuando salgo a la calle tengo la sensación de que todo el mundo está parado esperando que yo aparezca. Mi presencia en el despacho del «boss» les ha

preocupado e intrigado a todos. Me rodean y me preguntan pero rápidamente siento una mano sobre mi hombro derecho. Su tacto me resulta familiar. Me giro y es Mercedes que acaba de acudir a mi rescate.

—¿Qué sucede aquí? ¿Acaso has ganado una bono-loto sin que yo haya participado en la apuesta? —dice en voz alta.

—Hoy vamos a comer con Nuria —acierto a contestar.

—Pues vayámonos pronto o nos van a detener por estar en una manifestación no autorizada.

La mayoría entiende la indirecta de Mercedes y se marcha de inmediato. El resto lo hace pocos segundos después. Le agradezco con la mirada a Carmen a que haya contribuido decididamente a lograr la disolución. Por fin nos hemos quedado las tres solas.

—¿Qué sucede? —vuelve a preguntar Merche.

—Aquí no —contesto yo—. Primero hemos de desaparecer.

No quiero que ninguno de los seis jinetes del Apocalipsis aparezca por la puerta y nos vea a Nuria y a mí juntas.

—¿Seis jinetes? ¿No eran solo cuatro?

—Habrán parido —le digo yo mientras las arrastro a las dos—. Eso, o es que han aparecido dos más por generación espontánea, si es que lo prefieres así.

—¡Joder! Pues vamos apañadas, si es que con cuatro no eran ya suficientes.

Las hago caminar deprisa hasta un pequeño restaurante de la calle Aribau. Allí nadie nos molestará. Bueno, esto también es un decir, porque la definición de persona molestosa que se caracteriza por hacer preguntas de carácter inconveniente en el momento más inapropiado, camina justo a mi derecha. Tendré que advertirla con tacto y de forma elegante que no intervenga más de la cuenta en mi conversación con Nuria.

Entramos las tres en el restaurante. Pido la mesa número diecisiete. Lo hago porque conozco que está escondida en un doble recodo que tiene el restaurante. Lo sé porque acostumbraba a cenar en ella con Ismael. Lo hacía cuando todo nos iba bien. Era cuando yo todavía no había averiguado que él estaba casado y era padre de dos niños.

El camarero me ha reconocido pero no me ha dicho nada. Ha hecho honor a la filosofía de los tres monos de *Hércules Poirot*. La receta mágica de la discreción continúa siendo el ver, oír y callar.

—He tratado de avisarte —empieza diciendo Nuria.

—¿Avisarte? ¿De qué? —interviene Mercedes con la rapidez de acción y de reacción que la caracteriza.

—Merche, no te ofendas por lo que voy a decirte, o mejor dicho, por lo que voy a pedirte.

—Ya sé, perdóname —me corta ella—. Es que hace días que te noto muy rara. Te está sucediendo algo que no me cuentas.

—Te prometo que después te lo contaré todo —le digo a Merche, mientras miro a Nuria con cara de pedir disculpas.

—No me lo creo, amiga mía. Tú últimamente, ya nunca me lo cuentas todo —me dice levantando el dedo índice de su mano derecha—. Sin embargo, sabes que me conformaré con tu promesa —añade con cara de resignación.

—Continúa por favor, Nuria. Te pido mil disculpas. Ya ves que Mercedes no va a interrumpirnos más.

—Decía que he tratado de avisarte pero todo se ha precipitado tan deprisa que no me ha dado tiempo. ¿Qué ha pasado en el despacho de Garavaia?

—Primero explícalo todo tú. Cuéntame lo que ha pasado. La historia empieza en ti. Yo continuaré cuando llegue mi turno. De esta forma todas lo entenderemos mejor.

—De acuerdo —acepta mi compañera de oficina—. Pues bien, sobre las once y cuarto se ha recibido un fax en el equipo que tengo justo al lado de mi mesa.

—Sigue —le digo yo.

—He visto que llegaba pero no le he dado más importancia. Lo he considerado uno más de los que nos llegan habitualmente. No sé exactamente cuánto he tardado en recogerlo. Calculo que habrían pasado como máximo, unos quince o veinte minutos, cuando me he levantado para clasificarlos y repartirlos a sus destinatarios. Al hacerlo, me he dado cuenta que uno de los faxes estaba en inglés.

—¿A quién iba dirigido? —pregunto yo.

—Eso es lo raro. No iba dirigido a nadie en particular. En el lugar del destinatario, o sea al lado del «*To*», ponía una frase que también comenzaba por «*To*» y terminaba en «*concern*».

—«*To whom it may concern* ».—le sugiero yo.

—Eso, eso más o menos —admite Nuria.

—¿Qué dignifica exactamente? —pregunta Merche.

—A quien le pueda interesar —les traduzco yo a las dos.

—¿No podía tratarse de un fax de propaganda? —vuelve a preguntar Merche.

—No, no era un fax de publicidad porque he podido leer claramente el nombre de *Solitex* y el de Georgina Pineda en él.

—¡Coño! —exclamo yo—. ¿Y qué más has podido entender de lo que decía?

—Ya sabes que mi inglés no es nada bueno, pero en cambio, mi rapidez de pensamiento sí que lo es.

—¿Y?

—Pues que te sacado una fotocopia. Toma aquí la tienes.

—¿Por qué no has empezado por ahí? —interviene Mercedes.

—Es que Georgina me ha pedido que se lo explicase todo por riguroso orden

cronológico —contesta Nuria mientras me tiende una fotocopia doblada hasta el tamaño de un dieciseisavo de folio.

La desdoble y la leo para mí.

—Traduce —dice Mercedes cuando observa que he terminado de leerla.

—Esto es muy raro —digo yo.

—¿Qué es lo que pone exactamente? ¿Verdad que se habla de ti y también de *Solitex*? —pregunta Nuria.

—Es cierto —contesto yo y a continuación me decido a leerles en voz alta, la traducción de la copia del fax.

Fecha: 15 de Febrero de 2005.

A: A quien le pueda interesar.

De: Deutsche K.F.M. GMBH.

—Éstas son las siglas de nuestra empresa madre en Alemania —le aclaro a Mercedes.

Objeto: Solitex.

A través de terceras partes, ha llegado a nuestro conocimiento que la situación con este Cliente es delicada. Según los datos actualizados que obran en nuestros archivos, Solitex pertenece a la zona controlada por la señorita Georgina Pineda. Rogamos actuación inmediata para evitar la pérdida de este considerado Cliente.

Departamento de Relaciones Comerciales Internacionales - Stuttgart.

—¡Hostias! La referencia a tu persona no puede estar más clara ni ser más directa —exclama Mercedes.

—Por eso le he sacado fotocopia del fax —apostilla Nuria.

—Ya os he dicho antes que todo esto no me parece normal —les digo yo—. Este fax no va dirigido a nadie y tampoco va firmado por nadie en concreto. Y por si esto fuera poco, las referencias a las terceras partes, en donde se origina la noticia, no pueden ser más vagas.

—¿Crees que este simulacro de fax es verdadero? ¿De verdad piensas que procede de vuestra central en Alemania? Esto es...

Mercedes no acaba la frase. La patada que ha recibido por debajo de la mesa se la acabo de propinar yo misma.

—Es muy raro —acaba diciendo para terminar la frase de una forma lo más

coherente posible.

—No creo que sobre eso haya ninguna duda —explico yo—. Lo que a mí me sorprende es que no lo hayan dirigido directa y explícitamente a nuestro Director Gerente.

—He sido yo misma quien se lo ha entregado en persona —me dice Nuria.

—No me extraña que se pusiera tan nervioso. Cuando me han llamado, el señor Garavaia era un puro saco de nervios.

—¿Y por qué lo habrán enviado a mi fax? —insiste Nuria.

—Puede que se trate de un simple error. Quizás la persona a la que se le ha encargado el envío es nueva y no conoce bien a quien pertenece cada número. Eso es lo menos importante —digo yo tratando de cerrar ya el tema y de paso impedir que la incontinencia verbal de Merche pueda volver a reabrirlo.

—Puede que haya sido eso —admite Nuria mientras el camarero nos sirve los platos que hemos pedido.

—¿Queréis que os cuente un secreto? —les digo yo cuando el empleado del restaurante se retira y nos vuelve a dejar solas.

—Sí, claro —contesta Mercedes que es plenamente consciente de lo que estoy haciendo.

—Pues veréis —comienzo yo a contar bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro para enmarcar todavía más la confidencia en un halo de misterio—. Esta mesa me trae muchos recuerdos.

—¿Buenos o malos? —sigue preguntando Mercedes que se siente como una verdadera «*special guess star*», en la obra que yo estoy montando para desviar el tema de la conversación.

—Yo diría que prevalecen los buenos aunque el acto final siempre deja un mal sabor de boca. Aquí viví unos momentos de plenitud personal increíbles. Sin embargo, también fue aquí donde recibí y tuve que superar la decepción más grande de mi vida. Fue un crack tremendo que hizo temblar todos mis cimientos. Mi existencia se rompió en mil pedazos. Creí que no podría con ello. Todavía se me eriza el vello de la piel cuando pienso en aquel momento. Yo estaba sentada en esta misma silla y él estaba a mi izquierda, justo donde ahora está sentada Nuria. Recuerdo que mis manos se separaron de las de Ismael. No podía creer que fuera cierto. Me costaba admitir que él hubiera estado jugando conmigo. Todavía no sé que me dolió más. Aún no sé, si fue el conocer su engaño o descubrir lo tonta que había sido yo al crérmelo todo. Luché con todas mis fuerzas para no llorar y lo conseguí agarrándome a las patas de esta mesa. Creo que clavé mis uñas en ellas. Quizás todavía estén las marcas visibles.

—Eso ocurrió hace más de siete años, Georgina. Seguro que han barnizado varias veces la mesa e incluso puede que ya no sea la misma mesa en la que tú clavaste tus

uñas.

—Es la misma —constato yo, mientras mis manos viajan por debajo del mantel hasta colocarse en la misma posición que estuvieron siete años atrás—. Es la misma mesa —repito ya con la voz entrecortada.

Me levanto y las dos me siguen.

—No hemos pagado —dice Nuria.

—No importa, podemos pagar en la entrada —le respondo yo.

La tarde en la oficina discurre tensa pero sin nada digno de reseñar. Yo no consigo centrarme. Mis pensamientos se debaten entre el presente, el pasado cercano y el pasado más lejano. La imagen del rostro triunfante de mi tatarabuelo se entremezcla con el recuerdo de la cara lánguida y culpabilizada de Ismael.

La cara de mi madre también aparece y desaparece. Sin embargo, no logro interpretar su mensaje. Comprendo que está tratando de decirme algo, pero yo no consigo que su mensaje me llegue con claridad.

Cuando solo faltan diez minutos para las siete, veo que Méndez sale de su despacho y se dirige hacia mí. Es un auténtico fantoche. Viene a provocarme. Lo sé. Es tan primario que siempre sigue a pies juntillas, las normas del ejecutivo agresivo. Piensa que nadie más las conoce. Ya le pillaré cuando sea la hora. Ahora, como diría Jordi Pujol', ahora no toca.

—No te creas que a mí me has engañado —me dice dando la espalda a Carmen para que ella no le pueda oír.

—No he dicho más que la verdad. No tengo ni idea de lo que pueda estar pasando —respondo yo.

—No me importa tu opinión y ya te aviso que voy a vigilarte de cerca. Por cierto, avísame con tiempo si piensas venir a recuperar este próximo sábado. No voy a permitir que vuelvas a estar sola. Aún no tengo muy claro lo del incidente del escape de agua y la aparición de esos fontaneros samaritanos. No me fío en absoluto de ti, ¿me oyes?

—Yo solo intento cumplir con mi trabajo lo mejor que puedo —le digo yo levantándome y acabando de recoger mis cosas para marcharme. Cuando termino de hacerlo, finalizo la conversación con una protocolaria y a su vez insulsa frase—. Hasta mañana, señor Méndez.

Como ya sé que no voy a obtener respuesta, opto por no esperarla y desaparezco por la puerta, escaleras abajo. La melodía de la Guerra de las Galaxias comienza sonar en mi bolso. Es mi móvil que me indica que estoy recibiendo una llamada que identifica a Mercedes.

Estaba segura de que no me dejaría escapar. Mis puntapiés y su silencio reclaman ahora, la otra parte del trato. Es justo que así sea. Le voy a contar todo lo referente a Solitex. Ella es oficial administrativa. También me interesa conocer su opinión.

Salgo a la calle y ya la veo en la esquina. Sabe que he recibido su llamada. Cuando llego a su altura, me mira con ojos de inquisidora y sin ninguna clase de preámbulos, me suelta.

—Desembucha, querida. Y por favor, esta vez quiero la historia completa y en orden. Déjate de trilogías desordenadas. ¿Vale?

Yo se lo cuento todo, mientras vamos bajando por la calzada central de la Rambla de Catalunya. Lo solemos hacer habitualmente para poder caminar en línea recta sin tener que desviarnos hasta los pasos peatonales de cada calle que cruzamos.

Al llegar a la altura de la calle Diputación, ya se lo he contado todo. Ese todo incluye la amenaza de Méndez, de hace escasos minutos.

—Fue para eso por lo que necesitaste a Marc, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no me lo contaste el pasado sábado?

—No quería transmitirme mis neuras.

—Pues ya ves que son todo menos neuras, querida mía. Estás en una situación delicada. Yo diría que estás pringada hasta el culo. No sé si te has dado cuenta. Ahora dime, ¿cómo y cuándo piensas hacer pública la información obtenida a través de Marc?

—En un principio yo contemplaba la hipótesis de esperar la llegada del nuevo «controller». Había descartado hacer una comunicación por escrito.

—No estoy segura de que puedas esperar a ese nuevo tipo. Ellos han decidido mover ficha y se te han adelantado. Te han metido de lleno en el ajo. Te han incriminado sin miramientos.

—¿Incriminado? —protesto yo.

—¿Qué crimen se ha cometido?

—Está bien, cambio incriminado por involucrado. Pero lo cierto, es que lo estás en primera persona del singular. Sola y sin compañía.

—¿Tú no crees que el fax haya sido enviado desde Alemania, verdad?

—De tus patadas deduzco que tú tampoco lo crees. ¿No confías nada en esa gatita de Nuria, me equivoco?

—No, no confío en ella. Creo que ella es una buena persona pero tengo fundadas sospechas de que ya ha cruzado el umbral que yo no quiero cruzar.

—¿Con ese impresentable de jefecillo tuyo?

—Sí, con el seboso de Méndez —contesto yo.

—¿Crees que ya se ha arrodillado frente a él?

—¿Arrodillado?

—No sé si es eso exactamente, pero creo que Nuria le debe favores y Méndez seguro que se los cobra de una u otra forma.

—¿Te has fijado en el detalle de que la fotocopia estaba desplazada hacia abajo?

Le faltaba la línea superior donde están los datos y el origen de la transmisión.

—Sí, me he fijado en ello. Por eso te he dado el primer puntapié. No deseaba que sacases este hecho a colación delante de Nuria.

—Vaya, vaya —dice ella—. ¡Menudo follón! ¿Qué piensas hacer ahora? Últimamente observo que estás muy desconocida y creo que también sorprendentemente decidida. Seguro que ya tienes preparado el plan «B». Estoy convencida que todavía guardas algún secreto que no me has querido contar.

—¿Qué clase de secreto quieres tú que yo tenga?

—No lo sé, pero has superado muy deprisa la muerte de tu madre. Es como si la hubieras sustituido por otra persona. Desconozco de dónde estás sacando toda esa inusitada fuerza y seguridad. Sin embargo, yo no desespero. Sé que más tarde o más temprano me lo contarás.

—Tenías que haberte dedicado a guionista de cine, en lugar de optar por ser una vulgar administrativa. Tu imaginación no tiene límites —le digo yo, mientras nos despedimos con un par de besos.

Capítulo 11

HE TERMINADO DE CENAR. Estoy ansiosa por continuar la lectura del Diario. Me siento una privilegiada al poder hacerlo. Lo saco del escondite y lo acaricio. Entiendo que nos pertenecemos. No sé cuantas páginas podré leer porque también estoy segura de que la tensión vivida durante el día de hoy, me va a pasar la correspondiente factura.

Sigo pasando mis manos por su exterior. Su tacto es cada día más suave y más agradable. Creo que le gusta estar en mis manos. Reparo en que las letras doradas del dorso están más brillantes que el primer día. Me complace comprobar que mi persona también es capaz de otorgarle y transmitirle algo a él.

Lo abro y coloco el punto de lectura a mi lado, sobre el sofá.

21 de abril de 1882.

Casi había olvidado este Diario. Hace aproximadamente cinco años que no escribo nada en él. La verdad es que me he dedicado en cuerpo y alma al negocio textil y a mi hijo. Joaquín cumplirá pronto los doce años. Es un chico tímido que ha crecido marcado por el indeseado suceso familiar que nos tocó vivir y sufrir. Siempre se manifiesta retraído y desconfiado con todos, incluso conmigo.

Sin embargo, la vivencia que hoy voy a reflejar aquí, no tiene nada que ver con Joaquín. Incluso me atrevería a decir que tampoco tiene nada que ver conmigo, aunque Faustino, el mayordomo principal, insista en su versión. Explicaré en primer lugar la mía y acto seguido la suya.

El resumen de mi visión de los hechos es que ayer regresé a casa sobre las diez y media. Tuve el tiempo justo de saludar a mi hijo, que ya había cenado y se encontraba leyendo en su habitación. Tomé una cena ligera y me retiré a mi cámara para dormir hasta las cinco y media, que es la hora en la me he levantado para ir al trabajo. Al verme Faustino esta mañana, me ha preguntado si todavía era posible que la señora Carlota y yo llegásemos a reconciliarnos. Naturalmente le contestado negativamente y le he repreguntado de dónde había sacado semejante idea. Su respuesta me ha dejado desconcertado.

Según Faustino, ayer escuchó voces en la habitación de Carlota. No eran gritos, era una conversación normal entre un hombre y una mujer.

Siguiendo mis instrucciones intentó averiguar quien era la persona que estaba conversando con Carlota. Su gran sorpresa de ayer y la mía de hoy es que él afirma con rotundidad que el interlocutor de mi esposa era yo mismo.

No he podido más que recomendarle que abandone su costumbre de tomar alcohol, al final de sus cenas. Ese licor de hierbas que le trae su prima del pueblo, le hace desvariar. Y aunque él sostiene que no es más que un eficaz digestivo, mi opinión es que sus efectos son más bien de otra índole.

Me quedo boquiabierta. Estoy segura de que si me pinchan no logran sacarme ni una sola gota de sangre. Una sensación fría me recorre la espalda y me sacude sin poderlo evitar. Respiro hondo y sigo con la lectura.

Resumo todo lo escrito con la certeza de que Faustino está en un tremendo error. Le he recomendado que siga atento y que si vuelve a repetirse la situación, no dude en despertarme. Desconozco cuál será el final de este embrollo, pero por si acaso, he preferido dejar constancia de ello.

Cierro el Diario. ¿Qué significado debo atribuir a todo esto? ¿Qué coño pinta ese Faustino en toda esta historia? ¿No resultará que este mayordomo también se beneficiaba a mi tatarabuela y ahora pretende embaucar y liar a mi tatarabuelo con pretendidas fábulas de dualidad?

Otro latigazo me recorre todo el cuerpo cuando relaciono a ese recién aparecido mayordomo del siglo XIX, con las historias del doctor Miralles, mi psiquiatra. Rápidamente sin embargo, consigo dar un corte definitivo a ese virtual enlace con la ayuda de las tijeras de mi imaginación. Estoy segura que relacionarlos no me va a llevar a ninguna parte.

Guardo el Diario con la sensación de que hubiera sido mejor no haber leído nada. Estoy cabreada conmigo misma por haber permitido que se resquebrajara un poco de mi recién adquirida y estrenada seguridad. Mañana voy a tener un día difícil. Estoy completamente segura de ello. Necesitaré estar en plena forma. Me voy a la cama un tanto resignada por todo lo que acabo de descubrir en el Diario.

MIÉRCOLES, 16 de febrero de 2005.

El día ha transcurrido de forma muy distinta a la esperada. Podría asegurar que lo más pesado que he tenido que soportar, han sido los dos interrogatorios a los que me ha sometido Mercedes. El primero de ellos, durante la hora de la comida. Ha sido un auténtico tercer grado sobre mi actuación en el asunto *Solitex*. El segundo lo he sufrido durante nuestra caminata hasta casa, al finalizar la jornada laboral. Esta última conversación, ha versado sobre lo rara que estoy y lo extraña que me comporto. Mercedes no se explica esa ansia que tengo por estar sola en casa. Le sorprende porque antes yo no era así, sino más bien todo lo contrario. Ella siempre mantenía la teoría, con la complicidad de mi madre, de que si algún día se derrumbaba el techo de la casa, estaba completamente segura de que a mí, no me pillaría debajo.

Yo le estoy muy agradecida porque se preocupa por mí, pero resulta un poco cargante ese deseo innato de controlarme y protegerme. Ella siempre ha tenido un carácter dominante y eso ha sido un serio «*handicap*» en sus relaciones con el sexo

opuesto. Aunque presume de tener un florido ramillete de amantes en donde elegir, la cruda realidad es todo lo contrario. Yo no le digo nada y le dejo que me cuente sus batallitas. Sus celos por Marc estaban del todo justificados por el temor que yo consiguiera todo lo que ella no ha podido lograr de él.

Por fin me encuentro en casa. Me estoy preparando la cena. Para ello me he pasado por el mercado de la «Boquería» y he comprado unos retales de jamón de Jabugo'. He elegido un auténtico «5 jotas» para la ocasión. Lo acompañaré con dos rebanadas de pan con tomate y con medio vaso de vino de Rioja. Es toda una combinación perfecta. Es la culminación de la esencia del sabor con un toque de contraste. Recuerdo que fue mi propia madre la que de jovencita, me enseñó a disfrutar y complementar las comidas más sencillas, con los excelentes caldos de la tierra de su madre, mi abuela materna.

El cortado de rigor, supone el colofón a ese maravilloso ágape nocturno. Coloco la luz con la intensidad requerida y con el ángulo adecuado para disfrutar del segundo placer de esta noche. Tomo asiento en un extremo del sofá, colocando mis piernas encima y a todo lo largo de él. Estoy en la postura adecuada y me siento con la predisposición necesaria para comenzar a leer.

30 de junio de 1886.

Joaquín acaba de cumplir los dieciséis años. Una alegría y una tremenda decepción. Aunque todavía no es mayor de edad porque legalmente le faltan algunos años para ello, creo que le ha llegado la crucial hora de tomar decisiones en su vida. Para ello le había preparado un regalo muy especial y él me lo ha rechazado. La oferta de compartir la dirección del negocio mientras cursaba los estudios de Ingeniería Textil, no le ha seducido en absoluto. Ha sido todo lo contrario y he de reconocer que me ha costado encajar el golpe. Me ha dicho que no le interesa el negocio y que su vocación es la Medicina. Quiere dedicar su vida al servicio de los demás. Tengo que respetar su decisión pero me resulta muy difícil aceptar que todo mi esfuerzo y mi trabajo no tienen un destinatario directo. El espíritu de su madre ha prevalecido sobre el mío. Ignoro cuáles son los mecanismos que rigen los designios de la mente pero es evidente que en este caso los míos han perdido la partida.

En otro orden de cosas, quiero dejar constancia que Faustino ya no trabaja en la casa. Sus absurdas y reiteradas afirmaciones asegurando que era yo el hombre que visitaba a Carlota por las noches, me hicieron decidir por su cese y terminar con una relación contractual de casi catorce años. Lo que más aprecio en mis colaboradores y en las personas que me rodean, es la discreción y la objetividad. Cuando se pierden estas dos cualidades, solo queda una solución por dolorosa que esta sea.

17 de septiembre de 1887.

La política sigue en letargo. La Medicina se ha consagrado como la verdadera vocación de mi hijo. Nada va a hacer cambiar la decisión de Joaquín. Pienso en mí y no lo tengo nada claro. Con la empresa he logrado todos los objetivos que me había marcado, ¿pero qué más he logrado en la vida? ¿En qué más he triunfado? ¿Soy un triunfador o soy un fracasado? ¿No habré pagado un precio demasiado alto por mis supuestos triunfos? ¿Qué va a ser de mi obra si nadie la continúa? ¿Es aceptable que nuestros éxitos se vean enmascarados y ensombrecidos por las acciones de otras personas? ¿Somos tan dependientes de nuestro entorno que no podemos ser analizados de forma totalmente individual? ¿Es verdad que el triunfo solo existe si es aceptado por el colectivo que te rodea?

Creo que ahora no puedo y que nunca podré aceptar esta teoría. Reconozco mis errores como una parte de la trayectoria de mis éxitos. Estoy convencido que mi balance es positivo. Lo que hizo Carlota, lo hizo ella y solo ella. No puede negar que conocía mi posición de solo tener un hijo desde antes de contraer matrimonio. No fue engañada en ningún momento. Yo sufrí el engaño más cruel que un hombre pueda conocer. Un engaño seguido del desengaño de que mi hijo no esté interesado en continuar mi obra.

A él sin embargo, no le culpo. La culpa vuelve a recaer en Carlota. Un niño no puede convertirse en adulto para empuñar todas sus responsabilidades con rigor, si ve que su madre no ha sido capaz de hacerlo. Joaquín ha crecido sano de cuerpo pero delicado de espíritu y de fuerza mental. Por todo ello me resulta fácil entender que su decisión es acertada para él, aunque suponga una desilusión para mí. Mi hijo es un hombre que se ha forjado para prestar servicios al prójimo porque carece de la fortaleza necesaria para ponerse al frente y dirigirlo.

Me pregunto qué sentiría mi bisabuelo Joaquín cuando leyó estas líneas escritas por su propio padre, en el Diario. Son realmente unas palabras muy duras, fruto con toda seguridad de un momento de desencanto. Sin embargo, ese atenuante no disminuye ni un ápice de su extrema dureza.

Coloco el punto de lectura de nuevo como señal y cierro el Diario. Siento la necesidad de meditar el sentido de las duras palabras que acabo de leer. Son un conjunto de cábalas que forman por si solas, un increíble tratado de análisis personal. Debo reconocer que me he sentido retratada en todo ese compendio de preguntas y contrapreguntas, que tan bien han sido planteadas por mi tatarabuelo. Yo también me pregunto a mí misma, ¿qué soy yo? Y aunque miles de respuestas me vienen a la mente ninguna de ellas es válida si la tomo individualmente y por sí sola.

Cada respuesta se complementa con la siguiente y esta con la que le sigue en una cadena sin fin de enlaces. Siempre me había sentido y considerado muy distinta a mi madre y ahora empiezo a comprender que eso no era del todo cierto. Yo anhelaba que ella fuese como a mí me apetecía que fuera. Hoy veo que no tenía ningún derecho a

que esto sucediera. Tampoco mi tatarabuelo Jacinto tenía ningún derecho a elegir la forma de ser de su hijo, mi bisabuelo Joaquín.

Nos gusta vernos reflejados en los demás y eso no es más que un puro espejismo que satisface nuestra proporción de narcisismo. El hecho de que pensemos que todo el mundo se nos debe parecer, es solo un acto de inmensa egolatría. ¡Qué equivocados que estamos! Cada uno de nosotros es la suma de muchas restas o también la resta de muchas sumas. Somos lo que somos y por eso somos seres independientes pero a su vez, somos también dependientes de muchas cosas y de los demás.

Por otra parte está claro que necesitamos de nuestro propio combustible. El ser humano precisa ser alimentado para que pueda funcionar. Los nutrientes pueden ser muy distintos y todos elegimos los que más nos convienen. Hemos de aceptar que la ambición, la envidia, la codicia o el egoísmo son gasolinas tan eficientes como el altruismo, la generosidad, el amor y la solidaridad. Todas ellas hacen posible que funcione el motor humano. Estoy convencida de que cada uno elige su norte y después se alimenta de los carburantes que le son más propicios para alcanzar su meta.

Nuestro egocentrismo nos hace creer que somos el centro de la creación y que los demás son solo satélites que deben girar a nuestro alrededor y a nuestro antojo. Es fácil pero, darse cuenta de que esto es tanto física como técnicamente imposible. Lo que somos realmente es pura química y esto nos confiere la etiqueta de ser únicos considerados individualmente pero también de estar englobados en una colectividad. Sentimos rechazo o atracción hacia otra persona. Al igual que los átomos se atraen o repelen entre sí. Nuestro mundo no es más que un microcosmos que no puede subsistir solo. Nuestro microcosmos tiene que cohabitar y coexistir con el resto de microcosmos de nuestros semejantes más próximos.

Me levanto del sofá y me voy a beber un vaso de agua. Noto que tengo la garganta seca y eso me obliga a tragar saliva con mayor frecuencia. Me siento en unos de los picos de la mesa y me cruzo de brazos. Sin saber por qué, me llega el recuerdo de mis clases de Filología Inglesa con *Shakespeare* como protagonista de sus obras y de esa perpetua y transgresiva dualidad que él tanto amaba. ¡Cuánto disfrute con ellas!

Sin embargo, esto de ahora es distinto. Todo lo que estoy leyendo y viviendo, me atañe a mí en toda su amplitud y profundidad. Es una sensación que no por extraña, deja de ser sumamente extraordinaria. Cojo el Diario y me lo llevo a la cama. No voy a leer más pero necesito tenerlo cerca de mí. Esta noche, muy al contrario de la de ayer, mi sensación al acostarme es de una total felicidad y de completa plenitud interior.

Capítulo 12

JUEVES, 17 de febrero de 2005.

Hace un frío terrible. No recuerdo un invierno tan gélido y desapacible como el que estamos viviendo este año. Son las nueve menos diez de la mañana. Al entrar en el edificio de la oficina, saludo a Marcelo levantando mi enguantada mano derecha. El conserje me corresponde con el mismo gesto.

Subo en ascensor. Al entrar enciendo la luz general. Soy la primera en llegar. Con tanto frío, más de uno se habrá quedado pegado a las sábanas. Me acerco a mi mesa de trabajo y compruebo que hay un «*post-it*» de color rosa pegado a mi pantalla. Solo hay una persona que no utiliza los de color amarillo en toda la oficina. Méndez demuestra así que también es un perfecto hortera.

«Mañana a las 12 horas tienes prevista una reunión con el señor Garavaia y conmigo sobre la evolución de Solitex'.

Prepárate para la reunión».

16-02-05.

Otra vieja táctica que suele utilizar el ejecutivo agresivo, es simular que se te avisa con tiempo, cuando la realidad es todo lo contrario. Tengo tres horas justas para recopilar datos. Por fortuna llevo haciéndolo a mi bola desde este mismo lunes. Pero no lo he hecho con la intención de prepararme una defensa, ni para enfrentarme a una caza de brujas. Lo único a lo que yo no tengo acceso es a los datos contables del cliente. En este punto, yo solo los podría conocer si el cliente hubiera impagado alguna de las facturas a su vencimiento. Pero *Solitex* nunca ha dejado de atender un efecto de pago. Por lo tanto, tendré que basar toda mi estrategia en los datos de evolución comercial.

Carmen acaba de llegar. Al ver que estamos las dos solas, se me acerca y me dice.

—¿Qué tal va todo?

—Mira —le digo yo tendiéndole la nota de color rosa fucsia—, la he encontrado pegada en mi pantalla.

—Es un auténtico cabrón. Debí esperar a que nos marchásemos todos para ponértela. Así ninguno pudimos avisarte.

—Eso pienso yo también.

—¿Qué vas a decirles?

—Tengo casi tres horas para pensármelo —contesto yo.

Lo siento por Carmen pero ya no me fío de nadie. Además ella me contó la historia del intento de Méndez al convencerla con la instalación de los programas

fotográficos. ¿Y si no fuera del todo cierta la versión de los hechos que ella me contó? No puedo confiar en nadie. Tengo que jugar mis bazas en la partida cuando llegue el momento del envite justo. Ni antes ni después. Y para eso, es necesario conservarlas solo para mí. Sin ninguna clase de excepciones.

Veo que entra Méndez esgrimiendo la sonrisa del que sabe que le falta poco para destrozarse a su presa. Me mira y yo le aguanto la mirada. Los dos sabemos que tenemos cartas escondidas. El cruce de miradas ha constituido todo un desafío y creo que he contribuido a que le crezcan las dudas.

No me voy a preocupar demasiado. Sé que lo peor que me puede pasar es que me despidan por algo que no he hecho. Lo peor es mi reputación. No voy a permitir que se vea dañada de forma injusta. Voy a luchar más de lo que se piensan estos malditos.

Un reflejo inesperado en la pantalla me hace pensar en mi madre y en sus palabras escritas en las cuartillas de presentación del Diario. En ellas me decía que se había preocupado por mi futuro. Ahora comprendo lo que intentaba decirme cuando anteayer su imagen se me aparecía con muchas intermitencias. En un ataque de despegada sinceridad reconozco que quizás la causa de esas intermitencias es que a mí siempre me costó conectar con mi madre. Quizás ahora le ocurra lo mismo a ella.

Vuelvo a leer la nota. Lo que más me ha jodido es esa frase de doble intención.

'Prepárate para la reunión».

Analizada superficialmente parece un consejo pero escarbando un poco, tan solo un poco, es toda una premonición de ejecución anunciada.

Esperaré paciente. Lo que sea no tardará en llegar. Me da miedo que el tiempo se detenga. Lo que yo deseo es que transcurra todo lo rápido que pueda y termine todo de una vez. Ésta es sin duda una posición cobarde pero por el momento no tengo otra. Intento abstraerme pero no lo logro. Una llamada telefónica del almacén de mi zona me rescata de mi estado de impaciencia.

Cuando termino con la llamada telefónica, veo que se producen nuevos movimientos y extrañas maniobras en el alto mando. Algo les sucede o alguna noticia les acaba de llegar. Están reaccionando ante la nueva contingencia. Les veo nerviosos pero más organizados que la última vez. De todo acaba uno aprendiendo, decía siempre mi madre.

Sigo trabajando sabiendo que soy el centro de todas las miradas. Sin embargo, estoy contenta con mi comportamiento. No estoy siendo transparente y eso es algo que me hacía falta aprender a ser.

Aunque la procesión vaya por dentro yo sigo imperturbable. Son las once y media cuando veo que se me acerca Méndez. Sin mediar ningún saludo me dice.

—Tienes más suerte que los camaleones en verano. La reunión se ha cancelado. Garavaia va a traspasar el problema al nuevo *controller*' que llega el próximo lunes.

Quiere lavarse las manos.

—Por mi parte no hay ningún problema.

—Otra cosa, se acabaron las recuperaciones en sábado. Las diecisiete horas y media te serán descontadas de las vacaciones. Garavaia ha decidido cambiarlas, en contra de mi voluntad, por dos días de tus vacaciones en verano. No te quejes porque todavía sales ganando una hora y media.

—De acuerdo, ¿entiendo entonces que me las descontarán de la paga de vacaciones, no?

—Ni hablar. Las vas a tener que recuperar trabajando esos dos días. Es una pequeña satisfacción personal mía el que esos dos días, a ti, te supongan cuatro días de menos.

—¿Qué quiere decir con eso? Ahora no le entiendo.

—Es muy sencillo. Si optas por recuperarlos en los dos primeros días te fastidiarás el fin de semana anterior y si escoges la posibilidad de escoger los dos últimos días, entonces te machacas el fin de semana siguiente.

—Es muy interesante esa reflexión que acaba de hacerme, señor Méndez. Pero, no debe preocuparse tanto por mí. Ya encontraré la mejor solución cuando llegue el momento, si es que llega —le contesto yo con esa coletilla a modo de puntilla final.

—Ya sabes que me gustaría preocuparme mucho más por ti, pero tú no me permites que lo haga. Nada de esto te pasaría si estuvieras bajo mi protección.

—Estoy muy bien como estoy.

—El problema no es cómo estás sino cuánto tiempo más podrás seguir con esta situación —me dice y se marcha dándome la espalda, sin que tenga opción a responderle, en otra maniobra de puro libro.

No sé exactamente la razón, pero lo cierto es que siento un gran alivio. Me acaban de quitar un gran peso de encima. No es que temiera a la reunión pero creo que no hubiera sido un encuentro imparcial.

Un nuevo papelito aterriza en mi mesa. Lo abro y leo.

«Es una mujer».

Miro desconcertada a mi alrededor. No sé de qué va la frase del papelito. Busco alguna explicación en los ojos de Carmen. Ella comprende mi situación y suelta un nuevo satélite de papel que yo recojo casi al vuelo.

«El nuevo controller' que llega el lunes, es una mujer».

He de reconocer, ahora que conozco la noticia, que no me sorprende. También entiendo mejor, las idas y venidas de los jefes. Creo que a ellos si que les ha pillado por sorpresa. No lo debían de tener controlado en sus apuestas. Les conozco y una

mujer con mando va a crear muchas luchas y diferencias entre ellos. Todos van a querer mantener la posición a costa de lo que sea. Las zancadillas van a estar a la orden del día.

Sin apenas darme cuenta ha llegado la hora de comer. Hoy comeré sola porque Mercedes me ha enviado un mensaje contándome que se encuentra en cama. Al final, el resfriado le ha pasado factura.

La tarde transcurre entre los golpes y los ruidos que hacen los operarios que están acondicionando la Sala de Juntas. La están convirtiendo en el despacho de la *controller*'. El ruido de las muelas para cortar y ajustar la nueva mampara de separación hace que sea casi imposible concentrarse.

Cuando llega la hora de marcharse es toda una liberación. Hoy más que nunca me apetece caminar. Tengo la cabeza embotada. Necesito aire fresco. Al salir a la calle, compruebo que frescura no me va a faltar. La temperatura es de ocho grados pero el viento racheado hace que la sensación sea mucho más fría. Voy a pasar primero a ver a Mercedes. Su casa no cae muy lejos de la mía. Además, mañana viernes me toca hacer la compra de la semana, por eso prefiero ir hoy a verla.

Acabo de llegar a casa. Son casi las diez de la noche. Me he entretenido más de la cuenta. Con Mercedes siempre sucede así. Ella aunque esté enferma, tiene que manejar la situación a su completo antojo. Me ha hecho quedarme a cenar. Ha ignorado todas mis excusas. El móvil le ha sonado más de diez veces durante mi estancia en su casa. Algunas de las llamadas no las ha ni siquiera contestado. Con solo mirar el número entrante, les ha dado puerta sin inmutarse.

Me pongo ropa cómoda. Estoy deseosa de leer más Diario. Lo rescato de su escondite y me siento en una silla frente a la mesa. He comido demasiado en casa de Mercedes. No puedo sentarme en el sofá. Necesito conservar una posición que me permita hacer la digestión sin problemas.

Coloco la luz en la posición correcta y abro el Diario para continuar con la lectura. Releo las últimas frases que ya leí ayer y que me afectaron. Sin embargo, hoy ya no me parecen tan duras.

Me masajeo la nuca y comienzo a leer.

19 de enero de 1891.

Apenas veo a mi hijo. Siempre está estudiando fuera o encerrado en su cuarto. Las pocas veces que consigo hablar con él, nuestra conversación se reduce a preguntas mías que el responde con escuetos monosílabos. Este año cumplirá los veintiún años y alcanzará la mayoría de edad. Temo que entonces quiera abandonar la casa y buscarse algo definitivo en el centro de Barcelona. Cuando le pregunto si los estudios de medicina le llenan, me contesta con un «sí» muy cargado de

entusiasmo. Al menos esto me consuela. Está haciendo lo que él desea. Es lo mismo que hice yo cuando vendí la barbería de mi padre y me compré el primer telar. Nunca me ha preguntado por su madre y esto es una cosa que me sorprende. Ignoro si su silencio obedece a que apoya mi decisión o que por el contrario la rechaza y ésta es la causa principal de su comportamiento hacia mi persona.

No me ha faltado nunca al respeto pero nuestra relación padre-hijo es muy fría. Su distanciamiento me hace daño y quisiera poder encontrar solución a este problema. Ya me he convencido que no seguirá conmigo en la fábrica. Sin embargo, todo ese patrimonio por el que Joaquín no muestra ni el más mínimo interés, será suyo algún día. Desconocer lo que hará con todo ese cúmulo de esfuerzos y vicisitudes cuando yo muera, me crea un estado de ansiedad que no me deja dormir por las noches.

Me gustaría que...

Me detengo porque no entiendo las palabras que vienen a continuación. Están borrosas como si un líquido se hubiese derramado en ellas y eso hubiera desdibujado la tinta. Creo que puedo adivinar la naturaleza de ese líquido. Fueron lágrimas. Mi tatarabuelo lloró pensando en todo lo que a él le hubiese gustado que sucediera y las lágrimas cayeron sobre el Diario. Me lo imagino totalmente compungido y embargado por una realidad que le superaba. Si bien pudo encajar y superar a su manera, el golpe de su esposa Carlota, lo que no pudo digerir fue que su hijo le rompiera todos sus planes.

Creo que superó lo de Carlota porque en su fuero interno pensó que al eliminarla de su vida, tenía la recompensa de que su hijo iba ser solo para él. Ahí se equivocó mi tatarabuelo. Creo que es muy difícil de aceptar el hecho de que, aprovechando alguna de sus muchas ausencias, Carlota y su hijo Joaquín, no tuvieran nunca ninguna conversación a lo largo de los años que pasaron desde que ella fue repudiada. No creo posible que esto sucediera.

Estoy segura de que Carlota tuvo sus momentos de gloria hablando y encauzando a su hijo hacia donde ella quería. Quizás su intención directa no fue la venganza hacia su esposo, pero está claro que logró decantar el fiel de la balanza hacia su plato.

Sigo leyendo intentando adivinar lo borroso.

Me gustaría que todo pudiera empezar de nuevo. Sería como disponer de una segunda oportunidad para poder hacer las cosas de manera muy distinta. Sé que estoy pidiendo un imposible pero lo hago porque me sale del alma. Esta situación me está quemando las entrañas. Mi trabajo ya no es capaz de ilusionarme y llenarme como lo hacía antes. Pensar que nada va a ser como yo imaginé, hace que todo lo vea cuesta arriba y sin ningún sentido. Tengo que encontrar la forma de volver a tener ilusión por esta vida. Reconozco que hace días que pienso en poner fin a mi

vida como única solución a mi estado actual.

Cierro los ojos y medito. Ese hombre está hundido por completo. Las circunstancias y el entorno le han superado. Ha caído en el derrotismo y piensa incluso en suicidarse. Quizás él no lo supo nunca pero se encuentra en el mismísimo borde del peligroso precipicio de la depresión.

No puedo leer más por esta noche. Me preparo el cortado de rigor y me voy a la cama. Descorro la cortina y veo que la luna está en fase de renovación. Todo nace y todo muere pero la luna tiene la suerte de hacerlo constantemente. Ella tiene el precioso don de perdurar en el tiempo pero sin embargo, no se escapa de los ciclos de su particular mutación. La miro de forma fija. Parece que me está saludando desde su privilegiada posición. Le correspondo a través de los cristales con un guiño. Es la misma luna que vio a mi tatarabuelo en su tiempo. Quizás ese guiño pueda hacer una pirueta en el tiempo y animar a mi antepasado. No sé. Pienso que la luna está allí arriba para unirnos. La luna no es de nadie y sin embargo, es de todos. Nadie es capaz de poseerla pero todos la tenemos como algo nuestro. Ella es capaz de tender puentes imaginarios. Ojalá, pudiera yo transmitir ánimos a mi tatarabuelo en una conexión atemporal de signo invertido.

Sí él se ha atrevido a pedir un imposible, por qué no puedo hacerlo yo también. Me coloco frente a la ventana, abro los brazos y respiro profundamente. Después digo en voz alta.

Solo dudan los fuertes. Los débiles, los ignorantes y los pusilánimes no pueden ni siquiera intentarlo.

Capítulo 13

VIERNES, 18 de febrero de 2005.

La jornada laboral está siendo plácida. Es como si todos nos hubiéramos puesto de acuerdo para concedernos una tregua. La mañana ha pasado en un santiamén. Ahora estoy comiendo sola ya que Merche sigue con el resfriado. Espero que ayer no me lo contagiara. No dejé de hablar durante toda la cena y ya se sabe que cuando más se habla, más microbios se liberan hacia el interlocutor.

He elegido una comida suave. Un plato único combinado de ensalada, espárragos y pechuga de pollo a la plancha sin patatas fritas. Me chiflan las patatas fritas pero ya hace un par de años que las suprimí de mi dieta.

Mientras parto cada uno de los espárragos en tres trozos, suena mi teléfono móvil. Miro la pantalla y compruebo que es un número no identificado en mi agenda. No sale el nombre del que llama pero el caso es que me resulta conocido. Decido no contestar. Quien quiera que sea ya insistirá si es que no se ha equivocado.

Apenas dos mordiscos y el móvil suena de nuevo. Es el mismo número de antes. No he tenido tiempo de comprobar nada pero esta vez decido contestar.

—Dígame.

—Georgina, soy Marc. Solo quería saber si mañana sábado también voy a tener que venir a tu oficina. Ya sabes que puedes elegirme el disfraz pero necesito tiempo para prepararlo.

—No Marc, muchas gracias pero no va a ser necesario. Yo tampoco voy a ir. Me han cambiado la recuperación pendiente por días de vacaciones.

—Entonces, ¿tienes el día libre?

—No, no. Tengo que hacer una infinidad de cosas.

—De verdad tienes que hacer tantas cosas que no puedes aceptar la invitación para comer en compañía de un viejo rockero como yo.

—Lo siento Marc. No creo que vaya a poder. Tengo que...

—No me voy a rendir tan fácilmente —me dice él interrumpiendo de raíz la pléyade de excusas que me estoy inventando, sin saber exactamente por qué lo hago.

—¿Por qué no lo dejamos para otro día con más calma? —acierto yo a decir con la consciencia plena de que nada de lo que digo tiene una mínima consistencia de credibilidad.

—Haz un esfuerzo —me insiste él—. Va ser una comida de trabajo. Ya verás como no quedas defraudada. Quiero contarte algo que he pensado después de lo que pude ver el pasado sábado, en tu oficina.

—Está bien, tú ganas —acabo aceptando yo—. ¿Dónde quedamos y a qué hora?

—¿Te parece bien a la una y media frente al «Disaster Café»?

—Allí estaré.

—Hasta mañana entonces.

Me quedo más fría y sorprendida que la pechuga que tengo en el plato. ¿Qué querrá decirme Marc? ¿Qué le voy a decir a Merche? Creo que por el momento no voy a contarle nada. Pero si no se lo digo antes, tampoco podré decírselo después. Ella no lo entendería. Estoy segura de que lo tomará como una traición cuando se entere, pero yo no se lo quiero decir sin saber el porqué de la llamada de Marc.

Me hago retirar el plato combinado después de engullir los espárragos. Apenas he comido nada del resto. La llamada telefónica me ha creado un sinfín de sensaciones. No pido postre, solo un café doble. Sé que esto va a aumentar mi nerviosismo pero ahora lo necesito para tranquilizarme. Es un contrasentido, pero es así.

Después de haberme bebido el café con dos sobres de azúcar, me encamino hacia la oficina. Me siento como un cóctel recién agitado. Soy un combinado de pura sorpresa por lo inesperado de la llamada y de contenida excitación ante lo desconocido. Y todo ello, aderezado con el sabor amargo de una sensación de culpabilidad por una supuesta traición de la amistad.

La tarde se me pasa entre viajes. Por un lado, los de los operarios en un incansable ir y venir subiendo muebles y estantes y por el otro, los viajes de mi incorregible mente paseando por los más variopintos parajes de imaginadas situaciones.

Llega la hora de salir y camino flotando hasta mi casa. Tenía pensado ir a comprar pero cambio de idea. Iré mañana por la mañana temprano.

Al entrar en casa veo que la luz de los mensajes parpadea en el teléfono del salón comedor. Ya me imagino de quien es el mensaje. Es lo último que deseo pero estoy segura que es de Merche.

Pulso el «play» y compruebo que no estaba equivocada.

—Lláname cuando llegues. ¡Ah!, ya le he dicho a mi madre que mañana prepare comida para tres. Te esperamos.

—¡Maldición! —exclamo en voz alta, mientras caigo en la cuenta de que afortunadamente no he conectado el móvil al salir del trabajo.

La inoportunidad e inconveniencia de Mercedes son algo terriblemente probado y constatado a lo largo del tiempo. Es una cualidad negativa que ella ejerce sin ninguna clase de miramientos hacia los demás. Me imaginaba que algo así sucedería. Tengo que llamar a Merche. O mejor dicho, si es que quiero utilizar la frase correcta y completa, tengo que llamar a Merche y contarle una mentira. Odio tener que comportarme así, pero esta situación no la he creado yo. De momento solo soy una mera espectadora. No conecto el móvil.

No he comido pero sigo sin tener hambre. Solo tengo mucha sed y deseos de leer el Diario. Estoy famélica de su contenido. Estoy enganchada a sus páginas. Quiero saber cómo terminó la depresión de caballo que sufría mi tatarabuelo.

Voy en busca del Diario. Lo dejo sobre la mesa y me preparo un zumo de naranja. Con eso va a ser suficiente por ahora. La falda del conjunto de cuadros de Gales es mi medidor más fiable. Cuando me la pruebo y me cuesta subir la cremallera, toco «general» y me pongo a régimen. Las fanfarrias suenan y anuncian el comienzo de la dieta.

Bebo el primer sorbo mientras me dirijo hacia la mesa. Está delicioso. Las naranjas de febrero ya no son tan ácidas como las de principios del mes de diciembre. Otra vez aparece el ciclo de mutación necesario para que todo sea como lo conocemos.

Tomo asiento y leo.

20 de septiembre de 1891.

Es una alegría poder reanudar la escritura de este Diario de Eventos. He pasado por momentos en que parecía que esto no volvería a suceder jamás. En el peor de estos momentos, tuve la pistola con la pólvora cargada apuntando a mi sien. Una voz me salvó en aquel momento. Me detuvo el recuerdo de esta sencilla frase. «No cojas las tijeras hasta que no estés seguro de saber por dónde cortar el pelo». Fue la voz de mi padre, la que evitó que cometiera una locura. Mi padre no fue nunca un hombre ilustrado pero yo siempre le admiré y supe aceptar sus limitaciones. También pude ser testigo de su grandeza como persona honrada y justa. Por respeto hacia él, no cambié de profesión hasta que él murió.

Hoy, mi hijo también me ha dado una gran alegría. Se ha acordado de que es mi aniversario. Hoy cumpla 50 años. Tengo un reloj en mi mano y lo sostengo con orgullo. Ha sido su regalo y aunque Joaquín acostumbra a ser parco en palabras, las que hoy ha pronunciado me han llegado al alma. «Quiero que usted celebre que por primera vez cumple años teniendo un hijo que ya es mayor de edad». Son solo diecinueve palabras sin mucha carga emotiva en ellas, pero a mí me bastan.

Soy otra vez feliz, sé que ya hay un hombre más en la casa.

23 de diciembre de 1892.

Joaquín se perfila como un buen médico. Sus ansías por conocer y aprender parecen no tener límites. A pesar de gozar de los derechos de la mayoría de edad, me ha pedido permiso para alquilar una habitación en el centro de Barcelona. Quiere estar más cerca del claustro de la calle del Carmen. Pierde mucho tiempo en viajes y traslados. Estoy orgulloso de él.

Le he propuesto que se incorpore de forma temporal a la fábrica para realizar labores de prevención. Sigo haciendo e inventando todo lo que puedo para tenerle a mi lado.

Su respuesta ha sido muy esperanzadora. Lo estudiará, me ha prometido que lo estudiará.

Esta Navidad sin embargo, llega triste. No sé exactamente por qué, pero llega triste.

Yo también me siento triste. Estoy leyendo el Diario pero mi mente está bailando entre las imágenes de Marc y de Mercedes. Mañana la llamaré. Me excusaré diciéndole que hoy he salido un poco tarde del trabajo y que me he ido a dormir muy pronto ya que estaba terriblemente cansada. Cuando me pregunte por el mensaje le contestaré que no he visto parpadear la luz. Ella insistirá y me mantendré firme en mi versión. Al final admitiré que quizás la luz esté fundida pero seguiré afirmando y asegurando que no parpadeaba y que por eso ignoro lo del mensaje. No me creará pero me da igual. Respecto al móvil la versión oficial será que me quedé sin batería.

Una sensación de enfado conmigo misma se va apoderando de mí. ¿Por qué tengo que ser tan tonta? ¿Por qué me siento tan mal? ¿Por qué siempre tengo que buscar excusas a mi comportamiento? Y sobre todas esas preguntas, ¿por qué no le digo la verdad sin desvelar la identidad de mi acompañante? Podría decirle que tengo un «ligue» pero después me freiría a preguntas. Llego a la triste conclusión de que el primer plan es mucho mejor y lo es con mucha diferencia. Hacer uso de una media mentira acompañada de una pretendida ignorancia, es definitivamente lo más aséptico.

Retorno a la lectura. Después de mi intensa disquisición interna, me concentro de nuevo en las vicisitudes de mi tatarabuelo pero primero desenchufo el teléfono de la línea. No quiero sorpresas. Se me ocurre que la idea de aludir a que mi teléfono funciona últimamente como una cafetera, me otorga un margen extra de maniobra.

20 de junio de 1895.

Carlota está muy enferma. Su salud se ha debilitado extremadamente. Joaquín me ha dicho que no la va a dejar morir. Quiere visitarla y medicarla. No he podido ni he sabido decirle que no. Además, él tampoco me ha pedido permiso. Sencillamente me ha dicho que iba a hacerlo. Carlota está afectada por unos dolores intestinales que le han hecho perder peso de forma alarmante en los dos últimos meses. Nunca se había caracterizado por ser una mujer de formas curvilíneas, sino todo lo contrario. Pero ahora su aspecto externo es francamente preocupante.

Joaquín ha venido acompañado de reconocidos facultativos que le imparten clases en la Universidad. Las noticias que se ven llegar por el horizonte indican que no va poder resistir mucho tiempo si es que no se produce un cambio radical en su estado. Y eso, por ahora, parece imposible.

Mis ojos se han ido rápidamente hacia el siguiente mensaje que está escrito en el Diario y ya conozco la luctuosa noticia que viene a continuación.

Tengo sed. Decido prepararme otro zumo y una tostada integral con jamón york. Estoy empezando a sentir un vacío en el estómago que no sé a ciencia cierta si es consecuencia de lo que acabo de leer, o bien es el resultado de que no he comido prácticamente nada durante todo el día.

Me lo como todo muy a gusto. Me encuentro cómoda y bien. Parece que me haya sacudido un enorme peso de encima. Puedo afrontar con plenas garantías una hora más de lectura.

11 de agosto de 1895.

Carlota ha muerto. Su vida ha llegado a su fin. Que Dios la perdone por todo el mal que nos ha hecho y también por el bien que ha dejado de hacernos. Yo no he podido perdonarla. Lo siento pero tengo que reconocerlo. Quizás no fui un buen esposo pero yo no puedo opinar sobre eso. Mi juicio no sería imparcial porque estaría filtrado según mis ideas y mis principios. Otros vendrán y opinarán en estas páginas si es que lo creen conveniente.

Hoy ha dejado de existir la mujer que con su infiel comportamiento, construyó unas oscuras tinieblas en mi corazón. El ángel que iluminó mi vida en el pasado, dejó de existir en un mes de Agosto, de eso hace ahora dieciocho años. Le he dicho a Joaquín que presida los funerales. Yo asistiré desde una discreta segunda posición. Es mejor que él se encargue de la organización de todo. Yo asumiré los gastos. Es lo único que voy a hacer en todo este asunto.

El tono de esta última comunicación escrita que acabo de leer, rebosa frialdad por todos los poros. Es extraordinariamente chocante que un carácter tan pasional como el que he percibido en mi tatarabuelo, a través del Diario, pueda tornarse tan radicalmente gélido, cuando el asunto es un tema que afecta solo y directamente a mi tatarabuela Carlota.

Pienso que la muerte de su esposa, le debió liberar de vivir arrastrando esa cruz tan pesada que le obligaba a tener que representar su papel de hombre duro de una forma tan continuada y estricta. Estoy segura de que notaré un cambio en sus próximos escritos.

Capítulo 14

SÁBADO, 19 de febrero de 2005.

Faltan diez minutos para la una y media del mediodía. Estoy subiendo por la acera lateral derecha de La Rambla, hacia la Plaza de Catalunya. Desde que me he levantado he actuado como si fuera un infiltrado en las líneas enemigas. No he contestado al teléfono. No he conectado el móvil. He salido a comprar y he regresado a casa, vestida casi con un disfraz de camuflaje. Me he colocado incluso unas gafas oscuras que aborrezco porque son muy grandes y me tapan toda la cara. Sin embargo, para mis propósitos de hoy, han resultado perfectas.

No sabía cómo vestirme para la cita. Al final he optado por hacerlo de manera informal. Después me he colocado encima el correspondiente tres cuartos y he salido a la calle. Estoy a punto de llegar a la esquina y doblar hacia la derecha. Lo hago y compruebo que Marc no ha llegado todavía. Decido ralentizar el paso. Si hay algo que odio más que llegar tarde a una cita, es llegar demasiado pronto. Todavía faltan cuatro minutos para la hora acordada. Me detengo simulando buscar algo en mi bolso para ganarle unos segundos al reloj, cuando oigo que a mi espalda una voz me saluda.

—Buenos días, Georgina. Aprecio mucho la puntualidad porque hoy en día es una virtud que escasea y que además, no se puede comprar en los supermercados.

—Buenos días, Marc —contesto cuando me doy la vuelta—. ¿Dónde te habías metido?

—Acabo de llegar. Te has adelantado por solo una veintena de metros.

—¿Dónde vamos?

—Te propongo un pequeño restaurante del barrio de *Gràcia*'. Allí estaremos tranquilos y podremos hablar.

—De acuerdo.

—Iremos en el Metro. ¿Te parece bien?

—Me parece genial —le contesto yo.

Cuando veo el restaurante percibo que va a gustarme. Adoro esta clase de locales. Casi siempre son íntimos y están situados en calles estrechas. Sus entradas acostumbran a ser discretas y poco afectadas por el marketing. Y por último, la relación del precio con la calidad de la comida, acostumbra a ser muy aceptable.

—¿Eres de este barrio? —le pregunto al sentarme frente a él en la mesa más recogida y protegida del rincón.

—Se podría decir que sí, aunque ahora ya no vivo aquí. Pasé mi infancia y mi juventud en estas calles. Supongo que decirlo suena a tópico, pero acabas amando a estas calles si las llegas a conocer bien. Tienen un encanto muy similar al *Village*' neoyorquino.

—¿Conoces *New York*?

—Sí. A mi entender es una ciudad que suele asustar a los que no la conocen, pero que enamora a la mayoría de los que hemos tenido la fortuna de visitarla. Es una ciudad que me encanta. Creo que sus edificios tienen duende. ¿Tú la conoces?

—He estado tres veces. La última de ellas a finales de Agosto de 2001, o sea dos semanas antes de los atentados. A veces pienso que debo ser una de las últimas personas que pudieron subir a las *Twin Towers*'. Es evidente que en aquel entonces no podía imaginar lo que iba a suceder, pero es que hoy se da la circunstancia que conozco algo de mí que desconocía en aquel caluroso Agosto de 2001 y todavía me siento más afectada por su destrucción.

—¿Y qué es eso que ahora ya conoces de ti?

—Es algo íntimo que no tiene ninguna importancia para nadie más que para mí.

—De acuerdo. Acepto y respeto tu silencio. Si te parece, pedimos la comida y mientras nos la traen te comienzo a poner al corriente de mis pesquisas.

—Perfecto.

—Creo que alguien va claramente a por ti —me suelta de sopetón cuando el camarero se va con la comanda tomada.

—¿Qué pruebas tienes?

—He de confesarte que el sábado cuando estuve en tu oficina, exporté y me llevé unas veintitantas tablas que me parecieron significativas.

—Sigue, por favor. —Pues bien, todas ellas sin excepción habían sido manipuladas para dejar muy claro que tú eres la pieza clave de la estafa.

—¿Han hecho esto?

—Solo hay dos posibilidades. O lo han hecho ellos, o bien... —se para por un momento, levanta la vista de la servilleta con la que jugueteaba entre sus manos y luego me enfoca directamente a los ojos para decirme con cierta timidez—. O bien, me has engañado y la verdad es que eres tú la que está estafando a tu empresa.

—¿Cómo puedes pensar esto de mí?

—Apenas te conozco, Georgina. Antes del pasado sábado solo te había visto en un par de ocasiones y en ellas no pasamos de los protocolarios saludos de cortesía. No quisiera equivocarme contigo.

—¿Qué esperas tú que yo deba hacer para convencerte?

—Nada. No debes hacer absolutamente nada. Soy yo el que tiene que convencerse y estar seguro por mí mismo. Tú solo tienes que mostrarte como eres o como prefieras. Después del postre decidiré.

—¿Y mientras tanto qué hacemos? —le pregunto yo un poco mosca.

—¿Qué edad tienes? —me espeta de sopetón.

—Eso es un golpe bajo. ¿No te explicaron en clase que no se debe preguntar esto a una dama?

—¿Qué edad tienes? —pregunta de nuevo mientras con sorpresa me coge la

mano derecha con su mano izquierda.

—¿Y esto que significa? —digo yo, intentando disimular los nervios.

—Esto es mi polígrafo particular. Quiero notar tus vibraciones cuando contestes a mis preguntas.

La frase y el contacto de nuestras manos se interrumpen de repente porque llega el camarero con la comida. La ensalada para compartir está preparada con un gusto exquisito y los filetes a la pimienta verde, tienen un aspecto impresionante.

Cinco minutos después de habernos cruzado con suma educación, el convencional «Buen Provecho», Marc vuelve a la carga.

—Todavía no has respondido a mi pregunta sobre tu edad.

—Tampoco me has dicho tú la tuya. —Cuarenta y dos— responde él sin vacilar.

—Treinta y ocho —correspondo yo de igual forma.

—Bien, empezamos bien.

—¿Solo porque ahora ya conoces mi edad? ¿Solo por eso hemos empezado bien?

—No Georgina. Yo ya conocía tu edad. He dicho que hemos empezado bien porque me has respondido con la verdad.

—¿Cuántas cosas más sabes de mí que yo no sé que las sabes?

—Las suficientes para poder calibrar tus respuestas y decidir si puedo confiar en ti.

—No me gusta el cariz que va tomando este encuentro —le digo yo a modo de protesta—. Al principio todo ha comenzado bien, pero después poco a poco, se ha ido enmarañando la situación. Creo que no sabes nada de nada y que el único motivo que has tenido para la cita de hoy es intentar la posibilidad de tener un revolcón conmigo para poder compararlo luego con los revolcones de Mercedes.

—¿Quién te ha contado que yo he tenido revolcones con tu amiga?

—Oh, vamos. ¿Me vas a decir ahora que ella presume de hechos que solo existen en su calenturienta imaginación?

—En el caso que a mí me concierne, ya puedes estar bien segura.

—¿Por qué tendría yo que creerte? Y además, ¡a mí qué me importa!

—Óyeme, Georgina. Los dos somos adultos y no tenemos porqué comportarnos como el perro y el gato. Sé que a ti no te preocupa pero a mí sí que me importa lo que la gente vaya contando sobre mí. Te puedo asegurar que nunca se dieron las circunstancias que me invitaran a tener una relación íntima con Mercedes. Punto y final a este tema.

—Vayamos al grano que ya va siendo hora —le digo mientras el camarero retira los platos y nos endosa la carta de los postres—. Yo no quiero postres —añado.

—Yo tampoco —oigo decir a Marc—. Tomaré un café solo. ¿Y tú tomas alguna clase de café? —me pregunta.

—Un cortado descafeinado de máquina, largo de café y corto de leche. La leche

fría, por favor.

El camarero desaparece un tanto frustrado porque no hemos querido degustar las exquisiteces de sus postres.

—Mira —me dice él, y yo le miro obedientemente—. La cosa es grave. He llegado a la conclusión de que es casi imposible desmontar todo lo que está enmarañado con tu clave.

—¿Quiere eso decir que ya confías en mí?

—Siempre lo he hecho pero quería que probases a resistir un interrogatorio con preguntas y dudas impertinentes.

—¿Y cómo lo he hecho?

—¿Tienes ordenador en tu casa? —me pregunta obviando contestar a la pregunta que acabo de lanzarle.

—No —respondo yo.

—Entonces tendrás que venir a la mía.

—Ese truco es muy viejo, Marc —le digo yo riendo—. Francamente esperaba algo mucho más original de ti.

—No estoy bromeando en absoluto. Tu clave está en todos los registros sospechosos de las tablas que me llevé. Lo que me temo es que suceda lo mismo en muchas de las tablas que no exporté a mi portátil. No haré nada si solo elimino la clave de la parte que yo copié y por ahora no tengo posibilidad de hacerlo para el resto. Solo se me ha ocurrido una cosa para sembrar la duda y desmontar la obra que con todo el esmero del mundo, se ha montado contra tu persona.

Me quedo en silencio. Eso va más en serio de lo que imaginaba.

—¿Por qué yo y no otra persona de la oficina? —pregunto tras unos momentos de meditación.

—Aquí tendremos que invocar de nuevo a la inagotable fuente de la dualidad. Puede que sea fruto de la fatal casualidad o puede que exista otra razón. Yo personalmente creo que esto no tiene nada que ver con la casualidad y esperaba que tú me aportaras algo más de luz sobre la razón que puede haber desencadenado todo esto. Sin embargo, vistas tus reservas cuando hemos hablado de *New York* y de las *Torres Gemelas*, allí mismo, ya he perdido todas mis esperanzas de que lo hicieras abiertamente.

—Te conozco muy poco, Marc. Tú mismo lo has dicho antes. Yo soy muy reservada.

—Entonces, ¿por qué solicitaste mi ayuda a Mercedes?

—Fue una de aquellas decisiones que se toman por pura intuición, o si prefieres que te lo diga de otra forma, fue una intuición que me llevó a tomar una decisión con firmeza. Recuerdo que cuando le solicité a Merche que contactara contigo, lo hice más como una exigencia que como una petición.

—Me imagino que conocerías mis habilidades informáticas a través de ella. Por lo menos esas sí que son ciertas —añade muy sonriente.

—No tenía dudas sobre eso. Conozco que impartes clases en la Autónoma.

Veo que el camarero se acerca de nuevo. Para sacárnoslo de encima, le pedimos repetir la ronda de cafés. Esta vez se va más contento. No hemos tomado postres, pero le hemos compensado con nuestro doblete de cafetería.

—Yo tampoco te conozco mucho pero espero que esto solo sea una contingencia pasajera. Sin embargo, he pasado las noches de la última semana durmiendo un promedio inferior a las tres horas, para intentar ayudarte.

Me quedo en silencio y dejo que continúe. Prefiero no interrumpirle en este momento. Le brillan los ojos cuando me habla y yo no quiero apagarlos.

—Alguien o más de un alguien, se ha tomado muchas molestias para infectarlo todo con tu clave —sigue explicándome—. Han urdido una trama de la que es prácticamente imposible que salgas por ti sola. Primero tuve mis dudas pero cuando fui comprobando el grado de implicación que tenías en el asunto, me sorprendió muy mucho. No era normal. No podía ser. Tenía que ser un montaje.

—¿Tan grave es?

—No estoy seguro porque no es mi especialidad y además no quisiera asustarte, pero creo que podría entrar perfectamente en el marco de una acción judicial.

—¡Vaya! ¡Lo que me faltaba! —exclamo con impotencia.

—La cosa estaba muy complicada y yo casi no tenía tiempo para reaccionar. Así que decidí hacer un experimento sin pedirte permiso. Sin pensármelo dos veces, sometí el problema como un ejercicio más, con mis alumnos en clase.

—¿En tu clase de la Universidad?

—Sí —me contesta con entusiasmo—. Pedí a mis alumnos que contestaran cómo se podían cambiar ciertos datos sin que se dañaran otros y que además no quedase rastro en el registro principal del sistema. Necesitaba ideas frescas y las obtuve de ellos. Hay mucho de «*hacker*» escondido en los estudiantes. Piensa que «*crackear*» cualquier sistema es siempre un reto apetecible. En voz muy baja debo confesarte que a mí me encanta hacerlo.

—Me asustas. ¿Qué has hecho, entonces?

—He preparado un programa que va a volver locos a algunos de los datos del ordenador que actúa como servidor en tu empresa. Solo lo hará en los campos que guardan las claves de los que han realizado las operaciones. Se comportará como una especie de virus irreversible que no les dañará nada importante porque se va a centrar solo en las claves. Se las va a cambiar según un algoritmo basado en once secuencias aleatorias que se activarán cuando cada día se conecten los primeros once ordenadores al sistema. Va a depender de cuáles sean, de cuándo lo hagan y en qué secuencia ordinal, se conecten. ¿Qué te parece?

—Si quieres que te sea muy sincera, en estos momentos me invaden tres sensaciones por este orden. Incredulidad, fascinación y acojonamiento. Pero desgraciadamente creo que debo aclararte que la tercera se está imponiendo a las otras dos.

—Va a ser fácil. No te preocupes. Necesitarás llegar una hora antes al trabajo para estar sola y prepararlo todo.

—Eso va a ser imposible.

—¿Por qué?

—Porque Marcelo, el conserje que tú tan bien conoces, no abre la oficina hasta las nueve menos cuarto. En el mejor de los casos solo tendría poco más de diez minutos.

—Pues nos toca inventar algo creíble porque necesitamos más tiempo y creo que otro escape de agua no va a colar. Deberás instalar un programa y luego me tendrás que llamar por el móvil para avisarme de que yo ya me puedo conectar en remoto. En aquel momento y desde mi portátil, les inocularé el virus al sistema. Todo eso nos va a llevar unos veinticinco minutos. Después tienes que pelar los cables de alguna clavija para que se produzca un cortocircuito que lo cierre todo cuando la conecten a la corriente. Ésta es la parte más importante de nuestra estrategia. Es la goma de borrar que va quitar nuestro rastro y además va a permitir que nuestro virus juguete empiece su misión.

—Empiezo a estar muy asustada.

—Será fácil. Solo tienes que hacerlo, pero tienes que hacerlo bien y para eso quiero que practiques la instalación del programa. Por eso te he pedido antes que vengas a mi casa. ¡Ah!, un consejo de precaución. A partir de ahora cuando salgamos de este restaurante nada de taxis. Solo vamos a desplazarnos en transporte público o a pie y lo haremos separados. No quiero que nadie nos pueda relacionar.

—Me estás asustando más todavía, Marc.

—Ahora ya sabes dónde te han metido. Espero y deseo que tú sepas el porqué de todo esto. El porcentaje de casualidades se rige por el mismo cálculo que el de las probabilidades matemáticas y ya sabes que normalmente es muy bajo.

—¿Por qué te estás arriesgando por mí, Marc?

—Te reirás si te lo cuento.

—Prometo no hacerlo.

—Pues porque soy un romántico y porque creo que tú eres de la clase de personas por las que vale la pena que uno se arriesgue a perderlo todo.

—Es lo más bonito que me han dicho en toda mi vida —susurro con los ojos bañados en lágrimas.

Marc me coge la mano y me la acaricia. Son solo segundos pero a mí se me para el tiempo. Ésta era una sensación olvidada. Él se da cuenta y la separa mientras me

dice.

—Tienes que ser muy valiente. Ahora voy a pagar y luego me iré solo. Tómate otro cortado y después vete a tu casa. Mañana te espero en el andén central de la estación de Glorias, a las siete y media de la mañana. Sube al mismo tren que yo coja y sígueme pero no te acerques a menos de veinte pasos de mí. Estas lentes oscuras te sientan de maravilla y te ocultan el rostro. Úsalas mañana. Prefiero que quien se fije en ti, recuerde tu imagen como la de una profesional de un local de alterne que regresa a su casa después de una noche de arduo trabajo.

—¡Joder, además tengo que hacer de puta!

—No exageres. Solo he dicho que tienes que sembrar la duda de que eso puede que sea así.

—Lo intentaré. Ahora pensaba ir a visitar a Mercedes que está en casa enferma. Tiene un buen catarro.

—Te aconsejo que no le cuentes que hemos estado juntos.

—¿No me habías dicho que...?

—No vuelvas más sobre eso, por favor. Creo que ya te lo dejé claro —me corta con autoridad y de forma tajante—. Simplemente recuerda que no creo en las casualidades. Mejor guardar esto que hemos hablado para nosotros dos de momento. Cuando llegue la hora de explicarnos ya nos explicaremos. Ahora es tiempo de actuar y debemos concentrarnos solo en eso.

—Estoy de acuerdo contigo. De hecho ayer recibí un mensaje para ir a comer hoy a su casa. Cuando vaya a verla tengo que aparentar que todo ha sido y es normal. No sé cómo lo puedo hacer. Además llevo todo el día con el móvil desconectado.

—¿Es moderno el teléfono de tu casa?

—No.

—Entonces compra uno nuevo antes de llegar a su casa. Cuando empiece a echarle el Séptimo de Caballería encima de ti, lo sacas y le demuestras que el otro se ha estropeado. No funciona y vas a cambiarlo. Referente al móvil, le dices que te has dado cuenta que estaba sin batería y que lo has dejado cargando mientras comprabas. Dile que te has entretenido más de la cuenta y que has decidido comer algo en la cafetería del Corte Inglés. Es el sitio perfecto para la coartada perfecta.

—Me jode mentir, ¿sabes?

—Pues el mentir es como el comer y como el rascar. Aseguran que solo es cuestión de empezar.

—¿No había otra versión del refrán?

—Me parece recordar que he oído otra, pero ahora la que nos interesa es solo esta —me dice levantándose y acercándose a mí.

Yo también me levanto para despedirme de él. Me da dos besos, uno en cada mejilla y se marcha sin girar la cabeza.

Me vuelvo a sentar y me tomo el tercer cortado de la comida. Cinco minutos después, salgo dispuesta a seguir todas las indicaciones que él me ha dado.

Capítulo 15

SÁBADO, 19 de febrero de 2005, 23 horas 27 minutos.

Podría decirse que he salido triunfante del encuentro de esta tarde con Mercedes. Mis argumentos y mi firmeza inquebrantable de quitarle importancia a todo lo que ella me decía con un tono muy trascendental, han ido consolidando mis bases defensivas. Al final, ella ha acabado por aceptar mi versión desenfadada de lo sucedido. Una versión que he ido cimentando en la mala calidad de los teléfonos que vienen de extremo Oriente. La conclusión final que ambas hemos certificado con pleno consenso, ha sido la de que todo esto antes no pasaba. Las cosas antes se fabricaban mucho mejor.

He tenido que quedarme a cenar con ellas. De nuevo, no he encontrado ninguna excusa válida para evitarlo. Durante la cena, Merche ha hablado por las tres. Su madre y yo, apenas teníamos tiempo de asentir a todas las opiniones y sentencias que ella iba exponiendo. La conversación ha girado sobre dos de sus pivotes más preferidos, es decir sobre una mezcla de lo cara que está la vida y lo inútiles que son los hombres.

—¡Prueba superada! —me digo cuando pongo la llave en la cerradura de mi casa, recordando que mañana tengo que levantarme temprano para superar más pruebas.

He insistido a Mercedes para que mañana no me llame. Le he dicho que ya la llamaré yo cuando tenga el nuevo teléfono instalado. Le he prometido que será a ella a quien haré la primera llamada, pero le he advertido que eso será a partir de las doce porque mañana quiero dormir hasta mediodía.

He de suponer que a esa hora ya habré regresado. Esta noche no tengo tiempo de leer más Diario y eso que tengo muchas ganas de hacerlo. Me impongo que debo ir a descansar. El día de hoy ha sido muy duro en muchos sentidos pero sobre todo, en el plano emocional.

Voy sentada sola en el vagón del metro. Son las siete y veintidós minutos de la mañana. El tren acaba de cerrar sus puertas y empieza a abandonar la estación de Urquinaona'. He seguido el consejo de Marc en lo referente a las gafas oscuras. Sin embargo, he dejado sin efecto la recomendación de ir vestida como una vulgar pelandusca. Mi opinión refuerza la teoría de que lo normal ayuda a pasar mucho más desapercibida.

Cuando llego a la estación de encuentro, desciendo del vagón y me quedo en el andén central, tal y como habíamos acordado. Las otras dos personas que también se han apeado del tren no tardan en desaparecer por las escaleras mecánicas. Miro arriba y abajo. No hay nadie. He vuelto a llegar demasiado pronto. Tomo asiento e intento relajarme. Los bancos de piedra son duros, fríos y muy incómodos. Me levanto y paseo. Me siento cansada y también ridícula. Sobre todo, esto último. Busco una explicación al hecho de que a las siete y media de la mañana de un domingo, me

encuentre dando vueltas en el andén central de una estación de metro, con unas gafas oscuras e intentando que nadie me reconozca cuando la realidad es que no hay nadie que ni siquiera pueda intentarlo. Como no soy capaz de encontrar esa razón, eso hace que se incremente todavía más, mi propia sensación de ridiculez. Siempre he odiado encontrarme de esta forma y mucho más cuando no conozco el porqué de ello.

Oigo que llega el tren que viaja en sentido contrario. Vuelvo a tomar asiento y me hago la despistada. Se abren las puertas y un hombre joven baja del segundo vagón. No se apea nadie más. Casi no le reconozco pero es él. Ha vuelto a llegar puntual. No sé cómo se lo hace pero siempre da en la diana de la hora convenida.

Permanecemos distantes pero muy atentos el uno del otro. Dejamos pasar un tren en cada sentido y cogemos el de sentido contrario a aquél en el que yo he venido. Yo le sigo de acuerdo a sus instrucciones. Bajamos en la estación de Universidad y hacemos trasbordo hacia la Línea 2. El final de mi particular excursión con guía en la distancia, termina en la estación de los Encants. Salimos al exterior y rápidamente desaparece por un portal de la calle Dos de Mayo. Le sigo hacia el mismo portal sin dudar. Instintivamente miro de reojo a derecha e izquierda. Es solo una necesidad que me sale de dentro porque no se divisa ni un alma. La calle está desierta y la puerta está sin cerrarse porque Marc ha colocado un pequeño tope en el suelo. Entro y retiro el tope. La puerta se cierra tras de mí. Me dirijo al ascensor y leo que está parado en la planta tercera. Pulso primero el botón de llamada y luego el número «3» para subir. Salgo al rellano. Solo hay dos puertas. Veo que en el pomo de una de ellas cuelga una rosa. No lo dudo y entro en el apartamento.

Cuando entro le veo y sin dejarle tiempo a saludarme, le digo.

—Reconoce ahora mismo que de pequeño jugabas a imaginarte que eras *James Bond*, ¿verdad?

—Buenos días —me contesta sonriendo.

—Buenos días, pero creo que te olvidaste de algo importante.

—¿De qué me he olvidado?

—De la otra puerta del rellano. Allí vive una viejecita que nos ha espiado y ahora mismo está soltando el soplo a nuestros malvados enemigos. Nada de lo que hemos hecho va a evitar que nos relacionen.

—Puede que la viejecita de la puerta de enfrente nos haya espiado, pero no creo que nos delate.

—¿Y qué razones puede tener para no hacerlo?

—La viejecita de la puerta de enfrente, es mi madre.

—¿Por qué no me lo has dicho desde el principio?

—No me has dado la oportunidad de hacerlo. Pero ahora eso no importa. Vayamos a lo nuestro. No me gustaría que salieses de aquí después de las once.

Me conduce hasta una sala muy amplia. La estancia tiene cinco mesas. Una en

cada uno de los rincones y la quinta en el centro. En cada mesa hay un ordenador. El lío de cables es sencillamente demencial. Marc se sienta en la mesa del centro.

—Fíjate bien —me dice—. Aquí tienes una chuleta de lo que debes hacer mañana. Ahora te servirá de guión de lo que yo voy a hacer. Esta tarde te la aprendes de memoria como si fuera el padrenuestro. Por la noche cuando ya te la sepas, quémala por completo y tira los restos a inodoro.

—No estás exagerando demasiado.

—En absoluto. He visto sacar claves para entrar en cuentas bancarias de los restos de basura no destruidos. Mi lema es la prudencia y la prudencia me aconseja que no nos comportemos como incautos. Ahora observa lo que hago. Después será tu turno.

—Intento memorizar lo que hace pero me doy cuenta que es absurdo porque mantengo la chuleta en mi mano. Cambio la estrategia e intento asociar y relacionar todo lo que hace con la chuleta. Cuando termina, levanta los brazos y exclama. —*¡Fertig!* Solo veintidós minutos.

—¿Qué palabra acabas de decir? —le pregunto.

—«*Fertig*», es una palabra alemana que significa, terminado.

—Ok. ¿Qué hago?

—Te toca a ti. Elige uno de los ordenadores y hazlo con ayuda de mi chuleta. O sin ella, si es que ya te lo has aprendido todo.

No le contesto. Elijo la primera de las esquinas y realizo todas las operaciones con éxito. Al terminar me giro y le miro.

—Treinta y siete minutos —dice él—. Tienes que mejorarlo. Ve y repite la operación en otro ordenador.

Me dirijo al segundo de los ordenadores y lo hago de nuevo. Él no me ayuda ni me habla. Tampoco me interrumpe en ningún momento. Solo noto que me controla en silencio y desde una prudente distancia.

Tardo treinta y un minutos. Sé que he mejorado pero todavía no es suficiente. Me quedan dos oportunidades más. No lo estoy haciendo muy mal pero hay momentos en los que dudo demasiado.

Repito el proceso por tercera vez con una imperceptible mejora de tiempo. Tardo casi treinta minutos.

—Demasiado —me dice él—. Mañana no puedes tardar tanto. Intenta no mirar a la chuleta. Ésta es la cuarta y última vez. Vamos, pruébalo. Sé que puedes. Te he estado observando y estoy seguro de ello.

La última de las tentativas termina con mi particular tiempo record. Unos escasos veintiséis minutos.

—Mañana cuando termines, me llamas por el móvil. Solo quiero oír una palabra para indicarme que yo ya tengo la luz en verde para hacer lo mío. Me dices, «*Fertig*» y luego cuelgas inmediatamente.

—Todavía no hemos solucionado cómo voy a poder entrar una hora antes en la oficina.

—He pensado mucho en ello y creo tener la excusa perfecta.

—Pues, dímela.

—No vas a decirle nada a Marcelo. Tú llegas y entras como si todo fuese normal.

—¡Menuda excusa! ¿Y dices que has pensado mucho para llegar a definir esa fantástica estrategia?

—Efectivamente. Cuando Marcelo intente pararte te haces la sorprendida y le cuentas que es que han cambiado, o mejor dicho, que han adelantado la hora en este fin de semana, como se hace cada año por estas fechas. Él te asegurará que no es así. Te dirá que alguien te ha engañado o que te han querido gastar una broma para tomarte el pelo. En ese momento te derrumbas y le pides colaboración y un poco de complicidad. Le suplicas encarecidamente que no diga nada a nadie y que te deje pasar. Le pides también que cuando llegue el primero de tus compañeros, le haga el comentario que tú acabas de llegar hace tan solo un par de minutos.

—No tragaré —le digo yo.

—Lo haré. Ya verás. No tengo ninguna duda de ello.

—Me voy. Son casi las once.

—Espera que todavía nos falta una cosita. Mientras yo estoy inoculando el virus, tú tienes que asegurarte de que habrá un cortocircuito cuando alguien llegue y enchufe algo a la red eléctrica.

—Todos los ordenadores y todas las impresoras de la sala están siempre enchufados. Nadie saca las clavijas cuando se va. Resultaría sospechoso que alguien encontrase una clavija fuera del enchufe.

—Es invierno, Georgina. Tenéis calefacción, pero ¿no hay nadie que use una estufa para los pies? Dices que predomina el sexo femenino en la sala donde tú trabajas, ¿no?

—Sí —le contesto yo.

—En ese caso, piensa. Alguna tiene que ser una friolera empedernida.

—¡Nuria! —exclamo yo al recordarlo.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer. Pélale los cables en el interior de la clavija para que no se note nada desde fuera. Cuando llegue y enchufe la estufa, esa Nuria sin saberlo, nos realizará de forma gratuita y altruista la última parte del plan. Se convertirá en nuestro cómplice.

—Cuenta con ello.

—Practica esta tarde —dice mientras me ayuda a ponerme el inefable tres cuartos.

—No tengo ordenador.

—Solo necesitas imaginación. Úsala. Repite todos los movimientos hasta que los

tengas secuenciados en tu mente. Es solo un ejercicio de memorización que da muy buenos resultados.

—De acuerdo —acabo aceptando.

Un apretón de manos con una cierta dosis de caricia y otro par de besos en las mejillas, sellan nuestro adiós. Son las once y siete minutos. Tengo tiempo suficiente para llegar a casa antes del mediodía.

Ya estoy sola en casa. He comido y he telefoneado a Merche. También he practicado suficientemente, en la ficción, todos los movimientos de la operación que debo realizar mañana. Eso siempre que Marcelo se trague la bola de Marc.

Mis manos acunan al Diario y a las notas que mi madre escribió y que continúan insertadas entre sus hojas. Tan solo son las cinco y media. Todavía no oscurece. Los días ya comienzan a aumentar su ciclo diurno.

Me siento extrañamente relajada. Me gusta imaginar que es el Diario el que me contagia esta sensación de tranquilidad. Es sumamente agradable hacer lo que uno desea hacer y si además, es también lo que más te apetece hacer, la sensación roza lo sublime.

Este Diario es ya parte de mi vida. Siento en mí, su dependencia. Es íntimo, es secreto y sobre todo es mío. Me gusta pensar que todo lo que está escrito en él, confluye en mí.

Antes de comenzar a leer, realizo el ritual que últimamente se ha convertido en una costumbre del todo irrenunciable. Primero le paso la mano por la portada. Luego lo hago también por la parte trasera y finalmente, repito la acción por el lomo. Cuando termino con mi especial homenaje, lo abro y releo las últimas frases que tanto me impactaron el viernes.

...Es mejor que él se encargue de la organización de todo. Yo asumiré los gastos. Es lo único que voy a hacer en todo este asunto.

Y continúo leyendo.

05 de septiembre de 1897.

Se han cumplido los dos años desde la muerte de Carlota. Apenas he visto a Joaquín en todo este tiempo. Los estudios, las prácticas y su trabajo en el Hospital, han propiciado que pase más tiempo en el piso de la ciudad que aquí, en esta casa. De otra parte, todavía no ha pasado por la fábrica para realizar la labor de prevención que le pedí.

Pero hoy todo ha sido distinto. Hoy ha venido a cenar y no ha venido solo. Una hermosa muchacha, de nombre Genoveva, le ha acompañado. Ha sido una auténtica sorpresa, pero nada comparable a la del anuncio de su boda para la próxima

primavera. Me he quedado estupefacto. He tardado varios segundos en lograr articular algo que fuera coherente. Al parecer, la conocí durante unas prácticas. No he osado preguntar, si ella también estudia Medicina, o si es que es enfermera, o si por el contrario Genoveva era una de las pacientes. Lo cierto es que se ha comportado con una exquisita educación. He tenido por otra parte, la sensación de que es algo debilucha en lo que a salud se refiere.

Sus ojos expresan una emotividad constante. Cierra y abre los parpados con más frecuencia de lo que es normal. Eso hace que sus ojos brillen sin cesar con un puntito de chispa que siempre está presente en ellos.

Me ha parecido una buena chica. Deseo que mi hijo tenga mejor suerte de la que tuve yo. Me han pedido permiso para vivir en esta casa. Ha sido otra agradable sorpresa. No les he puesto ningún inconveniente sino todo lo contrario. Esta casa es muy grande y tiene los aposentos suficientes para que ellos dos puedan hacer su propia vida de forma independiente del resto.

Este anuncio de hoy es también la constatación de que mis escritos en este Diario tocan a su fin. Me siento muy contento con la nueva perspectiva que se abre en mi futuro.

—Esto se me va acercando —me digo mientras destapo el termo de café con leche que me he preparado para no tener que levantarme y perder tiempo continuamente.

Es un hecho incontestable que mi manera actual de ver las cosas es muy distinta a la que lo era el mes pasado. No sabía que a los treinta y ocho años fuese época para aprender, pero lo cierto es que lo estoy haciendo y de mucha gente a la vez. Noto que estoy asimilando conductas de mis antepasados, de mi propia madre, de Marc y también de algunos otros que prefiero no nombrar. La previsión, la precaución y la prudencia han sustituido casi por completo a la improvisación, el descuido y la temeridad.

Siento que mis coordenadas de referencia han cambiado. Hace tan solo unos pocos días, me preocupaba mucho por la opinión que los demás pudieran tener sobre mí. Hoy por el contrario, me son de más ayuda la posición virtual de los imaginarios bigotes de mi tatarabuelo que las cejas enarcadas e incrédulas, de mi amiga Mercedes.

Miro por el balcón. La tarde en el exterior, se ha tornado en un color plomizo. Está a punto de llover. La gente que camina por la calle, va muy abrigada para protegerse del frío. El invierno está siendo extremadamente crudo.

Regreso sobre mis pasos hacia mi particular zona de lectura y continúo.

29 de mayo de 1898.

Ha sido una boda íntima. Se ha celebrado en la capilla del claustro de la Universidad. El noventa por ciento de los asistentes eran compañeros de estudios de Joaquín. Es una realidad que ha sabido granjearse la amistad de sus compañeros de profesión. Ella estaba guapísima. Es huérfana de padre y madre y casi no tiene familia directa. Han acudido muy pocos familiares de su parte a la ceremonia de la boda.

Yo he aprovechado para averiguar el nivel de inquietud política de la nueva generación. He departido largamente y de una forma desenfadada con varios de los compañeros de Joaquín. La conclusión ha sido muy positiva. Mis ideas tienen la continuidad asegurada aunque es evidente que están algo matizadas por la realidad actual. Lo más triste de todo es sin embargo, la constatación de que nada va a cambiar ni a corto ni a medio plazo, aunque todas las apuestas apuntan a que esto no va a durar para siempre.

10 de mayo de 1899.

Casi un año. Ha tenido que pasar casi un año para poder oír la noticia más esperada. Joaquín y Genoveva van a ser padres. El alumbramiento se espera para la primera quincena del próximo mes de Noviembre. Pasaremos la Navidad acompañados de un pequeño retoño.

Quiero anticiparme e imaginar cómo será la nueva situación, pero creo que mis impacientes deseos eclipsan y emborronan mi imaginación. No me queda otro remedio que esperar.

Esta sin embargo, es y será una dulce espera.

Dejo el Diario a un lado, me levanto y me acerco al balcón. La lluvia ha empezado a caer y lo hace con fuerza, golpeándose contra los cristales. Observo como las gotas resbalan sobre ellos, formando caprichosos caminos descendentes que se unen y se separan de una forma que parece totalmente aleatoria.

Sin embargo, yo sé que no es así. Las gotas se unen unas con otras, por afinidad. Es la tensión superficial lo que permite que dos gotas se junten para convertirse en una sola y compartir conjuntamente su camino. Es una especie de «karma» que les permite elegir a sus compañeras de viaje. Después puede suceder que cualquier elemento externo, como por ejemplo una pequeña mota de suciedad en el cristal, vuelva a hacer que se separen de nuevo. En este supuesto, estoy segura de que las dos nuevas gotas recién separadas, ya no son las que inicialmente se unieron, sino que cada una se lleva parte de la otra gota consigo.

Así es la vida. Todos sentimos más afinidad por unas personas que por otras, pero solo tenemos la opción de compartir nuestras inquietudes con las personas que

conocemos. En ese contexto, estoy plenamente convencida de que, solo en mi ciudad, debe existir una importante cantidad de personas con las que yo congeniaría a la perfección, pero la realidad es que no puedo compartir nada con ellas porque sencillamente no las conozco y no coincido con ellas.

Las gotas de un cristal no tienen la oportunidad de poder fusionarse con las gotas de otro cristal, aunque todas provengan de una misma nube, pero sin embargo, si que pueden llegar a compartir el charco del suelo. Eso mismo creo que me ha sucedido con mi tatarabuelo.

Nosotros dos evidentemente, nunca llegamos a compartir el mismo cristal, pero en cambio, nos hemos podido unir a través de nuestro particular charco, o sea, de este maravilloso Diario.

Él lo escribió para que alguien lo pudiera leer y ese alguien, ahora soy yo. En estos momentos soy la depositaria de sus sensaciones y la albacea de sus sentimientos más íntimos. Me siento especial. Me siento muy especial y con una plena confianza y seguridad en mí. No me asusta lo que me pueda suceder mañana. Sé que la plenitud no es eterna, pero eso ahora tampoco me preocupa.

Vuelvo a sentarme y reanudo la lectura.

01 de noviembre de 1899.

Está llegando el día en el que Genoveva dará a luz. Éstas son pues, mis últimas frases en este Diario. No quiero ser yo quien refleje el nacimiento de mi nieto. Debe ser su padre quien lo haga. Estoy convencido de que será un varón que devolverá la alegría a esta casa. Tendré de nuevo, el gozo de formar parte de una familia completa, con un padre, una madre y un hijo. Y en esta ocasión la familia también contará con un abuelo feliz.

P.D. Este Diario, según mis propios deseos, no deberá volver nunca a mis manos. Cuando se lo entregue a mi hijo, habré cumplido con el objetivo que me fijé. Supongo que en el momento de la entrega sentiré como una pequeña muerte en vida.

Quizás alguien vuelva a escribir sobre mí, pero ya no seré yo quien lo haga.

Todos desconocemos nuestro futuro pero nadie debería desconocer ni su pasado ni cuáles fueron sus orígenes.

Dios conceda larga vida a mi nieto. Mientras él viva yo nunca moriré. Somos tan solo un recuerdo y por eso vivimos en el recuerdo de los demás.

Adiós y hasta siempre.

Jacinto Pineda.

Me quedo mirando la firma. Es la primera vez que la veo y se me eriza el bello de mis brazos. Me levanto y voy en busca de un papel y un bolígrafo. Cuando vuelvo a sentarme, estampo mi firma en el papel en blanco que he traído conmigo. A continuación comparo las dos firmas.

Las dos letras «P» parecen calcadas la una de otra. Los nombres no son los mismos, pero me doy cuenta de que en ambos casos, son solo la antesala del apellido. Después de la «P», las dos «i» son igual de cortas e inclinadas ambas hacia la derecha. Los puntos superiores casi no existen y las dos «n» enlazan, tanto en su firma como en la mía, con las dos vocales sin ninguna interrupción de trazo, para luego desembocar de lleno en la «d» y finalmente terminar, con una «a» de rabillo largo y empinado hacia arriba.

Esto no me lo esperaba y me ha sorprendido tanto que noto que estoy jadeando. Tengo la respiración acelerada y trago saliva con mayor frecuencia de la normal. Ha sido un golpe inesperado pero también ha sido una sensación maravillosa. Reconozco que no le sé encontrar una explicación coherente a esta coincidencia, pero no me importa en absoluto. La coincidencia está ahí y eso me basta.

Desde el primer momento me sentí identificada con ese hombre. Ha sido una especie de comunión atemporal lo que he sentido por él. Una sensación que me era desconocida hasta el momento en que tuve, por primera vez, el Diario en mis manos. Una sensación que me ha otorgado tranquilidad y sensatez en mis decisiones más actuales. Un influjo que ha ido mucho más allá de lo que me previno mi propia madre. En repetidas ocasiones me he preguntado cuáles debieron ser sus sensaciones.

Son las nueve y media de la noche. Me exijo aplicar un receso para poder cenar. Me preparo un bikini con queso light. Un poco del café con leche del termo me sirve de bebida. Cuando termino de cenar, me decido a continuar la lectura hasta la medianoche.

Abro el Diario y paso página. La letra que veo ahora ha cambiado. Tiene una forma más plana y más continuada. Cada una de las palabras se asemeja grandemente al gráfico realizado por un sismógrafo en un terremoto de baja intensidad. Es definitivamente la letra de otra persona. Debe ser mi bisabuelo quien escribe ahora. Todavía no he leído nada. Solo ha sido un vistazo a vuelo de águila sobre un territorio desconocido.

Empiezo a leer.

23 de noviembre de 1899.

No me interesa este Diario. Hace ocho días desconocía que existiese y ahora, después de haberlo leído todo, todavía no soy capaz de discernir cuál es o era su propósito principal.

Mi padre me lo entregó el pasado día 15, cuando nació mi hijo, Lo hizo como si

se tratase de un gran tesoro. Sin embargo, ese fue un día con demasiados hechos remarcables.

Primero, la alegría por el nacimiento de mi primogénito. Poco después, la desesperación por el fallecimiento de Genoveva a consecuencias del parto y para terminar, la sorpresa por la aparición inesperada de este misterioso Diario.

No obstante a todo ello, he tomado dos decisiones en firme. La primera es que yo no voy a continuarlo y la segunda es que voy a callar todos los sentimientos que se me han ido desencadenando a medida que avanzaba en su lectura.

Yo no voy a continuarlo, pero sin embargo voy a permitir que lo haga mi hijo, si es que él lo desea. Se lo entregaré cuando se cumplan las circunstancias que estableció mi padre para ello.

Mi única contribución a este Diario, van a ser cuatro capítulos monográficos sobre las cuatro personas más importantes en mi vida. Serán siempre opiniones vistas bajo mi propio prisma y analizadas con mi óptica particular.

Mi intención no es la de crear polémica porque me imagino que lo que está escrito en este Diario, no va a ser nunca de dominio público. Mi pretensión se centra exclusivamente en dejar entrever que también existió el otro lado de la moneda y que no siempre la cara estaba mirando hacia la misma dirección.

Al finalizar los cuatro capítulos comunicaré también mi decisión. Una decisión que ya está tomada y que marcará el resto de mi vida para el resto de mis días.

Joaquín Pineda.

—¡Joder! —exclamo en voz alta, sin poder reprimir la expresión.

Las mujeres de esta familia parecen maldecidas por algún conjuro maligno. No damos una a derechas. Mi tatarabuela estuvo encerrada y casi enterrada en vida. Mi bisabuela fallece al dar a luz a mi abuelo. De mi abuela conozco muy poco porque de estos temas no se hablaba en mi casa. Espero que este Diario me brinde la oportunidad de ampliarlos. ¿Y de mi madre? ¿Qué puedo añadir de nuevo sobre ella? Es verdad que he descubierto nuevas facetas de ella, pero eso no impide que mi recuerdo la encuadre como una persona triste, viuda desde muy joven y con la necesidad asfixiante de salir adelante con una hija pequeña.

No he leído mucho aún, pero se me antoja que la personalidad de mi bisabuelo fue muy distinta a la de su padre. Los grafismos de su escritura indican una predisposición a la inestabilidad. Sus formas son tremendamente redondeadas y se combinan con letras de rasgos sesgados y constantes.

Un ejemplo de ello es la letra «g». La parte superior es muy redonda, casi roza la perfección geométrica de la circunferencia. En cambio, el palo inferior de la letra «y» es exageradamente largo y termina en punta, sin ninguna redondez que pretenda

dulcificar su aparente agresividad.

Decido dejar mis elucubraciones para cuando pueda conocer mejor su personalidad. Sé que es un impulso reflejo demasiado presente en mí. Yo acostumbro a realizar siempre mis análisis sin que una base firme me permita apoyar mis conclusiones con rigurosidad. Pero así soy yo.

Reanudo la lectura.

12 de diciembre de 1899.

Capítulo sobre Jacinto Pineda, mi padre.

Si le tuviera que definir con una sola palabra, esta palabra sería «inalcanzable». Reconozco que yo siempre le he visto así. Esta ha sido la imagen de mi respetado padre, para mí.

De pequeño, mi madre me educó para que yo le viera como si él fuera un Dios. Yo le veía grande. Más que grande, le veía enorme. Mi sensación de respeto hacia él, hacía que me dirigiera con miedo cuando le hablaba. Siempre lo hacía con una subordinación aprendida, admitida y ahora entiendo que también, exagerada.

Cuando sucedió el terrible suceso que he podido comprobar que también está reflejado en este Diario, la imagen que yo tenía de mi padre empezó a difuminarse y eso hizo que se alejara más. Él se tornó, si ello era todavía posible, mucho más distante y menos accesible que antes.

Mi relación con él no existió cuando yo era pequeño y de mayor tampoco. Cuando él me hablaba, lo hacía como si predicará desde el púlpito más alto de la iglesia. No esperaba ni deseaba que hubiera contestación por mi parte y yo aprendí a no responderle. Sus palabras gozaban de una infalibilidad total por el hecho de su cercanía con el cielo.

No digo que conmigo se haya portado como un mal padre, simplemente quiero dejar constancia de que no hubo conexión entre nosotros. Tampoco quiero darle toda la culpa a él. Estoy seguro de que yo también he tenido que ver mucho en todo esto.

Recuerdo que cuando cumplí los dieciséis años, me ofreció la posibilidad de ir a trabajar a la fábrica textil con él. Mi negativa nos separó todavía más. Estoy seguro que no lo comprendió en aquel entonces y también estoy casi seguro, de que aún no lo ha digerido del todo.

He podido leer que le causé una gran desilusión, pero no me siento en absoluto responsable de ello. Nunca estuve dispuesto a que él me manejara con sus hilos para convertirme en una prolongación de su persona, con el solo derecho a tener respuestas de marioneta.

Mi vocación por la Medicina le terminó de descentrar y mis prolongadas ausencias de la casa, enmascaradas siempre en razones y necesidades de mis estudios, incrementaron nuestro distanciamiento de forma definitiva.

Imagino que de una parte, la falta de objetivos comunes a conseguir y también de otra parte, su inquebrantable resistencia a sincerar sus sentimientos conmigo, interpuso esas barreras insuperables que hoy en día, están todavía entre nosotros dos.

Lo que he leído en este Diario, ha significado que de forma definitiva y sin posibilidad de vuelta atrás, yo no deseo que esta distancia se acorte.

No conocía de forma cierta lo que él hizo, pero ahora lo he podido leer todo, en esta especie de confesionario secreto que es también este Diario.

Lamento constatar de forma fehaciente que esta sociedad en la que me ha tocado vivir, es la viva imagen de la hipocresía. Todo parece bonito y reluciente por fuera mientras que el interior está podrido y putrefacto.

Siento de verdad que estas sean las palabras que finalicen el capítulo dedicado a mi padre, pero ha sido mi ánimo el que me ha conducido hasta ellas.

18 de diciembre de 1899.

Capítulo sobre Carlota Permanyer, mi madre.

Lo que puedo recordar de mi infancia, es que ella era todo un cielo para mí. Era un cielo que podía tocar y ampararme en él a todas las horas del día.

Pero un día de un mes de Agosto, cuando yo acababa de cumplir los siete años, el cielo desapareció de repente. Un desdichado suceso, incomprensible para mí en aquellos días, se materializó en forma de unos negros nubarrones que impidieron que yo pudiera seguir viéndolo.

El cielo dejó por tanto de existir y mi espacio se quedó sin los límites que lo hacían comprensible. Desapareció el planeta más influyente de mi galaxia particular y eso hizo que el satélite que era mi persona, perdiera todas sus coordenadas de relación. Aquel día desapreció la luz que me guiaba y ya no me quedó otro remedio que aprender a sobrevivir entre tinieblas.

Tuve que esperar casi cinco años para poder volver a abrazar a mi madre. A espaldas de mi padre y con la colaboración de Faustino fuimos capaces de hacerlo.

La firme decisión de mi madre de suicidarse, al negarse a comer, hizo que Faustino aceptara a desobedecer a mi padre. Una tarde de Mayo, Faustino vino a mi habitación y me cogió de la mano. Sin decirme nada me condujo a las habitaciones de mi madre. A esa primera tarde, le siguieran otras muchas y la frecuencia de encuentros se fue incrementando con el tiempo. Esta fue la razón por la que Faustino le contó a mi padre que se oían voces en la habitación de mi madre. Sabía de antemano como iba él a reaccionar y también conocía que iba a tener los días contados en la casa. Sin embargo, esta pequeña estratagema cubría la remota posibilidad de que algún sirviente se atreviera a hablar de ello con él.

Lo cierto es que recuperé mi cielo y todo volvió a tener sentido. Ella nunca me

habló mal de mi padre. Siempre cargó con toda la culpa de lo que sucedió. Yo no opino de la misma forma y por eso quiero dejar aquí mismo constancia de ello, por escrito.

Mi madre vivía con sus tíos. Sus padres habían muerto dos años antes, en circunstancias que nunca se llegaron a aclarar. Su tío que también ejercía de albacea de su herencia, contrató un joven muchacho para las labores de jardinería. Mi madre se enamoró perdidamente de él, y a Fabián, que así se llamaba el muchacho, le sucedió lo mismo. Lograron mantener sus inocentes relaciones de juventud por un espacio de dos años, hasta que un día el tío de mi madre les sorprendió besándose en el jardín, justo detrás de unos setos.

Allí acabaron sus sueños de libertad. Cuando después del incidente, mi madre entró de nuevo en la casa, su tío le dijo que ya no saldría más de ella sino era para ir a la iglesia y desposarse con un hombre de verdad.

Poco más de un año después, la obligaron a casarse con mi padre y ella terminó por aceptar. Su sorpresa fue mayúscula cuando varios años después se volvió a encontrar a Fabián, en su propio jardín. Mi padre que no sabía nada de lo sucedido, le había contratado porque venía con unas excelentes referencias del tío de su esposa. Fue la jugada maestra y definitiva del tío de mi madre. Él era un perfecto conocedor de la bomba que acababa de colocar en nuestra casa. Era la venganza hacia su sobrina por haberse negado a regalarle con sus favores y era también la apuesta definitiva para poder quedarse con la herencia de mi madre, si es que esta mordía el cebo que él maliciosamente acababa de lanzarle.

Y sucedió que mi madre lo mordió. Ella se sentía sola y la llama de su amor de juventud no se había apagado. La presencia de aquel joven muchacho convertido en todo un hombre que todavía seguía deseándola, la consiguió avivar de nuevo. De nada sirve justificar ahora, si cuando mi padre les sorprendió, era la primera, o era la segunda, o era la quincuagésima vez que hacían el amor. El amor es siempre lo suficientemente grande como para no renunciar a él.

Los actos de comunión amorosa entre dos personas que se aman, son solo garbanzos de un mismo cocido. Todos son aparentemente iguales y todos son sin embargo, diferentes. Algunos resultan más jugosos, otros en cambio saben más sabrosos, pero todos siguen siendo igual de agradables mientras el jugo del cocido no se torne agrio.

Mi madre tan solo fue culpable de que su juventud mantuviera el jugo del cocido fresco, lozano y dispuesto a ser degustado de nuevo. Dicen que la historia siempre se repite y en el caso de mi madre, ella volvió a sus particulares calabozos. Pensó en quitarse la vida cuando se enteró de la muerte de Fabián. Nadie le contó lo sucedido pero ella lo imaginó. Luchó consigo misma y decidió vivir por mí.

Ella no pensaba que mi padre fuera a mantenerla encerrada para siempre.

Cuando pasados unos años, comprobó que estaba en un error se desesperó y tomó la firme decisión de no comer. Fue cuando intervino Faustino y me llevó a su presencia.

Recuerdo aquel momento como si lo estuviera viviendo ahora porque fue el momento en el que me convertí en hombre.

Entré en su habitación. Había muy poca luz. Pude vislumbrar que mi madre estaba sentada en el pico de la cama con sus manos entre las rodillas. Estaba llorando con los ojos cerrados. Cuando sintió mi presencia frente a ella, me acarició el rostro con sus manos sin abrir los ojos. Después me abrazó y siguió llorando. Solo pronunciaba una y otra vez, la palabra «perdóname». En aquel primer reencuentro, ella no pudo decirme nada más. Sin embargo, yo tengo la impresión de que me lo dijo todo.

Cuando regresaba a mi habitación, hice una sencilla y escueta pregunta a Faustino: ¿Por qué?

Él se encogió de hombros y me contestó con la frase siguiente: «Usted, señorito Joaquín, siempre debe recordar que su madre es una buena persona y que su señor padre, también lo es a su manera. Usted es lo único que les queda a ambos en común. Por eso tiene una gran responsabilidad ante usted, ahora que ya puede empezar a entender el porqué de ciertas cosas».

Las visitas se sucedieron y mi madre recuperó la alegría. Mi padre lo ignoraba todo y no sospechaba nada. Ella fue la que me habló del mundo de la ciencia en general y del de la Medicina en particular. Mi abuelo materno había sido médico y ella me infundió el deseo de querer serlo yo también.

Lo tuve muy claro desde ese momento. No dudo de que esa pudiera ser la particular venganza de mi madre hacia mi padre, pero lo cierto es que no lo fue. Ella solo me lo sugirió pero la decisión de hacerlo fue tan solo mía.

Suya fue sin embargo, la decisión de convencer a Faustino para que abandonara la casa y así pudiera cuidar de mí en el piso de la calle del Carmen. Este hecho no sucedió como mi padre lo ha explicado en este Diario. Mi padre no hubiera prescindido de él por nada del mundo.

Desgraciadamente, pero, este estado de confianza mío en el dominio de la situación me llevó a cometer un gravísimo error de insospechadas proporciones. Fue la completa complicidad que yo tenía con mi madre lo que me hizo cometerlo.

Una tarde, en plena exaltación de mis sentimientos, le conté que me había enamorado y que mi pensamiento era casarme y formar una familia. Ella, delante de mí, se puso loca de alegría pero ahora sé que también fue el día en que tomó su fatal decisión. Me pidió que no le contara nada a Genoveva de la situación por la que ella estaba pasando y tampoco de la disyuntiva en la que yo me movía. Muy contenta me dijo que todo tenía solución. Y a buena fe que la tuvo.

Mi madre decidió morir por mí. Ella terminó con su vida. Se envenenó poco a

poco para que yo pudiera vivir. Yo me di cuenta demasiado tarde y no llegué a tiempo de salvarla.

Encontré una nota suya en nuestro lugar secreto. En ella me contaba que no iba a arruinar por segunda vez la vida de la persona que más amaba en este mundo. Ya lo había hecho una vez y eso era ya más que suficiente.

En esa misma nota me pedía que fuéramos nosotros los que ocupásemos sus habitaciones. Así seguiríamos estando cerca.

Fue el último deseo de mi madre y yo lo cumplí. Aunque me costó un mundo hacerlo, yo lo hice en honor a su memoria.

Solo le pido a Dios que le haya perdonado su error como yo la perdoné en aquella bendita tarde de un mes de Mayo.

He llorado muchas veces por ella y aún la sigo llorando. Mi madre me dio mi vida cuando nací y también me dio la suya cuando ella creyó que yo la necesitaba.

Hay quien asegura que el cielo es eterno. Sin embargo, el mío no lo fue.

Hasta siempre, mamá.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana. En el exterior está lloviendo a mares y en el interior de la casa, soy yo la que está llorando de la misma manera.

Mi bisabuelo me ha tocado la fibra sensible. Me sorprende la diferencia de tono y de sensibilidad de las dos cartas.

En la de su padre, se nota como si su mente fuera un pájaro que tiene que volar con una gran cantidad de plomo en las alas. En cambio, en el capítulo dedicado a mi tatarabuela Carlota, a su madre, está claro que su pensamiento consigue surcar el cielo con un porte de majestuosidad, de elegancia y de plena seguridad.

En el primer capítulo se nota que mi bisabuelo está luchando contra el viento de sus verdaderos pensamientos. En el segundo, el viento le sopla a favor y él se abandona a su influjo para dejarse ir y de esta forma, realizar piruetas que rozan la fantasía.

Ya es medianoche. Es la hora límite. Es el tope que me he marcado. Debo ir a descansar. Mañana va a ser un día difícil. Intuyo que mañana va a ser un día con muchos contrastes.

Capítulo 16

LUNES, 21 de febrero de 2005, 11 horas 39 minutos.

La oficina es todo un caos. Sin embargo a mí, hasta este momento, todo me ha salido a la perfección. He podido entrar una hora antes sin apenas tener oposición por parte de Marcelo. La descarga de los programas se ha cumplimentado en veintiocho minutos. El convenido «fertig» ha dado la luz verde telefónica a la labor externa de Marc y poco después de las nueve, Nuria ha completado la función con un fantástico apagón, fruto de mis artes malignas en el enchufe de su estufa.

A partir de este momento, se ha instaurado el nerviosismo como doctrina de todos los presentes. Además, el apagón ha provocado la explosión de dos fluorescentes y eso ha añadido un poco más de confusión al desorden creado, por el hecho de habernos quedado a oscuras.

La llegada de la *controller* está prevista para la una del mediodía. Garavaia y sus cinco segundillos apenas han estado sentados dos minutos en sus sillas. Van todos de un lado para otro revisándolo todo. La sensación que una percibe es que parecen pollos sin cabeza que se mueven más por impulsos internos que por decisiones meditadas.

Hace apenas una hora que nos han recomendado que tuviéramos a mano todos los informes del año 2004. Debemos tener previstas todas las respuestas a todas las preguntas posibles. Todo el mundo está imprimiendo listados. Las impresoras echan humo y la mayoría de ocupantes de la sala también están más de pie que sentados. Es la sensación del caos total. Es la adrenalina al poder, sin ninguna clase de control.

Por si fuera poco, está prevista una reunión para después de la comida. Una comida a la que por cierto, hemos sido invitados todos por sorpresa y además, sin ninguna posibilidad de escaqueo.

Mercedes sigue de baja. Eso va a evitar que hoy ella tenga que comer sola, porque yo voy a estar irremediabilmente presente en la comida de la empresa.

Esta comida sorpresa, ha conllevado otro punto añadido de preocupación, ya que algunas de nosotras no consideramos que hoy hayamos elegido la mejor de las vestimentas para un acto de carácter social. Los hombres tienen una enorme ventaja en ese punto. Su uniforme diario habitual de traje, camisa y corbata, les salva de esas preocupaciones.

A todos ellos, con la excepción de los seis mosqueteros de la nueva reina alemana, se les ve mucho más relajados que a las féminas.

Yo creo que en estos momentos soy la honrosa excepción en el colectivo femenino. Los nervios ya los he pasado esta mañana hasta que he comprobado que todo se desarrollaba con la más absoluta naturalidad. Está todo tan normal a nivel informático que me asalta la duda de si la intervención de Marc está dando los frutos

esperados. Aunque él ya me advirtió que el virus no iba a tocar nada, a excepción de las claves de acceso grabadas en los ficheros, mi ignorancia en este tema, hace que la incredulidad en la bondad de estas acciones aflore en mi pensamiento y se traduzca en un campo abonado por la inseguridad y el recelo.

El nombre de la *controller*' es Elisa. El apellido es muy difícil de recordar. Espero tener el tiempo suficiente para aprendérmelo. Ella no ha querido que la fueran a recibir al aeropuerto. Garavaia lo intentó pero tuvo que desistir. Esa mujer quiere mantener su independencia desde el primer momento.

El pensamiento me lleva volando hacia la persona de mi tatarabuela. Todavía no conozca a Elisa y evidentemente tampoco llegué a conocer a Carlota. Sin embargo, mi mente se balancea entre ambas. No entre las personas sino entre las situaciones que de ellas dos he tenido conocimiento.

Mi tatarabuela Carlota vivió subyugada por todos los hombres de su vida. Su padre la fascinó con su amor por la medicina. Su tío la castigó por sus negativas a concederle favores. Fabián, su verdadero amor, la embelesó y su presencia le hizo perder la cabeza. Su marido la olvidó y luego la encerró por un desliz y finalmente la devoción por su hijo, la llevó a tomar la más terrible de las decisiones.

Sin embargo, si analizo todas esas situaciones, creo no equivocarme si llego a la conclusión de que todas ellas sin excepción, fueron la consecuencia más o menos afortunada y discutible de sus propios actos. Unos actos que ella decidió hacer libremente.

Sé que Elisa y Carlota no tienen nada en común pero la impresión que percibo de la desconocida teutona, es que ella también va a ser la única dueña de sus decisiones.

Queda también por ver cuáles serán las consecuencias de todas esas decisiones. El principio de que a toda acción le sigue siempre una reacción es también absolutamente válido en el mundo laboral y ahora empieza una época que se adivina plena de acciones en la empresa en la que trabajo. Habrá que esperar a conocer las consecuencias de las mismas y también si yo me veo afectada por alguna de ellas.

La voz glamorosa y cadenciosa de Carmen me saca de mi ostracismo filosófico.

—Es hora de ir a comer. Cierra ya el maldito ordenador —me dice guiñándome un ojo—. Estoy deseosa de ver el comportamiento de esos babosillos que tenemos por jefes —añade sin remilgos.

—Calla —le digo yo en voz baja—. Te pueden oír.

—A partir de hoy tendrán que oír muchas otras cosas que no les van a gustar nada de nada.

—¿Tú crees? —le pregunto yo.

—¿Y la *controller*'? ¿Ha llegado ya?

—Su avión ha aterrizado con retraso. Ha llamado a Garavaia desde el aeropuerto y le ha pedido que nos vayamos todos al restaurante. Ella llegará directamente allí.

Me ha soplado Nuria que incluso le ha pedido a Garavaia que nos pida disculpas por su retraso.

—¡Caramba! ¡Qué comportamiento tan exquisito! ¿Será verdad que algo está cambiando?

—No lo dudes ni por un instante pequeña. Por fin esta empresa va a disponer de lo que siempre le ha faltado.

Mi cara de pregunta le incita a contestarme sin que yo abra la boca para pronunciar palabra. Conozco suficientemente a Carmen para saber que le gusta gustarse cuando habla. Esta vez por las características especiales de la misma tampoco va a ser la excepción.

—Un toque femenino, querida. Un toque femenino intocable e incuestionable porque vendrá de lo más alto.

No puedo reprimir una sonrisa mientras me pongo el chaquetón y me uno a la algarabía general que se dirige al restaurante.

LUNES, 21 de febrero de 2005, 20 horas 52 minutos.

Acabo de llegar a casa. La comida y la posterior reunión han durado más de lo previsto. Todo han sido buenas palabras y buenas intenciones para todos. Sin embargo, mañana comienzan las reuniones. Quiere hablar primero con cada uno de los Jefes de Área. Garavaia va a estar presente en todas ellas. Las reuniones comenzarán a la hora en punto y van a tener una duración de cuarenta y cinco minutos. Los quince minutos que quedan de pico entre reunión y reunión serán de debate entre Garavaia y ella sobre la reunión que haya acabado de producirse.

Lo que más les ha puesto los pelos de punta es que a estos encuentros les van a seguir otros en los que se ella se va a ver a solas con los Jefes de Área sin Garavaia y lo peor de todo es que también piensa hablar con cada uno de nosotros a solas, sin jefes y también sin Garavaia.

Está claro que viene en plan esponja. Quiere absorber el máximo de información en el mínimo de tiempo. Va a exprimir el mayor número de fuentes posibles y lo va a hacer de una forma individualizada para que luego le permita contrastarlo y analizarlo todo. El riesgo que va a correr es alto y va a tener que ser muy precavida en su labor de absorción, porque va a tener que neutralizar grandes raciones de bilis y algún que otro comentario vomitivo.

Pero éste es su problema y yo ya tengo los míos. Sin ir más lejos, aún no he podido hablar con Marc. Necesito que él me tranquilice y que me diga que todo ha ido bien. Quiero oír de su boca que todo está controlado y que hemos logrado desmontar de forma definitiva, la encerrona que me habían tendido.

Cojo el móvil y tecleo el número de Marc. Una voz metálica me indica que el teléfono al que estoy llamando está apagado o fuera de cobertura.

Está decidido que no voy a cenar. La comida del mediodía ha sido copiosa. Entre

todos hemos intentado empezar a conquistar a la alemana por el estómago. Aunque francamente, no creo que hayamos triunfado demasiado. La *controller* es una mujer de un metro ochenta que debe pesar poco más de sesenta kilos. Es rubia con los ojos claros y camina recta como un palo. Habla un castellano correcto pero demasiado académico porque apenas realiza ningún giro idiomático. Es evidente que lo habla bien pero también es incuestionable que no lo domina. Tendremos que hablarle sencillo y plano para que entienda correctamente el sentido de todo lo que le decimos. El que opte por emplear metáforas puede que se quede como si estuviese perdido en una isla desierta.

Intento una nueva comunicación con Marc y obtengo la misma cancioncilla por respuesta. Nada. No puedo contactar con él. La incertidumbre me crea nerviosismo. No me gusta estar a expensas de lo que ha de venir. Ni me gusta ahora ni me ha gustado nunca.

Estoy nerviosa y en un acto de pura defensa me agarro a mi particular tabla de salvación. El Diario me transmite sosiego y eso es ahora mismo, lo que más necesito.

Cuando lo tengo en mis manos, realizo el consabido ritual hasta llegar a la parte del lomo. Tengo el convencimiento de que la pequeña liturgia que realizo antes de comenzar a leer, potencia el olor del Diario y que ese aroma logra embeberme y transportarme hasta la época de cada una de sus páginas.

Retiro el punto de lectura y lo dejo a mi lado. Estoy tumbada en la cama y me sorprendo de lo que he hecho de forma instintiva. Acabo de darme cuenta que al quitar el punto de lectura, le he dado un beso. No creo haberlo hecho en ninguna de las ocasiones anteriores. No le doy ninguna importancia porque solo ha sido un acto reflejo pero algo en mi interior me ha llevado a hacerlo.

Me concentro en la lectura. De nuevo aparece ante mí la letra de mi bisabuelo Joaquín, con todos sus rasgos aparentemente antagónicos.

23 de diciembre de 1899.

Capítulo sobre Genoveva Puig, mi esposa.

Me parece imposible que ella ya no esté a mi lado. He de reconocer que todavía espero encontrármela cuando abro la puerta de cualquiera de las habitaciones que hemos compartido en estos últimos meses. Nuestro matrimonio solo ha durado un poco más de diecisiete meses y medio. Aunque yo sé, que para mí durará toda la vida.

Soy totalmente incapaz de definir a mi querida Genoveva con una sola palabra. Necesitaría toda una enciclopedia completa para poder describirla. Fue una mujer dulce e inteligente. Su respeto hacia los demás conseguía que fuera respetada por todos. Su sencillez era su esplendor. Sus palabras no iban nunca más allá de lo que debían, porque la coherencia siempre estaba presente en ellas.

Si cierro los ojos, aún puedo sentir la dulzura de sus labios en los míos. Su imagen sigue viva en mi mente y no quiero perder eso por nada del mundo.

Por otra parte, hay momentos en los que me considero el único responsable de su muerte. Soy médico y debí negarme a que ella se quedase embarazada. Yo conocía los límites de su corazón. Debía haberla convencido de que teníamos que esperar un poco más. Ese debería haber sido mi discurso y mi excusa. Siempre la misma respuesta para evitar lo que era más que probable.

Casarnos, y cumplir la promesa que le hice a mi madre, hizo que ella perdiera los cuidados de Faustino. Genoveva y yo, vivíamos juntos en el piso de Barcelona antes de contraer matrimonio y Faustino, también vivía con nosotros. Era nuestra coartada ante las cotillas del barrio.

Genoveva se hacía pasar por su hija y yo figuraba como un estudiante que tenía alquilada una de las habitaciones del piso. La realidad sin embargo, era muy distinta pero nadie la conocía. Ni siquiera mi padre era conocedor de que yo había comprado toda la finca con el dinero de mi madre. Faustino, además de ser el mejor mayordomo del mundo, es también un excelente actor.

Conocí a Genoveva en el Hospital. Ella estaba tendida en una camilla afectada por una crisis de insuficiencia respiratoria. En estos momentos, no me interesa en absoluto reflejar aquí, los datos de su cuadro clínico. Lo único que quiero dejar patente es que cuando le cogí la mano para tomarle el pulso, ella abrió sus ojos y me miró.

Fue suficiente. No necesitamos decirnos nada. Desde aquel primer momento, ambos supimos que nos pertenecíamos el uno al otro. Mi vocación por la Medicina y su enfermedad no fueron más que hechos circunstanciales que hicieron posible que nos conociésemos.

Eso fue lo único realmente importante porque en menos de un segundo, nos juramos no separarnos nunca más.

Recuerdo haber leído que mi padre también escribió unas líneas sobre los ojos de Genoveva. Nadie que la conociera podía abstraerse a ese par de ojos pero en mi caso era todo muy diferente. Desde el principio supe que aquellos ojos me pertenecían porque eran el remanso de paz y de comprensión, en donde yo gustaba de recogerme y perderme.

Sé de sobras que este Diario no es un foro abierto de lectura y que por lo tanto lo que yo escriba en él, será leído por muy pocas personas. Pero a pesar de eso, quiero desde aquí homenajear a la figura de mi esposa con unas sentidas palabras que afloran desde lo más íntimo de mi alma.

«Amor mío, nunca te olvidaré.

Te sigo perteneciendo en cuerpo y alma. Mis recuerdos hacen hoy y lo harán durante el resto de días de mi vida, que tú sigas viviendo en mí. Tus ojos serán el

despertar de todas mis mañanas y tu sonrisa me infundirá el calor necesario para afrontar cada nuevo día. A ti no necesito decirte lo que voy a hacer porque ya lo sabes. Me conoces perfectamente y sabes que continuar aquí se me hace imposible. Te pido perdón por ello. Siempre fuiste respetuosa con mis decisiones y espero poder contar con tu aprobación, también en esta ocasión.

*No va a resultarme nada fácil pero siento la imperiosa necesidad de hacerlo.
De ti no puedo despedirme.*

e quiero amor mío».

Si las mujeres de esta familia no dan una a derechas, poco menos puede decirse también de los hombres. Mi tatarabuelo decide repudiar a su mujer pero después la mantiene en casa por aquello del «¿qué dirán?» y para poder lavar la ropa sucia en casa, sin que nadie se entere. Mi bisabuelo que sí que era afortunado en su matrimonio, ve como éste se esfuma antes de que transcurra un año y medio desde su boda. Por lo que estoy leyendo, adivino que mi abuelo se quedó virtualmente huérfano de padre y madre. Y por último, lo que recuerdo de mi propio padre no es para tirar cohetes.

Mi padre siempre trabajaba de noche y dormía de día. Nunca me habló de su padre. Recuerdo que de pequeña, yo observaba que a mis amigas las venían a recoger sus abuelos. Cuando yo preguntaba de forma inocente sobre los míos, parecía que hubiera pronunciando un anatema. No obtenía ninguna respuesta y el tema se abandonaba. Si alguna vez mi madre comenzaba a explicarme algo, mi padre la cortaba de inmediato. Lo curioso fue que cuando mi padre murió, fue mamá la que como si hubiera recogido un imaginario testigo al que había que serle fiel, se negó a contestar y eso hizo que yo misma me olvidara de preguntar. Supongo que con la edad terminé por acostumbrarme a la situación y ese tema dejó de ser un asunto prioritario para mí.

Busco con la mano el punto de lectura y lo coloco en el Diario. Yo me levanto y me dirijo a la cocina. Tengo la boca seca. Exprimo un par de naranjas y saboreo el jugo vitamínico de la fruta. Mi cabeza está llena de conjeturas. Ahora entiendo por qué mi madre se sintió afectada al leer este Diario. Es de suponer que ella conocía algo más de lo que conozco yo, sobre los hechos y la historia reciente de esta atípica familia mía, por parte paterna. Supongo que en los dos conjuntos de páginas dobladas que ella escribió y que todavía están insertadas entre las páginas del Diario, podré leer la explicación de todo lo que me falta por saber. Me asalta la tentación de saltarme la promesa que le hice y leerlas cuando vuelva a la cama. Sin embargo, sé que solo es una tentación en la que no caeré porque mi manera de ser no me lo va a permitir. Mi carácter me lo impide por partida doble. Primero porque se lo prometí y

segundo porque mis propios dictámenes no me lo dejarían hacer. No es en absoluto un asunto de miedos y de prohibiciones, es tan solo una cuestión de orden y de filosofía de vida.

Regreso a la cama y reanudo la lectura. No quiero dormirme sin conocer la decisión de Joaquín Pineda, mi bisabuelo.

24 de diciembre de 1899.

Capítulo sobre Josep Pineda, mi hijo.

Mi hijo va a tener la fortuna de crecer y de vivir su vida, casi por entero, en el siglo xx. Para mí, mañana será la última Navidad de este inmaduro siglo xix, porque yo defiendo la teoría numérica de los siglos. No importa si estoy equivocado. Lo importante es que él tendrá la oportunidad de desarrollar su persona y su personalidad en unos tiempos que se adivinan de libertad y progreso.

Ahora solo tiene un mes y diez días de edad y eso no es nada para que me permita hablar de él. Espero que sepa perdonarme por lo que voy a hacer y por lo que voy a escribir a continuación.

Lo lamento en el alma y sé que no soy justo. Pero cuando miro a mi hijo, no puedo dejar de pensar en que él es la causa de la muerte de su madre. Hago mención al hecho de que he escrito «la causa» y no «el culpable», pero aún y así no sería bueno para él que mi mirada le recordase continuamente lo sucedido. La vida es una sucesión de etapas y mi etapa en esta casa ha terminado.

Mañana será una Navidad triste y yo aprovecharé la ocasión para comunicar mi decisión a mi padre.

A mi hijo Josep, solo le digo que deseo que crezca como una persona de bien. Debe seleccionar sus ideales y luego debe saber defenderlos con energía dentro del orden establecido. Aunque tiene que ser respetuoso con los suyos, también debe aprender a decidir por si mismo. Su vida será solo suya. Después, si él lo decide, la compartirá con la persona que elija.

Voy a dejar este Diario bajo la custodia de un notario. Junto a él dejaré una carta renunciando totalmente a la herencia de mi padre en favor de mi hijo. Yo tengo suficiente con la herencia de mi madre. El notario dará conocimiento de todo esto a mi propio padre, el próximo día 2 de Enero de 1900. Asimismo le comunicará que la Notaría queda como depositario del Diario hasta que Josep tenga a su primogénito. No podrá volver a ser entregado a mi padre bajo ningún concepto. Si sucediera algún hecho no deseado o bien se llegara al 1.º de Enero de 1950, sin que mi hijo tuviera descendencia, mis instrucciones son las de que hay que quemar y destruir este Diario. Nadie tiene derecho a leerlo. Depositaré el Diario dentro de un sobre lacrado y sellado con la marca de un anillo que mi hijo reconocerá.

Nada más.

Adiós Josep, conviértete en un hombre fuerte, honesto y fiel a tus principios. Me voy con la pena de no haber podido ayudarte pero quizás la mejor ayuda que puedo ofrecerte es precisamente librarte de mi presencia. Cuando leas estas líneas serás un hombre adulto y tal vez puedas entenderme. Lo deseo de todo corazón pero si no es así, lo entenderé.

Tu padre que cada día pensará en ti.

25 de diciembre de 1899 (de madrugada).

Mi decisión.

El próximo domingo, día 31, partiré hacia Ultramar. Mi destino será la selva amazónica. Voy con la intención de paliar las terribles enfermedades de las tribus de indígenas que viven todavía de espaldas al desarrollo. Conozco los riesgos de mi decisión y sé que muchos que lo han intentado antes que yo, han muerto víctimas de esas plagas tropicales. Mi suerte, sea la que sea, ya está echada.

Mi viaje me llevará a retroceder varios siglos en la civilización. Mientras todo el mundo estará celebrando la entrada al nuevo siglo del progreso, yo entraré en el túnel inverso de la historia. Se conoce que estas tribus se encuentran en el mismo estado de evolución que cuando llegaron las carabelas de Colón.

Tengo previsto mandar los resultados de mis estudios y de todas mis conclusiones a la Universidad de Barcelona. Así lo he convenido con los responsables de la misma.

Dejo a mi hijo al cargo de mi padre. No dudo que lo educará de la forma correcta y no volverá a cometer los mismos errores porque no tendrá las circunstancias que tuvo antaño. Es lo mejor para los tres. Mi hijo crecerá en una buena casa con un buen techo y mi padre dispondrá de la segunda oportunidad que reclamaba.

Adiós a todos.

Joaquín Pineda.

P.D. No he podido convencer a Faustino para que no me acompañe. Él también lo abandona todo y se viene conmigo.

Doy por terminada la sesión de lectura con la certeza de que la próxima vez que abra el Diario, este aparecerá escrito con una nueva letra. Será la letra de mi abuelo Josep. Me hubiera gustado conocer la reacción de mi tatarabuelo ante la decisión de su hijo, pero me quedo con las ganas.

También pienso que con toda seguridad se va a producir un gran vacío en el

Diario porque mi abuelo Josep acaba de nacer y no podrá escribir en él hasta que nazca su hijo Jaime, o sea mi padre.

Guardo el Diario y me vuelvo a la cama. El silencio es total y puedo sentir su peso en mí. Cierro los ojos intentando pensar en algo que se parezca a mi ángel de la guarda. Sin embargo, tiene que ser muy tarde porque todos mis protectores deben estar ya descansando. Lo único que consigo es destapar la caja de mis temores. Estoy segura de que el día de mañana será otra jornada movidita.

Capítulo 17

MARTES, 22 de febrero de 2005.

Son las nueve y media. Todavía no han comenzado las reuniones con los Jefes de Área pero yo noto que el ambiente está cargado de una tensión desconocida. No creo que sea yo la única que lo percibe.

La primera de las reuniones está prevista para las once. Méndez está citado en tercer lugar. Esto significa que su reunión comenzará a la una del mediodía y durará hasta que casi sea la hora de ir a comer.

Hoy todo el mundo ha llegado puntual. Ha sido un gesto excesivo. Creo que se nos ha visto el plumero a todos en general. Diez minutos antes de las nueve estábamos todos y todas, con los ordenadores ya conectados. He recibido un mensaje de Marc en el móvil. En él me ha confirmado la recepción de mis llamadas. Me asegura que todo ha ido como lo habíamos previsto. Sin embargo, me ha pedido dos cosas. La primera es que no vuelva a llamarle. Él se pondrá en contacto conmigo. La segunda es que borre el mensaje de inmediato.

No puedo negar que me ha tranquilizado en lo que concierne a mis dudas de ayer. Pero a su vez, el sorprendente y enigmático tono de su mensaje, ha abierto en mí nuevas vías de angustioso desasosiego.

Esta mañana los minutos se me hacen eternos. Parece que en lugar de los sesenta segundos de rigor, los minutos de hoy tengan más del doble de esa cantidad. Es una sensación de agobio que me atenaza el pensamiento.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no percibo en mis compañeros la preocupación que yo respiro. El despacho que se ha habilitado para la alemana no me queda directamente visible por lo que no veo el desarrollo de la primera de las reuniones que ya ha comenzado.

Miro la cara de Carmen y la veo totalmente relajada. El rostro de Nuria está un poco más crispado pero no llega a transmitir ni preocupación ni ansiedad. Su imagen es la normal porque ella nunca está con el rostro distendido por completo. Llego a la conclusión de que yo estoy mucho más tensa que el resto de mis compañeros de sala.

Cuando faltan solo cinco minutos para la una del mediodía, observo como Méndez está ultimando la recogida de papeles en un dossier de color azul para acudir a su reunión. Abre la puerta de su despacho y para mi sorpresa se encamina directo hacia a mí con la carpeta bajo el brazo.

—Aquí empieza tu suplicio —me dice en voz baja.

—¿Qué es lo que me está diciendo? ¿Otra vez con esas absurdas pantomimas tuyas? —le contesto yo, utilizando el mismo volumen y mirándole fijamente a los ojos.

—No te pongas gallita, muñeca. Se lo voy a contar todo a la controller. Todas tus

maniobras van a quedar al descubierto. Tus días aquí están ya contados con los dedos de una sola mano. De una mano como la que tú utilizas para satisfacerte en la intimidad al no tener ningún hombre a tu lado —me dice bajando todavía más la voz para asegurarse de que esta última frase no sea audible para nadie más.

Me levanto de la silla como impelida por un resorte invisible. Seguidamente levanto la mano y le apunto con el dedo índice de mi mano derecha hasta casi rozar su nariz.

Antes de que pueda abrir la boca, veo que Carmen se ha interpuesto entre los dos y me baja la mano con la que estaba apuntando a la cara sebosa de Méndez.

—Ha venido a provocarme —grito yo fuera de mí.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —dice Garavaia que ha salido del despacho de la *controller*' al darse cuenta de la algarabía reinante en la sala general.

—Es solo una mosquita muerta que no sabe mantener nunca la boca cerrada —dice rápida y astutamente Méndez.

—Eso no es cierto, señor Garavaia. Ha sido él quien ha venido a provocarme con amenazas. Me acaba de decir que yo aquí tengo los días contados —puntualizo yo.

—Inventos y embustes —vuelve a intervenir Méndez—. Solo le he dicho que debe poner más interés en su trabajo. He tenido que corregirle dos fallos de bulto en el último informe. Cuando se lo he dicho se ha puesto como una fiera. Esta chica sigue con su problema de estabilidad emocional. Hace semanas que lo estoy notando.

—Acaba de sufrir la pérdida de su madre —interviene Carmen en mi defensa, sin que nadie le haya dado permiso para hacerlo.

—¡Basta ya! —grita Garavaia—. Quiero que todo el mundo vuelva a su trabajo. No quiero esconderles que me siento defraudado por su comportamiento. Todos juntos, acabamos de dar un imagen patética a la *controller*. Después hablaremos, señorita Pineda. Espero y exijo que esto no vuelva a repetirse —me dice Garavaia mientras se lleva a Méndez hacia la reunión.

Todo el mundo me mira y yo me siento como una idiota. He picado como una tonta. Acabo de darme cuenta que el muy hijo de puta ha logrado lo que se proponía. Yo solita me he puesto en evidencia delante de todos mis compañeros y de mis jefes. Nadie va a poder negarlo cuando se lo pregunten.

Siento que el corazón me late a cien por hora. Incluso tengo miedo de que llegue a estallar.

—¿Quieres un tranquilizante? —es la voz de Carmen que no se ha separado de mí desde que todo empezó.

—No, gracias. Solo necesito un poco de agua.

—Voy a traértelo de todas formas —dice Carmen.

—No, no. Ya voy yo. Aprovecharé para andar un poco. Me dirijo hasta la fuente de agua que está en el pasillo central. No puedo evitar echar una corta mirada hacia el

interior del despacho de la alemana. Observo que Méndez está en posesión de la palabra. No puedo oír lo que está diciendo pero sí que veo como gesticula. Lo hace continuamente pero la controller permanece impassible e insensible a sus demostraciones. Un pequeño aparatito en donde tintinean unos *leds'* de color rojo me llama la atención. ¡Es una grabadora! ¡La controller está grabando las reuniones! Bebo agua y regreso a mi mesa de trabajo. Sin embargo, este viaje de vuelta lo hago sin mirar a nada ni a nadie. La hora de comer no va a tardar en llegar.

La sorpresa me llega a las seis de la tarde. Justo cuando acaba la quinta y última de las reuniones con los Jefes de Área. Garavaia se acerca a mi mesa y me pide que le acompañe al despacho de la *controller'*.

Un cosquilleo me remueve el estómago. Suerte que he comido muy poco porque en caso contrario no podría evitar el vómito.

Voy caminando por delante del Director General y al enfilarse el pasillo veo que Méndez ya se encuentra sentado en la mesa ovalada de reuniones.

Entro con Garavaia y la controller nos invita a sentarnos.

—Deseamos hablar con usted, señorita Pineda —me dice la *controller'* con el rostro más serio que ya haya visto en mi vida.

A mí, se me cae el alma al suelo. Las paredes de la habitación parecen ennegrecer de repente y unos oscuros nubarrones las atraviesan sin oposición. Yo también lo veo todo del color que muchos aseguran que es la ausencia misma del color.

—A su disposición. Lo que usted mande —acierto a contestar con perceptibles temblores en mi voz.

—Cuénteme. ¿Qué es lo que ha sucedido exactamente sobre la una del mediodía?

Intento buscar la respuesta más adecuada en décimas de segundo. Además, finjo pensar y meditar en lo que voy a contestar. Lo que sucede es que la ficción se ha fundido con la realidad porque no sé que responder. Recuerdo una frase de mi bisabuelo en el capítulo dedicado a su esposa. «La vida está compuesta por una sucesión de etapas y mi etapa en esta casa ha terminado». Me la hago mía rápidamente y me dispongo a responder como si todo estuviera ya perdido. Sin embargo, cuando voy a hacerlo, veo que los bigotes de mi tatarabuelo se enfilan tensos y eso me predispone a la lucha. Las frases que me vienen a la memoria son aquéllas que hablaban de los principios. «*Un hombre tiene que tener sus principios y no debe renunciar nunca a ellos*» y también aquélla de que «*Los principios no son verdaderos principios si no te cuesta nada conservarlos*».

—Nada importante —contesto al fin—. Solo ha sido la constatación de una más de mis diferencias con el Sr. Méndez.

—Querrás decir de una más de tus incompetencias —interviene velozmente el seboso—. Últimamente estás llena de ellas. Aunque yo creo que tus actos van mucho más allá de la pura incompetencia.

—Es usted muy libre de creerlo así. Yo por el momento me voy a reservar mi opinión sobre usted para poder darla en el momento preciso.

Los bigotes de Jacinto Pineda se han convertido en todo un referente para mí. En esta ocasión, a su peculiar balanceo de aprobación, se le ha unido una pícaro sonrisa de un rostro que es nuevo para mí y que no obstante, reconozco al instante. Es la imagen de Joaquín Pineda, mi bisabuelo. Es la imagen de un hombre joven que me recuerda a *Clark Gable*. Tiene unos ojos muy expresivos y el guiño de uno de ellos me indica que debo seguir luchando. Caigo en la cuenta de que él también desconocía la selva amazónica y que no dudó en adentrarse en ella para seguir siendo fiel a sus convicciones.

—No sé lo que piensa usted acerca de todo esto, señor Garavaia. Lo que si puedo decirle es que usted es el único responsable de su gente. Y lo es frente a la compañía que les paga a todos —dice la controller del rostro inmutable—. Por lo tanto, quiero que el próximo viernes, o sea el día después de pasado mañana, me presente usted un informe completo de lo sucedido con las decisiones y las acciones que piensa usted tomar en este asunto. Tenga presente que quiero leer una solución definitiva. No es mi misión entrar a valorar quien tiene razón. No lo es en absoluto y no voy a hacerlo. Aunque no soy partidaria de soluciones traumáticas y prefiero las renunciadas aceptadas, le adelanto que en este caso exijo una de las dos cosas o ambas. El viernes quiero firmar el finiquito de alguno de ustedes y le advierto que si el informe no me convence, será el suyo el que firmaré. No tengo nada más que decirles. Salgan ahí fuera y compórtense como ustedes saben. No me obliguen a tener que firmar tres finiquitos en lugar de uno. El asunto es entre ustedes tres. El resto de sus compañeros debe permanecer al margen de todo. A la más mínima sospecha de que esto no es así, seré yo quien tomará cartas en el asunto.

Se hace el silencio. Nos levantamos los tres y salimos. Nadie ha podido oír nada pero parece ser que el ambiente tenso se ha transmitido por ósmosis a través de las paredes y los cristales del despacho de la *controller*'.

Yo me voy directamente a mi mesa. Méndez sigue a Garavaia hasta la puerta del despacho de este último. Va con la clara intención de seguir minando los cimientos de mi persona. Sin embargo, veo con una cierta satisfacción que Garavaia le corta las intenciones de cuajo cuando le cierra la puerta delante de sus narices. Méndez vuelve sobre sus pasos y se encamina hacia el suyo. En su trayectoria cruza la vista con la mía y veo odio y rencor en ella. Ni lo entiendo ni sé el porqué de ello pero recuerdo las palabras de Marc en las que me preguntaba si conocía la razón de todo esto. Marc apelaba mucho más a la causalidad que a la casualidad.

Son casi las siete de la tarde. Hace media hora que he recibido un *e-mail* de Garavaia citándome para el próximo jueves a las once. Un acto reflejo me hace abrir el cajón de la derecha para volver a leer el nombre de la *controller*' en la tarjeta que

ayer nos repartieron. Tengo que lograr recordarlo. Hoy hubiera podido ser más convincente si hubiera hecho uso de él. Leo el nombre en la tarjeta de color crema pastel, «*Elisa Drachenberg*». El nombre me evoca irremediabilmente a la conocida sonata de *Ludwig van Beethoven* y creo que el apellido es un nombre compuesto al estilo de la gramática anglosajona. En casa trataré de descifrarlo con la ayuda del diccionario aunque ya me atrevería a aventurar que su significado hace honor a la personalidad de la 'controller'.

TEXTO

Ya estoy en casa y he podido comprobar de nuevo que en mi vida las cosas nunca vienen solas y por descontado que las sorpresas no son la excepción que confirma la regla.

Al abrir la puerta me encontrado con un sobre en el suelo que sin duda alguien ha logrado deslizar por debajo de la puerta. Lo recojo y me dispongo a leerlo. Compruebo con alivio que es de Marc.

«Necesito que contactes conmigo pero no lo hagas por ninguno de tus teléfonos. En el cuarto de contadores del agua de tu escalera encontrarás un móvil escondido en un trapo de color azul atado a la cañería del rincón de la derecha. Invéntate una historia convincente por si alguien te ve allí. Cuando estés de nuevo en casa, me llamas al único número que encontrarás memorizado. Llámame a las once en punto de esta noche. Cuando termines de leer esta nota, quémala y tira los restos al retrete».

Este hombre es incorregible. Estoy segura que la serie televisiva de «*Misión Imposible*» le traumatizó. Siempre está quemando notas y destruyendo mensajes. En ciertos momentos pienso que él es el auténtico causante de que yo me vea como la protagonista perseguida de una película de intriga. No pongo en duda de que debe hacerlo con la mejor intención del mundo pero creo que se extralimita un poco y yo ya estoy suficientemente nerviosa.

Todavía no son las nueve de la noche. Me voy a preparar la cena porque tengo un hambre atroz. Los nervios me han atenazado durante la comida y casi no he probado bocado. Al parecer la lucha dialéctica de la tarde me ha abierto el apetito. Una tortilla de berenjenas y un par de tostadas integrales regadas con un hilillo de aceite de oliva virgen serán la solución perfecta al cosquilleo que siento en el estómago.

Mientras ceno, repaso y comparo mentalmente la situación del Diario y la mía propia. El Diario está teóricamente abocado a un cambio drástico y me parece que a mí también me va a cambiar la vida de la misma forma. Por primera vez en mi vida siento que los paralelismos empiezan a no gustarme. Acabo de darme cuenta de que todo lo que yo creía tener en común con la *Platrow*, carece de importancia. Aquello era un juego divertido de coincidencias y lo de ahora es más, es mucho más. ¡Y eso que tengo la impresión de que solo acaba de empezar!

Abro el Diario con la esperanza de relajarme hasta que sea la hora de buscar el móvil y llamar a Marc. Por primera vez estoy frente a la escritura de mi abuelo. El grafismo de su letra es firme, muy espigado y ligeramente inclinado hacia la derecha.

16 de febrero de 1935.

Acabo de descubrir que además de ser padre, también soy el dueño y depositario de un Diario de Eventos familiares. Mi abuelo Jacinto me lo advirtió antes de morir pero en aquel entonces yo era muy joven y casi no le presté atención a sus palabras.

He podido comprobar que estaba en un error. He reconocido el sello del anillo de mi madre en el lacre del sobre que lo contenía porque yo llevo ese anillo en mi dedo meñique desde los dieciséis años. El día que los cumplí, mi abuelo me lo entregó siguiendo las instrucciones que le había dado mi padre. Desde entonces el anillo ha pasado de dedo en dedo hasta llegar al de menor tamaño.

La situación política es un completo caos en estos momentos. Suenan fanfarrias que anuncian medidas y acciones de todo tipo. Esto acabará mal. El anarquismo, el liberalismo y el mantenimiento del orden son alimentos difíciles de condimentar en un mismo plato y también lo son para que los digiera un solo estómago.

La II República está cimentada en una base débil y está apuntalada con alfileres. Hay demasiadas iniciativas que al final se frenan, se recomponen y se reconducen para adaptarlas a la legalidad con pactos contra-natura que tienen una muy difícil coexistencia y sostenibilidad, con el resto de pactos que ya se habían establecido con anterioridad.

Mis presagios no son nada optimistas. Esto tiene todos los visos de acabar como el rosario de la aurora. La continuidad del negocio familiar es posible pero sin embargo, temo por él. Las huelgas están de moda. Todo se arregla y se consigue con ellas. No sé lo que haría mi abuelo si se encontrase en mi lugar. Tengo que lograr abstraerme de todo para poder pensar y tomar la decisión más acertada para mí y para los míos.

Tengo que reconocer que mi tatarabuelo se salió con la suya y tuvo la segunda oportunidad que tanto deseaba porque lo primero que me viene a la cabeza es la constatación de su influencia en la formación del carácter y de la personalidad de Josep Pineda, mi abuelo paterno.

Sus primeras líneas en el Diario hablan de política y de trabajo. Ha dejado clarísimamente para un segundo término a los hechos familiares. Tan solo ha reflejado, y lo ha hecho solo de pasada, el hecho que le permite tener el Diario entre sus manos aunque ni tan siquiera haya mencionado hasta ahora, el nacimiento de su hijo Jaime, o sea el nacimiento de mi padre.

Por un momento imagino que quizás el ciclo influyente de la política en nuestro

árbol genealógico es de uno «sí» y de otro «no». La progresión alternante sería válida hasta mi padre, pero se rompe por completo cuando me llega a mí, porque a mí me tocaría ser que «sí» y es un «no» rotundo y categórico.

Todo se agolpa en mi cabeza. En estos momentos, mi mente es una amalgama que engloba las dispares sensaciones de mis antepasados, los malos augurios de mi situación laboral y las ya habituales incógnitas en las notas de Marc.

Son las once menos veinte. Es hora de bajar a recoger el móvil del cuarto de contadores. A esta hora no espero encontrarme con nadie. No me gustaría verme enzarzada en alguna conversación insulsa que me hiciera retrasar la llamada.

Cojo la linterna y me la escondo en el amplio jersey de lana que me hizo mi madre hará ya un par de años.

El cuarto de contadores no tiene llave. Está muy oscuro y enciendo la linterna. Localizo el trapo, recojo el móvil y vuelvo a mi piso. Nadie, no me ha visto nadie. Todo se ha desarrollado a la perfección. Faltan seis minutos para la hora indicada. Se me están haciendo eternos.

A las once en punto, pulso la llamada al número de la memoria. Cinco segundos después oigo una voz que me dice.

—Buena chica.

—¿Marc? —pregunto yo.

—Sí, soy yo. Georgina, no tenemos mucho tiempo. Escúchame bien. He tomado algunas decisiones sin pedirte permiso. La primera de ellas es proteger tu piso.

—¿Cómo? ¿Qué piensas hacer?

—Mañana a las nueve y media vendrán a cambiar la puerta de la entrada de tu piso por una puerta de seguridad. También te colocarán rejas fijas en la puerta de la cocina y las ventanas que dan al patio de luces interior de la finca.

—Pero Marc, tú sabes que tengo graves problemas en el trabajo. ¿No podríamos esperar al sábado? Además me estás asustando. ¿Cuál es el significado de todo esto? ¿Cómo conoces tú las medidas de mis puertas y de mis ventanas?

—Ya te lo explicaré todo mañana por la noche cuando venga a tu piso. Será sobre las diez y media. Ahora concéntrate en lo que te estoy diciendo. Mañana deberás telefonar a tu oficina. Diles que vas a llegar a mediodía. Inventa otra buena excusa. Yo calculo que los operarios habrán acabado con todo a las doce. ¿Me das tu permiso?

—¿Vas a venir mañana?

—Sí. ¿Me das el permiso?

—¡Que remedio! Oye, ¿quién va a pagar todo esto?

—Este punto, también lo discutiremos mañana. Vamos a tener tiempo porque me voy a quedar toda la noche contigo. Lo más importante es que sigas mis instrucciones al pie de la letra y sin decir nada a nadie. Confía en mí, Georgina.

La comunicación se interrumpe y yo me quedo sin habla. ¿Qué me está ocurriendo? ¿Por qué le hago caso? ¿Por qué permito que él decida por mí y sobre mi persona? ¿Es normal que me diga que va a pasar aquí toda la noche y que yo lo acepte sin más?

Mis cábalas se van desarrollando como si lo hicieran por generación espontánea. Crecen, crecen y no paran de crecer. Al final, hasta llego a preguntarme ¿quién soy? ¿Qué hago? ¿Dónde estoy?

En el estado de caos mental en el que me encuentro, sucede algo inesperado que me devuelve a la realidad.

—¿Qué le hago para cenar? Esta simple pregunta reposiciona todas mis coordenadas. Si me preocupo por la cena es que ese hombre me importa y que además confío en él. Le veo incapaz de hacerme daño y de aprovecharse de mí. Algo sabe que no me ha querido decir por teléfono. Tengo que reconocer que su audacia no tiene límites y que yo no he conocido a ninguna otra persona con la capacidad de decisión que él tiene.

No, no estoy loca. Tan solo me siento un poco descolocada por todo lo que me está sucediendo. No puedo absorberlo y digerirlo todo a la velocidad con la que se están produciendo los acontecimientos.

Estoy cansada. Mientras me enfundo el pijama, pienso en mi madre. ¿Será cierto lo que me escribió en las dos primeras cuartillas insertadas en el Diario? ¿Se preocupó de verdad por mi suerte? ¿Por qué no me lo dijo en vida? ¿Por qué la gente tiene tantos secretos?

Me meto en la cama deseando que lo de mi madre sea cierto. Lo voy a necesitar muy pronto.

Capítulo 18

MIÉRCOLES, 23 de febrero de 2005. 20 horas 10 minutos.

Acabo de llegar a casa. El día en la oficina podría decirse que ha resultado normal si no se estuviera cociendo mi despido.

A primera hora he telefoneado y he avisado directamente a Garavaia. He inventado una excusa basada en la necesidad de realizar unas urgentes diligencias familiares, relacionadas con la muerte de mi madre. La verdad es que el «boss» me ha contestado con desgana, dándome a entender que realmente le importaba muy poco lo que yo hiciera o lo que yo dejara de hacer.

He llegado allí antes de la una y no he salido a comer. Por fortuna, Mercedes sigue de baja y no he tenido que buscar otra excusa para no comer con ella. El resto de la tarde ha sido un desfile continuo de caras largas. Parece que todo el mundo se haya contagiado del rifirrafe de ayer. Nadie se ha atrevido a demostrar una toma de postura por ninguna de las partes. Las muestras de apoyo se han reducido a disimulados guiños de ojos y a veladas señas con dos dedos de la mano, imitando la forma de la «V» de victoria que popularizó *Winston Churchill*, durante los duros días de la segunda guerra mundial.

Las manecillas del reloj de pared señalan las nueve de la noche. Yo me encuentro mirando al exterior a través de los cristales del balcón del comedor. No he cerrado las rejas extensibles. Tengo un poco la sensación de claustrofobia. Yo había pensado varias veces en colocar una puerta como la que han colocado hoy. Respecto a las rejas, reconozco que no había pensado nunca en ellas.

A las nueve y veintiocho minutos suena el teléfono fijo de casa. Seguro que es Merche. Contesto sin perder ni un solo segundo para intentar acabar lo más rápido posible.

—¿Cómo va todo, señorita enigmática? —No sé a qué viene este calificativo— contesto en plan defensivo. —¡Ah, vamos! Últimamente no sé nada de ti. Te llamo y no estás. Te dejo mensajes y no los contestas. Estoy segura de que algo o alguien te están sorbiendo el seso. ¿Es que ya no le tienes confianza a tu amiga del alma?

—Estoy muy cansada, Merche. Antes de las diez pienso estar en la cama. ¡Cómo se nota que tú llevas unos días de baja y que esto te ha permitido descansar mucho más de lo que habitualmente lo haces! ¿Me equivoco?

—Se me acabó la buena vida, amiga mía. Mañana me reincorporo a mis quehaceres profesionales. ¿Nos veremos para comer, no?

—Eso espero —le contesto yo.

—¿Pasa algo?

—No, no. Ya te contaré mañana.

—Ya sabes que me encanta que me cuenten cotilleos. Oye por cierto, ¿se sabe

algo de todo aquel embrollo de los clientes enmascarados y de la nota de Nuria?
¿Cuál era el nombre del cliente de tu zona?

—*Solitex*.

—¿Han dicho algo? ¿Sabes algo más de ellos?

—Hablaremos mañana sobre todo eso. Ten paciencia.

—Hasta mañana.

—Ciao, Merche.

Me pongo a preparar la mesa. Procuro no hacerlo con mucho esmero, pero tampoco quiero que parezca que la he montado con desgana y por compromiso. Los pequeños detalles solo tienen de pequeño el adjetivo calificativo. Mi madre siempre decía que en una mesa todo es importante aunque lo más interesante suele estar fuera de ella. Hoy puedo decir que estoy completamente de acuerdo con ella.

A las diez y veinte, todo está a punto. La mesa montada y los platos en el microondas para darles el toque final.

Como no podía ser de otra manera, a las diez y media en punto, se abre la puerta y entra Marc. Ha entrado sin llamar. Cierra la puerta y viene a mi encuentro. Le veo preocupado. Su semblante está muy serio. Pasa por delante de la mesa y se sienta en el sofá. Yo me siento a su lado. Me coge la mano y sin soltármela, me dice.

—Estamos en un buen lío.

—¿Estamos?

—Sí, los dos estamos en un buen lío.

—Explícamelo todo. Estoy en ascuas. No entiendo nada pero he decidido confiar en ti, Marc. Si después resulta que me la has estado jugando y que me has engañado, no tendré fuerzas para seguir viviendo.

—No debes preocuparte por eso. Puedes estar muy segura de que yo también he decidido jugar la partida en tu bando. Aunque alguna vez pueda resultarte difícil de creer lo que te diga, hazlo por favor. Hace muy poco te dije que eras la clase de persona por la que vale la pena arriesgar todo lo que uno tiene. Pues bien, yo ya lo he hecho.

—Le miro a la cara y sé que es cierto lo que me está diciendo. Le paso la mano por la mejilla. Todavía noto el frío que retiene del exterior.

—¿Cenamos?

—No es mala idea. Podemos hablar mientras comemos. Perdóname porque todavía no te he preguntado cómo estás.

—Pues estoy bien. Todo lo bien que se puede estar cuando se está a punto de perder el empleo.

—Yo ya lo he perdido, Georgina.

—¿Qué dices? —pregunto de forma angustiada, mientras siento como se me va helando la sangre de forma gradual y paulatina en las venas, hasta inmovilizarme por

completo.

—Lo que acabo de decirte es totalmente cierto, Georgina. Sin embargo, eso es solo la consecuencia de una serie de hechos que prefiero explicarte comenzando desde el principio. Vamos a tener toda la noche por delante.

—De acuerdo, cenemos entonces primero.

Sirvo la cena y comemos en un silencio sepulcral. Estamos sentados el uno frente al otro. La preocupación continúa instalada en su rostro. Para tratar de quitar un poco de presión a la situación que ambos estamos viviendo, le hago una carantoña en el dorso de su mano izquierda. Él sonríe y hace que sus dedos se entrecrucen con los míos. Me retiene la mano sin soltarla mientras con su dedo pulgar me la acaricia suavemente.

Yo noto que mi tensión se rebaja al sentir su contacto y creo que a él le está sucediendo lo mismo. Al tener la mano derecha inmovilizada, tengo que comerme la naranja con moscatel del postre, con la mano izquierda. No me importa porque me estoy sintiendo mucho mejor.

—¿Quieres café?

—Sí, un vaso bien grande por favor.

—¿Con leche?

—No, no. Esta noche lo prefiero solo.

—Pues deberías soltarme la mano si quieres que te lo sirva.

—De eso, ni hablar —me contesta levantándose y obligándome a que yo también haga lo mismo al mantenerme cogida por la mano.

De esta forma nos encaminamos juntos hacia la cocina. Me gusta este hombre. Es mi *David Copperfield* particular porque consigue convertir los actos más sencillos, en momentos de pura magia. Con una voz que delata cierto nerviosismo me dice.

—En esta situación, tú no tienes mano derecha y yo no tengo mano izquierda. Tu mano izquierda es ahora también mi mano izquierda y del mismo modo, mi mano derecha es ahora también tu mano derecha. Vayamos a por el café. Será un buen ejercicio el comprobar hasta donde somos capaces de hacer que nuestras manos libres se comporten como si fuesen siamesas.

—Entonces, ¿se trata solo de eso? ¿Solo es un ejercicio? —le digo yo simulando estar desilusionada.

—Tú sabes que no lo es —me dice parándose y mirándome directamente a los ojos—. Espero que a estas alturas no dudes ya más de mis intenciones.

Mi corazón palpita a doscientos por hora cuando veo que él acerca sus labios a los míos y me besa con dulzura. Es un beso corto y sin apenas contacto pero es el beso más tierno de mi vida. Cuando él se separa, veo que sus ojos están llenos de interrogantes y que buscan ansiosamente una respuesta.

Me siento con necesidad de dársela y es por eso que me pongo de puntillas y

coloco mi mano libre en su nuca para acercarle de nuevo hacia mi boca. El segundo beso es tan tierno como el primero pero es mucho más largo e intenso. Cuando nuestros labios se vuelven a separar, yo me sorprendo a mi misma al ser capaz de hablar con una total entereza y sin tartamudear.

—El café está ya preparado en el termo. Cógelo tú porque yo soy bastante torpe con la mano izquierda aunque espero que me baste para coger el cartón de la leche desnatada.

Él sonríe y me obedece. Entonces, los dos juntos volvemos hasta la mesa del comedor pero esta vez, él se sienta a mi lado.

—No quisiera que me malinterpretases, Georgina, pero creo que en ti he encontrado a la mujer de mi vida. Mi madre siempre me ha dicho que me llegaría este momento. Por fin, he podido comprobar que ella tenía razón aunque yo preferiría que tú no te sintieses presionada por mis palabras. Me gustaría saber que es lo que tú piensas al respecto.

—La verdad es que el «respeto», como tú le llamas, me produce mucho respeto —le digo yo, intentando que el juego de palabras me dé la serenidad necesaria para explicarme como yo deseo hacerlo—. Tengo que reconocer que tu persona y tu personalidad me embriagan. Sin embargo, me gustaría que estos sentimientos se consolidaran de una manera normal. La prisa es mala consejera en los asuntos del amor. Ya no somos un par de chiquillos y aunque nos acabamos de comportar como si lo fuésemos, hemos de comprender que esos dos besos deben ser el principio de algo que si sabemos cristalizar, será muy bonito. Por eso no quisiera equivocarme, Marc. No tenemos edad para permitirnoslo. Los dos estamos sometidos a mucha presión. Quiero que los dos estemos seguros de que no es solo eso lo que nos une.

—Pienso igual que tú. Tomemos el café en el sofá y comenzaré el relato de los hechos que me han llevado hasta estar ahora aquí a tu lado.

Nos sentamos en el sofá después de que Marc apague y encienda la luz del comedor un par de veces, para después dejarla definitivamente apagada. No hago ningún comentario a lo que acaba de hacer. La estancia se queda solo iluminada por la luz exterior de la calle. Nosotros seguimos cogidos de la mano y con una destreza sorprendente nuestras manos siamesas logran abrir el termo y Marc sirve café en las dos tazas. Yo me agrego la leche desnatada y un par de sacarinas. Él lo toma solo y comienza su relato.

—¿Recuerdas el sábado que fui a la oficina donde trabajas?

—¡Cómo voy a olvidarlo! Era el día 12 de este mes de Febrero.

—Pues bien, ese mismo día, cuando regresé a casa vestido de falso fontanero, me crucé en el rellano de mi piso con mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—No lo es en el sentido estricto de la palabra, pero lo es de hecho. Me explicaré.

Hace unos treinta años, cuando vivíamos en el barrio de *Gràcia*, sucedió un accidente. Un fuego destruyó el piso donde vivíamos y acabó con la vida de mi padre. El incendio también afectó a la planta superior y allí murió una mujer. La desgracia unió a esa familia con la mía. En el piso de arriba vivía un hombre con su hijo y en el de abajo, mi madre y yo. Los dos adultos empezaron a necesitarse mutuamente y al final decidieron que los cuatro debíamos vivir juntos. Yo tenía entonces trece años y Carles ocho. Los adultos decidieron mudarse al barrio de *Les Corts*. Allí no nos conocía nadie y se nos veía como una familia normal. Carles y yo nos llevamos siempre muy bien. Yo creo que nos queremos más que si fuéramos hermanos de verdad, precisamente por el hecho de no serlo. Su padre murió hace unos cuatro años pero él sigue visitando a mi madre porque también la considera suya.

—¿Qué te dijo tu hermano?

—Se rió un montón al ver cómo iba vestido. Tengo que aclararte que Carles es el jefe de una de las brigadas especiales de la Guarda Urbana de Barcelona. Pues bien, aprovechando que se me brindaba una ocasión excepcional con su presencia, me decidí a explicarle tu caso y todo lo que yo acababa de ver.

—¿Y qué te dijo?

—Me preguntó tu nombre, tu dirección y lo mismo referente a la empresa en la que tú trabajas. Le dije lo que conocía y el resto no le fue muy difícil de averiguar. No me dijo nada en aquel momento, pero inmediatamente montó una operación de vigilancia sobre ti.

—¿Cómo si fuera un delincuente?

—Quizás me he explicado mal. Supongo que lo que Carles pretendía era estudiarte y también protegerte. El plan de vigilancia incluía este piso y aquí comenzaron las sorpresas. Algo que todavía desconocemos, debió suceder el pasado jueves día 17 y suponemos que eso hizo que se decidieran a intentar entrar en tu piso.

—¿Pero por qué querría alguien entrar en mi piso?

—Para conocer esta respuesta necesitamos tu ayuda. Lo cierto es que el hombre que vigilaba desde la plaza vio que entraba en la escalera un elemento sospechoso. Le dejó un minuto de ventaja y luego entró él. Subió silenciosamente por las escaleras y le pudo ver intentando abrir tu puerta. Sin decirle nada, al agente pasó por su lado y le superó para ofrecerle la salida libre. Fue entonces cuando le preguntó que es lo que estaba haciendo en tu puerta. El delincuente al verse descubierto optó por la huida fácil y escapó. El agente dio el aviso correspondiente pero estaba solo y nadie pudo seguir al individuo.

—Por eso me has hecho cambiar la puerta, ¿no?

—Por eso y para que estés más protegida cuando estés sola. Puede que te parezca que estás encerrada en una jaula, pero piensa que las jaulas también protegen. ¿Qué sucedió ese día que nos pueda ofrecer algo de luz, Georgina?

—Creo recordar que fue el día en el que yo tenía una reunión con mi jefe. Ésta se anuló al conocerse la noticia de que el nuevo *controller* llegaba el lunes día 21. ¿Piensas que eso es importante?

—No lo sé. ¿Te importaría tener una conversación con Carles?

—En absoluto.

—De acuerdo. Él me pidió que te lo preguntara. Ya se lo haré saber.

—Sigue, por favor. No voy a interrumpirte más.

—No sabíamos cómo se interpretó en el otro bando, la aparentemente casual intervención del agente que impidió que entraran en tu piso. De hecho no sabíamos siquiera si existía el otro bando. Sin embargo, Carles ordenó entonces que se aumentara la protección sobre ti y sobre tu piso durante las veinticuatro horas del día. Incluso se alquiló una habitación desde donde se montó un sistema para poder vigilarlo aprovechando que tú siempre tienes la ventana y el balcón sin correr las persianas.

—¡Dios mío, me habéis estado espiando!

—Eso no es ahora lo más importante. Lo más destacable sucedió el sábado día 19 mientras tú y yo comíamos juntos en el pequeño restaurante de *Gràcia*.

—¿Intentaron volver a entrar?

—No solo lo intentaron. Esta vez lograron entrar. El agente que vigilaba desde el punto de observación, vio que se movía una sombra en el dormitorio. Rápidamente dio aviso al agente que estaba de turno y camuflado en la plaza. En apenas un minuto este agente subió a tu piso. Abrió la puerta con una llave maestra y entró en tu casa gritando tu nombre; «*Georgina, ¿estás en casa? Ya he llegado. ¿A qué no me esperabas tan pronto?*».

—¡Dios mío!

—Pues bien, la intervención del agente hizo que el visitante huyese por la misma vía por la que entró.

—¿Por dónde?

—Por el patio de luces interior, trepando por la tubería del gas.

—¿Es eso posible? ¿No le vio nadie?

—Son muy rápidos y nadie les suele ver. Pero es que además, ese tipo iba vestido con un mono azul que llevaba el logo de la compañía de gas en la espalda. Si alguien le hubiese preguntado, habría contestado que estaba realizando una inspección aleatoria de las instalaciones del barrio. Habría desaparecido antes de que nadie hubiera podido comprobar nada.

—Me están temblando las piernas —le digo acercándome y acurrucándome más cerca de él.

Noto su brazo sobre mi hombro y su mano en mi espalda. Estoy temblando de pies a cabeza con solo pensar en que alguien ha estado hurgando y tocando mis cosas.

Me sobrecoge el hecho de tener que aceptar que hayan violado mi intimidad de forma impune. Es algo para lo que no estaba preparada. Es una sensación difícil de describir porque conjuga la frustración y el desencanto con la imperiosa necesidad de aceptar lo sucedido para no derrumbarse en el pesimismo. Tengo que ser fuerte. Aprieto los dientes y le digo mirándole a los ojos.

—Continúa, te lo ruego.

—El agente que estaba en la casa avisó de la huida al que vigilaba desde el exterior. Este pudo ver entonces a un individuo con un mono azul en la azotea de tu finca. Logró hacerle un par de fotos pero ninguna de frente. El pájaro voló saltando por un par de azoteas hasta desaparecer. No le cogieron. Los dos agentes se lo comunicaron a Carles y éste ordenó al agente del piso que intentara colocarlo todo en su sitio para que tú no te dieras cuenta del desorden. Por fortuna, el intruso no había dispuesto de mucho tiempo y también estaba claro que sabía lo que buscaba porque fue directo a los cajones de tu mesita de noche. Eso fue lo que hizo que pudiéramos verle. Suponemos que no se llevó nada porque en las fotos de la azotea no lleva nada en las manos. Ahora bien, la única que nos lo puede confirmar todo, eres tú. ¿Tienes idea de lo que pudiera estar buscando? ¿Has notado a faltar algo? ¿Se pudo haber llevado algo y tú no haberte dado cuenta todavía?

—No tengo ni idea —contesto rápidamente, a pesar de que la imagen del Diario se me materializa en la mente.

He descartado de inmediato la posibilidad de revelar su existencia por varias razones. La primera es que nadie sabe que lo tengo porque nadie sabe que existe y eso elimina la posibilidad de que alguien lo quiera. La segunda es que no voy a permitir que las confesiones íntimas de mis antepasados pasen a ser de dominio público y mucho menos de la policía. La tercera es que todavía no he acabado de leerlo y no estoy segura de cuál va ser mi decisión cuando termine su lectura. Y la cuarta y principal de todas, es que ese Diario solo me pertenece a mí. No creo que su contenido pueda importarles a nadie más.

—Me temía tu contestación —me dice al oír que no tengo ni idea.

—Es que no sé que más decirte, Marc. De verdad. Continúa con tu relato, por favor.

—De acuerdo. Cuando el lunes llegué a la Universidad, después de haber inoculado el virus en el sistema de tu empresa, me encontré con una nota del Comité de Ética del Profesorado. En ella se me comunicaba que habían recibido una denuncia de un alumno. No me daban su nombre porque el tema denunciado era grave. La nota acababa comunicándome la decisión inapelable de apartarme provisionalmente y hasta nuevo aviso de mi trabajo de profesor.

—¡Joder! —exclamo yo sin ninguna intención de dulcificar mi expresión.

—En un principio no le concedí ninguna importancia. Aunque a mí era la primera

vez que me sucedía, yo ya lo había vivido un par de veces en las carnes de mis compañeros de docencia. La informática es una ciencia moderna que aplica los viejos principios binarios de la propia existencia, con una mentalidad abiertamente liberal. Eso la convierte en la gran desconocida para los estamentos establecidos, porque los Comités de Ética suelen estar formados por viejos profesores de disciplinas clásicas que han ido perdiendo protagonismo y que se refugian en esos Comités para seguir justificando sus conocimientos y desde allí, aprovechar para juzgar a los demás. Es una nueva forma de Inquisición que castiga a lo que no se domina porque sencillamente, no se conoce.

—Entiendo, Marc. Siento haberte metido en todo este follón.

En mi interior, me siento un poco culpable por no contarle a él, lo del Diario. Pero vuelvo a apartar ese remordimiento de inmediato porque no creo que el manuscrito familiar tenga nada que ver en todo esto.

—Voy a seguir —me dice mientras toma mis manos entre las suyas.

—¿Todavía hay más?

—Sí, desafortunadamente sí. Cuando ese mismo lunes regresé a mi casa, me encontré con la cerradura forzada. Al entrar pude ver que todo estaba patas arriba. Llamé a Carles por el móvil y ése me ordenó salir inmediatamente del piso. La primera reacción fue la de refugiarme en el piso de mi madre pero un «flash» me lo impidió y bajé por las escaleras hasta la calle. Si había todavía alguien en mi piso, era mejor que no conociera que mi madre ocupa el piso de enfrente del mío.

Retiro mis manos de entre las suyas y me tapo la cara. Varias lágrimas están descendiendo por mis mejillas en un llanto ahogado y silencioso. Esto se está complicando. Todo se está enredando en una creciente maraña que va aumentando paulatinamente su radio de acción.

—¿Y dónde has estado desde entonces?

—Regresé a mi casa el mismo lunes pero tres horas más tarde y acompañado de dos agentes de paisano. Era muy improbable que el asaltante estuviera todavía allí pero mi hermano quiso asegurarse. Me dijo que aún no era el momento de entrar oficialmente en escena. Recogí los enseres personales y la ropa necesaria para pasar fuera una semana y me trasladé al piso de Carles. A mi madre le dije que salía de viaje. La engañé explicando que me había surgido esa oportunidad porque el compañero que debía viajar había enfermado. Ella, como siempre hace, aceptó mi explicación sin rechistar y yo me mudé a casa de Carles.

—¿Y tu madre está sola sin saber nada de lo que sucede?

—Está sola pero bajo vigilancia. Es mejor que no sepa nada. Ella se preocuparía demasiado por algo que no puede hacer nada.

—Si tú lo dices —le digo con cierto tono de desaprobación.

—Es mejor así, créeme. Bueno pues, al día siguiente y desde allí, realicé las

gestiones oportunas para el cambio de tu puerta y la colocación de las rejas. Por la tarde vine a dejarte el móvil en el cuarto de contadores. El resto de la historia ya la conoces.

—¿Y qué es lo que piensas hacer ahora?

—Acabaré lo que he empezado. No me gusta dejar las cosas a medias. Me dedicaré a protegerte hasta averiguar la causa de todo este embrollo.

—¿Y cómo vas a hacerlo? No pensarás acompañarme al trabajo y recogerme a la hora de la salida. Marcelo podría reconocerte. Siempre presume de que nunca se le olvida una cara.

—De momento esta noche pienso quedarme aquí. Eso siempre que tú no tengas ningún inconveniente.

—Te preparé la cama de mi antigua habitación —le contesto a modo de señal de aprobación.

Mientras me levanto y voy a buscar unas sábanas limpias, mi corazón me pide dormir con él pero resisto. Quiero estar segura de mis sentimientos y sobre todo de los suyos.

—Me parece bien —contesta él, levantándose y siguiéndome hacia la que fue mi habitación hasta el día en que murió mi madre—. Vamos, te ayudaré a hacer la cama.

—¡Que chico más hacendoso! —le respondo yo entre veladas risas de nerviosismo.

—¿Olvidas que vivo solo? ¿No pensaras que es mi madre la que entra y limpia en mi piso? De las labores domesticas me he cuidado siempre yo en primera persona, desde el día en que me emancipé.

—¿Has tenido alguna relación de pareja estable? —pregunto sin poder reprimir la excitación por la respuesta.

—Sí, una sola. —¿Cuánto duró?

—Siete años.

—¿Qué sucedió?

—Eso ya es más difícil de contestar y creo que ahora no es el momento.

—Tienes razón. Es ya muy tarde y mañana tendré un día difícil. Ya te he dicho que voy a reunirme con el jefe. Es posible que me despidan.

—No pienses ahora en eso. Tú niégalo todo. Niega incluso tu nombre si lo consideras necesario.

Hace unos minutos que un pensamiento que no me gusta me está rondando en la cabeza. Aunque no desconfío de él, no me gusta imaginármelo solo aquí en mi piso mañana cuando yo me vaya. Todavía no puedo admitir esa situación como un hecho normal. Me armo de valor y le digo con decisión.

—No quisiera que te molestases por lo que voy a decirte pero necesito saber qué piensas hacer mañana. ¿A qué hora tienes previsto marcharte?

—Me marcharé cinco minutos antes de que tú lo hagas. No quiero estar aquí si tú no estás conmigo. Además estoy seguro de que a ti tampoco te seduce esta idea, ¿me equivoco?

—Me has adivinado el pensamiento y tengo que reconocer que efectivamente prefiero que te marches antes de que yo lo haga. Así podré terminar de arreglar la casa sin... —me paro porque no encuentro la palabra adecuada.

—Sin estorbos —añade él sonriente.

—Quizás esa palabra pueda tener una interpretación un tanto lesiva para quien la recibe, pero también he de aceptar que efectivamente tiene el significado adecuado.

—¿A qué hora quieres que desaparezca?

—A las siete y media estaría bien.

—De acuerdo. Aquí tienes tu llave. Por el momento no voy a necesitarla y te aseguro que no tengo ni he sacado otra copia.

—¿Cuándo volveremos a vernos? Supongo que debemos ser muy discretos porque después de tu relato, está muy claro que nos tienen a ambos completamente relacionados e identificados.

—No tenemos más remedio de suponer que esto es así. Nos veremos aquí mismo el próximo sábado por la noche. Eso siempre que estés dispuesta a invitarme a cenar. Yo traeré la bebida. Ya encontraré la manera de llegar sin que me identifiquen nuestros enemigos.

—¿Vas a bajar por la tubería del gas?

—Ya sabes que soy un maestro del disfraz y del maquillaje. No me reconocerán. Ya verás.

—¿Te quedarás también a dormir? Te lo pregunto para saber si debo cambiar las sábanas.

Me siento terriblemente ridícula por la pregunta que acabo de hacerle y sobre todo por la razón que he esgrimido para habérsela hecho.

—Es una proposición que me tienta. Te lo confirmaré todo por vía SMS al móvil que recogiste ayer en el cuarto de contadores. Te deseo mucha suerte para reunión de mañana.

—Gracias por todo, Marc —le digo mientras le beso en la mejilla pero rozando por un instante la comisura de sus labios.

Sin decirle nada más me retiro a descansar con la imagen de su sonrisa fijada en mi mente. Antes de cambiarme de ropa para meterme en la cama me acerco a la ventana y esta vez tomo la precaución de cerrar las persianas.

Capítulo 19

JUEVES, 24 de febrero de 2005. 10 horas 50 minutos.

Estoy nerviosa. Me gustaría tener a Marc a mi lado. En cierto modo, me siento un tanto inconsistente sin su presencia. Se acerca la hora de la reunión y no me muerdo las uñas porque no me gusta el sabor del esmalte con el que las llevo pintadas.

Procuro abstraerme y recordar el dulce momento de esta mañana. Marc me estaba esperando a que yo saliera del cuarto de baño para despedirse. Por fortuna he salido envuelta en una enorme toalla.

—Oh, no esperaba que todavía estuvieras aquí. Estoy horrible —le he dicho al verme sorprendida por su presencia.

—No acostumbro a marcharme sin despedirme y de estar horrible, nada de nada. Yo te encuentro preciosa —me ha dicho antes de acercarse y besarme suavemente en los labios. Mi corazón ha vuelto a desbocarse como un caballo salvaje con la nueva dulzura que me ha brindado, pero él se ha marchado sin decir nada más.

El timbre de mi teléfono me transporta de nuevo a mi cruda realidad actual y laboral. Contesto y es la voz de Garavaia que me pide que vaya a su despacho. Miro el reloj. Son las once en punto. Veo que Carmen me desea suerte con el dedo pulgar en alto. Me levanto y con paso decidido enfilo mis pasos hacia el despacho del «boss».

—Buenos días —saludo al abrir la puerta.

—Hola. Siéntate en la mesa redonda, por favor. Ahora vengo yo.

Percibo la voz de Garavaia como una voz cansada y derrotada. Casi me atrevería a aventurar que es una voz que transmite una resignación aderezada de grandes dosis de decepción.

Permanezco en silencio hasta que él se sienta frente a mí en la mesa auxiliar de su despacho. Han sido solo dos minutos pero han representado ciento veinte intensos segundos para mí, porque acabo de tomar una decisión.

—¿Qué tienes que contarme? Ahora estamos solos. Puedes hablarme en confianza. Yo no tengo grabadora y estoy dispuesto a escuchar todo lo que me digas. Sea lo que sea.

—No creo que yo pueda contarle nada de lo que usted no sepa ya.

—Mira Georgina —me dice con el semblante muy serio—. Yo ya he tomado mi decisión. La he tomado porque me he visto incapaz de sacar algo en claro. Los informes que me ha presentado Méndez indican claramente que tú estás metida en algo feo y las historias que él me cuenta de ti son todavía mucho más extrañas. Yo he realizado mis averiguaciones y lo cierto es que cada vez que pido un informe de usuarios, éste me sale distinto. Una de dos, o nuestro sistema informático se ha vuelto loco o hay algo o alguien que está jugando conmigo. No puedo hacer frente a

ninguno de los problemas que tengo planteados y mi decisión no puede ser otra que presentar mi propia dimisión.

—No lo haga —le digo yo sin pensar.

—Debo hacerlo. Prefiero dimitir a entrar en el despacho de la controller con las manos vacías.

—No puede usted dimitir, señor Garavaia.

—Dime una sola razón para que eso no sea así.

—Le voy a dar más de una —contesto yo de una forma contundente al estar muy segura de lo que voy a decirle—. Usted no puede dimitir porque dejaría a ese tiburón con más poder. Usted no puede dimitir porque tiene que proteger a mis compañeras de los acosos de todo tipo a los que él nos intenta someter. Y finalmente usted no dimitirá porque va a presentar mi cabeza en una bandeja de plata a la controller. Tiene usted que despedirme, señor Garavaia. No le queda otro remedio Es la mejor de las soluciones. Yo entonces, reclamaré la conciliación laboral para que la Empresa me indemnice por despido improcedente. Ese va a ser todo el tiempo del que usted va a disponer. Desde el día de hoy hasta el día de la cita de conciliación en el CMAC'. Tiene usted que aprovecharlo para sacar a la luz todas las miserias de ese... —dejo el calificativo en suspenso y me callo.

—Tú sabes mucho más de lo que me cuentas.

—Puede que tenga usted razón en eso. Debe tener presente que a mí me han querido involucrar en algo en lo que yo no he tenido la más mínima participación. Mi única reacción ha sido la de protegerme. Nunca he acusado a nadie. Usted lo sabe. Sin embargo, y a prueba de confianza, ahora voy a contarle lo que yo creo que está pasando.

—Me estás sorprendiendo, Georgina. Puedo jurarte que no sabía cómo afrontar esta reunión. Pero te aseguro que los derroteros por los que está discurriendo en estos momentos, no podía ni siquiera imaginarlos.

Mientras Garavaia pronuncia estas palabras, yo miro a la sala. Todos están expectantes. Las miradas por los rabillos de los ojos son constantes y los gestos de aparente disimulo para mirar hacia nosotros, no cesan.

—Todo el mundo nos está mirando, jefe —le digo—. Deberíamos disimular y actuar con gesticulaciones que indiquen y certifiquen una discusión. Una tremenda discusión con amenazas que va a terminar con mi despido inmediato y fulminante. Empecemos ya —le digo yo levantándome y golpeando la mesa con la palma de la mano.

Garavaia se sorprende en un principio, pero reacciona rápidamente con la misma moneda. El escenario es perfecto y los actores nos hemos metido de lleno en nuestra representación.

—Convénceme de que debo hacerte caso —me dice apuntándome con el dedo

índice.

—Están utilizando la cuenta de *Solitex* como tapadera. Lo hacen para sacar material gratis del almacén. Siga la pista de los abonos de la mercancía por una parte y la de los abonos contables por otra. Verá que solo coinciden en el importe. La mercancía nunca es abonada y se queda en el aire. Comprobará que el stock cuadra porque esa mercancía no vuelve nunca al correspondiente almacén ya que después es vendida bajo mano en beneficio de unos pocos. Sea cauto porque tiene usted que descubrir a todas las personas que forman esa red de estafa. Una sola persona no puede hacer eso y menos si está a kilómetros de distancia del lugar donde desaparece la mercancía. Ese ha sido el gran error que han cometido al pretender hacerme cargar con todo a mi solita.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Ya le he dicho que me he protegido.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora? —me dice golpeando tres veces con el puño en la mesa.

—Usted no me hubiera creído. Tampoco espero que ahora lo haga a pies juntillas'. Simplemente le he colocado en el camino correcto y eso sí que espero que el día de mañana sepa usted agradecérmelo —le digo yo palmeándome la mejilla para que los demás interpreten que le estoy diciendo que tiene mucha cara.

—No sé qué decirte. Me va a doler mucho hacer lo que me pides después de lo bien que te estás comportando conmigo.

—Tan solo he corrido un riesgo. He dado por descontado que usted no está metido en ese tinglado. Espero no haberme equivocado.

—No te has equivocado, Georgina.

—Señor Garavaia, un dirigente debe ser en ocasiones un buen actor. Haga su papel. Explique que yo le he faltado al respeto y que no he colaborado en nada sino todo lo contrario. Yo por mi parte haré mi papel con convicción. Hablaré mal de usted y le tacharé de cobarde y de incompetente. No me voy a cortar ni un pelo. Se lo aseguro —le digo golpeando la mesa repetidas veces para luego salir del despacho con un portazo que hace temblar a todas las mamparas de las divisiones. La gente me mira sorprendida.

Garavaia sale inmediatamente tras de mí. Sale enfurecido y haciendo grandes aspavientos de tensión con sus brazos. Se acerca a mí y me grita.

—Recoge tus cosas y márchate. Estás despedida. Mañana recibirás el finiquito y la carta de despido por correo certificado.

—Se arrepentirá —le grito yo ante el asombro del resto de la sala.

—No quiero que te lleves nada que no sea estrictamente personal. Me voy a quedar aquí para comprobarlo.

—Por mí puede usted quedarse donde quiera. Los ceros a la izquierda no tienen

valor —le digo yo con desprecio.

—Voy a precintar tu ordenador para que nadie lo toque. Quiero hacerle un chequeo completo para averiguar por dónde has navegado y con quién te has intercambiado correos.

—Haga usted lo que quiera. Me importa un bledo lo que haga un perfecto calzonazos.

Me giro hacia mis compañeros y no les digo nada. Mi mirada recorre toda la estancia y veo tres sonrisas en mi campo de visión. La primera es la del cerdo de Méndez que se regodea de su aparente victoria. La segunda es la de la controller que no se ha enterado de nada pero que está convencida que también se ha salido con la suya. Y la tercera, la que más me importa, se produce debajo de unos bigotes que se balancean desternillándose de risa por mi actuación. Oigo sus aplausos. No creo que me haya equivocado al confiar en Garavaia. Aunque eso no va saberlo nadie. Y nadie significa absolutamente nadie.

Son las dos menos dieciocho minutos cuando paso por delante de Marcelo con el tres cuartos, la bufanda y el bolso colgados del brazo. Llevo además una caja de cartón que antes había contenido papel DIN A4, llena de pisapapeles, fotos y tonterías.

—No salga sin abrigarse. Hace mucho frío.

Dejo la caja en el suelo y me coloco las prendas de abrigo.

—¿Se encuentra usted mal? —me pregunta el conserje.

—Adiós Marcelo —es toda mi respuesta.

Salgo al exterior y estoy en la calle. Nunca mejor dicho eso de que estoy en la calle. Me siento extraña y fuera de lugar pero satisfecha. Debe ser la resaca de la vivencia reciente. Tengo necesidad de sentarme y meditar durante los quince minutos que me quedan antes de que el torbellino de Mercedes me arrastre con sus preguntas.

Elijo un banco del lado derecho según se mira al mar. Escojo éste y no el que tengo enfrente porque el mío mira hacia el norte. Estoy ansiosa por encontrar mi propio norte vital y de momento, noto que el geográfico me sirve de perfecto sucedáneo.

¿En qué se va a convertir mi vida a partir de este momento? ¿Qué es lo que logrará hacer Garavaia con Méndez? ¿Qué pensará Marc y su enigmático hermano cuando conozcan la versión oficial de mi despido?

Me levanto y vuelvo a sentarme en el mismo banco poniendo especial énfasis en alisarme bien la falda por los costados, después de comprobar que con el pringado que acaba de pasar, ya son tres los tíos que han dirigido su mirada hacia mis piernas de forma persistente. ¿Por qué los hombres tienen siempre esas reacciones tan primarias? ¿Y por qué después de mirarte las piernas dirigen su mirada hacia tu rostro? ¿Qué es lo que intentan demostrar con esto? ¿Acaso quieren comunicarte que

acaban de descubrir algún secreto que les confiere poder sobre nosotras?

Con el pensamiento de que en la calle hay muchos Méndez, veo como el huracán de Mercedes se acerca hacia mí. Viene caminando lo más deprisa que puede. Me preparo para el aluvión que me viene encima.

—¿Qué sucede? Hace diez minutos que te he visto sentada en este banco desde el ventanal de mi oficina. ¿Desde cuándo estás aquí sentada? He mirado el reloj y he preguntado si marcaba la hora correcta al ver que eran las dos menos diez. ¿Qué es esa caja? ¿Por qué has salido antes de la hora?

—Me acaban de despedir. Hace veinte minutos que la lista del paro se ha ennoblecido al haber inscrito mi nombre en ella.

—¿Y cómo ha sucedido? ¿Por qué tan rápido?

—No sabría como explicártelo. Creo que ha concurrido un cúmulo de circunstancias y de situaciones límites que han afectado a varias personas. Todo ello ha hecho desembocar esta triste historia, en este desafortunado final. Yo reconozco por mi parte que he perdido los nervios y he insultado a mi jefe.

—¿A Méndez?

—No, no. A quien le he faltado el respeto ha sido a Garavaia. Le he dicho cosas horribles al «*big boss*». La injusticia que han hecho conmigo me ha hecho perder la cordura.

—Vayamos a comer y me lo explicas todo de «pe» a «pa». Hoy te invito yo. Eso no puede quedar así.

—¿Y qué puedes hacer tú en todo este follón?

—De momento lo que voy a hacer es escucharte mientras comemos.

Faltan cinco minutos para las cuatro de la tarde. Acabo de dejar a Mercedes en la puerta del edificio de su oficina. Ella quería pedir la tarde libre para estar conmigo pero al final y por suerte, he logrado convencerla de que no lo hiciera. Me he librado de una buena.

El camino hacia casa se me hace duro mientras repaso de nuevo la conversación con Garavaia y después el posterior interrogatorio de Mercedes.

Cuando llevo caminando unos diez minutos, me doy cuenta de que voy con la mirada puesta en el suelo. No recuerdo ni la faz ni la fisonomía de nadie que se haya cruzado conmigo. He caminado ensimismada y cabizbaja. Debo de haber pasado por el lado de al menos un centenar de personas pero no he visto a ninguna. He andado como si fuera un autómatas al que no le interesa nada que no sea el origen y la causa de los propios mecanismos que le confieren su vida artificial. ¿Me habré convertido en uno de ellos?

Rápidamente mi karma positivo me saca de mis pensamientos pesimistas y me rescata de las garras de los humanoides sin cerebro, para devolverme al mundo de los mortales que presumimos de saber pensar.

En mi camino habitual, paso por delante del cine Comedia. Me doy cuenta que no me apetece mirar las imágenes de las películas que se proyectan. ¿Tanto habré cambiado? Tengo ganas de llegar a casa y ducharme. Después saldré a comprar. Necesito ocupar el tiempo libre. El Diario ya tiene hora reservada para después de la cena. La palabra cena me enlaza con Marc. A él tampoco voy a contarle el cien por cien de la verdad de la reunión que he mantenido con Garavaia. No es un acto de desconfianza hacia él. Solo es un acto de protección de mis propias decisiones. En estos momentos no deseo que nadie las juzgue. Prefiero explicar que los hechos se han producido en contra de mi voluntad. Me va resultar mucho más fácil de esta forma.

Cuando diviso *La Rambla'*, me doy cuenta de que mientras la gran parte de la población de esta ciudad está recluida en su trabajo, su lugar es ocupado por una extraña especie de seres que pululan sin cesar de aquí para allá. Esto sucede hasta que llega el momento de que los ciudadanos originales la toman y la recuperan de nuevo para ellos. Al llegar a la altura de la calle de la Canuda, la sabiduría innata de mis pies hace posible que sin pensarlo, me encuentre caminando por ella. No ha sido mi cerebro el que ha dictado la orden de giro. Han sido mis pies los que han decidido por sí mismos.

Abro la puerta blindada de casa. Entro por el pasillo y veo que tengo dos mensajes. Uno parpadea en el teléfono fijo y el otro tintinea en el móvil que me entregó Marc. Levanto el inalámbrico de la base fija y pulso las teclas para recibir el mensaje. Se oyen unos ruidos extraños. No llego a discernir ninguna voz con claridad. Escucho pacientemente hasta que el mensaje llega su final. Su duración ha sido de 104 segundos. Casi dos minutos para no decir nada. Solo he oído indescifrables ruidos de fondo.

El mensaje del móvil es un SMS. El remitente tiene que ser Marc porque solo él sabe que existe este número. Lo leo y rápidamente me quito la falda y la sustituyo por unos pantalones tan oscuros que parecen negros. El cambio ha sido por un acto reflejo. Supongo que tratándose de Marc, una tiene que prepararse para todo. Incluido el correr o el lanzarse en paracaídas. Es mucho mejor ir vestida con pantalones que con falda.

Como siempre, su mensaje es tan taxativo como enigmático.

«Sé que estás a punto de llegar a casa. Ven lo más rápido que puedas al “*Mercat de la Boquería*”. Te espero en el círculo central donde se vende el pescado y el marisco».

Este hombre me va a matar. Es un especialista en agitar mi vida cuando menos me lo espero. No está nunca inactivo y ahora que no tiene trabajo, me temo que lo va a estar mucho menos.

Salgo a la calle de forma apresurada. He olvidado la bufanda. Decido no volver a subir y con la ayuda de las dos manos, mantengo la parte superior del tres cuartos ceñida a mi cuello. Mi paso es decidido hasta que una voz hace que me detenga.

—Perdone señorita, ¿es usted de este barrio?

Me giro y veo a un hombre alto. Tiene el pelo incipientemente canoso. Es evidente que espera una respuesta. Mi cabeza se pone a trabajar. ¿Será un agente de paisano que intenta darme confianza sin llegar a delatarse como tal?, o por el contrario, ¿será un elemento del otro bando que tiene la clara intención de recordarme que siguen a mi lado? Lo más probable pero, será que no sea ni lo uno ni lo otro. Creo que habrán transcurrido unos cinco segundos desde la pregunta hasta que yo atino a contestar con un movimiento afirmativo de la cabeza.

Al hacerlo recibo la segunda pregunta del desconocido.

—¿Sabría indicarme dónde está el edificio de la Asociación de Escritores?

Esta vez contesto sin dilación y con palabras.

—Es el edificio de la derecha que hace esquina con la plaza. Pregunte usted allí. Hay conserje.

Inmediatamente después de responderle, me pongo a caminar para evitar otra pregunta. Tengo prisa y en menos de diez segundos me encuentro en la calzada central de *La Rambla*'.

Entro en el «*Mercat*» y encamino mis pasos hacia la rotonda del marisco. Le veo. Está parado en la parte diametralmente opuesta a la mía. Observo que me hace un movimiento con su cabeza. Creo entender que me ha indicado que le siga. ¡Dios mío! No le tengo a la vista. ¿Por qué razón no me ha esperado? Camino abriéndome paso entre la gente. Propino algún que otro ligero empujón y pido excusas sin detenerme. Ya vuelvo a verle. Él continúa caminando sin mirar hacia atrás. Va escurriéndose por los distintos pasadizos del mercado hasta desembocar al exterior en un pequeño callejón. Le sigo sin perderle de vista y veo que sube a la parte trasera derecha de un coche de color gris oscuro. Antes de que yo llegue a la altura del coche, se abre el portón trasero izquierdo. En diez décimas de segundo me asaltan diez millones de dudas, pero finalmente acabo entrando en el coche. El *Megane* se pone en marcha cuando yo cierro la puerta. Marc está a mi lado en el asiento trasero. En la parte delantera están sentados dos hombres que yo no conozco.

—Hola Georgina —me saluda Marc.

—No sé cómo se llamará todo esto en el mundo de la delincuencia, pero yo lo bautizaría como un secuestro inducido, ¿me equivoco?

—Te presento a mi hermano.

El hombre que va sentado en el asiento del copiloto me tiende la mano. Cuando voy a estrechársela me doy cuenta de que primero tengo que deshacerme de la mano de Marc porque me la tenía cogida sin que yo me hubiera dado cuenta.

—Mucho gusto —correspondo yo con sincera cortesía—. ¿Por qué tanto misterio?

—No es misterio. Es solo precaución. Hasta ahora todas nuestras intervenciones pueden interpretarse como simples coincidencias. No me gustaría poner en sobre aviso a nadie. Mira, es un hecho incontestable que por lo menos, han intentado entrar dos veces en tu piso y en una de ellas, lo hicieron con éxito. Es evidente que buscaban algo y necesitamos saber qué es lo que es.

—A mí también me gustaría saberlo —respondo yo—. Por cierto, ¿cómo sabíais que no estaba trabajando?

—El agente que te sigue nos ha avisado de que habías salido antes de la hora con una caja de cartón en brazos. No ha sido muy difícil deducir lo que había pasado, sabiendo además por parte de Marc que hoy tenías una reunión muy comprometida con tu jefe.

—¿Tan en peligro estoy que necesito que me siga un agente?

—Personalmente, no creo que estés en peligro pero es evidente que ellos ya se habrán dado cuenta de que las reglas de juego han cambiado si es que han vuelto a intentar entrar de nuevo. Y si todavía no lo han hecho, lo harán pronto. Sea como sea, está claro que ahora decidirán abordarte a ti directamente y es precisamente eso, lo que queremos tener controlado.

—¿Me estás diciendo que alguien se acercará a mí y me pedirá lo que quiere, así como así?

—No exactamente. Te pueden abordar en la calle con cualquier excusa.

—Pues acaban de hacerlo. Justo antes de reunirme con todos vosotros.

—Ya lo sabemos y no hay que preocuparse por el encuentro que has tenido hace unos minutos.

—¿Y cómo sabré yo de que debo preocuparme?

—Nosotros lo sabremos.

—¡Vaya consuelo! —digo mirando a mi compañero de asiento.

Marc me acaricia la mano con ternura y me dice.

—Tú debes hacer vida normal. Lo más importante es que pienses en lo que pueden estar buscando. Ten la seguridad de que tú tienes algo que les interesa. No importa que tú no sepas qué es lo que es. Yo te creo.

—Sin embargo, puedes estar segura de que lo tienes —certifica Carles.

—Pensáis que pueda estar relacionado con el tema que me ha llevado a ser despedida.

—Todo puede ser —sigue diciendo Carles—. Estamos seguros de que la trama de la estafa en tu Empresa está tejida por delincuentes y los que allanan moradas también pertenecen a la misma calaña. Que sean los mismos o que tenga alguna relación un asunto con el otro, es lo que hemos de descubrir nosotros. Éste es nuestro

cometido. No dudes de que con tesón, vamos a conseguir descifrar todo este embrollo.

—¿Y cuál es o debe ser mi papel, a partir de ahora?

—Después de tu despido, has dejado de ser protagonista en uno de los dos asuntos. En el otro, yo creo que por ahora, tu posible rol es más bien pasivo porque no puedes hacer nada para acelerar o para retrasar el ritmo de los acontecimientos. Eso es algo que tienes que aceptar. Es muy importante que estés alerta pero sin obsesionarte por ello —contesta Carles.

—Georgina, vamos a dejarte otra vez en una de las callejuelas traseras del «Mercat». Entra en él y disimula. Compra algo —me dice Marc apretándome la mano—. Tienes que dar la impresión de que nunca has salido de él. Si alguien te ha vigilado al entrar, se quedará tranquilo si sales por el mismo sitio.

—¿Vendrás pasado mañana a casa?

—Creo que sí, pero te lo confirmaré mañana por la noche. Cuídate mucho —me dice antes de que yo abra la puerta del coche.

—Una cosa más Georgina —me dice Carles de nuevo y yo me quedo con la mano parada sobre la palanca para abrir la puerta del coche—. No te hemos presentado a Pedro.

Miro al conductor. Éste se mueve y me hace un gesto con la mano. Yo le correspondo de la misma manera.

—Él es el agente que tiene asignada la coordinación de los recursos asignados a tu caso —explica Carles—. Recuérdalo si lo necesitas.

Asiento con la cabeza y bajo del coche. En diez segundos vuelvo a estar paseando por los corredores interiores del mercado. Solo he permanecido ocho minutos en el coche policial. Finjo que estoy buscando algo en concreto pero salgo del mercado sin comprar nada porque no llevo dinero. He salido tan de estampida de casa que no he cogido el monedero. Se ha quedado al lado de la bufanda. Me palpo los bolsillos y respiro con alivio. ¡Dios mío! Las llaves sí que las tengo.

He terminado de cenar y he bajado las persianas. No quiero espectadores que ni siquiera pagan el tiquet de la entrada. No estoy para dar espectáculos gratuitos.

Tengo varias preguntas que me hierven en la mente y no logro que me abandonen. A veces pienso que soy tonta. Desconfío de todo el mundo y por el contrario, doy confianza ciega a quien casi no conozco. La situación que he vivido esta tarde, podría tratarse perfectamente de un capítulo más de una bien urdida y organizada estratagema para darme confianza. Podría ser una táctica para atraparme en sus redes sin que yo me diera cuenta. No he visto ninguna credencial. Solo he oído el martilleo constante de la radio de mensajes codificados. Dudo de que alguien se entere realmente de algo con esos mensajes ortopédicos. ¿Por qué me he de creer absolutamente todo lo que venga de parte de Marc? ¿Por un par de besos? ¿Acaso no

podría ser él, el cabecilla de todo esto? ¿Cómo sabían que había sido despedida?
¿Tienen también un topo en la oficina?

Mientras voy a buscar el Diario, me recrimino todas mis dudas. ¿Qué razones tengo para dudar de la única persona que me está ayudando? ¿Tanto me cuesta reconocer que me he enamorado de ese hombre? ¿Qué es lo que me hace esconder y retrasar mis sentimientos?

Tengo ya el Diario en mis manos y le estoy realizando el ritual acostumbrado. Me voy sintiendo más sosegada y sobretodo noto que voy recuperando el equilibrio. Las dudas son solo dudas. No debo permitirme construir nada que tenga sus cimientos en ellas.

Abro el Diario y aparece la escritura espigada de mi abuelo.

01 de Marzo de 1935.

La lectura de este Diario me ha dejado un sabor agridulce. He visto confirmada la personalidad de mi abuelo en todos sus escritos. A él tuve la fortuna de conocerle bien. Sobre todo le admiré la entereza con la que apoyaba todas sus decisiones aunque es hora de reconocer que yo no compartía muchas de ellas y no lo hacía ni en el fondo ni en la forma. Pero lo escrito en el Diario me ha sorprendido muy negativamente. No puedo dejar de reconocer que he sentido pena por él. La parte más dulce la ha aportado mi padre. No tuve la ocasión de conocerle, pero lo poco que he podido leer de él me ha impresionado. Mi abuelo siempre me vendió a mi padre como un hombre bueno e inteligente pero que sin embargo, carecía de decisión. Me he quedado con la impresión de que eso no fue exactamente así. No se puede juzgar a una persona, sea esta quien sea, por lo que te cuenta otra, sea también ésta, la que sea.

Hoy he tenido un buen ejemplo de ello. En mi familia o mejor dicho, en la familia de mi esposa Beatriz. Las apariencias son engañosas y las difamaciones no nos ayudan a consolidar opiniones porque nos crean dudas que después, nos condicionan.

Está visto que no hay nada nuevo en este mundo. Las difamaciones y las dudas no son patrimonio del año 2005. Acabo de leer que hace setenta años la gente también vivía inmersa en ellas.

Sigo con la lectura.

Creo que también es justo explicar que mi abuelo me lo enseñó todo. Me hizo crecer con valores sólidos y me transfirió todo el bagaje de sus conocimientos en el mundo empresarial textil. Mi abuelo siempre vivió su trabajo de forma intensa y lo hizo hasta el mismo día de su muerte que ocurrió en Diciembre del año 1919.

Sus ideales políticos se vieron ensombrecidos por los hechos de la Semana Trágica de 1909. Nunca me explicó el porqué de ello pero yo siempre he estado convencido de que en aquellos días perdió a un gran amigo. Podría aventurarme a desvelar su nombre, pero prefiero no hacerlo porque no estoy completamente seguro de ello.

Mi padre continúa siendo toda una incógnita para mí. Dedicó treinta y dos años de su vida al estudio de las enfermedades tropicales amazónicas y sin embargo, no tuvo tiempo para dedicarme una sola hora a mí. Así son las cosas. No le guardo rencor. Soy un liberal convencido y estoy acostumbrado a respetar las decisiones de los demás. Y ese pensamiento es igualmente válido cuando se trata de las decisiones de mi propio padre, aunque yo esté directamente afectado por ellas.

Hace tres años conocí a Faustino. Vino a verme con una carta y con una noticia. La noticia era el fallecimiento de mi padre. Su muerte se había producido en Octubre de 1931. Murió a consecuencia de una de las enfermedades que él trataba de combatir. Faustino recogió sus últimas palabras en la carta que me entregó. La misiva no estaba escrita por mi padre sino por el propio Faustino.

En ella me decía que cada día de su vida había pensado en mí. Su última frase fue para mi madre; «Ahora vengo Genoveva».

Me hubiera gustado conocerle. Creo que hubiera valido la pena.

En las líneas anteriores, he escrito que hoy he tenido un buen ejemplo de difamación. La situación social no predispone a la tranquilidad. Por un lado, tenemos al presidente Companys y a todos sus «consellers» encerrados en una cárcel de Andalucía. Por otro lado, sigue vigente la suspensión del Estatuto de Autonomía de Nuria' por parte del gobierno central. Y por último, la agitación ciudadana se ha convertido en un hecho que se está peligrosamente aceptando como algo normal.

Temo por el negocio. Los sindicatos obreros están haciéndose con demasiadas atribuciones. He comenzado a recibir amenazas y temo por los míos. Por si esto fuera poco, la información que he recibido hoy ha sido muy explícita y no me deja lugar a dudas. En ella se recoge que el hermano de mi esposa está preparando una serie de acciones para denunciarme como estraperlista. Sus intenciones son muy claras. Una denuncia de este tipo podría llevarme a la cárcel. Mi esposa quedaría entonces como albacea de mi patrimonio ya que mi hijo solo tiene un mes de edad. En este supuesto mi cuñado cogería las riendas del negocio ya que mi esposa Beatriz no tiene ni idea ni tampoco la preparación necesaria para ello. Lo más normal es que ella delegaría de buen seguro en la persona de su hermano.

Hace días que pienso en lo que debo hacer. Una idea me ronda sin parar en la cabeza. Necesito tranquilidad para pensar en ella con mucha ecuanimidad. No puedo equivocarme porque si lo hiciera, no tendría después tiempo para poder reaccionar.

Me tomo un descanso. Me levanto del sofá y voy en busca de uno más de mis inefables cortados. Todo es cíclico en esta vida. Todo viene, todo va y después todo regresa como lo hacen las ondas de un diapasón. Al parecer, mi abuelo me precedió en la tesitura de estar embrollado en una maraña de carácter laboral. Un problema que parece distinto al mío pero que al fin y al cabo, estuvo también orquestado por la misma clase de personajes. Ésos que siempre van en busca de sus objetivos, sin que les importe nunca a quien o a quienes se llevan por delante.

El cortado me sienta de maravilla. Apenas son las once de la noche. Recojo el Diario y con el pensamiento de que todavía no he llegado a formarme una imagen definida de mi abuelo, recorro con mi dedo índice todo lo leído hoy, hasta que se detiene en el lugar preciso.

21 de Abril de 1935.

Acabo de llegar a casa. He pasado antes por la sede del partido. Allí reina la decepción. Es muy difícil admitir la realidad de que no se puede hacer nada. La sensación de frustración es permanente. Nadie ha respondido a los recursos de inconstitucionalidad que presentamos en Madrid. Todo parece indicar que ni la Lliga', ni Cambó, ni ninguno de nosotros existimos. He podido constatar personalmente el estado de impotencia en el que se encuentra sumido mi buen amigo Antoni Martínez. Nuestro pequeño país está siendo anulado por completo y nuestra perseverancia se ve afectada por todo lo que está ocurriendo. Los representantes de la izquierda están encarcelados en Cádiz y los de la derecha, están maniatados en sus funciones de gobierno. Todo es como una farsa continua que coarta el normal desenvolvimiento de una sociedad democrática, porque la realidad de los hechos le impide desarrollarse por los caminos que ella misma ha elegido libremente.

Mi situación personal está estancada. No obstante, he podido constatar que el rumor que señalaba a mi cuñado como conspirador, es totalmente cierto. He observado cómo y por dónde se mueve y he llegado a la conclusión de que cada día se encuentra más involucrado en los grupos anarquistas de izquierdas.

He hablado del rumor de mi cuñado con dos compañeros de mi plena confianza. Los dos me han aconsejado prudencia. No están los tiempos para precipitaciones de ningún tipo. Sus reflexiones me han hecho congelar la decisión que yo ya había tomado. Las responsabilidades con respecto a mi situación familiar me recomiendan hacer uso de una tranquilidad de caballo, para evitar entrar en provocaciones que me lleven a responder con reacciones de burro.

Espero y deseo que todo se logre solucionar de forma estrictamente democrática, porque si no se hace de esta forma, se auguran tiempos repletos de tinieblas de todos los tipos.

13 de Agosto de 1935.

Mañana será el día en que mi hijo Jaime cumplirá su primer medio año de vida. Mi esposa Beatriz ha organizado una fiesta para celebrarlo por todo lo alto. No voy a tener más remedio que disimular con mi cuñado Federico. Odio tener que hacer papelitos, pero en esta vida se tiene que estar preparado para actuar en la función que la vida te pueda requerir. Lo superaré.

16 de Agosto de 1935.

Los principios de la Física rigen el Cosmos de una forma inmutable. Son los mismos principios que nos recuerdan y certifican que cada uno de nosotros pertenecemos a ese gran espacio cósmico que hemos convenido en llamar Universo.

La reacción al cruce de palabras en tono subido que tuve anteayer con mi cuñado Federico, no se ha hecho esperar. Esta noche, hace menos de dos horas, cuando regresaba a casa desde la sede de mi partido, he sido abordado y zarandeado por dos individuos en plena calle. «Vigila con lo que haces» me ha dicho uno de ellos mientras que el otro me enseñaba veladamente la pistola que llevaba sujeta al cinturón.

Mi decisión está ya tomada y voy a poner en marcha el plan que me llevará a ella. Espero no haber perdido un tiempo que ahora me podría resultar precioso. Tengo que decidir que haré con mi familia.

30 de Octubre de 1935.

Todo se complica. He recibido tres cartas con amenazas entre todo el correo que a llegado a la Empresa y que va dirigido a mi nombre. En una de ellas, las amenazas son muy directas y explícitas contra mi persona. Al final de la misma, aparece una cruz negra cabeza abajo y a su lado, una sencilla frase que reza como sigue. «Fecha todavía por decidir».

Me detengo, me levanto y voy en busca de un poco de agua, pero al final me decido por tomarme otro cortado. Me lo preparo muy corto de café. Le pongo la cantidad justa para ensuciar el color blanco de la leche. Por primera vez visualizo la imagen de mi abuelo Josep. Le veo como a un hombre mucho más mayor de la edad que le correspondería tener en el año 1935. Tiene los ojos del mismo color que los míos. Su pelo es muy ondulado y también muy abundante. Sus delgados labios están completamente cerrados y pegados en un rostro extremadamente serio. No se le vislumbra ni un asomo de posible sonrisa. Con toda seguridad es el reflejo de la situación personal por la que está pasando.

Pasan treinta y cinco minutos de la medianoche cuando retomo la lectura en el punto caliente en donde la he dejado hace escasos minutos.

No me gusta que me escriban epitafios. No soporto a los enemigos invisibles que no quieren dar la cara. Sé que mi decisión va a afectar a algunos seres inocentes pero yo no tengo otra salida. La suerte está ya echada.

El próximo 27 de Diciembre formalizaré la venta del negocio. Mañana mismo depositaré este Diario en la custodia de una caja de seguridad de un Banco. No puedo permitir que nadie, absolutamente nadie, pueda adivinar cuáles son mis intenciones.

A partir de este punto el trazo de la escritura es más irregular. Parece alterado por una razón externa que sin embargo, no tardo en conocer cuando leo el tercer párrafo de lo escrito.

29 de Diciembre de 1935.

He recuperado el Diario. Lo he rescatado del Banco. Hoy es domingo y en estos momentos voy sentado en un tren que viaja en dirección a Suiza. Mi destino concreto es la ciudad de Ginebra. Anteayer cerré en Barcelona, la primera parte del contrato de compra-venta con entera satisfacción. Pasado mañana cerraré la segunda parte en la ciudad suiza. Con ello, la venta quedará formalizada al cien por cien. El primer contrato recoge la venta de los activos más importantes a un hombre que actúa de intermediario para poder así salvar los problemas legales en nuestro país. En el segundo se transfieren la cartera de clientes y el conocimiento industrial del sector productivo y el del mercado. La cantidad a percibir por cada una de las partes está fijada. La primera es interesante pero no suficiente. La segunda cantidad es la verdaderamente importante. Se abonará en francos suizos y se ingresará directamente en un banco de la Confederación Helvética. El dinero no llegará nunca a España. Suceda lo que suceda, mi objetivo es abandonar el país. Mi seguro de futuro son esos francos suizos. Ahora solo me queda inventar una excusa creíble para llevarme a mi esposa y a mi hijo conmigo. El problema es que no puedo poner a mi cuñado y a mis enemigos en sobre aviso. Cuando regrese a Barcelona seguiré como si nada hubiera sucedido. Pondré de nuevo el Diario a buen recaudo en la caja del Banco y actuaré sin dar absolutamente nada que hablar. Ante lo incierto del futuro, me despido deseando que sea cuál sea mi final, haya sabido escoger la mejor de las opciones.

Quizás estas sean mis últimas palabras escritas en el Diario.

Hasta siempre.

He dejado una carta notarial con las instrucciones precisas de lo que debe

hacerse a partir de ahora.

Una rápida mirada a la página contigua me aclara que esto no fue así. La letra ordenada de mi abuelo sigue allí.

18 de Febrero de 1936.

Han vuelto a ganar las izquierdas. Quizás sea lo mejor para mí y para tranquilizar al país. Ya no me queda ningún lazo sentimental a nivel político. Mi tiempo aquí se acaba.

28 de Abril de 1936.

He recuperado el Diario para dejar constancia de la ignominia que supone para esta sociedad el tener que soportar lo que sucede día tras día. Los pistoleros han vuelto a teñir de sangre el suelo de Barcelona. Los hermanos Miquel y Josep Badía han sido asesinados a tiros en la confluencia de las calles Muntaner y Diputación. Me unía una buena amistad con Miquel. Era un hombre de orden. La izquierda ha reimplantado el caos ante el olor de fascismo que transpira la derecha derrotada. Nadie defiende ya ni mis ideas ni mis intereses. Mañana me voy a marchar y me voy a ir solo. Lo siento por mi hijo. Beatriz ha dejado de importarme. Está sujeta y dominada por su familia. Le han sorbido el seso. Allá ella. Si tengo ocasión volveré a por mi hijo.

Mañana emprendo el viaje a mi Amazonas particular. En el resto de Europa los aires de libertad también están viciados. Mi sueño es cruzar el Atlántico y empezar una nueva vida en Norteamérica. He decidido que el Diario viaje conmigo por dos razones. La primera es que voy a poder seguir escribiendo. La segunda es que quiero dejarlo en una prestigiosa notaria parisina que conozco. Allí estará seguro. Estará mucho más seguro que si lo dejo en Barcelona. He cambiado las instrucciones al notario de la Ciudad Condal. Las nuevas instrucciones indican que cada seis meses este notario deberá comunicar al notario francés, el estado civil y la situación personal y familiar de mi hijo Jaime. Al notario parisino también le cursaré las instrucciones precisas de cómo proceder en cada caso, cuando le entregue este Diario.

El espeluznante relato de mi abuelo me ha hecho olvidar mis propios problemas. Son casi las dos de la madrugada. Acostumbro y me gusta leer dos o tres veces cada una de las intervenciones escritas que mis antepasados han encabezado con una fecha. En la segunda o tercera lectura, siempre encuentro algo que me había pasado inadvertido en la primera. El sentimiento de privacidad aumenta a cada página que leo. La sensación de sorpresa se torna en orgullo al conocer una nueva vicisitud.

Acabo de conocer que el Diario también conoció el camino y la soledad del exilio. El Diario aparenta tener vida propia porque ha respirado y jadeado al ritmo de cada uno de sus protagonistas.

Lo cierro por esta noche. Antes de guardarlo, le acaricio el lomo y la portada frontal. Soy capaz de sentir sus latidos o quizás sea que siento mis propios latidos en él.

Capítulo 20

VIERNES, 25 de febrero de 2005. 20 horas 47 minutos.

No hay mal que por bien no venga. El inesperado día de vacaciones forzadas me ha ido de maravilla. He podido reabastecer mi nevera con el tiempo y las ganas para poder hacerlo. Los Grandes Almacenes tampoco se han salvado de mi presencia observadora y vigilante, para aprovechar cualquier ganga que me hubiera podido parecer propicia a mis intereses. He descendido por «*La Rambla*» hasta llegar al *Liceo*. Allí he dado media vuelta y he desandado mis pasos. Mi primera intención era comer fuera pero he terminado comiendo en casa. Una siesta de cuarenta y cinco minutos ha reparado parte del insomnio lector de ayer. Sobre las seis he salido de casa para ir en busca de Mercedes. Se ha alegrado mucho al verme porque estaba convencida de que hoy tendría que hacer el viaje de regreso a su casa completamente sola. Hemos hablado de temas generales. Hoy no ha estado muy preguntona. En algunos momentos he tenido la sensación de que ella sabía más cosas que yo y que se callaba para no contar nada. Después ha insistido en subir a mi casa. Se ha sorprendido al ver la puerta y las rejas. Le he contado que me sentía insegura al haberme quedado sola. Le he recomendado que ella haga lo mismo cuando se encuentre en la misma situación que me encuentro yo. Sus ojos lo han escudriñado todo como si fueran dos «*scanners*» de alta resolución. Ha reparado en el hecho de que yo tenía las dos camas preparadas. Le he contestado que me había vuelto muy caprichosa y que al estar sola puedo dar satisfacción a esos caprichos sin importancia. Hace dos minutos que se ha marchado. Vuelvo a estar sola. Vuelvo a ser yo misma.

A las diez en punto, justo cuando he terminado de cenar, suena el móvil anunciando un mensaje. Es de Marc y dice.

«Traeré el vino y el pijama. Besos».

Esta vez la nota es parca y explícita. No viene con ningún enigma implícito si desprecio lo enigmática que puede ser una segunda noche a menos de diez metros de él.

Apago la televisión para poder leer con tranquilidad. Las noticias se parecen a un serial de capítulos repetidos. Accidentes en la carretera, violencia doméstica sin sentido, manifestaciones de todo tipo y reivindicaciones para todos los gustos.

Con las imágenes que acabo de ver en la pequeña pantalla todavía frescas en mis retinas, libero el Diario de su escondite y pienso que el último relato de mi abuelo podría ser perfectamente una noticia más de hoy en día. Tan solo deberíamos cambiar la fecha y el blanco y negro por el color.

A pesar de que hoy no he ido a trabajar, el saber que mañana es sábado me relaja de una forma especial. Me siento tranquila porque es el momento en que el lunes

queda más lejos. Aunque eso para mí y por ahora no tiene ya mucha importancia.

Abro el Diario y me sumerjo de nuevo en sus páginas.

22 de Julio de 1936.

Llegan pésimas noticias desde España. La guerra es ya un hecho. Parece que Companys ha logrado abortar la rebelión en Catalunya con la ayuda de los guardias de asalto y el apoyo de la Guardia Civil. La CNT ha movilizado y armado al pueblo. Sin embargo, todo eso no es garantía de casi nada. Lo cierto es que la posibilidad de ir a buscar a mi hijo se torna cada día más y más complicada. No puedo volver a mi casa. Estoy seguro de que sería detenido. Mi escapada habrá desatado mil denuncias. Todas ellas habrán sido hechas con la esperanza de lucrarse a mi costa. No obstante, ya habrán descubierto todas mis maniobras y lo que ayer pudiera haberse considerado como legal, ahora podría ser juzgado con otra óptica. No me puedo arriesgar.

En estos momentos estoy en Montpellier. El mes próximo iré a Suiza para solucionar el tema del dinero depositado. Una cuenta numerada con la clave de acceso secreta será la mejor solución.

03 de Octubre de 1936.

La cuenta numerada en Suiza es ya un hecho. Traspasé el dinero a un Banco de Zurich. El acceso a la cuenta podrá hacerse por presencia personal o por carta. Para poder utilizar esta última opción, dejaré escritas las correspondientes instrucciones al notario francés cuando llegue el momento oportuno. No puedo hacer nada para que mi hijo no sufra. Él está ahora, en manos enemigas. He sabido que mi cuñado está ofreciendo dinero para conocer mi paradero. Me acusa de traición y de cobardía por haber sido uno de los artífices que han propiciado la rebelión militar desde mi lugar de escondite. Voy a cambiar de paradero y lo voy a hacer más de una vez. Tengo que agradecer el haber seguido los consejos de mi abuelo y haber aprendido el idioma francés en mi juventud. Una vez más su sabiduría y su visión de futuro me han salvado porque ahora me puedo mover sin las restricciones del idioma que te delatan como un exiliado.

Estoy satisfecha y me siento radiante. Acabo de encontrar un claro primer nexo de unión con mi abuelo. Los idiomas extranjeros. Aunque ahora en mi tiempo, sea el inglés el que se ha impuesto por su facilidad de comunicación en el aspecto comercial y de relación, fue el francés el que se llevó el gato al agua, en los dos primeros dos tercios del siglo xx.

Mi abuelo habla constantemente de su hijo. No entiendo por qué mi padre nunca hablaba de él. Observo que el segundo pliegue de cuartillas insertadas por mi madre

se va acercando. Pronto podré volver a sentir las sensaciones de la persona que más unida ha estado a mí. Seguramente también encontraré alguna explicación a mis preguntas sin respuesta que continuamente me estoy haciendo sobre mi padre. Una cosa sin embargo, me está quedando cada día más patente. Es el hecho incontestable de que mi familia tiene una predisposición especial para estar metida constantemente en problemas. Aunque evidentemente, no conozco lo suficiente la historia de otras familias para poder comparar.

Me levanto y me acerco al balcón del comedor. Paso el dorso de la manga para limpiar el cristal porque está empañado. La oscuridad y el frío de la noche se habían impregnado en ellos. Busco la luna pero no la veo. El cielo está muy nublado. La luz de las farolas rebota en las nubes mientras que en mi propia mente lo que rebotan son las palabras de mi abuelo, «mi hijo está ahora en manos enemigas». ¿Qué quiso decir exactamente con eso? ¿Acaso mi abuela Beatriz, de la que por cierto lo desconozco todo, no quería a su propio hijo? ¿Fue ella capaz de anteponer los intereses de su familia, a los de su hijo? Recuerdo que mi padre se llamaba Jaime Pineda Mestre, de lo que deduzco que el nombre de mi abuela fue Beatriz Mestre. Definitivamente soy consciente de que no conozco absolutamente nada de ella.

Al pensar en ella, me doy cuenta de algo que a pesar de que ha sido una constante en mi historia desde que encontré el Diario, no había llegado a reparar nunca en ello. Es solo una curiosidad pero si bien con mis antepasados masculinos siempre me he podido formar una imagen de cada uno de ellos, eso no ha sucedido nunca ni con Carlota, ni con Genoveva y ahora tampoco con Beatriz. Quizás la explicación más plausible sea que todavía conservo la imagen de mi madre muy viva y esto puede que llegue a eclipsar al resto de figuras femeninas. Como con mi padre sucede todo lo contrario, ese hecho me ha permitido visualizar unos rostros que han sido idealizados bajo el influjo de mi imaginación y mis deseos.

Aún no es media noche y aunque la frase suena a una gran cursilada, lo primero que me viene a la cabeza es que «la noche todavía es joven».

Esbozo una media sonrisa y continúo con la lectura.

14 de Junio de 1937.

He abandonado Francia. Me encuentro en Suiza. Con algunos sobornos he obtenido papeles para moverme con libertad. Mi nombre será «Jean Leblanc», hasta que haga el gran salto. El dinero de la cuenta de Zurich me está salvando de la dureza del exilio. No envidio a los pobres compatriotas que han tenido que cruzar la frontera para huir de la guerra. Las noticias que circulan por Suiza no hacen presagiar nada bueno. A finales de Agosto pienso realizar un viaje relámpago a Paris. Allí redactaré mis instrucciones al notario francés aunque yo ya haya decidido que dejaré el Diario en una caja de seguridad del Banco de Zurich. Confío en que

los suizos continuaran fieles a su histórica e interesada neutralidad. Los rumores que anuncian que bajo el mando de Hitler se está cocinando un nuevo episodio de imperialismo alemán, no cesan y eso me preocupa. Ese loco ya ha comenzado su particular depuración interna con la raza judía. Mis movimientos en Suiza se han vuelto mucho más libres y he podido transferir parte del dinero a los Estados Unidos. En el banco suizo voy a dejar lo suficiente para que mi hijo pueda disponer de ello libremente cuando reciba este Diario. Espero que sepa invertirlo y consiga con esta ayuda la estabilidad de su persona y la de su familia.

A mediados de Octubre entraré de nuevo en Francia, cruzaré el Canal de la Mancha y desde Inglaterra embarcaré con destino a Nueva York.

Ignoro si voy a conseguirlo. Mis regresos a Francia van a ser todo un riesgo pero mi decisión está tomada y la seguiré.

Lo que ya no ignoro es que estas van a ser mis últimas palabras en este Diario. No quiero dejarlo en el banco suizo sin dejar constancia de que siempre ha logrado en mí, un efecto tranquilizador. Cuando llegó a mis manos hace poco más de veintiocho meses, no podía ni siquiera imaginármelo. Lo cierto es que tras la sorpresa inicial, el Diario se ha convertido en mi más fiel amigo. A él y solo a él, he confiado mis estados de ánimo y mis intenciones. También en él he depositado las esperanzas de que mi hijo comprenda y entienda lo que acabo de decidir. A mí me permitió entender a mi padre. Espero que a mi hijo le suceda lo mismo que a mí cuando llegue el momento.

Jaime, hijo mío, En la cuenta suiza te dejo el dinero suficiente para no pasar apuros. Según me han comentado, aunque en este momento no he podido constatar la certeza de la información recibida, las cuentas numeradas suizas no pueden estar inactivas más de veinticinco años. Para que ello no suceda, yo iré realizando movimientos y transferencias desde América. Estaré esperando con impaciencia el día en que tú serás capaz de solicitar el primer reembolso. Sigue mis instrucciones.

El número de la cuenta te llegará junto a una carta en un sobre lacrado cuando se te haga entrega del Diario. Sin embargo, el código de acceso secreto de la cuenta no estará en la carta como medida de precaución que tú seguramente entenderás. Nadie podrá averiguarlo excepto tú, porque nadie más que tú recibirá el Diario. El código secreto está efectivamente aquí en este maravilloso Diario. Son doce cifras que en total suman el numero tres. También por precaución no puedo revelarte dónde están pero no dudo de que serás capaz de encontrarlas.

Suerte Jaime. Persevera en tus objetivos. Te deseo una vida llena de sensaciones y de éxitos. Aprovéchalo todo. Lo positivo para evolucionar y lo negativo para aprender de ello y evitarlo en el futuro. Empéñate en querer crecer cada día en tu plano personal porque es el único que es importante.

Lee todo este Diario. Hazlo de principio a fin. No juzgues a nadie y procura

comprendernos a todos con generosidad.

Sobre todo a mí.

Adiós hijo.

Josep Pineda.

Cierro los ojos instintivamente y yo también le digo adiós. ¿Qué fue lo que sucedió con él? ¿Alcanzó su tierra prometida o por el contrario, se quedó en el camino como tantos otros?

Yo nací a finales de 1966 y su último escrito es de mediados de 1937. Entre una y otra fecha hay más de veintinueve años. Eso son cuatro años más de la caducidad que mi abuelo advertía en su escrito. ¿Acaso murió en su huida y por eso no se pudo mantener la cuenta activa? ¿Fue por eso que cuando mi padre recibió el Diario era ya demasiado tarde? ¿Fue ésa la razón de la extraña ambigüedad con la que mi madre se expresó en las dos primeras cuartillas que leí? ¿Es por eso que seguimos siendo pobres?

La tensión me amenaza porque conozco que lo próximo que voy a leer es mi nacimiento y el de mi hermano Jorge. A partir de la página que sigue, yo me voy a convertir en la protagonista indirecta de la historia.

Pasan diez minutos de la una de la madrugada. No puedo dejarlo aquí. Sería incapaz de conciliar el sueño. Tengo que seguir leyendo. Ya dormiré mañana. No voy a tener necesidad de comprar nada excepto el pan y eso lo haré a última hora.

Me doy cuenta de que estoy temblando cuando humedezco los dedos en mis labios para pasar página. Siento una especie de ansiedad que me hace levantar en busca de no sé qué. No me acuerdo de lo que quería hacer. Vuelvo a sentarme y a levantarme de nuevo. Necesito otro cortado pero este bien cargado de café. No importa si después no puedo conciliar el sueño. Aunque parezca un contrasentido, ahora lo necesito para poder tranquilizarme y dejar de temblar. Me lo bebo con pausa y sin mucha prisa. Lo hago como si estuviera intentando retrasar el momento que se me avecina.

Cuando regreso al sofá, paseo mi vista por todo el salón comedor. Sé que la historia que sigue no se desarrolló aquí desde el principio, pero por primera vez el marco coincide con la historia del Diario.

Giro página y antes de leer paso los dedos de mi mano derecha por encima de la escritura de mi padre.

Después empiezo la lectura.

05 de Octubre de 1966.

He seguido los consejos de la carta y he leído todo este Diario. Tengo la sensación de estar frente a la lámpara de Aladdino. Todo esto es muy misterioso. No entiendo nada pero creo que éste es el golpe de fortuna que estaba reclamando para mí.

En sobre aparte he recibido el número de la cuenta y la forma de contactar con ellos para poder solicitar el primer reembolso. Debo hacerlo a un apartado de correos del banco. Las instrucciones son claras y también he encontrado un formulario de ejemplo a seguir aunque supongo que en estos años habrá cambiado en algo.

Me he encerrado en una de las habitaciones para intentar descifrar la clave. No le he contado absolutamente nada a Encarna. Esto es solo cosa de hombres. La lectura del Diario así me lo ha confirmado. Las mujeres no deben intervenir en esto. Después de mí le tocará el turno a mi hijo Jorge. Ni mi mujer, ni la niña que se ha colado de refilón en mi vida, van a tener arte ni parte en esta historia.

Lo que más extraño me resulta es que doce cifras puedan sumar tan solo el valor del número tres. Mi padre debió haber cometido un error al escribirlo porque eso es matemáticamente imposible a menos que la mayoría de esas cifras fueran ceros y eso tampoco tiene mucho sentido. No soy un experto en cálculo ya que todo lo que sé me lo enseñó mi tía Clara. Nunca fui a la escuela. Siendo muy joven, comencé a trabajar de aprendiz en el oficio que ahora tengo. Llevo toda la vida desempeñándolo para poder subsistir. Ya era hora de que la suerte se pusiera de mi lado. Estoy cansado. Voy a dejarlo hasta mañana que tendré la mente lúcida. Mañana descifraré el acertijo que me permitirá conocer el código de acceso secreto.

Yo también lo dejo aquí con una terrible sensación de desazón en mi cuerpo. Por primera vez he conocido la cruda realidad de quien fue mi padre. Las palabras de mi madre advirtiéndome de ello, caen como losas sobre mí. Es realmente duro pero tengo que aceptarlo.

El análisis primario de la primera intervención de mi padre, indica un claro y fuerte desequilibrio emocional. No soy una gran experta, pero el hecho es que me resulta innegable. Empieza con la conclusión de que se encuentra en un cuento de las «Mil y una noches», cuando él termina de leer el Diario. Poco después, la realidad le pone frente a un reto que no va ser capaz de superar. Luego, y para terminar por hoy, entra en la etapa de las justificaciones. Conozco la historia y sé que después vendrán los capítulos de la desesperación y del desencanto. Al final y de forma incuestionable, aparecerá el capítulo definitivo del traslado de la culpa de todo lo que le sucede, a todas las personas que le rodean.

¡Dios mío, ayúdame! Esta parte va a resultarme muy dura de superar.

Capítulo 21

SÁBADO, 26 de febrero de 2005. 15 horas 37 minutos.

No me he podido quitar la imagen de mi padre de la cabeza. He pensado mucho en él. Era mi padre y se lo debo todo. Tengo que ignorar las duras referencias que ayer leí sobre mí. Seguro que habría cambiado si hubiera llegado a conocerme. Tengo el deber de aceptarlo como él fue. Siempre intenté obviar la realidad y cuando él murió, yo me construí un padre de ficción a mi gusto. No me queda otro remedio que pensar que si lo hubiera tenido más a mi lado, ahora todo sería diferente. Sin embargo, no tuve la ocasión, o mejor dicho, el destino no me la dio.

Estoy tumbada en el sofá con los ojos cerrados. No duermo pero descanso. Esta noche vendrá Marc y no voy a poder leer nada del Diario. Pase lo que pase ese continuará siendo mi gran secreto.

Mis ojos se abren en un acto reflejo cuando oigo el carillón del reloj de pared que anuncia que ya son las cuatro de la tarde.

Simultáneamente a todo esto, empieza a sonar el móvil que recogí en el cuarto de contadores. Debe ser Marc. Tiene que ser Marc. Me levanto y voy en su búsqueda. Pulso el botón mientras me llevo el teléfono a mi oído izquierdo.

—¿Marc?

—Hola Georgina. Ha ocurrido algo que quiero que veas con tus propios ojos. Te espero dentro de diez minutos frente a la puerta del Corte Inglés que da a la esquina del Portal del Ángel. Ponte gafas oscuras y recógete el pelo en un gorro, en un sombrero o en una boina grande.

—Pero, oye.

—No pierdas tiempo preguntando. Coge también una bufanda grande. El resto como siempre, chaquetón oscuro y pantalones también oscuros. Los zapatos que sean cómodos porque tendremos que andar rápido. No tardes, te lo ruego.

Me ha colgado sin tiempo a reaccionar. Ya hemos vuelto a las andadas. Entra en mi vida cuando le place, me indica hasta la manera de vestir y de calzar y asunto resuelto. ¡Pero que se ha creído! Esto ya es el colmo que supera el vaso con creces. Él nunca pregunta. Él solo ordena y yo, como una tonta le voy haciendo caso una vez y otra. Aunque bien pensado, más vale que corra y que no olvide nada de lo que me ha dicho. Si me entretengo en disquisiciones, voy a terminar llegando tarde.

Salgo de casa y enfilo en dirección contraria a La Rambla. Llego al Portal del Ángel y giro a la izquierda. El bullicio de gente es considerable. Es sábado por la tarde. Voy mirando instintivamente a un lado y a otro. Soy conocedora de hay alguien que me sigue y que me vigila. También soy consciente de que puede haber otro alguien que me esté observando para abordarme y pedirme que le entregue la luna. O quizás para amenazarme si no lo hago, o quizás, para Dios sabe qué cosa.

Le veo cuando llego a la calle Fontanella. Está de pie y mirando continuamente el reloj. Habrán pasado unos veinte minutos desde que me llamó. ¡Que no se queje por el retraso porque si lo hace, le peino con un rastrillo de limpiar el césped!

Su recibimiento me descoloca una vez más. Me coge de la mano y me besa en los labios. Yo le dejo hacer.

—Georgina, a veces lamento ser tan poco explícito pero es que esta ocasión lo requiere.

—Vale —le digo yo como toda la respuesta de la que soy capaz en este momento en el que todavía estoy sorprendida y afectada por la acción de su beso.

Rápidamente me doy cuenta de que vamos caminando cogidos de la mano en dirección a la calle *Pau Claris*.

—Sabes —me dice sin mirarme a los ojos—. No deberíamos haberlo hecho. Eso ha sido un error.

—¿A qué te refieres? —vuelvo a preguntar como una tonta.

—Creo que besarnos en público ha sido un fallo imperdonable.

—¡Coño! —exclamo yo—. ¿Tan importantes somos? ¿Es que acaso tenemos a los «*paparazzi*» detrás? No creo que seamos el objetivo de ninguna exclusiva ni tampoco de ningún reportaje escandaloso.

—Alguien debe estar siguiéndonos. Otra cosa es que le hayamos dado tiempo de tomar la instantánea.

—Oye —le digo yo—. ¿Te has dado cuenta de que vamos cogidos de la mano? ¿No será eso otro fallo imperdonable?

—Mucha gente se coge de la mano o del hombro para caminar al mismo ritmo. Eso no significa nada.

—Si tú lo dices —admito yo sin estar muy convencida—. ¿Adónde me llevas?

—Carles me ha llamado. Quiere que seas testigo de una reunión que se está desarrollando en un restaurante de la calle *Bruch*. Él nos espera en un coche aparcado en un lugar estratégico para no ser visto.

—¿Eres consciente de que si alguien nos está siguiendo, al final terminará por vernos a todos juntos?

—Eso solo pasará si no somos capaces de despistarlo.

—¿Cómo tienes planeado hacerlo?

—Vamos a entrar en el hotel de esa esquina —me dice mientras me abraza y vuelve a besarme. Acto seguido y sin dejarme respirar, me arrastra hacia el interior del hotel y pide una habitación exterior para cuatro horas. Yo me muero de vergüenza.

Mientras subimos en el ascensor, le digo.

—Acabamos de dar la impresión de que somos dos seres hambrientos de sexo que están al borde de la desesperación.

—Esa ha sido precisamente mi intención.

—Entonces, ¿por qué te has preocupado por el beso de antes?

—Yo no me he preocupado. Yo solo trataba de ponerte en tensión.

—Vaya. Debo interpretar que lo del sexo va en serio.

—No en este momento —me dice colocando la llave magnética en la cerradura de la habitación 415.

Entramos y sin perder tiempo enciende las luces, abre la puerta del balcón y sale al exterior simulando mirar hacia todas partes. Entra de nuevo en la habitación, cierra las luces y solo enciende la lámpara de pie. Después sin decir nada, coloca un aparatito con una serie de relojes en el enchufe.

—Eso mantendrá entretenido a nuestro perseguidor. La luz se encenderá y apagará siguiendo un estudiado ritmo lógico. Y mientras el vigilante estará imaginando lo que sucede aquí, nosotros vamos a desaparecer.

—Lo tienes todo estudiado.

—Lo haremos por el *parking*. Bajaremos en ascensor hasta el sótano sin pasar por recepción. Saldremos por la escalera de un edificio de la otra calle que comparte el aparcamiento con el hotel. Me lo conozco bien porque de joven trabajé aquí cuando estudiaba para ganarme algún dinerillo con el que costear mis vicios.

Estamos ya bajando por el ascensor. Al pasar por la planta de recepción nuestra conversación se interrumpe como si tuviéramos miedo a que nuestras voces nos delatasen y pudiéramos ser descubiertos.

Salimos al aparcamiento subterráneo y mi sorpresa es total cuando Marc saca un mando a distancia y las luces de un *Lancia* gris oscuro, empiezan a parpadear.

—¿No me habías dicho que íbamos a salir por las escaleras de un edificio? ¿Este chisme sube escaleras?

—Simple precaución. Colócate esta peluca rubia y estas gafas. Después te pones estas pieles alrededor del cuello.

—Eres un machista incorregible. Siempre estás mandando. Por cierto estas gafas son horrendas.

—Pues son de diseño. Fíjate en la marca —me dice mientras veo que él se coloca un mostacho negro y se encasqueta una amplia boina que bien la hubiera firmado para sí, *Salvador Dalí*.

—Estás monísimo —le digo.

—Yo ya estoy listo, ¿y tú?

—*Let's go* —contesto yo chasqueando dos veces los dedos de mi mano derecha.

El coche arranca. Cuando llega a la salida, Marc coloca la tarjeta del hotel sobre el pequeño visor de luz azul. El lector la reconoce y la barrera se levanta. Mientras todo esto sucede los cristales de las ventanillas se elevan y se cierran por completo.

—Son ahumados —me dice—. No pueden vernos desde el exterior.

—¿De qué sirven entonces, la peluca y las gafas? ¿Son solo simple precaución o es que me confieren un «look» especial?

—Carles no quiere que las dos personas que vas a ver puedan saber ni por asomo que las has visto. Toda precaución es poca.

—¿Esas dos personas, me conocen?

—Va a ser que sí —me responde.

En este preciso momento el coche ralentiza su marcha y Marc efectúa una ráfaga de luces sobre otro coche que está parado. Luego todo sucede en cuatro o cinco segundos. Carles sale del coche que nos precede y sube en el asiento trasero de nuestro coche, por mi lado. El otro coche desaparece y nosotros ocupamos el lugar que ha dejado libre.

—Estaba temiendo que no llegaseis a tiempo. Hace dos minutos que acaban de pedir la cuenta —nos dice Carles mientras me da una palmadita en mi hombro izquierdo.

—¿De quienes se trata? —pregunto yo.

—Prefiero no decírtelo. Ahora solo te queda sufrir durante unos pocos minutos —me contesta mientras se cambia de lado en el asiento trasero, colocándose detrás de Marc—. Desde aquí apreciaré mejor la cara que pones. Las cosas empiezan a tomar sentido, Georgina. En este mundo la paciencia y la constancia son casi siempre garantía de éxito.

—Esperemos, pues —admito resignada a mi suerte.

—Es posible que no salgan los dos juntos. Sin embargo, puedo asegurarte que han comido juntos. El agente Pedro, el que te presentamos la otra tarde en el coche, está también dentro. Supongo que habrá tenido que hacer el sacrificio de zamparse una buena comida a cuenta del erario municipal. Nos lo ha narrado todo —añade señalándose el pinganillo que lleva disimulado en la oreja derecha.

—Paciencia —me dice Marc.

—Acaban de pagar —informa Carles—. Se han levantado juntos de la mesa. Parece que van a salir juntos. No, espera. Ella se ha detenido y se dirige a los servicios de señoras. Él se para y la espera.

La tensión se masca en el interior del coche. Todos estamos en silencio. Transcurren un par de minutos sin noticias de los tortolitos, hasta que Carles vuelve a hablar de repente.

—Va a salir él solo. Ha sido solo una estrategia para disimular. Ahora sale. Cuando veo de quien se trata, exclamo.

—¿Me habéis traído aquí para ver a ese cerdo? ¿No sabéis que lo que estoy tratando de hacer, es precisamente todo lo contrario? Quiero olvidarle, a él y a toda la jauría que forman parte de la misma piara. No me interesan sus ligues. Es solo un maldito cabrón.

Carles se pone el dedo índice en vertical cruzando sus labios. Me indica que guarde silencio y luego con el mismo dedo, me señala la puerta del restaurante.

—Ahora va salir ella —nos dice.

Una figura esbelta aparece en la puerta. Yo me quedo petrificada al reconocerla. Es Mercedes. Es mi amiga del alma. Los cuatro ojos que me acompañan en el coche están clavados en mí. Yo sin embargo, la sigo mirando a ella. Con el ritmo cadencioso y acompasado, Mercedes dirige sus pasos en dirección a la plaza Urquinaona. Yo no abro la boca. Sencillamente no puedo articular palabra.

—Deberías decirnos lo que piensas —oigo que me dice Marc—. No te lo guardes todo para ti.

Mi mente se pone a trabajar a doscientos por hora para responderle con una cierta coherencia, pero lo único que me sale es una pregunta.

—¿Qué hacía ella aquí?

Justo cuando acabo de pronunciar mi pregunta, un fuerte golpe en el coche me sobresalta. Marc se da cuenta de ello y rápidamente me dice.

—No te asustes. Solo ha sido que el agente Pedro se ha unido a nosotros. Ya estamos al completo y con la casi certeza de que nadie nos sigue.

Carles toma la palabra.

—No sabemos lo que tu amiga hacía con Méndez. No han cometido ningún delito comiendo juntos. Lo que queremos es que nos des tu opinión. ¿Qué es lo que piensas? ¿Encuentras normal que hayan comido juntos? ¿Sabías que se conocían lo suficiente para hacerlo? ¿Es normal que hayan entrado separados, hayan comido juntos y que luego hayan vuelto a salir cada uno por su cuenta? Necesitamos saber si hemos encontrado algo que sea lo suficiente sólido como para fundamentar y empezar a relacionar los dos asuntos que te afectan a ti, Georgina.

Aplazo mi respuesta porque un flash ha recorrido mi pensamiento de izquierda a derecha y ello me hace advertir a todos en voz alta.

—Es muy posible que ahora ella venga a verme a casa. Se sorprenderá si no me encuentra. Ayer le dije que no pensaba salir. Le dije que quería estar sola para pensar en todo lo que me había sucedido y en mi nueva situación de desempleada. Le dije que quería reflexionar.

—Arranca el coche Marc. Ves bajando hacia la Plaza de Catalunya. Pero te recuerdo Georgina que aún sigo esperando tu respuesta —dice Carles sin apartar sus ojos de mí.

—Mercedes ha visto en alguna ocasión a Méndez, pero siempre ha sido desde la distancia y porque se lo he indicado yo. No les he presentado nunca. No he tenido ninguna razón para haberlo hecho. Yo hubiera jurado que no se conocían. Mercedes nunca me lo ha dicho. Y en relación al resto de preguntas que me has hecho, no creo tener en este momento una respuesta que no se tiña de sorpresa, de estupor, de rabia y

también por qué no decirlo, de temor. Lo que acabo de ver es lo último que esperaba ver.

—Te dejaremos cerca de casa. Te recomiendo que no te quites la peluca. Pedro, avisa a dos dotaciones que necesitamos una maniobra de despiste en la esquina de Pelayo con La Rambla. Que pongan las sirenas y formen un buen sarao. Necesito agentes corriendo detrás de alguien. Georgina aprovechará el momento para bajar de nuestro coche y dirigirse a su casa. Calculo que llegarás con unos diez minutos de antelación sobre ella. Ya nos contarás —ordena Carles a unos y a otros.

—Perfecto. Hasta luego, Marc —contesto yo.

—Hasta luego. Voy a estar con el móvil pegado a la oreja. Llámame si me necesitas. No hace falta que hables solo déjalo con la comunicación abierta. En dos minutos me tendrás allí. —Gracias— le contesto acompañando una tímida sonrisa. Todo sucede como lo ha planificado Carles. Yo aprovecho el follón y me escabullo entre la gente. Nadie se fija en mí y nadie me ve entrar en mi piso. Me saco la peluca y la escondo. Me desvisto y me coloco ropa informal con una bata por encima. Estoy lista. No sé cómo voy a reaccionar. Odio los embustes y a quienes los practican y acabo de descubrir que nada es patrimonio de nadie. Mi amiga no me ha contado la verdad. ¿Desde cuándo sucede esto? ¿Cuántas veces se habrá reído de lo estúpida que he sido con ella? ¿Qué razones puede tener para confraternizar con ese hijo de puta? ¿Puede existir alguna explicación que pueda satisfacerme? Noto que me estoy encendiendo frase tras frase. Debo intentar calmarme o ella me lo notará desde el principio. Ella siempre lo calibra todo desde el primer momento. Esta vez la que tengo que engañarla soy yo. Debo comportarme lo suficientemente inteligente para lograr cazar al cazador. Ignoro con qué propósito vendrá pero en cambio, estoy segura de que vendrá. El Diario me ha hecho desarrollar el sexto sentido. Gracias a todos mis antepasados he descubierto que soy capaz de comportarme de forma mucho más segura que antes. Ahora sé que puedo anticiparme a los acontecimientos y diría sin pudor que me gusta hacerlo. Me siento llena de recursos que antes no tenía o no sabía que los tenía. El Diario ha sido como un «*master*» acelerado de confianza en mí misma. Y por si a esto le faltase algo, he conocido a mi «*McGiver*» particular. Él con sus ingenios, me ha otorgado el aplomo que me faltaba.

Son las cinco y cuarto de la tarde cuando suena el timbre de la puerta de abajo. Voy al interfono y pregunto quién es como si no lo supiera. La función va a comenzar inmediatamente. Se terminó el entreacto. Parodiando a *Almodóvar* grito en voz alta. ¡Niñas al salón!

Abro la puerta y le doy un par de besos, como si nada.

—¡Qué agradable sorpresa! —le digo llena de falsedad.

—Vengo a proponerte un plan para esta tarde —dice ella con la sonrisa implantada de forma perenne en su rostro.

—Creo que voy a decir que no. Ya te dije ayer que hoy quería meditar. Agradezco tu visita porque ya empezaba a comerme el coco, pero no pienso salir esta tarde.

—¿Ni por un buen chocolate caliente a nuestra granja preferida?

—Me vas a tener que perdonar, Merche. Pero hoy no ha sido unos de mis mejores días —le digo mezclando la simulada ficción con la realidad más sangrante que yo misma acabo de constatar y contemplar hace unos minutos en la calle *Bruch*.

Ella sin embargo, insiste. Ella siempre es así. No acepta nunca un «no» por respuesta. Con mucho disimulo pulso el botón de llamada en el móvil de los contadores. Marc recibirá la llamada y podrá escuchar toda nuestra conversación. Para acabar de camuflar el móvil lo coloco de forma estratégica detrás de una figurilla del mueble aparador. A partir de este momento voy a tener un testigo en la distancia.

—¿Te apetece un cortado? —le pregunto actuando como una buena anfitriona.

—Sí —contesta ella—. Corto de café —añade.

En menos de dos minutos salgo de la cocina con una bandeja y dos tazas humeantes en lo alto. Tomo asiento al lado de Merche y le coloco la taza delante suyo, sobre la mesita del comedor.

—Ves con cuidado y no te quemes —le digo mientras yo doy el primer sorbo con sumo cuidado.

—¿Cómo llevas la muerte de tu madre? ¿Cómo y cuándo la recuerdas más? ¿Qué es lo que más estimas de todo lo que te ha dejado?

Acaba de empezar la caza. Ha sonado el pistoletazo inicial. La veda acaba de abrirse aunque el cazador, o mejor dicho la cazadora, apunta, pero todavía no dispara. Comienza el juego del gato y el ratón.

—Mi madre no tenía nada que dejarme. Tú lo sabes muy bien. Ahora que ya no está conmigo, creo que sus recuerdos son el mejor legado que de ella pude recibir —contesto en un alarde poético con floritura sentimental incluida.

Merche no se conforma y contraataca. Está claro que ha recibido consignas muy claras en la comida con el cerdo de Méndez y ella está dispuesta a seguirlas a rajatabla.

—Ya sabes que tu madre y la mía se conocían desde que nosotras éramos pequeñas. No te ofendas pero la mía me ha explicado que en la muerte de tu padre hubo algo extraño.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso? —contesto yo modulando la voz para que no se note mi enorme enojo por la insinuación que acabo de oír. Noto que me estoy poniendo a mil. Mi corazón late con tal fuerza que creo que Marc lo podrá escuchar a través del móvil. ¿A qué ha venido esta pregunta? ¿Qué significado tiene?

—¡Oh, no, no, nada! Quizás no he conseguido explicarme bien. No me refiero a nada extraño en la causa de su muerte sino más bien en su comportamiento y en el de

tu madre en los meses anteriores a su muerte. En aquellos días se pudieron observar bastantes altibajos en su relación. Es por eso que hay quien piensa que algo externo influyó en ellos.

Esta vez el disparo ha sido certero. Me ha dado justo en la rodilla y me va a impedir que me continúe moviendo libremente. También ha sido un golpe bajo porque no venía a cuento. He de hacer esfuerzos para aparentar que no me ha alcanzado de lleno. Le he de dar a entender que las gotas de sangre que caen hasta el suelo son solo el producto de un rasguño. Tengo que ganar tiempo.

—Has dicho, ¿hay quien piensa? ¿Quién es ese quien? ¿Desde cuándo la gente piensa ahí fuera? No entiendo dónde quieres ir a parar.

—Te noto nerviosa, Georgina. No sé qué es lo que he dicho pero al parecer te he ofendido. Lo siento porque no era mi intención. Hablemos mejor de ti —me dice retirando imaginariamente su dedo del gatillo y reservando su segundo disparo para una ocasión más propicia.

Yo supongo que espera a que la herida que me ha infringido me haga perder la fuerza y la seguridad en mi misma. Será entonces cuando me rematará. Eso me incita a seguir con la defensa numantina de mis intereses y los de mi familia. Mi decisión es seguir echándole agua al vino, a su vino.

—No logro entender a que has venido —le digo—. Francamente, lo que menos necesitaba hoy, era que alguien viniera a remover en mis fangos familiares. La memoria de mi madre me exige que te pida que no sigas por ese camino. Y si mi amistad todavía te importa algo, te ruego que seas clara conmigo. ¿Qué es lo que pretendes? ¿A qué y de parte de quién has venido hoy aquí?

Creo que me he pasado. Si bien no he descubierto todas mis cartas, acabo sin embargo, de dejar bien patente que tenía el «as» de bastos guardado en la manga. El garrotazo que le he propinado así lo demuestra. Mercedes acusa el golpe y se siente insegura por primera vez a lo largo de todo nuestro encuentro. Ella empieza a lanzar dardos sin ton ni son aunque sigue sin abandonar su objetivo.

—Has cambiado mucho Georgina. No eres la chica que yo conocía. Hay algo o alguien que está influyendo en ti. Aunque también es muy posible que sean ambas cosas a la vez. Viéndote así, no me extraña nada que te hayan despedido. Estás francamente insoportable. Estoy segura de que escondes algo. Así que vas a ser tú solita la que corra con las consecuencias de tus decisiones. No me va a extrañar nada que termines acabando mal. Si quieres mi ayuda vas a tener que rebajarte en pedírmela. Sin embargo, dudo mucho de que lo hagas porque eres tan orgullosa, prepotente y fantasiosa como lo era tu padre.

Ahora la que se ha pasado siete pueblos, ha sido ella. No se lo voy a tolerar aunque Mercedes parece que ha tomado la decisión de marcharse porque se ha levantado como un ciclón. De todas formas yo no me voy a quedar sin echarla de mi

casa después de lo que me ha dicho.

—Yo no sé si he cambiado, pero de lo que sí que estoy segura es de que tú hoy te has mostrado distinta. Si la Mercedes que yo conocía ha desaparecido para siempre y ya no va volver más, estoy triste porque he perdido una buena amiga. Te juro que la añoraré mucho. Pero a ti no quiero volver a verte nunca más. Haz el favor de salir de mi casa porque también fue la de mis padres y su memoria aquí es sagrada.

Me sorprende que haya aguantado de pie y sin moverse después del chaparrón que le he echado encima. Sin embargo, en cuanto termino la última frase, coge el abrigo y sin mediar ninguna palabra más, abre la puerta y desaparece dando un considerable portazo.

Yo me quedo entre dos aguas. Satisfecha por haber plantado cara y triste, enormemente triste, porque tengo la sensación de que acabo de perder a mi mejor amiga para siempre.

No entiendo su comportamiento. Algo tiene que haberle sucedido. No es normal que se haya comportado así porque incluso ha llegado a amenazarme. Me levanto y me acuerdo que Marc debe estar todavía al teléfono. Corro en su busca y a medida que me voy acercando, voy oyendo una voz que se desgañita gritando mi nombre.

—Perdona, me había olvidado de ti.

—¿Estás bien? Te he notado muy alterada. ¿Se ha marchado ya?

—Sí, ya se ha marchado. ¿No has oído el portazo?

—He percibido un golpe pero no sabía de qué podía tratarse. He temido que fuera algo peor.

—Estoy bien. Estoy bien jodida pero estoy bien. ¿Por qué me tiene que suceder esto a mí?

—No salgas de casa y no abras a nadie. Yo llegaré sobre las nueve. Te llamaré por este móvil cuando llegue a la esquina de tu calle con La Rambla. Ahora tranquilízate y no pienses en nada. No quieras ni te esfuerces en encontrar una explicación para todo lo que ha pasado. Por la noche hablaremos. Tengo cosas que contarte y también tengo mucha hambre. Ocúpate y céntrate en la cena y en nada más. Hasta luego.

Cuelgo el teléfono móvil y me siento en el sofá. En la mesita que tengo enfrente están todavía las dos tazas y eso me hace recordar de nuevo todo lo que ha sucedido. Solo faltan tres horas para que llegue Marc y hoy noto que le necesito más que nunca.

Capítulo 22

SÁBADO, 26 de febrero de 2005. 20 horas 58 minutos.

Sé que está al llegar. Le he hecho caso y me he concentrado en la cena pero mi mente vuela libre y varias veces se ha separado de lo que hacían mis manos. Hasta ahora siempre me he negado a admitir que el Diario tuviera algo que ver en todo este follón. He considerado al Diario como algo íntimo, casi como algo que rozaba lo sagrado. Algo que solo me ha pertenecido por razón de sangre. Algo que no podía ni debía ser importante para nadie más que no fuera yo. Sin embargo, ahora estoy ya segura de que esto no es exactamente así. Si bien es cierto que para mí continúa teniendo un carácter estrictamente personal, no es menos cierto que su existencia debe ser conocida por algún alguien que cree que el Diario debe contener alguna información de la que poder aprovecharse.

Trataré de sonsacarle a Marc toda la información que pueda. He de saber con certeza si el oscuro objeto del deseo que todos persiguen, es el Diario de mis antepasados.

Suena el móvil. Va ser tan puntual como siempre. No sé cómo se lo hace. Parece tener el tiempo medido a la «cienmilésima». No me lo creo. Tiene que haber truco. No se puede ser tan rigurosamente puntual. Debe llegar siempre antes de la hora convenida y esperar escondido a que lo sea. Creo que acabo de descubrirle. La próxima vez lo comprobaré.

Contesto al móvil y suelto una carcajada. Acaba de decirme que viene disfrazado de señora mayor. Definitivamente está loco y sin remedio.

Unos suaves golpecitos en la puerta me indican que ya ha llegado. Abro y tengo que taparme la boca para contener la risa. Cierro la puerta y comienzo a rezar para que nadie haya instalado una cámara en mi recibidor porque la imagen que grabaría en estos momentos, sería poco menos que grotesca. La señora mayor que acaba de entrar en mi piso me levanta en brazos y me besa con pasión. Definitivamente resultaría muy difícil de explicar.

Cuando nos soltamos, le digo.

—¿De qué sabor es el pintalabios? —De melocotón— contesta mientras se saca la peluca y se dirige al cuarto de baño. —Voy a quitarme todo esto.

—¿Quieres ducharte? A la cena le quedan quince minutos.

—Acepto. Es una buena idea. —Pues espera que te traigo toallas limpias— contesto yo.

Mientras Marc se ducha, yo acabo de preparar la mesa. He puesto velas rojas y las copas que mi madre no tocaba nunca para que no se rompieran. Coloco una de las botellas de vino que él ha traído. El vino me parece excelente y va a combinar a la perfección con la cena que yo he preparado.

Ya sale. Amortiguo un poco la intensidad de la luz y le espero sentada. Yo también tengo hambre. La discusión de esta tarde me ha abierto el apetito.

Él entra en el comedor. Está radiante El pelo mojado le sienta muy bien. Le confiere un aire a lo *Rodolfo Valentino*. Tengo ganas de saltar sobre él pero me retengo. Primero cenar, después hablar y luego...

—Lo necesitaba —me dice después de besarme de nuevo y antes de tomar asiento.

—¿Te refieres a los besos o a la ducha?

—*Touché* —contesta él apuntándose con el dedo al corazón.

Yo opto por no profundizar más en el dilema, no sea caso que acabe confesando su predilección por la limpieza antes que por mí. La cena transcurre sin hacernos preguntas sobre lo sucedido. Parece que ambos nos hayamos puesto de acuerdo de forma implícita para ello. Nuestros contactos se limitan a roces, caricias y comentarios banales sobre las excelencias de los calamares rellenos de «brandada» de bacalao que he preparado en un lecho de verduras y bañados en una salsa verde. Tengo la impresión de que he acertado en la elección de la cena. Por lo menos ya podré recordar algo bueno de hoy.

Esta vez tomamos café en la mesa. Una pequeña dosis de whisky de malta pone el punto final a la cena. Nos sentamos en el sofá. Yo soy la que comienzo a hablar de lo esta tarde.

—Tengo una inquietud que me ronda en la cabeza sin que hasta este momento, haya logrado despejarla por completo.

—Veamos si soy capaz de solucionar esta inquietud.

—Mira Marc, no acabo de entender ese despliegue policial sobre mi persona. Ni siquiera el hecho de que Carles sea tu hermano lo explica. La policía no se dedica a la protección familiar y en mi caso debo añadir que ni eso soy yo. Te aseguro que esto me tiene desconcertada.

—Si quieres que sea franco contigo, a mí también me ha sorprendido. Carles es un profesional integro y normalmente es muy poco propenso a emplear recursos en asuntos sin importancia. No obstante, en este caso se mostró muy interesado desde el principio. No me preguntes por el motivo de ese interés porque yo tampoco lo conozco. Carles, como todo buen policía, solo escucha y pregunta. Nunca descubre sus cartas.

—Bueno, supongo que no nos queda otro remedio que esperar.

—Creo que así va a tener que ser. Sin embargo, también hemos de reconocer que a nosotros, esta situación nos ha beneficiado mucho más que perjudicado.

—Otro tema, ¿has podido escuchar la discusión con Merche?

—Sí, y no solo yo. Cuando me has llamado me disponía a devolver las llaves del coche a Carles. En aquel momento, los dos hemos cambiado nuestras intenciones y

ambos hemos vuelto a entrar en el coche. Mi hermano también ha sido testigo auditivo de lo sucedido.

—¿Cuál ha sido su opinión?

—Cero patatero. No ha soltado prenda.

—¿Y qué has hecho hasta la hora en la que has llegado aquí?

—He ido al hotel y he recogido el aparatito. Después he ido a visitar a mi madre y también a la Universidad. Todo son buenas noticias. La reunión del claustro no ha aceptado la demanda de suspensión y el lunes me reintegro a las clases. Por otro lado, mi madre está bien. Cada día más sorda, pero bien.

—Tengo muchas ganas de conocerla.

—Ella también a ti.

—¿Le has contado lo nuestro?

—No, pero ella te lleva esperando muchos años. Siempre me dijo que esto me iba a suceder. Cuando se entere y te conozca, no habrá quien la aguante ni quien la pueda hacer callar. En muchas ocasiones ha defendido la teoría de que mi privilegiada inteligencia no me había dejado madurar de joven. No me tomes por un pretencioso, solo son palabras de una madre. Ya sabes como son todas las madres de este mundo.

Es la primera vez que hablamos de madres. El recuerdo de la mía me ensancha el corazón. Ella también hablaba siempre muy bien de mí. Seguro que hubiera congeniado a la perfección con la de Marc.

—Me alegro por lo de tu trabajo —le digo con sinceridad y con alivio porque de esta forma él va a estar más ocupado y yo más libre y con menos presión.

—Al parecer hubo alguien que influyó en uno de mis alumnos, pero después, el chaval no tuvo ni fuerza ni argumentos para mantenerlos y exponerlos ante la Comisión de Investigación y Arbitraje del Claustro de Profesores.

—Y quién crees que puede haber sido el instigador.

—No lo sé y tampoco me preocupa. Conocía que esto podía suceder algún día. No es un hecho anormal en la Universidad. Pero ya todo está solucionado. Asunto olvidado.

—Opino que olvidas muy fácil. Yo no soy así.

—Hablando de olvidos. No puedo olvidarme de una petición que me ha hecho Carles. Quiere que le invites a tomar café mañana. Mejor dicho que nos invites porque yo también tengo que estar en la reunión. Me ha dicho que viene a explicarnos muchas cosas. Me ha dicho que todo lo sucedido esta tarde le ha hecho cambiar de estrategia y quiere hacernos partícipes de la nueva forma de actuar en todo esto.

—¿No me habías dicho que nunca explica nada?

—No me importa que venga y que te pueda conocer más. Por el contrario esto me satisface enormemente. Sin embargo, desconfío de que nos cuente algo de verdad.

Vendrá a darnos instrucciones. Ya verás.

—Sea para lo que sea, ya le puedes decir que está invitado.

—Ok. Mañana le telefonaré. Mientras tanto ven y acércate un poco más. Estás muy lejos y yo quiero hablar contigo, mientras te abrazo.

De pequeñita me enseñaron que a la mesa y a la cama hay que acudir al primer aviso y no esperar al segundo. Aunque esto no es ni lo uno ni lo otro, yo lo interpreto en el mismo sentido y me acerco a él. Marc me pasa su brazo derecho por encima de mis hombros y acunándome con suavidad, me hace resbalar hasta que mi espalda descansa sobre su pecho.

—Hemos de hablar de nosotros. Me importa un bledo todo lo que está pasando y también me preocupa muy poco el hecho de conocer si escondes o no escondes algo. Lo cierto es que todo esto nos ha dado la oportunidad de conocernos mucho mejor y doy gracias al cielo por ello.

Mientras él hablaba, yo he ido resbalando más y más. Ahora ya no es su brazo derecho el que está detrás de mi nuca, sino que es su brazo izquierdo. La postura me ha hecho colocar ambas piernas sobre el sofá y ahora estoy tendida por completo, con mi espalda sobre su regazo. Le miro de abajo a arriba. Cierro los ojos y asiento. Yo también quiero hablar de lo nuestro.

—¿Por qué crees que nos ha sucedido esto? —le digo, abriendo de nuevo los ojos.

—Podrían ser varias las razones.

—Dime una, tan solo una.

—La primera es la soledad. Creo que tanto tú como yo, hemos sido dos seres solitarios aunque nunca hayamos tenido la sensación de encontrarnos solos. Hemos vivido de forma independiente y eso nos ha enmascarado nuestra soledad.

—Dime otra razón. Puede que la soledad sea una de ellas. Pero no me gusta lo que has dicho porque creo que es verdad, y eso, me duele.

—El destino.

—Ésa me gusta mucho más. Háblame de lo que el destino nos tiene reservado a los dos.

—Eso es muy fácil de contestar. Lo que el destino nos tiene reservado a nosotros, es amor y respeto. Yo no sabría que más pedir.

—Salud y dinero —contesto yo en un arranque que desvela y transpira a través de mi situación actual de desempleada.

—Discrepo —me dice acariciándome la frente, las sienes, los pómulos y los labios—. Yo lo cambiaría todo por tener la oportunidad de conocer un amor pleno y sincero durante un segundo de mi vida. El amor nos engrandece cuando amamos y su influjo nos hace ver que no existe la soledad cuando somos amados.

—Todo eso es muy bonito, ¿pero tú crees de verdad que existe?

Marc no contesta a mi pregunta. Sus dedos van recorriendo mi rostro, mi cuello y mis hombros. Con la misma delicadeza noto que luego van contorneando el perfil de mis pechos. Mis pezones se erizan y empiezo a notar que su virilidad también toma forma debajo de mi espalda.

—Quiero hacerte el amor —me dice en un susurro.

—Yo también lo deseo —le contesto yo mientras me levanto y le cojo de la mano para guiarle hasta mi antigua habitación. La elección es clara porque allí no hay ventanas que cerrar ni persianas que bajar.

Son casi las cuatro de la madrugada. Marc duerme a mi lado. Yo todavía no he podido conciliar el sueño y no tengo ningún interés en hacerlo. Mi sueño es poder estar despierta. Mi sueño es tener a un hombre maravilloso a mi lado. Mi sueño es que esto no acabe nunca. Me pellizco y compruebo que lo que estoy viviendo es real. Levanto con suavidad la sábana que nos cubre y compruebo su desnudez y la mía. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. ¡Esto sí que es un sueño! Cierro de nuevo los ojos y pienso en lo mucho que me queda todavía por soñar, en esta vida que acaba de comenzar esta noche.

DOMINGO, 27 de febrero de 2005. 09 horas 50 minutos.

Huelo a café. Abro los ojos y miro la hora. Son las diez menos diez. Oigo ruidos de platos en la cocina. Me levanto y me coloco una bata. Cuando paso por el comedor veo que la mesa está preparada. Al llegar a la cocina le veo fregando los platos de ayer.

—Oh, deja eso —le digo en uno de esos arranques que nos pierde a las mujeres.

—Estaba ganando tiempo, esperando a que te despertases. Ya casi he terminado. Me falta solo la fuente. Mientras tanto tú podrías servir el café. Está recién hecho.

—Su olor me ha despertado —le digo con una sonrisa—. Dame dos minutos que necesito ir al baño.

—Los que necesites. Te espero en la mesa.

—Cuando regreso, veo los «*croissants*». —Te he cogido las llaves prestadas para poder ir a comprarlos. Las he vuelto a dejar colgadas donde tú las dejas. Me hubiera gustado que hubieses visto la cara del señor que vive en la otra puerta de este rellano cuando me ha visto entrar en tu piso. No me extrañaría nada que hubiese llamado a la policía.

—El señor Marcelí es una persona encantadora. No habrá llamado a nadie. Es viudo desde el Enero del 2000. Su esposa murió de cáncer. Él vive solo desde entonces. Mi madre le tenía en gran estima. Es el clásico vecino que ya no lo consideras como tal porque le ves como a alguien de tu propia familia. Estoy seguro de que se habrá alegrado al verte. Habrá dejado volar su imaginación y estará feliz.

No te miento si te digo que me quiere mucho.

—He intentado que no me viera nadie pero me he dado cuenta de que esto va a ser imposible. Desde hoy paso de todo y de todos, si a ti te parece bien.

—Por mi perfecto. ¿Comes aquí conmigo?

—No, Georgina. Deberás disculparme pero es que Carles y yo comemos en casa de mi madre. Aprovecharé para contarle lo nuestro. Seguro que va a reservar el próximo domingo para conocerte. Ella es de la opinión de que las cosas importantes tienen que acontecer en domingo. Debo confesarte que es un poco beata.

—Una persona que hizo lo que tú me has contado que hizo y en la época en que lo hizo, no tiene nada de beata. Otra cosa muy distinta es que tenga fe. No debes hablar así de ella.

—Era solo una forma de hablar —me dice—. ¿Cómo es que las mujeres os defendéis siempre con un carácter tan gremial?

—Nos lo enseñan en la escuela, en las horas en que no hay ningún niño que pueda entorpecernos.

—Pues es una lección que todas os aprendéis a las mil maravillas.

—Cuestión de interés defensivo. No atacamos a nadie ni vamos en contra de nadie al hacerlo —contesto yo.

—Dejémoslo ahí. Carles y yo vendremos sobre las cinco de la tarde. Te llamaré como ayer. Por cierto, ¿te he dicho ya que eres la mujer más maravillosa del mundo?

—No, no me lo habías dicho todavía y te confieso que estaba notando a faltar que me lo dijeras.

—Pues lo eres y no me voy a cansar de repetírtelo.

—Tomo nota y el día que no me lo digas, te lo recordaré.

Marc sonrío y me coge la mano. Su contacto hace que vuelva a sentir las sensaciones de ayer por la noche.

—Había olvidado lo posesivas que sois las mujeres —me dice.

—Te equivocas. No es posesión sino todo lo contrario. Es nuestra propia entrega lo que hace que nos comportemos así.

—Voy a marcharme Georgina. Quiero pasar por mi piso antes de ir a casa de mi madre. Con tu permiso voy a coger algunas cosas para trasladarlas aquí, si no te importa.

—¿Dormirás esta noche aquí?

—No podría hacerlo en otro sitio. Hoy cuando me he despertado, he visto que había dormido con el cielo a mi lado.

—Vete ya. Tus palabras son tan peligrosas como tus artilugios —le digo levantándome y despidiéndole como se merece.

Oigo como se cierra la puerta y me quedo sola. Me quedo sola pero noto que ahora lo hago con la vida completamente llena. ¡Cómo me ha cambiado ésta en

apenas veinte días! Casi no me reconozco ni yo misma. He perdido a mi madre y he ganado a Marc. También he perdido el puesto de trabajo y el apoyo de mi mejor amiga. Sin embargo por otro lado, me he encontrado con mis antepasados en el Diario, con la sorpresa incluida de un hermano gemelo. He perdido muchas de las limitaciones que me encorsetaban y he ganado en confianza y en tenacidad. Mis decisiones son muy distintas a las que hubiera podido tomar hace tan solo un mes. Es como si hubiera vuelto a nacer o como si a mí también me hubieran concedido una segunda oportunidad, tal como le sucedió a mi tatarabuelo Jacinto.

Mientras me ducho mi mente va de aquí para allá, pero siempre dándole vueltas a los mismos y contradictorios temas. Recordando por un lado el dolor y por otro, el amor. Repasando el desencanto pero encontrando también la fuerza necesaria para afrontar todos los retos que tengo enfrente. En fin, la conocida ley del péndulo es la que mejor define todo lo que me está pasando.

El hecho de que Marc no venga a comer me facilita poder hacer dieta. Me visto con un vistoso chándal y voy en busca del Diario. Si Marc se queda esta noche no voy a poder leerlo.

Mientras lo rescato de su escondite, mi pensamiento se centra en mi padre. Tuvo muy poca suerte en la vida y lo mejor que le sucedió no supo apreciarlo ni aprovecharlo. Fue un hombre solitario que vivió solo desde su infancia. ¡Pobre Papá!

El sol entra radiante. No necesito encender la luz para leer. Me paso la mano derecha por el pelo. Me gusta el tacto húmedo de mis cabellos. Me siento limpia y relajada. Estoy en la mejor disposición para comenzar la lectura.

06 de Octubre de 1966.

Estoy nervioso. El niño no deja de llorar. La niña parece que es más tranquila puesto que no llora casi nunca. Todo esto de la clave de acceso no tiene ningún sentido. Los números son solo números. He sumado todas las fechas y nada tiene que ver con el número tres. Encarna me ha preguntado pero no le he explicado nada. No quiero que se entrometa en este asunto. No es cosa suya. Ya saldré yo solo de todo esto. No puede ser tan difícil.

03 de Noviembre de 1966.

He colocado los números al revés. Y tampoco he obtenido ningún resultado. He seleccionado los años que son múltiplo de tres y tampoco. ¿Por qué el número tres? ¿Qué significado tiene este condenado número? No quiero caer en el desencanto y en la desesperación pero esto me empieza a crear un estado de desazón que afecta a mi persona. Llevo más de un mes intentando encontrar formas y fórmulas que me permitan descubrir la clave. No puedo permitirme fallar. Sobre todo no puedo

fallarme a mí mismo, ahora que tengo en mis manos la oportunidad que puede solucionar mi vida de forma definitiva.

24 de Diciembre de 1966.

Mañana será Navidad. No será la Navidad que yo esperaba porque todavía no he logrado descifrar la clave. Empiezo a convencerme de que todo es una burda mentira. Creo que todo es un montaje para esconder lo que realmente pasó. Mi padre lo perdió todo y escondió la verdad. Eso fue lo que sucedió con toda probabilidad. La incapacidad es difícil de ser reconocida en uno mismo. Voy a dejar pasar estas fiestas y después ya veré lo que decido hacer con este supuesto Diario de Eventos que no es más que una sarta de mentiras hilvanadas una detrás de otra.

Veo que la delirante y excitante obsesión inicial, se ha tornado en un escepticismo más que descorazonador. Recuerdo una serie de frases que mi madre siempre utilizaba cuando se refería a mi padre; «Tu padre pasaba del blanco al negro en un instante. Para él no existían las tonalidades grises. Era siempre o todo o nada».

La verdad es que en el Diario, he podido constatar la validez de las palabras de mi madre. Aún y así, me huelo que lo peor está todavía por llegar. Respiro hondo y continúo leyendo las peripecias y desventuras detectivescas de mi padre.

22 de Enero de 1967.

He vuelto a releer el Diario por completo. La segunda lectura ha confirmado todos mis temores. Todo es una pura falacia. Está claro que la pujante industria textil de la que hablaba mi bisabuelo, se fue al traste cuando la dirigió mi padre. Fue entonces cuando el pobre inventó esa extraña y rocambolesca historia de la cuenta numerada. Por desgracia, yo me deje llevar por la ilusión inicial y perdí el norte. Me obsesioné por descubrir algo que ahora sé que sencillamente no existía. Esto se ha convertido en un juego de mal gusto que además empieza a crearme problemas. Hoy he llegado tarde al trabajo por primera vez en mi vida. Eso me va a costar perder mi premio de puntualidad aparte de la hora que me he retrasado. En total van a ser unas buenas pesetillas que dejaré de ganar y la verdad es que no nos sobra nada. Quiero cambiar de casa para poder abandonar este cuchitril en el que vivimos. Quiero alquilar un piso en condiciones. Es mi gran ilusión. Sin embargo, mi mayor error ha sido depositar todas mis esperanzas en este Diario. Voy a tener que seguir trabajando para que mis sueños se conviertan en realidad. Mi hijo se lo merece. Lo voy a hacer todo por él. Yo no le abandonaré como hicieron conmigo. Quiero esforzarme para dejarle algo más que un puñado de páginas llenas de mentiras escritas.

Creo que voy a quemar este Diario. No quiero que Jorge lea nada de todo esto.

No sería bueno para él. No puede ser bueno de ningún modo. No deseo que se entere de la clase de mentiroso que tuvo por abuelo.

Me doy un mes de plazo para decidir lo que hago con este maldito Diario de Eventos Familiares.

Un autentico mazazo cae sobre mí. No me ha nombrado ni una sola vez. Parece que yo no existiera para él. Solo habla de mi hermano y lo tergiversa todo. El juicio que ha sacado como conclusión general del Diario, es inaudito y también sorprendente. Le adivino un grado muy acusado de amargura. Es verdad que no recuerdo muchas caricias de su parte pero algunas sí que tuve. Él no era un hombre que destacara por su efusividad con los demás. Supongo que su infancia y su adolescencia le condicionaron. Creo que no llegó nunca a ser feliz y eso sí que me duele. Nadie se merece vivir así. Lo siento por él y también lo siento por mi madre porque ella tampoco obtuvo lo que ella se merecía.

Observo que se acercan los dos pliegos siguientes de papeles intercalados en el Diario. Eso significa que mi padre no debió escribir mucho más. Apenas quedan un par de páginas hasta llegar al segundo grupo de papeles anexados. La escasa cantidad de páginas que faltan me hace reparar en el hecho de que los dos grupos de papeles son más gruesos de lo que me habían parecido hasta ahora.

Pasan diecisiete minutos del mediodía. El día es lo suficiente sereno y claro como para que se note una sensación cálida cuando me acerco al balcón. Pienso en mi cuenta corriente. Ayer se engrosó con la transferencia de la mensualidad más la liquidación. Solo tengo autonomía para unos cuatro o cinco meses. Pasado mañana empieza Marzo o sea que tengo que encontrar trabajo antes de que termine Julio. En caso contrario, las vacaciones que voy a tener en Agosto, van a ser completas del todo.

Me doy cuenta de que se me ha contagiado el pesimismo derrotista de mi padre. Además, mi puesto de trabajo no está todavía perdido y si así fuera, me quedaría por cobrar la indemnización. Cálculo que con todo junto, iba a permitir tomarme un periodo sabático hasta fin de año. ¡Pero menudo periodo sabático! ¡Sin poder viajar y sin poder regalarse ningún extra! Más que un periodo de tregua y de descanso, iba a convertirse en un periodo de ayuno, penitencia, abstinencia y castigo por flagelación.

Aparto todos esos malos presagios y vuelvo al Diario. En esta ocasión me siento en una silla frente a la mesa del comedor. La proximidad de las hojas anexas que se acercan hace que esté mucho más cómoda con el lomo del Diario descansando en la mesa. Además, también me siento más segura de que las hojas sueltas no se vayan a caer. Tengo que evitar perder el orden que tanto me recomendó mi madre.

Abro el Diario y leo.

16 de Febrero de 1967.

Esto es una mierda. He agotado la imaginación y la paciencia. He vuelto a mirar del derecho y del revés. He hecho lo humanamente imaginable y lo del número tres, no sale por ningún lado. Las fechas no suman ni coinciden. Los años no tienen relación. Los espacios en los que nadie ha escrito en el Diario tampoco cuadran ni conducen a ningún sitio. El número de páginas del Diario son cincuenta y nueve, y yo estoy ahora escribiendo en la página número sesenta.

Reconozco que este Diario me infundió ilusión y esperanza, pero al final todo se ha girado del revés. Lo único que he sacado de él ha sido nerviosismo, desencanto y perjuicios. Por no hablar también de mis desgracias que han vuelto a aparecer desde que llegó a mis manos.

No sé ni por qué estoy escribiendo en él ya que mañana me lo llevaré al trabajo y lo quemaré en el horno de la panadería. Nadie va a leer lo que he escrito, pero por lo menos, este desafortunado Diario va a contener por unas horas mi decisión escrita en su seno.

Quiero que ello le haga daño y que sepa que su fin está cercano.

Mis palabras se quemarán junto a las de mis antepasados. Es la máxima contribución que yo le puedo hacer. No quiero que mi hijo Jorge, se vea involucrado y atrapado en la espiral de sus mentiras. Esas falsedades son como garras que te aprietan la garganta hasta cortarte la respiración. A mí me han hecho mucho daño. Quiero evitar que esto vuelva a suceder con Jorge. No sería justo que mi hijo conociera que en sus orígenes vienen de una adúltera, de una enferma y de una traidora.

Mi decisión es firme. Creo que hago lo que debo hacer.

Jaime Pineda.

Me levanto de la mesa. Es evidente que mi padre no llegó a cumplir con sus intenciones. El Diario no se quemó porque si lo hubiera hecho, ahora no se encontraría en mis manos. Giro página y compruebo que está en blanco. El primero de los dos grupos de papeles aparece ante mi vista. Voy a colocar el punto de lectura para cerrarlo, pero me doy cuenta de que eso no es necesario porque el grupo de papeles anexados, ya realiza perfectamente esta función.

Cierro el Diario y lo sostengo entre mis manos. Creo que es lo mínimo que puedo hacer en homenaje a mi padre. No quiero juzgarle. No quiero ni pretendo hacerlo. No importa que él no me quisiera como yo hubiera deseado que lo hiciera. No voy a negar que me hubiera gustado leer que yo era la niña de sus ojos, pero no ha sido así porque ese lugar estaba reservado para mi hermano.

Si la vida con toda seguridad, fue injusta con mi padre, es indudable que mucho más lo fue con mi hermano. ¿Cómo sería su vida ahora? ¿Cómo sería la mía, si en

estos momentos le tuviera a mi lado? ¿Cuántas travesuras conjuntas se abortaron cuando él murió? ¿Cuántas complicidades hubiéramos podido tener de adolescentes, que su muerte dejó en el tintero de las palabras no escritas? ¿Dónde está el apoyo mutuo que ahora nos podríamos estar dando el uno al otro?

Un pensamiento que se transforma en dos preguntas, me fluye sin cesar. ¿Qué hubiera sido de mi padre si hubiera tenido a su hijo a su lado? ¿Habría sido todo diferente para nosotros cuatro? Miro al reloj y veo la hora de forma difuminada. No se ve claro cuando una tiene los ojos bañados en lágrimas. Trago saliva y cojo un pañuelo para secármelas. Faltan veinte minutos para las dos del mediodía.

Se acabó el Diario. Ahora me toca esperar a conocer las confesiones de mi querida madre.

Capítulo 23

DOMINGO, 27 de febrero de 2005. 16 horas 41 minutos.

Estoy nerviosa. No sé exactamente por qué lo estoy, pero estoy nerviosa. Falta poco más de un cuarto de hora para que lleguen. Mi mente no ha parado desde que cerré el Diario. Las palabras que más golpean en mi mente, son aquellas con las que mi padre se dirige a las mujeres de la familia. Adúltera, enferma y traidora. ¿Qué hubiera escrito de mí y de mi madre si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo? ¿Cómo nos hubiera definido y catalogado a nosotras dos?

Llego a la conclusión de que es mejor no saberlo. Ni siquiera voy a tratar de adivinarlo. Suena el móvil. Marc continúa con la costumbre de llamar por teléfono cuando gira por la esquina de mi calle. Estarán aquí en un par de minutos. Me ha confirmado que viene en compañía de Carles. Corro al cuarto de baño y me doy un repaso rápido en el pelo. Deben de estar al llegar. En este momento me impongo el reto de hacer que me explique por qué la policía está detrás del asunto *Solitex*.

Suena el timbre de la puerta. La abro y me sorprendo al verlos vestidos a los dos con ropa deportiva. Van de conjunto como si fueran niños que van a la misma escuela. Incluso me parece que están sudando.

—¿No me diréis que habéis venido corriendo?

—Sí, eso es exactamente lo que hemos hecho.

—¿Desde dónde?

—Desde la casa de nuestra madre —responde Carles.

—¿Acostumbráis a hacer «*footing*» después de comer? ¿No es eso malo para la digestión?

—Cuéntale la verdad —dice Marc.

—Está bien —conviene Carles—. Hemos aparcado el coche en la calle Trafalgar. Hemos venido simulando hacer ejercicio desde allí. Hoy no debemos contarnos mentiras. La conversación de esta tarde tiene que servir para aclarar varios puntos. Aunque ya conocemos a algunos de los artistas y también algunos de los pasajes o capítulos de la obra, tengo que reconocer que todavía desconozco el origen de la trama y muchos de los porqués que la hacen posible.

—¿Te estás refiriendo a lo de *Solitex*, verdad? —pregunto yo.

—No, Georgina. El asunto *Solitex* es solo una actividad delictiva de unos aficionados que corre paralela al asunto que verdaderamente nos importa. La pregunta clave es si esa maniobra burda de despiste es para intentar que apartemos nuestros esfuerzos del objetivo principal, o por el contrario, es un asunto que no tiene nada que ver con lo tuyo.

—Entonces, ¿tú opinas que el asunto principal no es lo de *Solitex*?

—Lo afirmo con total rotundidad —me contesta sin dudar—. Estoy convencido

de que lo único que tienen en común el asunto *Solitex* y el asunto... —se para durante un instante y luego me dice mirándome a los ojos—. Voy a revelarte el nombre clave con el que hemos bautizado al asunto que te atañe directamente. Su nombre es «*Luna negra*».

—¿A qué viene ese nombre?

—Lo mismo da ese nombre que otro. Lo escogimos porque lo propuso Marc. Que sea él quien te lo explique.

Miro a Marc pero éste me hace una señal con la mano indicándome que ya me lo contará luego. Yo sigo con mis preguntas.

—¿Qué ibas a decirme que tenían ambos asuntos en común?

—Te decía que según mi parecer, lo único común es que algunos de los artistas participan en ambas obras. Las dos obras en si, no tienen ninguna relación.

—Pero yo aparezco en las dos. —Es verdad. Lo quieras o no, tú eres la artista invitada en ambas obras.

—¿Y eso tampoco tiene relación? —La tiene en tu persona. Quizás pretendan que un asunto te influya en el otro, con una clara intención de desgaste. Pero no creo que tú seas el objetivo principal en ambos asuntos. Georgina convéncete, tú solo formas parte del objetivo principal en el caso «*Luna negra*».

—Explícame por qué estabais siguiendo a Méndez por un lado y a mi amiga Mercedes por otro.

—Te lo explicaré hasta donde pueda. Comprenderás que no pueda ser del todo explícito en ciertos aspectos. Sin embargo, a nivel general la historia es la siguiente —empieza explicando Carles.

Yo me acerco a Marc y él me pasa el brazo por los hombros. Me coloco en disposición de escuchar atentamente a Carles. Quiero asimilar todo lo que vaya a contarme. Necesito despejar muchas incógnitas que tengo ahora mismo.

—En Noviembre del año pasado recibimos la petición de un juez de nuestro país para realizar una investigación. La petición se hacía como resultado directo del convenio de colaboración suscrito por los países de la Comunidad Económica Europea. Un juez alemán la había cursado.

—Esto se pone interesante —digo yo mientras noto que la mano de Marc me aprieta suave e intermitentemente el hombro derecho, en una clara indicación para que yo me calle.

—La petición alemana se centraba en unas presuntas irregularidades administrativas de su filial española. Se había hecho la denuncia ante la imposibilidad que tenía la propia Empresa de depurar responsabilidades por si sola. Estos asuntos suelen ser muy complicados y extraordinariamente difíciles de resolver. Lo normal es que se tarde mucho tiempo en ello. Sin embargo en este caso, la investigación sacó rápidamente a flote a algunos personajes que tenían un dilatado historial delictivo. El

caso más notable de entre todos ellos, es el de tu buen amigo Méndez.

—Lo de amigo, no lo digas ni en broma —le digo mientras vuelvo a notar la presión de la mano de Marc.

—Lo cierto es que también te investigamos a ti. Aunque tengo que reconocer que te descartamos desde el principio. No eras ni el tipo ni la clase de persona que encajaba en esto. Además, no se te conocían relaciones con ninguna persona del presunto entorno delictivo. Te dejamos a un lado hasta que la casualidad quiso que tú metieras a Marc en todo esto y que yo me cruzara ese día con él, en la escalera de su piso. No puedo decirte mucho más.

—Contestame a otra de mis inquietudes —le digo yo levantando la mano como una colegiala—. ¿Qué tiene que ver Mercedes en todo esto?

—Esa mujer forma parte del entorno de Méndez. Es indudable que sigue sus órdenes. Esta semana ha intentado dos veces entrar aquí.

—¿En mi piso? ¿Estás diciendo que intentó entrar en mi piso aprovechando que yo no estaba?

—Sí —me responde Carles con rotundidad, sacándose un papelito del bolsillo derecho del chándal—. Los informes indican que la primera vez lo hizo el martes día 22, a las 11 horas y 17 minutos y en la segunda dio marcha atrás porque tú estabas en casa. Eran las 10 horas y 55 minutos del miércoles 23.

Me quedo en silencio. No sé por qué pero todavía guardaba alguna esperanza de que la actuación de Mercedes tuviera alguna clase de explicación que pudiera ser suficiente para mí.

—¿Desde cuándo la conoces?

—Desde que éramos niñas.

—Pues yo puedo asegurarte que en estos tres últimos meses ha pasado más de uno y más de dos sábados por la noche, en la casa de Méndez. Si quieres puedo darte las fechas exactas. En todas ellas, ha regresado a su casa muy de madrugada, sobre las cinco y media aproximadamente.

—No es necesario. Ella las llama sus noches locas. Lo que yo no sabía era donde tenían lugar. Tú también conoces a Mercedes, Marc. ¿Sabías algo tú de todo eso?

—Mi relación con Mercedes se limita a que coincidimos hace unos tres años en un cursillo de ofimática. Yo daba las clases y ella llegó allí como alumna. Rápidamente congeniamos e hicimos buenas migas. Salimos una media docena de veces en un grupo de amigos pero no hubo nada más. En un par de aquellas ocasiones coincidí también contigo. Cuando me llamó para lo tuyo, hacía más de un año que no sabía nada de ella.

Me doy cuenta de que he obrado mal al intentar colocar a Marc en la conversación. Creo que el motivo de haberlo hecho tiene su explicación en un simple ataque de celos. Vuelvo a la carga con Carles.

—¿Y de Méndez qué me puedes contar?

—Nada especial que tenga que ver contigo. Tiene un dilatado historial de faltas. Ha estado dos veces recluido. La primera fue en un reformatorio para menores porque era muy joven. Tenía quince años y fue por extorsión. Antes de eso ya se le había relacionado con el asesinato de un matrimonio pero nunca se pudo probar su intervención en el hecho. La segunda fue por unos delitos de robo en casas de verano cuando acababa de cumplir los veintiséis. Su «currículum» se completó con estafas, agresiones y altercados en prostíbulos. Después se cambió el apellido y se casó. Parecía que se había rehabilitado pero su adicción al juego y a las palizas, hicieron que su mujer le dejara y él volvió a necesitar dinero extra para sus vicios. Es un mujeriego empedernido y un maltratador sin remedio. Sin embargo, ahora hacía varios años que no se le había relacionado con nada nuevo.

—¿Cómo puede estar un individuo como éste, paseando libremente por las calles?

—Estamos en democracia. Recuerda que la principal misión de una reclusión no es el castigo sino la reinserción en la sociedad de las ovejas descarriadas.

—¿Y si sabéis que ahora está metido en lo de *Solitex*, por qué no hacéis que le detengan?

—Estamos esperando a que tengamos el círculo de actores completo para pillarlos a todos con las manos en la masa. —Pero...— me paro durante un segundo porque quizás voy a revelar algo que puede molestar a Marc. Le miro y él se anticipa a mi pregunta.

—No temas. No hice todo lo que te conté que pensaba hacer. No puse ningún virus en el sistema. Carles me lo desaconsejó en el último momento. No te dije nada para no preocuparte. Lo único que llevamos a cabo de nuestro plan original fue un inofensivo programa de cambio de claves aleatorio y luego que tu amiga Nuria, les fundió los plomos.

Le miro con cara de desconcierto y de sorpresa.

—Así que yo soy la artista principal de la obra, pero todo el mundo tiene el derecho de escribirme el papel que yo debo desempeñar. Yo no pinto nada de nada, ¿eh?

Carles toma de nuevo la palabra. Tiene la cara seria. No creo que le haya hecho mucha gracia lo que acabo de decirles. Hasta ahora he sido yo la que ha preguntado. Imagino que van a cambiar las tornas de inmediato.

—Esta situación es irreal. Tu relación con Marc me está condicionando. Yo no he venido aquí a responder sino a preguntar. No quisiera tener que hacerlo en otro sitio.

Es evidente que la situación que se ha creado es particularmente tensa. Los tres permanecemos en silencio durante unos segundos. Eso parece que tiene efectos balsámicos en todos nosotros. Es Carles quien rompe de nuevo el hielo del silencio.

—¿Por qué te empeñas en ser la protagonista en una obra que no es en absoluto la tuya? ¿Por qué te auto-despediste del trabajo, Georgina?

—¿Qué quieres decir con auto-despediste? —contesto yo intentando ganar un poco de tiempo en mi respuesta.

—Hemos hablado con Garavaia. Lo hicimos el viernes por la noche. Solo tuvimos que apretarle un poquito para que nos confesara lo que pasó realmente contigo en la reunión que acabó con tu fingido despido. ¿Qué pretendías con ello? Te necesitábamos allí. Tu presencia nos había podido ser muy beneficiosa.

—Lo siento. Quizás tomé una decisión equivocada. Lo cierto es que puede que tengas razón en aquello de no he podido resistir la presión del desgaste. Sin embargo, nadie me ha puesto en sobre aviso de nada. Es muy difícil decidir correctamente a ciegas. Yo diría que es casi imposible.

—Dejemos de una vez el asunto que me he cansado de decirte que no es el principal. Centrémonos en lo que están persiguiendo de ti. ¿Qué tienes escondido aquí para que todos quieran entrar a robarlo? No voy a creerte que no lo sabes. Marc me ha pedido que no te apriete pero es importante que colabores para poder protegerte. El asunto «*Luna negra*» es serio. He doblado la protección sobre tu persona. Además le he pedido a Marc que se quede el mayor tiempo posible contigo. Al contrario de lo que te dije el otro día, en el coche, la nueva información que recibí ayer mismo, me obliga a decirte que tu vida puede correr peligro.

—Vas a conseguir asustarla —dice Marc que acude en mi defensa.

—No puedo, en estos momentos, ser más explícito con vosotros. Puedo aseguraros que mis palabras son ciertas y que no obedecen a ninguna maniobra para sacar información a Georgina. Deja que ella conteste libremente a mis preguntas, Marc. Necesito que lo haga. He puesto muchas esperanzas en esta reunión y por eso he estado tan complaciente contestando al inicio a todas sus preguntas.

Vuelvo a notar que los nervios se me agolpan en la boca del estómago. Sería totalmente lícito que yo decidiera continuar enrocada en mi silencio. Sin embargo, me resultaría muy difícil que lograra conseguir mi propósito. Mi silencio me delata y siento que ello se percibe a través de mis poros. Estoy perdiendo la impermeabilidad que se había convertido en mi bandera en este asunto.

Miro a uno y a otro. Creo que estoy deseando que alguno de los dos me empuje a dar la respuesta. Vuelve a ser Carles el que ya no me deja opción.

—Vamos Georgina. Hemos localizado y hablado con la doctora de Urgencias que atendió a tu madre en el Hospital Clínico. Nos ha hablado de una llave. ¿Qué es lo que escondía esa llave? Tienes que darte cuenta que es inútil y puede que también sea perjudicial para ti, la postura de seguir callando y negándolo todo.

—Un Diario familiar —digo en voz casi imperceptible—. Un Diario de Eventos Familiares —repito con la voz más audible.

—¿Solo eso? —exclama Carles—. Tiene que haber algo más.

—Mi madre no me dejó nada más. Ese fue todo su legado —afirmo yo con total rotundidad.

—¿Qué es lo que puede tener ese Diario que lo hace tan codiciable a los ojos de otros? —insiste Carles.

—No lo sé. Ni yo misma conocía su existencia antes de que mi madre me entregara la llave.

—¿Cuál es su contenido? —sigue preguntando Carles.

—Es una relación de acontecimientos de la familia. El relato lo empieza mi tatarabuelo en 1870 con motivo del nacimiento de su primer hijo. El Diario pasa de padres a hijos hasta llegar a mi padre y ahora a mí.

—¿Podemos verlo?

—Desde luego —contesto yo mientras me levanto.

Me dirijo a mi nueva habitación. Al entrar por la puerta de la misma giro mi cabeza para comprobar si alguno de los dos me ha seguido. Negativo. No lo han hecho.

Saco el Diario de su escondite y en un acto totalmente automático e impensado, le quito los tres grupos de hojas anexas. Las junto y las dejo en el interior del escondite. Después vuelvo a cerrarlo con llave. Acto seguido me pongo en pie y con el Diario apretado contra mi pecho, desando lo andado hasta reunirme de nuevo con Marc y con Carles.

—Aquí está el Diario —les digo alargando la mano en un movimiento alternativo hacia uno y otro.

Vuelve a ser Carles el que toma la iniciativa en primer lugar. Se lo entrego a él y tomo asiento de nuevo, al lado de Marc. Esta vez, en lugar de pasarme el brazo por el hombro, me coge de la mano. Le miro y continúo en silencio. Se me hace muy extraño ver al Diario en otras manos.

—¿Lo has leído todo? —me pregunta mientras sigue ojeándolo a saltos.

—Sí. Este mismo mediodía he acabado de leerlo. Las últimas palabras escritas pertenecen a mi padre.

—¿Qué es lo que destacarías?

—¿Cómo debo entender esa pregunta? —contesto en otro intento baldío por ganar un poco más de tiempo.

—¿Hay algo aquí escrito que pueda desatar el hecho de que este Diario se haya convertido en el oscuro objeto del deseo de algunos?

Tengo la impresión de que al contestar cometeré un sacrilegio. La respuesta será como la profanación de algo íntimo. Sin embargo, sé que es del todo inútil seguir callando porque ya ha sucedido lo que no tenía que haber pasado nunca.

Yo, Georgina Pineda, acabo de traicionar el espíritu original del Diario.

Me resigno a mi suerte y contesto. Quizás será mejor si el peso y la iniciativa de la conversación la llevo yo.

—En el Diario, mi abuelo habla de una cuenta numerada en Suiza y asegura que la clave está en las páginas de este Diario. En cambio mi padre, llega a la conclusión de que todo es solo una burda y espantosa mentira.

—¿Y tú qué opinas?

—No he podido llegar a formarme una opinión firme todavía. Este pasaje lo he leído en los tres últimos días. Me extrañaría mucho que mi abuelo mintiera. Creo que no tenía ninguna razón para hacerlo. Pero también es muy extraño que mi padre no lograra encontrar o descifrar la clave, si es que esta está oculta en el Diario.

—¿Has tratado de descubrirla tú?

—No, no lo he hecho todavía.

—¿Cómo te hiciste con el Diario?

—Ya lo sabes. Mi madre me reveló su existencia y me dio la llave.

—¿Y tu padre, cómo se hizo con él?

—Esto está explicado en el Diario. Mi abuelo lo dejó a buen recaudo en Suiza y dio órdenes escritas de cómo proceder a una notaría francesa y a otra de aquí.

—¡Bingo! —exclama Carles.

Yo le miro extrañada. No sé lo que he dicho pero he dicho algo que le ha alegrado tanto. Miro a Marc y veo que se encoge de hombros. Yo opto por continuar en silencio, pero Carles vuelve a la carga con más ímpetu.

—Tu padre debió recibir una carta del notario, ¿la tienes?

—No —contesto yo de forma taxativa, pero él sigue con lo suyo.

—Estas páginas han tomado una forma extraña. Parece que hayan sido moldeadas por algo que ha estado mucho tiempo entre ellas y se han deformado.

—La culpa es mía —digo yo rápidamente. Cuando comencé con la lectura, no tenía un punto de señal de lectura de cartón y utilizaba un abrecartas de madera para marcar la página donde me había quedado. Si te fijas, las deformaciones están al principio y al final del Diario. Esto es porque yo como una tonta, dejaba el abrecartas allí mientras leía. Debía de haber tenido en cuenta que el papel es muy antiguo y que su calidad no debe ser la de hoy en día.

—¿Tienes idea de qué Notaría era la de aquí, en Barcelona?

—Acababa de nacer, ¿sabes? Recuerdo muy poco de aquellos primeros días de mi vida.

—¿No te dijo nada tu madre sobre ello? ¿No te dejó nada explicándote toda la historia?

—Nada de nada. Solo conozco lo que me reveló en el lecho de muerte del Hospital. Además, en aquellos días, sus palabras eran inconexas y faltas de sentido. Llegué a pensar que lo de la llave era otro invento más que tenía su origen en la

senilidad y la cercanía de la muerte.

—¡Qué raro! —dice Carles—. Nadie deja una cosa como esta sin dejar constancia de ello. ¿No estará escrito aquí, en las últimas páginas de Diario?

—Creo que no, pero puedes comprobarlo tú mismo. Ojalá que encuentres algo que pueda aportar alguna explicación a todo este lío.

—¿Puedo llevármelo?

La pregunta de Carles se me clava en el estómago. No me gusta la idea de entregárselo. Trato de ganar tiempo repreguntando.

—¿Es necesario?

—Me gustaría comprobar su autenticidad. Tenemos sistemas en Comisaría para hacerlo. Esas pruebas nos indicarán la época exacta del papel. Tenemos que asegurarnos que este Diario es el auténtico.

—¿Dudas que éste no sea el auténtico? —repito yo como si fuera el eco negativo de las últimas palabras de Carles.

—No malentiendas mis palabras, Georgina. Me refiero a que bien pudiera haber llegado a tus manos un ejemplar falseado del que hubieran podido eliminar las pistas buenas. Quiero asegurarme de que tu padre recibiera el manuscrito original de su bisabuelo. Según tú misma me acabas de explicar, tu padre no fue capaz de encontrar lo que le había dejado el suyo.

—Cierto —contesto yo.

—De ahí venía mi interés por conocer si tú tenías la carta que tu padre había recibido del Notario. Eso nos hubiera servido también para certificar y validar todas las épocas. Además hubiéramos conocido el nombre del Notario que actuó de intermediario y quizás también, del depositario.

—Siento no poder complacerte. De todas formas yo no voy a poner ningún inconveniente en que te lo lleves para analizarlo. Eso sí, tienes que prometerme que me lo devolverás tal y como te lo entrego. ¿Cuántos días lo necesitarás?

—Te lo devolveré yo mismo el próximo miércoles por la noche, si me invitas a cenar.

—¿Me dirás también tus conclusiones?

—Sí.

—Entonces, trato hecho. Cuenta con ello.

—En este caso, me lo llevo ahora mismo.

—Ten mucho cuidado. Te hago responsable. Yo no creo que contenga ningún secreto mágico, pero para mí se ha convertido en algo muy importante. No quisiera perderlo —apostillo para dejar las cosas el máximo de claras.

—No te preocupes, no le pasará nada. Gracias por todo. Yo ya me voy. Os dejo solos, tortolitos.

—Yo voy a quedarme hasta la cena pero no voy a quedarme a dormir. Volveré a

mi piso. Mañana recomienzo mis clases y quiero preparar algún ejercicio que mañana sorprenda a mis alumnos. Y aquí Georgina no tiene ordenador.

—¿Vas a regresar vestido de esta manera? —inquire Carles.

—Cogeré un taxi —contesta Marc.

Carles se levanta y se despide de su hermano con un prolongado abrazo. A mí me besa en las dos mejillas y después también me abraza. Acto seguido me pregunta.

—¿Tienes algo para envolverlo?

—Tengo bolsas de plástico pero mejor te preparo una mochila pequeña que tengo. Te la puedes poner en la espalda. Mucha gente hace «*footing*» con ellas. Espera dos minutos. Voy a envolverlo con una toalla. De esta forma el Diario estará más protegido si decides ponerte a correr.

—Es una idea perfecta —admite Carles y se va cuando se lo entrego todo.

Nos quedamos solos y en silencio durante varios minutos. Es realmente impresionante la cantidad de sentimientos que puedo transmitir y recibir sin decir palabra. Estamos sentados y cogidos de la mano. Sus dedos se entrelazan y se zafan de los míos en un continuo juego que él domina a la perfección. Yo me dejo hacer y mi respiración se acompasa con la suya. Me recuesto sobre él y mi espalda se funde con su pecho. Noto el halo de su respirar sobre el lóbulo de mi oreja izquierda. Me estremezco y él se da cuenta de ello. Me rodea con sus brazos y los cruza sobre mi regazo. El silencio se acaba de convertir en una dulce melodía y yo cierro los ojos.

Pasan varios minutos más hasta que yo sin moverme y sin abrir los ojos, le pregunto.

—¿Tienes hambre?

—Ni hablar de comer. Mi madre se vuelve loca cuando vamos los dos a comer. Esta noche no voy a cenar. Me he quedado para poder estar a solas contigo durante un par de horas. A las nueve me iré a casa. Mañana ya volveré preparado para quedarme. Hoy no me ha dado tiempo. ¿Me perdonas?

—No estoy muy convencida de si debo hacerlo. Está bien, lo haré pero primero voy a imponerte una penitencia por no quedarte esta noche.

—Acepto, dímelas.

—¿De dónde sacaste lo de «*Luna Negra*»? Te advierto que tienes que contestarme con la verdad. Es tu penitencia y debes cumplirla.

—Lo haré, pero antes quiero decirte que esta tarde has estado sencillamente genial.

—¿Tú crees?

—Te he estado observando minuciosamente. Has contestado con soltura a todas sus preguntas. Te has mostrado segura y creíble al hacerlo. Se notaba que estabas siendo sincera. Pero sobre todo, has estado rápida e imaginativa cuando le has mentado. No creas que a él le han pasado inadvertidas tus falsas verdades. Si yo lo he

notado, no dudes de que Carles también lo habrá hecho.

—¿Cuándo he mentado yo según tu privilegiada perspicacia, eh?

—Recuerdo que has contado que el Diario comienza en 1870. Nadie deja un legado de más de ciento treinta años sin decir nada. Nadie puede llevar un Diario a una Notaría y dejarlo allí sin más. Se tiene que haber redactado un testamento o al menos, una simple disposición escrita, si es que quieres quitarle trascendencia al hecho. Tiene que existir algo y éste es el punto débil de tu historia.

—¿Por qué estás tan seguro de lo que dices?

—Es una simple cuestión de matemáticas en su sentido más puro y más elemental, Georgina.

—No te entiendo.

—Mira, uno más uno son siempre dos, ¿verdad? La unidad por sí sola no puede nunca llegar a ser dos. Tiene que existir forzosamente otra unidad que la acompañe para poder hacerlo.

—¿Podrías ser más explícito?

—Si el Diario hubiera siempre pasado directamente de padres a hijos, o sea de mano en mano, estaríamos en el caso de la unidad simple. Sin embargo, no ha sido así. Has de pensar que en la Notarías trabajan muchas personas que no son los titulares. Suelen trabajar notarios auxiliares, secretarias, mecanógrafas, pasantes, archiveros y un buen número de estudiantes de derecho y también opositores de todo tipo. Alguno de ellos en algún momento pudo tener acceso a una información que pensó que algún día podía beneficiarse de ella. Y en eso está. La segunda unidad persigue a la primera. En este momento sois dos los que perseguís el mismo fin. Aunque mucho me temo que el objetivo de la segunda unidad no es precisamente el de formar pareja con la primera. Lo que realmente quiere la segunda unidad es eliminar a la primera para quedarse sola y con todo.

—Joder, Marc. Acabas de darme un curso acelerado y magistral de «*cómo acojonar a una chica en menos de dos minutos*». Has estado brillante.

—Entonces me siento satisfecho porque quiero que seas consciente de tu situación y del peligro potencial que corres. Y que conste que cuando he pronunciado la palabra «eliminar», no me he referido exclusivamente al plano físico. También puede tener el significado de simplemente apartarte del camino.

—Esto último no creas que ha conseguido tranquilizarme mucho más.

—Lo siento. Sabes que lamento haberte asustado, pero tenía que hacerlo. Para mí te has convertido en lo más importante de este mundo. No quiero perderte y mucho menos por un vetusto Diario. Tengo todavía mucho que descubrir en ti y estoy loco de ganas por comenzar a hacerlo.

Yo siento como sus palabras logran el efecto de envolverme y abrazarme. Me gusta la sensación de calor que me nace de dentro y que me relaja. De repente me

incorporo de un salto. Me pongo de pie frente a él y le digo sin ningún tipo de contemplaciones.

—¡Eres un tramposo! Me has ido envolviendo poco a poco en tu tela de araña y después me has inyectado la dosis correspondiente de «olvidina» para que no me acordara de lo que yo te había preguntado. No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué «Luna Negra»?

—Acabo de decírtelo. Pienso que todavía no le has mostrado al mundo tu verdadero y real potencial. Es como si te estuvieras reservando para algo o para alguien. Espero y deseo que sea para lo segundo y que ese alguien sea yo. Deseo que dejes de ser una «Luna Negra» para poder brillar como tú puedes hacerlo.

—Y tú, ¿sabes lo que eres tú?

—Me gustaría oírlo de tu boca.

—Eres un pretencioso y a la vez, un adorable embaucador. Tienes el encanto de la dualidad permanente, totalmente compensada. Eres dócil pero sabes imponerte cuando te interesa. A veces te muestras un tanto errático pero en el fondo eres implacablemente ordenado como una computadora. Tú eres un dos en uno y eso te demuestra que tus matemáticas, a veces también fallan.

Se queda mirándome y noto que se le escapa una sonrisa. Es evidente que ni puede, ni sabe ni quizás tampoco quiera disimularla. Me abraza, me besa y me dice.

—Estoy en todo de acuerdo. Tu definición ha sido perfecta.

—¡Lo ves! ¡Eres un pretencioso!

Capítulo 24

LUNES, 28 de febrero de 2005. 10 horas 58 minutos.

Marc acaba de llamarme. Ha sido solo una llamada para saber si me encontraba bien. Es un encanto. Ha aprovechado el descanso entre clase y clase para hacerlo. Se nota que se preocupa por mí. Me quiere y yo también le quiero. Me he enamorado como una colegiala. No en vano él se ha convertido en mi profesor favorito.

No tengo que volver a salir. Me he abastecido de todo esta mañana. He salido a comprar muy temprano. El cielo amenazaba con lluvia y ya está cumpliendo su amenaza. Me gusta la lluvia pero sobre todo me gusta ver llover. Es un ejemplo vivo de la depuración y de la regeneración. La lluvia es algo extraordinario aunque ya no le demos ninguna importancia porque nos hemos acostumbrado a verla con cierta frecuencia. Es una lástima que los sucesos más inverosímiles se conviertan en pura rutina.

Me separo de la ventana y voy en busca de las hojas escritas que ayer separé del Diario antes de entregárselo a Carles. Me voy a reencontrar con mi madre y eso me crea un estado de excitación mezclado con una gran dosis de nostalgia. Ella ya no está aquí, pero yo estoy completamente segura de que esté donde ella esté, ahora estará tan nerviosa y excitada como lo estoy yo. Sé que voy a enfrentarme con muchas de las respuestas a las preguntas que siempre me he hecho sobre mi madre y sé positivamente que voy a encontrármelas porque mi madre dentro de su nivel, su cultura, sus posibilidades y su manera de proceder, nunca dejaba nada a medias.

Estoy sentada frente a la mesa y tengo los tres grupos de papeles doblados delante de mí. Los he colocado en orden. El primero ya lo leí en su día cuando comencé con la lectura del Diario pero voy a leerlo por segunda vez. El segundo grupo es solo un poco más grueso que el primero. En cambio el tercero es con diferencia el más voluminoso de los tres. Puedo apreciar que también es el más heterogéneo, sin ninguna clase de dudas.

Releo el primer grupo y eso hace que me conecte definitivamente de nuevo con mi madre. Siento que su presencia me envuelve y me protege. En estos momentos me siento serena y segura. Sin embargo, mis manos tiemblan cuando se dirigen al segundo de los grupos.

Lo desdoble cuidadosamente. Reconozco la escritura de mi madre. Son cuatro folios. Los tres primeros están escritos por las dos caras y el cuarto y último de este grupo, solo lo está por una cara.

Me acomodo de nuevo. Respiro hondo y empiezo a leer.

Querida hija mía. Hoy es un día especial y me siento con fuerzas para contarte mi gran secreto. Las tardes otoñales siempre me han gustado más que cualquier otra y ésta de 1996, es especial en todos los aspectos.

Hoy es tu treinta aniversario y eso significa que he vencido porque he logrado mi objetivo.

Me pregunto cómo y dónde estarás en estos momentos, ahora que ya debes haber acabado con la lectura del Diario.

Estoy convencida que tus orígenes te habrán sorprendido. Habrás descubierto que fueron muy distintos a los que seguramente tú te podías haber imaginado. No te preocupes porque esto le suele suceder a muchas personas. Lo que ya no es tan normal, es tener la oportunidad de conocer directamente de tus propios antepasados, cuáles fueron las vicisitudes que marcaron sus vidas.

El Diario es una lección magistral de lo que es la vida. En él se reúnen todos los sentimientos del ser humano. Las alegrías se funden con los temores y los principios personales con las propias dudas que los retroalimentan en un ciclo sin fin.

Me permito aventurar que la figura que más te habrá cautivado habrá sido la tu tatarabuelo Jacinto, a pesar de sus retrogradadas y equivocadas ideas.

Pero dejemos esto y centrémonos en el Diario, o mejor dicho, en lo que sucedió después de ese 16 de Febrero de 1967, en el que tu padre finalizó sus escritos en él.

Nos remontamos pues, al día siguiente, al 17 de Febrero. Era viernes. No lo olvidaré en mi vida porque ese fue el día en que murió tu hermano. Tu padre siempre me culpó de ello. Quizás fue un descuido mío pero te aseguro que no os dejé más de diez minutos solos y además recuerdo que os dejé durmiendo plácidamente. Acababais de tomar vuestro biberón. Salí de casa para recoger las cuatro cosas que ya tenía encargadas para el fin de semana. Tu padre era pobre pero también era muy exigente. Cuando él llegaba al mediodía a casa, yo tenía que tenerlo todo preparado para que él pudiera comer y descansar.

Cuando regresé, noté algo que me sobresaltó. He pensado mucho en ello y a día de hoy, todavía no sabría decirte que es lo que fue exactamente, pero sé que hubo algo que mi mente procesó de forma distinta. Algo había allí que no estaba igual que como yo lo había dejado.

Eso me hizo correr a la habitación donde estabais vosotros dos. La primera visión me tranquilizó, pero a medida que me iba acercando observe horrorizada que tu hermano parecía no respirar como tú lo hacías. Le puse mi mano sobre su pequeña espalda para notar en mi palma los pequeños movimientos de su respiración pero no noté nada. No respiraba. Lo tomé en brazos y traté de reanimarlo pero su cabeza caía de un lado para otro sin ningún sostén.

Me asusté y grité. Eso te despertó y comenzaste a llorar. Corrí a casa de una vecina y llamé por teléfono. Primero a un médico y después a la panadería donde trabajaba tu padre. Cuando este llegó, el médico ya estaba redactando el acta de defunción y solicitando la autopsia de aquel cuerpo tan diminuto. Yo estaba totalmente desconsolada y también temerosa de la reacción de tu padre cuando nos

quedásemos a solas. Yo ya no tuve valor de volver a mirar la carita de tu hermano. Solo recuerdo a una pequeña caja de color blanco ir de mano en mano, hasta que colocaron una lápida que lo separó definitivamente del mundo exterior. Aquel día comencé a morir. Me costó sobreponerme y solo lo logré apoyándome en ti. A tu padre le desapareció el mundo de debajo de sus pies. Se volvió más retraído y comenzó a ver fantasmas en todas partes. Siempre encontraba presuntos culpables a todo lo que le sucedía y empezó a beber sin medida ni control.

Un día, calculo que ya habían pasado unos dos meses desde la muerte de tu hermano, vino a casa con un paquete envuelto en papel y todo cubierto de cinta aislante.

Me lo entregó y me pidió que lo depositara en una caja de seguridad de un banco y que no lo tocara nunca más. Me insistió mucho en que la caja debía ser metálica. No le entendí porque yo no sabía de qué se trataba y en aquellos días no nos sobraba el dinero para ir alquilando cajas en un banco. Le pregunté y discutimos. Ese fue el primer día que me pegó. Se puso como un loco. Cuando yo estaba en el suelo, me ordenó que siguiera sus instrucciones y que no me atreviera a contradecirle nunca más. Me aseguró que él conocía las razones de todo. Ya sabía la causa por la que Dios le había castigado de una forma tan cruel. Tu padre me gritó como un poseso. Me dijo que él ya no podía guardarlo más y que por eso lo tenía que esconder en un banco. Yo no comprendía nada y mucho menos cuando me dijo que yo también pagaría mi culpa y que tú tampoco te escaparías de pagar la tuya. Después me insultó y se marchó.

No volvió hasta el día siguiente cuando yo ya había alquilado la caja de seguridad y depositado en ella el paquete. No le dije nada pero en el banco me hicieron desenvolver el paquete por medidas de seguridad. Casi me muero de vergüenza cuando logramos abrirlo. Se trataba efectivamente del Diario, pero estaba todo cubierto de hojas de morera recortadas en forma de pequeñas cruces. También había varias crisálidas con larvas y muchos papelitos con la inscripción «Vade retro Satán». Recuerdo que el señor del banco me miró con una cara extraña y yo le conté una mentira. Le dije que todo eso era obra de mi anciana madre que había enloquecido y que yo había tenido que seguirle la corriente para arrebatarse el Diario y así poder salvarlo. Se lo mostré y comprobó que solo se trataba de un libro manuscrito. Entonces, me concedieron permiso para acceder a la sala de las cajas de seguridad. Allí deposité el Diario. El resto lo guardé en una bolsa de plástico dentro de mi bolso y lo tiré en la primera papelería que encontré cuando salí a la calle.

Se pasó meses sin casi hablarme. Tan solo paraba en casa el tiempo suficiente para comer y dormir. Después se marchaba. Pero un día llegó a casa mucho más borracho que de costumbre. Tú debías tener unos catorce meses. Quiso abusar de mí por la fuerza y yo me resistí. Me volvió a pegar pero yo le hice frente. Entonces quiso

pegarte a ti, pero yo cogí un cuchillo de la cocina y te defendí.

Estaba muy ebrio y su bravuconería se le mezclaba con la dificultad para tenerse en pie. Se cayó al suelo y se hizo una brecha en la cabeza. La sangre le asustó. La sangre siempre le asustaba. Me pidió perdón y su agresividad anterior se tornó en una inacabable verborrea.

Me contó entonces lo que yo ya sabía. Me explicó que lo que me había mandado guardar en el banco era un Diario que habían escrito sus antepasados. Se explayó en las poderosas razones que le habían obligado a encerrar el maldito Diario para que el mismo se autodestruyese y nadie volviera a encontrarlo nunca jamás.

Me dijo que el Diario era una prueba de Satán y que él había sucumbido a ella y que por eso había sido castigado con la muerte de su primogénito. Intenté hacerle ver que quizás no fuese todo tan dramático como él lo veía y eso le volvió a enfurecer. Me cogió por los hombros y me zarandeó. Me maldijo por no entender nada de lo que había pasado. Me gritó que todo estaba escrito en los «Evangelios». Me dijo que a Jesús también le había tentado Satán cuando estaba orando en el desierto y que le había llegado a ofrecer toda clase de tierras y riquezas. El Diario había hecho lo mismo con él. Le había hecho creer que sería rico y que podría abandonar su particular desierto que era la pobreza. Me confesó que se dejó cegar por la avaricia y por eso recibió su castigo.

Pasaron los meses y estos episodios se iban repitiendo de forma periódica. Se repetían y su frecuencia aumentaba. Nunca conseguí que fuera al médico, así que tuve que ingeniármelas para conseguir medicamentos que le redujeran la agresividad. Se los mezclaba con la comida y en el termo de café con leche que se llevaba al trabajo. Todo iba bien si yo no reducía la dosis, pero el tiempo pasaba y yo la tenía que ir aumentando paulatinamente para que sus efectos no disminuyeran.

Tu padre, hija mía, era todo orgullo. Podría decirse que eso fue lo único que logró heredar de su familia. Y ese orgullo le llevaba a no querer aceptar ayuda para solucionar su situación. Él era conocedor de su problema e intentó solucionarlo por si mismo refugiándose en el trabajo. Cuando tú tenías unos cuatro años, él trabajaba más de catorce horas diarias y solo descansaba los domingos.

Con el fruto de ese esfuerzo pudimos trasladarnos y alquilar el piso de la calle de la Canuda, donde ahora vivimos. Eso hizo que tú y yo tuviéramos un par de años de tregua. Yo diría con pleno conocimiento de causa que llegó a encariñarse contigo. Pero entonces sucedió algo que hizo que todo se torciera de nuevo.

Un día regresó a casa antes de lo habitual y me vio hablando con un hombre en la esquina de la plaza. Su mente asoció y enlazó el episodio de Carlota con ello. Ese día empezó mi verdadero calvario.

Cuando llegué a casa me insultó y volvió a pegarme sin cuartel. Me gritaba que era una furcia y una puta ramera que no sabía quedarme a cuidar de sus hijos en

casa. Mientras tanto, me pegaba patadas en el suelo. Ese día creí que iba a matarme pero un pensamiento debió cruzarse en su cabeza y dejó de patearme.

Yo todavía me estaba retorciendo en el suelo de dolor, cuando le oí pronunciar la frase que cambiaría mi vida y mi forma de actuar; «No permitiré que mi hija se convierta en una puta en celo que vaya corriendo detrás de todos los hombres. Ella no lo será. Yo me encargaré de ello».

Estoy sudando a mares y también he llegado al final de la primera cara del tercer folio. El estado de excitación de mi madre se refleja en su escritura. Ya no es tan firme y constante como lo era antes. Se nota que la presión de las palabras que escribe, está influyendo en su ánimo. Intuyo que está tratando de confesar algo pero que no se decide a hacerlo. Está dando círculos alrededor del meollo de la cuestión. Está haciendo vuelos rasantes sobre el aeropuerto sin decidirse a tomar tierra de forma definitiva. ¿Qué pretendía hacer mi padre conmigo? ¿Encerrarme en un convento? ¿Recluírme en casa como hicieron con mi tatarabuela Carlota?

Noto que mis propios jadeos de respiración me ahogan. Me levanto y paseo un poco. Quiero terminar la lectura del segundo grupo antes de prepararme la comida. Me vuelvo a sentar. Todavía tengo el folio en mis manos. Le doy la vuelta y lo dejo sobre la mesa porque mis temblores no cesan. Voy a encarar la segunda cara del tercer folio. Me sudan las manos. Me las seco sobre mi propia ropa y continúo leyendo el relato de mi madre.

¿Qué es lo que piensas hacer exactamente?, le pregunté. Su contestación no me dejó espacio para la duda. Fue en aquel preciso momento cuando supe que tenía que matar a tu padre y eso fue lo que hice.

Un grito desgarrador me rompe las entrañas. Tengo que seguir leyendo pero no puedo. Mis ojos están bañados en lágrimas que no puedo contener. El sudor se ha vuelto frío y empiezo a temblar sin poderlo evitar. Más que temblores son unas pequeñas convulsiones que me mandan mis propios sentimientos. Me levanto con la intención de lavarme la cara. Mis pasos son tan dubitativos e inseguros como lo son mis pensamientos en este momento. Cuando llego al cuarto de baño, abro el grifo del lavabo pero me tiemblan tanto las piernas que tengo que sentarme en el borde de la bañera. Siento frío. Siento mucho frío. Tengo la sensación de estar sentada dentro de un glaciar. Me siento rodeada de un hielo impenetrable por todos los costados. Voy resbalando poco a poco hasta sentarme en el suelo. Estoy recostada en el rincón que forma la pared con el lateral largo de la bañera. Tengo las piernas encogidas y rodeadas por mis brazos. Las rodillas me quedan a la altura del rostro y mi barbilla rebota continuamente contra ellas, fruto del castaño de mis dientes.

El grifo del agua continúa abierto. El ruido del agua chocando a presión contra la

cerámica del lavamanos es lo único que rompe el silencio. En cierta manera es lo único que me recuerda que estoy viva. Pido y rezo a Dios para que no se corte el agua porque el silencio me mataría.

Poco a poco, voy recuperando el aliento mientras el agua sigue fluyendo con libertad y de una forma milagrosamente terapéutica para mí. Tengo que sobreponerme. Eso sucedió hace más de treinta años. Si mi madre lo logró, yo también lo haré. Pero mi mente vuela libre y la siguiente pregunta que recibo es la que se cuestiona si yo hubiera sido capaz de hacerlo, caso de haber estado en el lugar de mi madre.

La duda en la respuesta a mi propia pregunta me infunde cierto sosiego. Quizás sea una contradicción pero yo creo que necesito algo donde poder agarrarme. Aunque ello sea tan solo una duda. Una terrible duda que me martillea la mente sin descanso.

Logro levantarme. Me lavo la cara y decido volver al salón comedor. Mis pasos son lentos pero los doy con firmeza. La decisión de regresar al puesto de lectura me asusta pero siento una necesidad irrefrenable de ir hacia allá.

Me siento de nuevo frente a la mesa. Los papeles continúan allí donde los dejé. Las palabras también permanecen allí porque las palabras escritas no pueden desertar nunca de los papeles. Vuelvo a coger el folio y enfoco mi vista justo en el punto donde se nubló hace algunos minutos.

Todo lo que hice a partir de ese momento fue por ti, Georgina. Le mentí porque le dije que le ayudaría en su propósito. Se lo prometí y se lo juré por todos los santos. Le convencí para que él me dejara que fuese yo quien lo hiciera. Le engañé y él me creyó. Le pedí que me fuera trayendo pequeñas cantidades de un producto que utilizaban en la panadería para mantenerla libre de ratones. Él me obedeció sin rechistar. Yo simulaba poner pequeñas cantidades en tu comida y mientras él vigilaba que te lo comieras todo, yo ponía el veneno de verdad en su plato. Nunca se dio cuenta. El veneno le producía dolores de estómago pero yo le convencía de que eran consecuencia de la bebida. Le suplicaba que dejara de beber pero lo hacía porque sabía que era imposible que me hiciera caso. Era un adicto a ella y eso nos ayudó a no prolongar la agonía. La bebida enmascaró la verdadera razón de sus dolores hasta el día de su muerte. Murió trabajando en la panadería. Le encontraron tirado en el suelo y ya no hubo nada que hacer. Le hicieron la autopsia y determinaron que la muerte había sido por envenenamiento. Siguieron investigando y determinaron que el producto causante estaba en la panadería y que era usado para eliminar a las ratas. Nunca me relacionaron con ello. Lo achacaron a lo inestable que era su comportamiento desde la muerte de su hijo y a la depresión que produce la adicción a la bebida. Aún recuerdo las palabras del inspector que me comunicó el resultado de la autopsia. Las recuerdo textualmente; «Ha sido un suicidio cobarde». «Lo ha hecho porque no tenía el valor necesario para hacer ninguna otra cosa».

Georgina, no sé qué más puedo decirte. Sé que en estos momentos no va a servir de nada, pero te pido perdón por lo que hice. Aunque lo hice por ti, te pido perdón una y mil veces. Espero que comprendas que no me quedó otro remedio. Te quiero y te querré siempre desde allá donde esté.

Sé que Dios me ha perdonado. Espero que tú también lo hagas.

No me olvides nunca.

Mamá.

P.D. En el grupo de papeles siguientes, el tercero y último, encontrarás todo lo que yo he podido averiguar, desde que leí el Diario por primera vez en el año 1992. Espero que te sirva. Ya te dije en las primeras cuartillas que precedían al Diario, que yo siempre me había preocupado por tu bienestar. En tus manos pongo todo lo que pude poner en claro de esta rocambolesca historia.

Hasta siempre, Georgina.

Me levanto. Dejo los papeles encima de la mesa y me vuelvo a sentar en el sofá. No estoy cómoda en ningún sitio. Son más de las tres y no he probado bocado. El tiempo se me ha pasado volando. Vuelvo a notar escalofríos y siento que la piel no me toca la carne. Todo me parece irreal. Lo que acabo de leer es digno de una historia de terror y sin embargo, se trata de la historia de mi propia vida. ¡Que poco podía imaginarme yo, lo que mi madre había hecho por mí! ¡Cuán equivocada estaba cuando la consideraba una persona sin decisión! Seguramente esa postura débil le sirvió de coartada perfecta para lograr esconder sus secretos.

Tengo que aprender mucho de ella porque a partir de este momento voy a tener que convivir el resto de mi vida con lo que acabo de leer. No sé por qué, pero tengo la sensación de que todos los poros de mi piel se han confabulado al mismo tiempo para hacerme mucho más impermeable.

Es extraño que después de la terrible tempestad de la primera reacción, sea ahora la calma más absoluta la que se ha apoderado de mí. ¿Me habré vuelto ya insensible? ¿Es normal que alguien que acaba de leer la noticia de que su madre es la asesina de su padre, se quede tan tranquila como yo lo estoy ahora?

Definitivamente el Diario también ha sido un cursillo de iniciación extraordinario hacia la insensibilidad y el masoquismo. No creo que pueda haber nada en este mundo que me pueda afectar. No noto dolor y me pregunto si debería sentirlo.

Me levanto y me preparo un par de tostadas con mantequilla mientras caliento la leche en el microondas. Pienso en mi madre. ¡Qué mujer más extraordinaria! Y después pienso en mi padre. A él también quiero recordarlo en positivo, a pesar de todo lo que hoy conozco. No fue más que un hombre atrapado por las circunstancias

de la guerra y sobre todo de la post-guerra. No tuvo suerte y su mente se resquebrajó. El Diario le confundió todavía más porque no supo aceptar sus propias limitaciones. Está claro que fue un hombre desgraciado y eso me duele más que cualquier otra cosa. ¡Ojalá que Dios le haya perdonado a él también!

Capítulo 25

MARTES, 1 de marzo de 2005. 08 horas 12 minutos.

Aún estoy en la cama. Marc acaba de marcharse. Las sábanas todavía conservan su olor y yo me siento totalmente embriagada por su amor. Ayer noche, lo hicimos dos veces. Incluso llegamos a intentar la tercera pero no fue posible. La edad no perdona al sexo fuerte. Hoy, antes de marcharse, me ha besado en el cuello. Yo he fingido que continuaba dormida. Marc ha levantado ligeramente el edredón que me cubría y he podido sentir en mi piel, el recorrido de sus ojos hasta llegar precisamente allí, donde la espalda pierde su casto nombre. No he abierto los ojos. No necesitaba hacerlo para saber lo que él estaba haciendo en todo momento.

El aroma del café recién preparado va minando mi resistencia hasta que me levanto. Los cortados son mi droga matutina y me gusta sucumbir a mis pequeñas debilidades. Hoy me siento llena de amor y me veo con ánimos suficientes para comenzar con el tercer y último grupo de papeles. Ayer no fui capaz de hacerlo. La lectura del segundo grupo me condicionó. Suerte que llegó Marc y logró dar la vuelta a mi estado de ánimo como si de un vulgar calcetín se tratase. Es un auténtico mago.

Cambio de rumbo al levantarme y enfilo hacia la ducha. Mientras me ducho, planifico el devenir de la jornada. Me seco y me envuelvo en una de mis macro toallas. Me preparo el cortado y repaso mentalmente. «Ir a la “Boquería” a comprar fruta y una lubina de tamaño medio para la cena de esta noche». Si la encuentro de mi agrado, la cocinaré a la espalda. Espero que le guste, aunque no tanto como la mía.

Ya vuelvo a estar en casa. Prueba superada. Lo he comprado todo. No creo que me falte nada. Esta noche se chupará los dedos y caerá rendido a mis pies. Le obligaré a concederme pleitesías y llegaré a convertirlo en mi esclavo. Me obedecerá en todo lo que le mande.

Me doy cuenta de que estoy enloqueciendo. Estoy pletórica. Bendita sea esta locura. A pesar de que hace pocos días perdí mi puesto de trabajo, hoy yo me siento instantáneamente exultante.

—¡Que rara ha quedado esta última frase! —me digo a mi misma.

Vuelvo a tener los tres grupos sobre la mesa. Coloco el primero y el segundo juntos. Los aparto hacia el vértice superior izquierdo de la mesa. Me quedo solo con el tercero frente a mí.

Lo desdoble por completo sin perder ni variar el orden de las hojas. Me centro en la primera de ellas. La diminuta y ordenada letra de mi madre aparece de nuevo en ella.

Georgina, en estas hojas encontrarás el resultado de todas mis averiguaciones.

Nunca me atreví a escribirlas directamente en el Diario. Desde el primer momento descarté esa idea porque no me correspondía. Observarás que en las hojas que le siguen a ésta, todo está reflejado por orden cronológico. En esto al menos, he querido imitar y seguir al Diario. Todo empieza cuando decido rescatar el Diario de la caja de seguridad del banco. Y después de hacerlo, considero por primera vez que debo leerlo.

A modo de prologo de las hojas que siguen te explicaré el motivo y el porqué de mi decisión.

En los inicios de 1992, recibí una carta del banco. En ella se me indicaba que debía renovar el contrato de la caja de seguridad que tenía a mi nombre. Se iban a cumplir los veinticinco años del alquiler y a tenor de que no se habían registrado ni visitas ni nuevas aportaciones a la caja en cuestión, el banco, en virtud de sus propios estatutos, tomaría la decisión unilateral de destruir o de dar el uso oportuno a su contenido cuando llegase la fecha de vencimiento. Dicho de otra forma más sencilla, o bien se renovaba el contrato o por el contrario, se optaba por su cancelación. En este último caso, se tenía que proceder a retirar su contenido para evitar que el banco pudiera hacer de las suyas, completamente amparado por su propia legalidad.

La verdad es que casi me había olvidado del Diario, pero opté por recuperarlo. La carta del banco era sumamente explícita en una cosa. Habían pasado veinticinco años. Las heridas estaban cerradas y yo, en aquellos primeros días de 1992, también había rehecho mi vida sentimental. Sé que esto también te sorprenderá porque yo creo que tú nunca llegaste a sospechar nada.

Pues bien, es totalmente cierto. Yo había encontrado a un hombre maravilloso que en la madurez supo hacerme sentir muy feliz. Se llamaba Juan. Fueron casi dieciocho años los que compartí con él. Lo hice hasta que falleció el pasado mes de Noviembre. Juan era trece años mayor que yo y estaba casado. Debo confesarte que si bien por un lado fui lo suficiente fuerte y valiente para robarle el hombre a otra mujer, por el otro lado siempre fui una cobarde y nunca me atreví a quitarle el marido. Acepte esa solución como la mejor de todas las soluciones posibles.

Mi propio buen estado emocional y el ambiente de euforia que se respiraba en la ciudad por la cercanía de los Juegos Olímpicos, me hizo decantar por ser valiente y recuperar el Diario.

Pensé que también había llegado la hora de obtener ciertas respuestas y también creí que estas estarían en el Diario. No me equivoqué del todo.

Pedí ayuda a Juan. Era todo un experto y un amante del bricolaje. Él fue quien construyó el escondite en el armario. Nunca me preguntó el porqué de mi petición. Él se sentía feliz cuando yo le pedía algo. Pero sobre todo, se sentía mucho más feliz si él podía hacerlo para complacerme.

Lee con atención las próximas hojas. Yo siempre tuve la sensación de que algo faltaba o de que algo no encajaba. No llegué nunca a descubrirlo.

Barcelona, Agosto de 2003.

Con esto termina el primer folio. No está escrito por el reverso. Es solo la carta de presentación de sus pesquisas.

—¡Caramba con mamá! —exclamo en voz alta—. ¡Que calladito se lo tenía! No era la mosquita muerta que yo me creía. Si esto continúa a este ritmo, al final quizás me entere de que ella, de niña, fue la consejera militar de *Churchill*, o algo todavía más fuerte. Menos mal que las confesiones se habían terminado y que aquí solo se iban a reflejar sus investigaciones —pienso ya solo para mí, mientras tomo el segundo de los folios en mis manos y lo convierto en el protagonista de mis ojos.

27 de Abril de 1992.

He leído el Diario cuatro veces. No voy a quedarme quieta. No puedo quedarme sin hacer nada. Ahora entiendo porque se le cortó la vida a mi marido, cuando lo recibí. Su efecto fue el mismo que el de una gota de vinagre en la leche. Su orgullo no pudo admitir que él era el pobre de una familia de ricos. Tengo que encontrar algún hilo de conexión con toda esa historia. No es posible que todo se haya quedado esfumado en el pasado. Tiene que existir algún presente. Me resisto a creer que Georgina y yo seamos lo único relacionado con Jaime Pineda, mi marido.

18 de Junio de 1992.

No he podido sacar nada en claro en las oficinas de la «Generalitat». No consta ningún Josep Pineda entre los exiliados de guerra en las listas de la República. Me han prometido indagar más pero no me aseguran nada. Me han citado para Septiembre. ¡Vivir para ver! ¡La próxima vez que nazca me hago funcionaria!

Le pediré a Juan que me acompañe en mi próxima visita. Espero que un hombre infunda más respeto en todas aquellas alocadas jovencitas de detrás del mostrador de la «Atenció al ciutadà».

04 de Septiembre de 1992.

Nada reseñable que añadir acerca de Josep Pineda i Puig. Solo denuncias y más denuncias, pero nada en concreto que aporte luz sobre el paradero de su persona. Algunas de las denuncias están firmadas por su esposa Beatriz Mestre Fernández y otras por el hermano de ésta, Federico Mestre Fernández, o sea el cuñado del que nada bien habla, tu abuelo Josep en el Diario. Tanto Beatriz como Federico constan

como fallecidos. Ella en 1942, en un hospital de Villafranca y él en el año 1940, durante una reyerta de ajuste de cuentas entre grupos de encontradas ideologías políticas.

Pero sin embargo, no todo ha sido completamente negativo. Por el momento no consta que Clara, la hermana menor de mi suegra Beatriz, haya muerto. Ahora debería tener unos sesenta y cinco o sesenta y seis años. Tengo que encontrarla. Ella es el nexo de unión que me falta entre el pasado y el presente. Recuerdo que mi marido Jaime, habla de tía Clara en uno de sus escritos. Precisamente cuando la menciona diciendo que fue ella quien le enseñó todas las matemáticas que él conocía.

13 de Octubre de 1992.

He localizado a tía Clara. Mañana voy a visitarla. No ha sido fácil encontrarla. Juan ha resultado providencial al mover sus influencias. Está en una Residencia Geriátrica de Castelldefels. Me han advertido que su estado de salud es delicado y que su mente sufre algunas lagunas que en ciertas ocasiones son muy difíciles de superar. He tenido que acreditar mi parentesco con ella y he prometido no alterarla en mi visita. Juan me acompañará en coche. Tenemos tan solo sesenta minutos. La hora que va de las cinco a las seis de la tarde. Estoy nerviosa y exaltada. Pero procuraré que tú, Georgina, no me lo notes esta noche cuando vengas a casa.

14 de Octubre de 1992.

Acabamos de regresar. La definición que puedo dar de ella es que ha sido impresionante. Nos ha recibido con un porte y una distinción que me ha superado todas las expectativas que me había formado. Me ha confesado que se enteró de la muerte de su sobrino, o sea mi marido. No asistió al sepelio porque prometió no asistir a ninguno más, el día en que dieron sepultura a su hermana Beatriz.

Su historia es digna de un folletín. A pesar de que ella es la cenicienta de esa historia, he preferido escribir sus palabras en primera persona, tal y como ella me las ha contado.

Su relato es el siguiente:

«Mi hermano mayor fue hallado muerto en un callejón con dos tiros en la nuca. Era el año 1940. La guerra había terminado pero los episodios de violencia y de venganza continuaban saliendo a la luz. Mi hermana Beatriz había enfermado. Nunca superó que su marido la hubiese abandonado. No puedo hablar de su marido Josep porque en aquel entonces, yo era tan solo una niña. Me faltaban dos meses para cumplir los trece años cuando a ella la ingresaron en aquel hospital que subsistía por las limosnas de beneficencia. Mi sobrino Jaime, solo tenía cinco años y

fue internado en un orfanato de la comarca de Osona. A mí me sucedió lo mismo pero unos veinte kilómetros más al norte. No nos vimos durante más de tres años. En el segundo de ellos recibí la noticia de que mi hermana había muerto. Me llevaron a su entierro y prometí que este iba a ser el primero y el último, al que yo asistiría caminando.

Cuando estaba a punto de cumplir los dieciséis años, recibí la visita de un matrimonio de mediana edad. Eran personas ligadas al régimen que había salido vencedor en la guerra. Habían llegado de no recuerdo muy bien dónde, pero tenían la firme intención de afincarse e instalarse en Catalunya.

Ella, la señora Cisneros, iba en busca de una criada joven y fuerte que no le costase ni un duro. Y él, el señor Cisneros, buscaba otra clase de alivio, sobre todo y principalmente, para su entropierna.

En pocos días pasé del áspero camastro del hospicio a las sabanas de seda de la cama de los señores Cisneros. Sí, sí, han oído ustedes bien. He dicho de los señores Cisneros, o sea de los dos.

Mi primera negativa me costó ser forzada por él y tres amigos en la misma noche. Me amenazaron con expulsar a mi sobrino Jaime del orfanato y dejarlo en la calle. Acepte mi suerte y a partir de la noche siguiente y durante más de seis años, participé en todas las fantasías sexuales que don Enrique Cisneros, su esposa doña Leonor y todos sus amigos y amigas, fueron capaces de inventarse.

He de confesar que me acostumbré a vivir de esa forma. Tenía todo lo que necesitaba y de vez en cuando, siempre acompañada de un fiel lacayo, me dejaban ir a visitar a mi sobrino. Pasaba toda la tarde con él. Jaime era un niño muy introvertido. Yo fui la única capaz de penetrar un poco en su hermetismo. Le pude enseñar algo de lo que no quería aprender en las clases que recibía. Era tan retraído como desconfiado. No quería oír hablar de su padre. Él le culpaba de todos lo que nos había sucedido a nosotros dos y a su madre.

En 1949 me quedé embarazada. Estaba soltera y en aquellos tiempos se tenían que cuidar mucho las apariencias. Sobre todo las de aquéllos que como los señores Cisneros, eran feligreses devotos y practicantes confesos de la parroquia del barrio en el que vivíamos.

Resumiendo, que su decisión fue que abortara. Yo me negué y escapé. Volví a aparecer cuando mi estado era tan avanzado que no había ninguna posibilidad de interrupción. Les amenacé con contarle todo y ellos decidieron comportarse ante la sociedad, como unos verdaderos samaritanos. Me perdonaron ante los ojos de todos y me acogieron en su casa hasta que en Abril de 1950, di a luz a mi bebé. Era un niño fuerte y sano. Como nadie quiso reconocerle como hijo suyo, yo le di mis dos apellidos, En aquel entonces no existían las pruebas de ADN, ¿saben? Fue una lástima que no las pudieran hacer.

A finales de 1950, cuando todo ya se había acallado, me montaron un pisito en el barrio de Horta. Estaba lo suficientemente lejos para que nadie me reconociera y lo suficientemente cerca para que yo siguiese recibiendo sus visitas y la de sus amigos.

Me vi obligada a acoger a nuevas chicas y acabé siendo la administradora del prostíbulo. Digo administradora porque nunca me gustó la palabra «madame».

En 1951, cuando mi sobrino Jaime cumplió los dieciséis años, el señor Cisneros le buscó un trabajo en una panadería. Jaime siempre le estuvo muy agradecido. Yo nunca le conté que aquel infame aprovechado, se quedaba con más de la mitad de su sueldo.

Mi hijo, el pequeño Carlitos, era una dulzura conmigo pero creció en un ambiente poco recomendable para él. A los ocho años mostraba una agresividad que llegó a preocuparme mucho... pero eso ya se lo contaré otro día. ¿Vendrán ustedes a visitarme otra vez, verdad? ¿Tienen ustedes hijos? Es que ahora es la hora del chocolate. Es mi hora preferida. Soy capaz de oler un buen chocolate a cien kilómetros de distancia, ¿saben? Me tengo que ir, ¿verdad que me perdonan?».

Con estas palabras, tía Clara ha desaparecido de nuestra vista. No hemos tenido tiempo ni de despedirnos ni de darle las gracias. Pero ella no quería nuestras gracias, ella solo quería su chocolate.

No podremos visitarla hasta dentro de tres semanas. Ésas son las normas. Tenemos hora para el miércoles día 4 de Noviembre a las cinco en punto de la tarde.

Durante el relato de tía Clara, he podido observar como a Juan se le escapaba alguna que otra lágrima. No le he preguntado nada aunque imagino que se ha visto retratado directamente o a través de alguien muy cercano en algún pasaje de la historia que nos ha contado tía Clara.

No hemos pronunciado palabra en el viaje de regreso al corazón de Barcelona.

04 de Noviembre de 1992.

Ha sido un desengaño total. Ése es el resumen de la visita de hoy a tía Clara. No nos han dejado verla porque se encuentra muy débil. Ha empeorado mucho desde nuestra primera visita. Los médicos no han autorizado nuestro encuentro. Hemos preguntado cuándo podremos verla de nuevo y la respuesta ha sido que debemos llamar por teléfono primero para evitarnos viajes baldíos como el de hoy.

Estoy desolada. Había puesto mis esperanzas en esa visita. Ahora tendré que centrar de nuevo mis esfuerzos en la figura de mi suegro. He de averiguar que sucedió con él. Si por lo menos tuviera la carta que acompañó la entrega del Diario a mi marido. Con ella tendría por dónde poder empezar. Podría preguntar en la Notaria si todavía les constaba alguna dirección o si tenían alguna noticia al respecto. Pero no la tengo y eso va a ser muy difícil.

Acabo de terminar el cuarto folio. Son las dos menos veinte y tengo que frenar la lectura. Mi madre ha vuelto a sorprenderme. Lo ha hecho una vez más con tía Clara. Ella llegó a conocer a tía Clara y nunca me lo dijo. ¿Por qué no lo hizo? Se me hace duro de entender. ¿Acaso pensó que yo iba a entrometerme? No, no fue eso. Creo adivinar el porqué de todo. Ésta era su gran sorpresa. Éste era su gran regalo para mí.

Recojo todos los papeles pero esta vez hago cuatro grupos en lugar de tres. He dividido el tercer grupo en dos partes. La que ya he leído y la que todavía no conozco.

Las guardo todas en el escondite de Juan. Ahora ya sé cómo llamar al escondite del Diario. Lo cierro y me guardo la llave en el momento en que suena el móvil de línea unívoca.

—¿No habrás comido todavía, verdad?

—No, ahora mismo iba a preparármela.

—No lo hagas. Llegaré en quince minutos. Tenemos una comida de trabajo con tres personas más. Dos de ellas ya las conoces y la tercera nos será presentada en la mesa.

—¿De trabajo? —pregunto yo.

—No pierdas el tiempo. Ya solo te quedan catorce minutos. Vístete para la ocasión. Ya sabes, ni demasiado elegante ni tampoco demasiado informal.

—No sé cómo es esa manera que no es lo uno ni lo otro —vuelvo a protestar.

—Tengo que dejarte, *ciao*. Me quedo sin cobertura.

Otra vez. Ya me ha sucedido otra vez. He vuelto a quedarme como una tonta con el teléfono en la mano y mil dudas existenciales en la otra. ¿Pero, por qué le hago caso? Debería quedarme sin hacer nada y decirle cuando llegue que así no se hacen las cosas. Sin embargo, esta vez tampoco voy a planteármelo como debiera. Tengo que darme prisa porque tan solo me quedan ya trece minutos.

Son las seis en punto cuando abro la puerta de casa. Lo sé porque oigo el carillón musical en el reloj del comedor. Marc se ha ido con su hermano. Volverá a las ocho y media. Se quedará a cenar y a dormir. La comida ha sido efectivamente de trabajo. Mucho más de trabajo que lo que yo podía suponer. La persona que no conocía es mi sustituta. Se llama Graciela Campderrich y es suboficial de la policía. Cuando Marc y yo hemos llegado al restaurante, ella ya estaba sentada en la mesa con su jefe actual, o sea Carles y con el que va a ser su nuevo jefe a partir de ahora, o sea Garavaia. Creo que este último se ha alegrado mucho al verme. No esperaba mi presencia y estaba realmente sorprendido. Marc y yo les hemos explicado todo lo que habíamos averiguado. Parece ser que el asunto está muy maduro y Graciela va a ser la encargada de destapar el tema en un ejercicio de irresponsabilidad y de inexperiencia que solo una novata puede hacer.

Graciela empezó ayer lunes en la oficina y el consabido cerdo ya ha comenzado a

relamerse con su nueva víctima. La chica es joven y está de buen ver. Además me han contado que está actuando de una forma despistada que invita a los demás a que se aprovechen de ella. Es decir, que es de las que tropiezan con un hombre y después de haberle obsequiado con un buen restregón de sus pechos, va y encima les pide perdón. Es el cebo ideal. El asqueroso de Méndez caerá de buen seguro de cuatro patas con ella.

Garavaia y Carles han convenido en dar cobertura legal y oficial a Marc. Sus actos y su presencia en la oficina, el día del disfraz de fontanero, van a considerarse investigaciones policiales con el permiso explícito del apoderado de la Empresa, o sea Garavaia. Ambos creen que no se tardará en hacerlo salir todo a flote. Garavaia me ha dicho que descanse porque cuando regrese voy a tener más responsabilidades que antes. Ha dicho delante de todos que nunca olvidará lo que hice por él.

Me gustaría retomar la lectura, pero ahora no tengo tiempo. He de comenzar a preparar la lubina aunque no tengo ni asomo de hambre. Garavaia se ha vuelto loco pidiendo platos. Ha querido demostrar su agradecimiento actuando como un buen anfitrión.

Que poco me van a durar las pretendidas vacaciones! Supongo que más responsabilidad irá acompañada de más sueldo, ¿no? No me irá mal cobrar un poco más. Les he recordado sin embargo, que quiero estar presente el día que abran en canal al cerdo de Méndez.

Mientras me estoy moviendo por la cocina, mi mente recuerda lo que he leído esta mañana acerca de la tía Clara. Mi madre se entusiasmó con ella pero yo he tenido otra percepción. A mí, su persona me ha transmitido un mensaje de intriga. Todavía no sé por qué, pero lo ha hecho. He notado a lo largo de su extenso relato un mismo denominador común. A mi entender perseguía dar pena. Yo no he percibido debilidad en ningún momento, sino todo lo contrario.

Creo que todas sus palabras estaban medidas con una precisión exquisita. Y lo que es más, ella ha logrado administrar y medir el tiempo con una precisión de relojería para que llegase la hora del chocolate, en el momento en que empezaba a hablar de su hijo. ¿Qué habrá sido de Carlitos? ¿Por qué mi madre no se centró en él, en lugar de en mi abuelo?

En el año 1992, Carlitos Mestre Fernández debía tener más de cuarenta años. ¿Acaso también había muerto? Tía Clara no ha dicho nada de eso. Tan solo ha colocado su personaje en escena de forma estratégica y acto seguido ha bajado el telón y ha dado por terminada la función. Eso hace que yo me reafirme en que ella, era una instigadora de mucho cuidado. El hecho de que tres semanas después ya no quisiese hablar con mi madre me lo confirma. No puedo admitir que ella era débil. No después de conocer todo lo que ella tuvo que soportar. Su carácter debió forjarse duro como el granito e insensible como la roca calcárea. Y si a todo eso, le unimos el

odio por algo o por alguien, tenemos otra vez el mismo resultado, al que yo ya había llegado.

Mañana mismo voy a comenzar con mis propias investigaciones. No quiero por el momento, molestar a mi futuro cuñado con elucubraciones neuróticas de una solterona sin trabajo. ¿He dicho sin trabajo? Pues es falso. ¿He dicho solterona? Pues también es falso. ¿He dicho cuñado? Pues esto es totalmente cierto.

—¡Caramba, cómo he cambiado en poco más de un mes!

Capítulo 26

MIÉRCOLES, 2 de marzo de 2005. 08 horas 47 minutos.

Soy una buena alumna y también soy terca como una mula. Esta noche pasada casi no hemos dormido. ¡He descubierto el poder de la red! Ahora mismo estoy navegando por ella. Marc me ha dejado el portátil. Me ha enseñado a colarme por los distintos «wi-fi» que detecta su ordenador portátil. Los detecto, los «crackeo,» y a volar. Es fascinante.

En tan solo diez minutos he obtenido los teléfonos de todas las Residencias para gente de la tercera edad de Castelldefels. Son exactamente dieciocho. Me he aprovechado de una de las claves de acceso que Marc, como profesor de la Universidad, tiene concedida. Tengo que ir a comprar otra vez. Esta noche viene Carles a cenar. Marc, queriéndome hacer un favor, me ha complicado la vida cuando me ha confesado que su hermano siente una especial debilidad por las croquetas caseras. En fin, esta va a ser mi nueva familia. Tengo la agradabilísima sensación de que voy a tener que cuidar de esos dos niños grandotes durante el resto de mi vida.

—¡Que placer poder hacerlo!

He localizado a tía Clara. Mejor dicho, he encontrado la Residencia donde ella murió en Febrero de 1993. Eso quiere decir, tres meses después de la visita de mi madre. ¿Me habré equivocado en mi diagnóstico sobre ella? Hay algo dentro de mí, que me dice y me repite que no.

Tengo la preparación de las croquetas en marcha y el vino en la nevera. Como es un vino tinto lo sacaré dos horas antes de la cena y así tendrá la temperatura perfecta. El resto de la cena será un pica-pica informal que prepararé esta tarde a última hora. Ahora pasan pocos minutos de las doce. Tengo tiempo suficiente para leer. Recupero los cuatro grupos de papeles. Esto se acaba. No quiero contar los que me faltan por leer, pero calculo que como máximo son solo seis o siete folios.

16 de Noviembre de 1992.

He cursado dos peticiones en el Consulado de Francia. Una a nombre de Josep Pineda i Puig y la otra a nombre de Jean Leblanc. Van a tardar en contestarme porque el Consulado reduce su personal con motivo de las fiestas navideñas. Como es lo mismo esperar una respuesta que dos, mañana cursaré estas mismas peticiones en el Consulado de Suiza.

Otra cosa, hija mía. No quiero precipitarme pero creo que pronto te podré anunciar un descubrimiento.

Ahora le ha salido la vena misteriosa. ¿Cómo pude vivir tantos años a su lado y

no darme cuenta? ¿Cómo pudo ella esconderme todo eso? ¡Cuán distinta la veo ahora de lo que la veía antes! Recuerdo que mi madre era del signo de Piscis. No era del signo de Géminis. ¿Cómo pudo tener una segunda personalidad tan bien escondida? Mi querido y admirado doctor Miralles, acude a mi mente. Ahora sé de dónde me viene esa dualidad que él siempre defiende que ve en mí. Está claro que la habré heredado de mi madre. Y tal vez me vea influenciada también por el hecho de haber tenido un hermano gemelo.

Recordar a mi hermano me ha producido un fuerte latigazo en toda mi columna vertebral. Tengo la sensación de que me estoy acercando a algo, pero todavía no sé a qué. Puede ser que solo sea el anuncio que acabo de leer de mi madre. O quizás, puede que me imagine que Carles me ha de explicar algo del Diario que yo no sé después de haberlo analizado. Lo cierto es que estoy muy nerviosa, o quizás sea mejor decir excitada, por lo que yo intuyo que se acerca. La verdad es que todo esto me crea un estado de hiperactividad que no me deja estar sentada y leyendo más de cinco minutos seguidos. Tengo que intentar calmarme, o tal vez sería mejor decir, modularme. Definitivamente, creo que no encuentro ninguna palabra que defina justamente mi estado actual.

A pesar de todo, sigo leyendo.

03 de Diciembre de 1992.

¡Cuántas paradojas nos depara la vida! Estoy segura de que acabo de descubrir la clave de la cuenta numerada. Si tu padre me hubiera dejado participar, ahora todo sería distinto. Hubiéramos podido acceder a ella y disponer del dinero que había dejado tu abuelo. Pero él no me dejó. Y no solo eso, sino que nunca pude ver la carta que recibió del Notario. Y aquí toma cuerpo la paradoja. Tu padre tuvo en sus manos el número de la cuenta pero no supo descifrar la clave. Y ahora que yo estoy convencida de que he dado con ella, no puedo comprobarlo porque no conozco de qué cuenta numerada se trata.

Ya sé que no te va a servir de nada, pero al menos voy a enardecer un poquito mi ego personal, si te lo cuento. Por seguridad, no voy a dejarla escrita. Tan solo te daré las coordenadas esenciales para que tú también la deduzcas. Nadie que no tenga el Diario, no podría nunca saberla aunque leyera este escrito mío.

Tu abuelo dejó efectivamente la clave en el Diario. Te preguntarás, ¿dónde?, ¿en qué página? Eso según he podido leer, fue lo que le sucedió a tu padre. Sin embargo, la clave es todo el Diario en sí. La clave es el porqué de su existencia y también todo lo que está escrito en él. Tu abuelo habla de doce cifras que en total suman el número tres y tu padre se volvió loco intentando esclarecer esa circunstancia, sin tener nunca en cuenta que hasta un reloj parado es capaz de marcar la hora correcta y exacta, dos veces por día.

Las doce cifras son en realidad seis parejas de dos cifras. Tres de esas parejas están muy claras porque son el detonante de la transmisión del Diario de padre a hijo. Son por lo tanto las dos cifras finales de los años de nacimiento de los tres primogénitos. El de tu bisabuelo Jacinto, el de tu abuelo Josep y el de Jaime, tu padre.

Eso lo tuve claro desde el principio. Sin embargo, me continuaban faltando las seis cifras restantes y luego el orden correcto de todas ellas.

Fue precisamente después de la visita a tía Clara cuando todo empezó a tomar cuerpo. Estaba yo sola en casa cuando mi pensamiento pronunció una frase sorda que no llegó a salir por mi boca pero que sirvió para que abriera los ojos. La frase que me dije fue ¡Sería fabuloso poder enumerar la cantidad de cosas que nos pasan en la vida! La frase se balanceó en mi cabeza como si se tratase del péndulo de Foucault, dando vueltas sin parar hasta que lo comprendí todo.

Las otras seis cifras también debían ser tres parejas de dos dígitos y tenían que ser la cantidad de episodios que cada uno de los padres había escrito en el Diario, hasta que tuvieron que transmitirlo o cederlo a su respectivo primogénito. Así que los conté. Tu tatarabuelo Jacinto fue el más prolífico. Tu bisabuelo Joaquín, el más parco de todos ellos y tu abuelo Josep, se aprovechó de todo y construyó la clave teniendo en cuenta el número ordinal de su último episodio.

Además, no sé si voluntaria o involuntariamente, aunque más me inclino por lo primero, tu abuelo nos dejó a modo de ayuda, la inestimable pista de que eran doce cifras y que todas ellas en conjunto sumaban el número tres. Fíjate que las cifras del número doce son un «uno» y un «dos» y también suman tres.

Para terminar tienes que reparar en que el «uno» va antes del «dos». Eso me hizo caer en la cuenta de que el orden de las parejas de números tenía que ser el que refleja correctamente la sucesión de los eventos del Diario. Primero el nacimiento del hijo de Jacinto, luego el número de episodios que él escribió, después el nacimiento del hijo de Joaquín y así hasta llegar al número con el que tu abuelo Josep termina sus intervenciones. Como una de las parejas de números era un número simple, inferior a diez, le coloqué un cero por delante y así obtuve la clave completa de las doce cifras que llegaban a sumar tres.

No dudo de que tú misma hubieras podido llegar a descubrirla pero por si todavía no lo habías hecho aquí está y aquí termina mi explicación.

Tu abuelo Josep era un mago de los números. Cuando construyas la clave verás que las doce cifras suman en realidad el número cuarenta y ocho. Pero ten en cuenta que el «cuatro» y el «ocho» vuelven a sumar «doce». Y que el número «doce» nos conduce de nuevo e irremisiblemente, al número «tres».

Finalmente quiero que repares en el hecho de que ellos, también eran «tres». Nunca me había sentido demasiado atraída por las matemáticas pero puedo

asegurarte que ahora las adoro. Estoy impresionada por la capacidad de lenguaje que tienen los números por si solos.

Me gustaría haberte sorprendido con mi descubrimiento. Me gustaría mucho que te sintieras orgullosa de mí.

Mañana será viernes. Voy a ir al Consulado Americano. ¡A ver si allí tengo más suerte!

Joder, con la mamá reina de las sorpresas! ¡Y pensar que yo no me atrevía a pedirle que me ayudase en las tareas escolares, porque estaba convencida que ella no sabía nada de nada! Ya no me queda ninguna duda. ¡Esa mujer era la hostia! ¿Tiene que morirse alguien para poder entrar en otra dimensión personal? ¿Es estrictamente necesario que esto sea siempre así?

Es la hora de comer pero no tengo hambre. Ahora sí que cuento los folios que me quedan. Al hacerlo veo algo que me hiela la sangre. La causa de ello es un sentimiento que me llena de alegría y de emoción. Quedan tan solo cuatro folios y de esos cuatro, el segundo de ellos tiene una letra distinta pero que yo he reconocido al instante. ¡Lo encontré! Mi madre logró encontrarle. Esa letra es inconfundiblemente, la de mi abuelo Josep.

Vuelvo a estar nerviosa. Me levanto y voy a la cocina. Lo reviso todo y todo está correcto. El asado de pollo está casi listo y mi toque especial para las croquetas, también. Cojo la cuchara de madera y lo remuevo todo para que no se agarre nada a la cazuela de barro. Bajo la intensidad del fuego hasta el mínimo y me vuelvo a la mesa.

Frente a mí, están los cuatro folios que restan. Al sentarme, fijo mi vista en el primero de ellos.

04de Diciembre de 1992.

Creo que voy a tener éxito. He de volver al Consulado de los Estados Unidos el próximo viernes, día 11. Tengo la impresión de que ellos tienen algo. No sé lo que es exactamente pero creo que por fin he dado en la diana.

Todo ha sucedido de una forma casual, extraña y sorprendente. Ya me marchaba resignada a mi fracaso cuando una persona de edad que trabaja en el consulado se ha cruzado en la conversación, al oír el nombre de tu abuelo. Ella lo ha pronunciado de forma muy distinta. Algo así como «Yosef Painida», pero ante mi asombro lo ha escrito de forma totalmente correcta. Me ha dicho que recuerda una carta dirigida a este Consulado de Barcelona por una persona que tenía ese nombre. Eso sucedió hace bastantes años durante su primera semana de trabajo en el Consulado. Por eso se le quedó grabado el nombre y el hecho de que es muy poco habitual. Me ha pedido tiempo para ver si logra encontrar la carta.

He salido flotando del Consulado. He regresado andando a casa. Las luces navideñas de las calles se han mezclado con las chispas internas de mi cuerpo. Me siento radiante. Estoy ansiosa por poderlo confirmar todo.

07 de Diciembre de 1992.

No he podido resistir la tentación. Le he pedido a Juan que me acompañase a visitar a tía Clara. No teníamos cita pero he logrado que me la dejasen ver un par de minutos. Han sido los suficientes para poderle decir a ella, que creía haber localizado al marido de su hermana Beatriz. Aunque su salud es muy precaria, me ha parecido ver que su cara se iluminaba por un momento. Creo que he acertado en mi decisión de hacérselo saber antes de que le llegue la muerte. Por lo que me han dicho, no va durar mucho tiempo.

—¡Y un cuerno! —grito yo, aunque no me oye nadie—. Hiciste mal mamá. Le diste la información a quien no debías. Informaste de todo a la instigadora. Ahora recuerdo que fue por esta época cuando comenzaron aquellas extrañas llamadas telefónicas que yo no entendía pero que tú sí que debías haberlas relacionado. En aquel 1993, empezaron las llamadas silenciosas a media noche y también aquellas cartas anónimas que eran del todo incomprensibles para mí. También recuerdo que entraron dos veces a robar en casa aunque no se llevaron nada. Ahora veo que todo estaba relacionado con el Diario, sin ninguna clase de duda.

Tú, mamá, lo volviste a poner de actualidad. Tú reavivaste la llama dormida del Diario, cuando se lo confesaste todo a tía Clara. Lo que estaba olvidado o por lo menos permanecía en estado de letargo, volvió a renacer de sus cenizas y todo comenzó de nuevo.

Doy un salto y voy a la cocina. Suerte que había bajado el fuego. Lo apago y todo está ya listo. Ya puedo empezar a triturar y macerar la masa para poderla dejar en reposo.

Me vuelvo a la mesa maldiciendo por primera vez la incontinencia verbal y la ingenuidad de mi madre. Mi hermano gemelo se me vuelve a aparecer como si fuera un cometa errante en mi galaxia.

Doy vuelta a la hoja y centro mi lectura en el reverso de la misma.

11 de Diciembre de 1992.

Me siento muy satisfecha. Estaba segura de que mi suegro no podía haber desaparecido sin más. Él Diario no me había transmitido que él fuera de esa clase de hombres y al final todo acaba teniendo una explicación. Las situaciones son siempre la consecuencia de otras situaciones que nos sucedieron con anterioridad.

En el Consulado me han entregado una carta que estaba dirigida a mi marido,

Jaime Pineda. He justificado mi parentesco con el Libro de Familia. El hecho de que Jaime hubiera muerto, me ha permitido recogerla a mí. Primero han dudado un poco pero luego han accedido a hacerlo. No había ningún motivo para negarse después de 21 años.

No he abierto la carta allí. Me la he guardado en el bolsillo y he venido corriendo a casa. Ahora mismo acabo de leerla. Prefiero no emitir ningún comentario de ella y dejar que la leas por ti misma.

La carta está fechada el 12 de Febrero de 1971 y la he incorporado a estas hojas. Espero que la disfrutes mucho, Georgina.

El escrito de mi madre termina dejando casi media página en blanco. Solo quedan tres hojas y la que ahora está ante mi vista, tiene un color blanco más apagado que el resto. Es como si hubiera abandonado su brillo para poder llegar a mis manos.

Paso la yema de mis dedos por encima de la letra de mi abuelo. Lo hago con mucha suavidad, como si tuviera miedo de que con este acto pudiera emborronar las palabras que el tiempo ya ha secado de forma más que suficiente.

Reemprendo la lectura con alguna que otra lágrima en mis ojos.

Querido Jaime. Siento que mis días se están acabando y lo hacen con una pena que no he podido acallar nunca. Siempre te tuve presente, hijo mío, y espero que estas líneas te den fe de ello y te sirvan para conocer que lo que te digo es verdad.

No pude salir de Francia hasta Noviembre de 1938. En un principio mi estancia en Inglaterra tenía que ser solo de dos o tres semanas, pero se alargó casi ocho años, hasta el año 1946. El motivo fue el inminente comienzo de la guerra. Para regularizar mi situación en el Reino Unido, me apunté voluntario a los servicios técnicos de la «RAF». Mis conocimientos de Ingeniería y del idioma francés, me llevaron a formar parte de un equipo de especialistas que trataban de encontrar formas para frenar y prevenir los ataques de la Luftwaffe alemana sobre Londres. Trabajábamos en un sótano de la capital británica, cuando Hitler envió las primeras «V1» y fui herido de gravedad. Tuvieron que amputarme la pierna izquierda.

Cuando salí del hospital, con solo una pierna y con dos muletas, me trasladaron a Capetown, en Sudáfrica. Desde allí continué mi labor de investigación para encontrar medios con los que anticiparse a la amenaza que suponían las «V1» y posteriormente las «V2» y las «V3».

Al finalizar la guerra fui laureado con la Cruz de Honor y los Estados Unidos me abrieron sus puertas de par en par. Me instalé en la costa este. Adquirí una especie de finca parecida a un rancho en el condado de «Delaware». En mi estado, no me atreví a volver nunca a España. Hubiera sido una presa demasiado fácil para mis enemigos. Mantuve siempre la cuenta de Suiza con el dinero suficiente para ti y para los tuyos. Aquí me sentía libre. Montar a caballo me concedía la libertad que mi

pierna ortopédica me condicionaba en el suelo. En 1952, me casé con una mujer extraordinaria. Su nombre era Melanie. Eso hizo que yo echara raíces definitivamente en este gran país. En 1967 recibimos una noticia que nos llenó de alegría. Supimos que se te había entregado el Diario. El Notario francés tenía órdenes estrictas de hacerme llegar solo esa notificación. Confiábamos también en que pronto recibiríamos el extracto del banco con la noticia de tus movimientos. Pero no fue así. Los meses fueron pasando y entonces me sucedió lo peor que podía desear. Melanie enfermó y falleció tras cuatro crueles meses de lucha por sobrevivir. Su muerte me produjo una enorme depresión.

Cuando en 1969, observé que no había habido movimientos, retiré todos los fondos del banco suizo y los trasladé a mi cuenta del Bank of New York, en Delaware. Ahora que estoy llegando al final de mi última etapa, me gustaría que mi familia se aprovechara de todos mis esfuerzos. Creo que el dinero que hay en el banco americano es un buen pellizco nada desdeñable. He dejado escrito que si transcurridos 25 años después de mi muerte, nadie ha podido acceder a la cuenta es que tengo que suponer que ya no tengo familia. En este caso el dinero se distribuirá a partes iguales entre cuatro asociaciones benéficas de Delaware. El número de la cuenta del Bank of New York, está en un sobre depositado en la caja de seguridad número A73002 de la oficina 1533 del mismo banco. No te será difícil encontrar el número de teléfono de la oficina. Llámales y dales la clave para que te abran la caja y te envíen el sobre a la dirección que tú les indiques. No te preocupes. Ellos seguirán tus órdenes al pie de la letra. La clave secreta de la caja de seguridad, son los seis dígitos impares de la clave del banco suizo. O sea el primero, el tercero, el quinto y así hasta el último que es el onceavo.

Cuando tengas el número de la cuenta, podrás acceder a ella porque la clave de acceso es la misma que la del banco suizo pero al revés. Los doce dígitos son los mismos y continúan sumando «tres» pero están ordenados al revés. El primero es ahora el último y el último el primero.

La prudencia me sigue obligando a continuar siendo precavido.

Solo tú tienes el Diario y la clave sigue siendo su propia historia pero ahora, al revés.

Qué tengas mucha suerte en tu vida.

Tu padre que nunca te olvidó.

Josep Pineda i Puig.

Delaware, 12 de Febrero de 1971.

—¡Guau! —exclamo en voz alta y rápidamente añado—. ¡Todo era rigurosamente cierto!

Solo me quedan dos folios y el último de ellos solo está escrito por una cara. Me levanto con el pensamiento centrado en la carta de mi abuelo. Inmediatamente caigo en la cuenta que desde 1971 a hoy han pasado más de treinta años y que por lo tanto, el dinero ya habrá hecho felices a las asociaciones benéficas.

¡Otra paradoja más! Mi padre arruina su vida por no descubrir la clave. Mi madre la descubre pero no le sirve de nada y yo me entero de todo cuando ya es demasiado tarde.

Me concentro en las croquetas. Ya tengo la masa reposada y lista para rebozar. Empiezo haciendo las porciones con las manos para ver cuantas me salen. Cuando ya tengo batidos los huevos, extendiendo el pan rallado en una bandeja cuando de repente, algo me viene a la memoria.

¡Mi madre me engañó! Me dijo que era un ejercicio cuando me hizo redactar aquella carta a un supuesto banco de Australia. Se aprovechó de mis conocimientos de inglés y ella solo tuvo que cambiar el nombre del banco y el número de la cuenta.

Un impulso hace que dirija mis pasos otra vez hacia el comedor. Sin embargo, cuando estoy a medio camino, me doy cuenta que tengo las manos pringadas de masa, huevo y pan rallado. Regreso sobre mis pasos y decido terminar la preparación de las croquetas.

Mi mente no para. Va realizando cuentas sin cesar. Es de suponer que mi abuelo murió en 1971. Si mi madre descubrió la clave en 1992, solo habían pasado veintiún años. ¿Fue ella capaz de hacer saltar la banca? ¿Logró hacer movimientos en la cuenta y anular el efecto de los veinticinco años? Cada minuto que pasa estoy convencida de que sí lo hizo.

La Navidad del 92. La Navidad Olímpica como la llamaba ella, fue una bendición porque le tocó la lotería. No fue mucho pero para nosotras dos, sí que lo representó. ¿Le tocó realmente la lotería? Me temo que no fue así.

Me cuesta dar la forma correcta a las últimas croquetas. Mis dedos tiemblan y no consiguen dejarlas lisas. El rebozado las disimula un poco pero no es del todo suficiente. Decido dejarlas como están. Así parecerán más caseras. Me lavo las manos y voy en busca de las dos últimas hojas.

21 de Diciembre de 1992.

Acabo de regresar. Cuando lees estas líneas seguro que te acordarás de aquel viaje sorpresa de cinco días al Pirineo, con unas amigas que tú ni siquiera conocías. Te mentí. Lo que realmente sucedió fue que me fui con Juan a Nueva York. Juan también habla inglés aunque no lo hace tan bien como tú. Allí alquilamos un coche y

nos dirigimos hacia el sur, en dirección a Delaware. Localizamos la oficina del banco y él se presentó como mi abogado. Dijimos que queríamos abrir la caja de seguridad número A73002 y les dimos la clave secreta. Después de unos tensos segundos de comprobación nos dieron el «OK». ¡Qué bien me sonaron esas dos letras! Accedimos a la caja y cogimos el sobre. Lo abrimos y leímos el número de la cuenta. Volvimos con nuestro interlocutor y con el número de cuenta y la clave de los doce dígitos, le pedimos que hiciera una transferencia de cinco mil dólares a nuestra cuenta en Barcelona.

Casi no puedo escribir. Me tiemblan las manos y las piernas. Mi estómago sube y baja como si estuviera en un viaje cíclico que no tuviera fin. El movimiento de mis mandíbulas hacen que mis dientes castañeen, sin poderlo evitar. Ahora mismo acabo de venir de nuestro banco y he comprobado la cuenta. Nos han ingresado el contravalor de los cinco mil dólares. Pero no quiero que tú te enteres de ello ahora. Este va a ser mi gran triunfo y también mi gran secreto, hija mía. Voy a disfrutar cada día de mi vida pensando en la sorpresa que te voy a regalar cuando yo muera. Quiero ser feliz pensando en lo que yo conozco cuando te mire a la cara. Quizás cuando lo sepas, pensarás que estaba loca. Es verdad, estoy loca de contenta y sin deseos de renunciar a esta dulce locura. Los secretos son maravillosos, Georgina. Y lo son mucho más cuando son secretos para hacer el bien y para disfrutar en silencio de la persona que más quieres.

¿Has oído alguna vez el sonido del silencio? ¿Has podido sentir el calor del frío en tu piel? ¿Puedes, ahora que no estoy, sentir la presencia de mi amor por ti?

Esta Navidad va a ser diferente. Me duele reconocerlo pero el dinero lo hace todo diferente. Pero a ti, te mentiré. Te diré que me ha tocado la lotería. ¿Acaso no es la mentira una representación interesada de la propia verdad? ¿Y no es menos cierto que la verdad no existe en estado puro? ¿No son las mentiras esas pequeñas impurezas que ayudan a que una verdad sea todavía más verdad?

Juan dice que últimamente me he vuelto una filósofa. Yo rezo a Dios para que encuentres un hombre que te merezca. Te deseo toda la suerte del mundo. Yo tuve esa suerte y lo encontré. Lo encontré tarde pero lo encontré. Un solo minuto a su lado me compensó de todo lo que tuve que pasar antes de encontrarle.

¡Vaya!, Mamá también era romántica y ejercía de pitonisa. La verdad es que me hubiera gustado mucho conocer a Juan y que ella hubiera conocido a Marc. Seguro que hubiéramos congeniado los cuatro a las mil maravillas. Pero, otra duda me embarga de repente. ¿Qué hizo ella con el número de la cuenta americana? ¿Dónde lo guardó? ¿Cómo voy yo a saberlo ahora? ¿Cuánto dinero habrá en la cuenta? Me tranquilizo al leer las líneas que terminan el episodio de ese 21 de Diciembre de 1992.

En Delaware cursé orden de realizar una transferencia anual con la idea de mantener vivos los movimientos de la cuenta. Serán mil dólares al año con carácter testimonial. Tú, cuando llegue el momento, tan solo tienes que ir a nuestro banco y pedir el documento de la última transferencia. Allí encontrarás la cuenta origen. Tú hablas inglés y puedes ordenarles que cambien la cantidad de dinero y la frecuencia. Ya sabes la clave. Yo no he querido nunca conocer el saldo de la cuenta americana. Di órdenes de que no me lo enviaran. No me correspondía. Ahora ya es cosa tuya. Es el dinero de tu familia. Nadie que no seas tú, tiene ningún derecho a tocarlo. Sea la cantidad que sea, solo te pido que le des un buen uso, hija mía. Deja que el dinero te cambie las cosas que te rodean, pero nunca le permitas que te cambie a ti.

¡Qué seas muy feliz!

Mamá.

El escrito acaba antes de la mitad del reverso de la hoja. Ya solo me queda la última hoja por leer. Está escrita con tinta distinta a las demás. Es como si hubiera sido escrita mucho después.

Mis ojos la recorren toda en busca de una fecha. La encuentro casi al pie de la página. La fecha es del 16 de Agosto de 1995.

Empiezo a leerla desde el principio.

Querida hija mía.

He dudado mucho antes de decidirme a escribir lo que encontrarás a continuación. Juan opina que estoy muy susceptible y que me dejo impresionar por cosas sin importancia. Asegura que desde que hicimos el viaje a los Estados Unidos, veo fantasmas en todas las esquinas.

Primero le di la razón. Creo que lo hice porque también era la manera más fácil de acomodarme y aceptar que todo era normal. Sin embargo, últimamente he puesto los cinco sentidos en una alerta perenne. Lo que he podido observar y comprobar no me deja lugar a dudas y quiero ponerte en sobre aviso.

Tengo la impresión de que me vigilan. No es una ilusión óptica. Es más bien una realidad palpable. Tú sabes que me cuesta recordar un nombre. Sin embargo, tú también conoces de sobras que nunca olvido una cara.

Pues bien, hoy he visto la misma cara repetida en tres ocasiones. Han sido tres sitios dispares y diferentes. La primera vez ha sido al salir de la panadería. Me he fijado en él porque llevaba uno de los picos del cuello de la camisa disparado hacia arriba. Me he sorprendido ver la misma cara dos horas después cuando yo me

disponía a entrar en la oficina del banco. Quería retirar dinero pero he cogido miedo y no he realizado ninguna operación. He esperado unos minutos y me he dirigido a casa sin demorarme en nada. Mi sorpresa ha sido mayúscula cuando me he cruzado con él en la escalera. Se me ha helado la sangre cuando se ha parado para dejarme pasar y me ha dicho, «Buenos días, señora Pineda».

Yo no le conozco de nada y él en cambio conoce mi nombre y dónde vivo. Cuando se lo he contado a Juan, se ha reído mucho y ha bromeado conmigo al decirme que no es extraño que todavía tenga admiradores. Yo no opino lo mismo y ésa es la razón por la que sin querer asustarte, me he inclinado por la opción de avisarte.

Mantén los ojos bien abiertos, Georgina. La codicia es la primera consejera del diablo. A menudo es ella misma la que actúa como si fuera su abogado defensor. En la codicia se amparan y se pretenden justificar, las peores vilezas de la raza humana.

Cuídate mucho.

Mamá.

Añadiremos una más, a las hasta ahora, desconocidas cualidades de mi madre. Esta vez es su capacidad de premonición la que me sorprende. Sin embargo, su testimonio se convierte para mí en algo mucho más tangible e importante. Ahora tengo la constatación de que alguien conoce nuestro secreto. Alguien que ha ido variando el enfoque de su punto de mira. Primero hacia mi padre, después hacia mi madre y finalmente hacia mi persona. Tiene que tratarse forzosamente de alguien que nos conozca. Alguien que además, sea sabedor de nuestra historia. Alguien que aunque no haya nunca visto ni leído el Diario, tenga sin embargo, la completa certeza de que este existe. En definitiva, ese alguien tiene que ser una persona relativamente cercana o emparentada con nosotros y llegados a ese punto, tan solo se me ocurre un nombre. Carlitos, el hijo de tía Clara.

Yo, hasta hace bien poco, desconocía su existencia. Creo que a mi madre le sucedió lo mismo. Como ella muy bien ha explicado, mi padre no solía hablar de su familia ni de sus cosas. Es difícil pensar que mi padre no supiera que tía Clara había tenido un hijo. Sin embargo, no es muy difícil de admitir que él nunca hablara de ello. La figura de este primo segundo es para mí, como poco, algo enigmática. No obstante, siempre he tenido claro el papel instigador de la figura de su madre. Tía Clara, muy seguramente llevada por las circunstancias de su propia vida, se tornó introvertida y recelosa. Encontró en mi abuelo Josep, el chivo expiatorio de todas las desgracias que ella había padecido. Y quizás eso, voluntaria o involuntariamente, influyó en su hijo.

Carlitos puede ser la figura que en la sombra haya podido incordiar a mi padre, a

mi madre y ahora a mí. Su edad se lo puede haber permitido en los tres casos. Hablaré con Carles esta noche cuando venga a cenar. Quiero que investigue sobre él.

Capítulo 27

MIÉRCOLES, 2 de marzo de 2005. 20 horas 21 minutos.

Ya está todo listo. La mesa está adornada como si se tratase de una ocasión especial. Sinceramente creo que esta noche va a ser una de ellas. Yo no voy a tener la preocupación de que mañana tengo que madrugar. No voy a tener ninguna prisa por terminar la velada. Hoy juego con ventaja. Tengo vacaciones pagadas y voy a aprovechar esta circunstancia. Creo que ya no tardarán en llegar.

Suena el timbre. Es Marc y viene solo.

—Carles va a tardar todavía una media hora —me dice al entrar—. Me ha telefoneado y me ha anticipado que trae noticias frescas.

—Yo también las tengo. Y espero poder contrastar algunas de ellas con tu hermano.

—Ya veo que mi velada va a convertirse de nuevo, en ser un puro espectador de un partido de tenis, en el que las pelotas han sido sustituidas por preguntas y más preguntas. Habrá que aceptarlo. ¡Hay cosas mucho peores! —me dice, resignándose a su suerte en medio de una sonrisa que no puede ni quiere disimular—. ¡Con tal de que Carles se marche pronto! —añade con un movimiento de ojos que hacen que se le entienda todo.

—Yo no tengo prisa. Mañana no tengo que madrugar —apunto con ganas de buscarle las cosquillas.

—¡Que interesante se plantea la noche! ¿Te ayudo en algo?

—Está todo listo. Solo falta servirlo en la mesa y eso será cuando tu hermano haya llegado.

—Entonces, sentémonos en el sofá y me cuentas tus noticias. Aunque solo sea en eso, quiero llevarle alguna ventaja.

Le hago caso y los dos dirigimos nuestros pasos hacia el sofá. Esta vez y no solo para variar, yo me coloco en posición oblicua a su posición. Quiero verle la cara mientras le hablo.

—Tengo que contarte un secreto —le digo.

—Estás llena de ellos —me contesta—. Por eso sigues siendo una «Luna Negra». No le hago caso y continúo.

—Creo que ya he descubierto el porqué de todo lo sucedido. También creo que he llegado a identificar al artífice de todo ello.

—Soy todo oídos.

—Primero he de confesarte que efectivamente existen unos papeles manuscritos por mi madre que estaban intercalados entre las hojas del Diario.

—Era de suponer que así fuera.

—Sin entrar en detalles te contaré que mi madre descubrió que lo que había

contado mi abuelo era verdad. La cuenta numerada suiza era real y existía de verdad. Mi abuelo Josep, poco antes de morir, envió desde los Estados Unidos una carta al consulado americano de Barcelona. En ella explicaba toda su vida a partir del momento en que abandonó Francia.

—¿Descubrió tu madre, la clave?

—Sí, y también sé que llegó a sacar dinero.

—Entonces, no hay ninguna duda.

—No, no la hay. Todo era cierto.

—¿Se lo vas a contar a Carles?

—Creo que sí que lo haré. Aunque tengo que prevenirte de que él deberá hacer un ejercicio completo de confianza en mí, porque en ningún momento voy a mostrárselos. Hay cosas en esos papeles que solo me conciernen a mí.

—Lo comprendo, pero no sé si a él le gustará mucho tu decisión.

—Pues sintiéndolo también mucho, va a ser como yo digo. —¿Y cuál es la información que quieres contrastar con él?

Suena el timbre y la pregunta queda sin contestar. Nos levantamos los dos y vamos juntos hacia la puerta. Carles aparece sonriente con un paquete en cada mano. Los tamaños de ambos paquetes delatan su contenido. En su mano derecha está el Diario y en su mano izquierda el mejor sistema antiestrés que conozco, o sea, una caja de bombones.

—Aquí lo tienes sano y salvo. Está igual que cuando me lo entregaste. El análisis ha demostrado su autenticidad.

—Muchísimas gracias. La cena ya está lista. Podemos empezar en cuanto os plazca. La mesa está servida y la cena es un conjunto de lo que yo llamo «*exquisiteces de degustación*». Espero que os agraden.

—Seguro que sí —contesta Marc—. ¿Podremos hablar durante la cena, no?

—Por mí perfecto —corroborra Carles—. Tengo tiempo hasta las doce. A esa hora vendrá a buscarme un coche camuflado pero le he ordenado que lo haga con la luz giratoria encendida, para llamar la atención.

—¿A las doce? —pregunta Marc—. ¿No será esto una nueva versión policial de la *Cenicienta*, con su carroza de luces y sus pajes de uniforme azul? ¿Vas a perder también un zapato?

—Déjate de coñas —le dice Carles—. Por cierto Georgina, tengo que reconocer que estos «*creps*» de bacalao están deliciosos.

—Espero que las croquetas también sean de tu agrado.

—¿Sabías que son una de mis debilidades?

—Sí. Me lo había contado un pajarito.

—Querrás decir un pajarito muy parlanchín —me dice mirando de reojo a su hermano.

Marc no contesta. Hace caso omiso al comentario, se encoje de hombros y ataca con decisión al plato de los dátiles con «bacon» que yo he flameado con ron cubano.

—Me encanta el contraste de sabores.

Yo permanezco sonriente pero silenciosa. Estoy expectante. Espero que sea Carles quien se decida a empezar la conversación.

—No has hecho ningún comentario cuando te he certificado la autenticidad del Diario, Georgina —me dice Carles.

—Yo ya estaba completamente segura de que eso era así. Lo he notado en cada una de las ocasiones que lo he tenido en mis manos. He sentido como palpitaba. Me atrevería a decir que también he podido sentir su respiración. Una respiración que me ha transmitido ansiedad en alguna ocasión, mientras que en otras eran lamentos, desengaños, frustraciones, esperanzas o sencillamente ilusiones expectantes ante lo desconocido del futuro que se acercaba. Por cierto, ¿lo has leído?

—No. Y tampoco he permitido que lo hiciera nadie. Nuestra labor estaba centrada en determinar su posible autenticidad o negarla en caso de que no hubiera sido así. El resto o sea su contenido, no era en absoluto de nuestra incumbencia.

—Me complace mucho que me digas esto. De verdad que te lo agradezco muy sinceramente.

—Ah, una cosa más, Georgina. La excusa de las deformaciones que tú me vendiste, no puedo comprarla. No fuiste tú quien las produjo. Lo hemos comprobado y tu explicación no cuela. Esas deformaciones están producidas por algo que ha permanecido incrustado en el Diario durante años.

—Es cierto —admito yo—. Cuando encontré el Diario, éste venía con unas hojas dobladas y colocadas entre sus páginas. Todas estaban escritas por mi madre.

—Solo voy a hacerte una pregunta sobre ellas. ¿Consideras tú que esos papeles pueden tener algún valor policial del que se pueda deducir la conveniencia de alguna investigación?

—Esos papeles son solo un resumen de las emociones, los sentimientos y las sensaciones que sintió mi madre cuando leyó el Diario. Es algo que me atañe directamente a mí sola. Están dirigidos a mí. No sería ético dejártelos. Espero que lo comprendas, Carles.

—Como tú prefieras —me contesta un poco resignado por mi tan explícita y contundente negativa.

—Lo que si me gustaría —le digo—. Y de alguna manera es también una petición lo que te voy a hacer, es que investigues la figura de un tal Carlitos Mestre. Bueno, como ahora ya no es un niño, debería decir que su nombre correcto y completo es Carlos Mestre Fernández. Me explicaré mejor —añado—. Este hombre es al parecer, un familiar mío en segundo grado. Este Carlitos es el hijo de una tía carnal de mi padre.

No sé que he dicho pero veo como la cara de Carles cambia de color. Se pone blanco y la croqueta que estaba mordiendo casi se le cae de la boca.

—Repíte ese nombre que acabas de decirme.

—Carlos Mestre Fernández —repito yo muy obediente.

—Ése es el nombre que tenía tu amigo Méndez antes de cambiárselo en el año 1982, cuando salió de la cárcel tras cumplir seis años de reclusión por una estafa. Lo que hizo fue fusionar sus dos apellidos. Las dos letras del primero y las cuatro últimas del segundo. Incluso puedo hacer la broma de que conservó la tilde en el lugar correcto.

Ahora, la cara que no puedo ver es la mía. Pero sin embargo, me la imagino. La idea que no paraba de rondarme en la cabeza, se ha materializado de una forma brutal.

Carles interviene de nuevo.

—Recapitulemos. El historial de este tío es de todo menos ejemplar. Ayer mismo revisé su ficha. Por eso recuerdo su verdadero nombre.

—¿Puedo yo, ver ese historial?

—Sí. Pásate mañana por la comisaría. ¿Qué es lo que estás barruntando en tu cabeza?

—Os seré franca y por favor, no me tachéis de histérica. Desde hace algunos días y esto solo me sucede en momentos muy concretos, siento de una forma especial la presencia de mi hermano gemelo en mí.

—Eso no es para tomarlo a broma —me dice Marc—. Sigue por favor.

—Su imagen se me aparece en el pensamiento como si tuviera mi misma edad. Es una figura a la que no puedo ver su rostro pero que estoy totalmente segura de que es él. Ahora, al nombrar el nombre de Méndez, ha vuelto a suceder. Es como si intentara avisarme o prevenirme de algo. No sé lo que es a ciencia cierta pero ésta es la impresión que me transmite.

—Si prefieres, puedo hacer que nos traigan la ficha de Méndez aquí y ahora. Si crees que es importante, la pido ahora mismo —me dice Carles.

—Mi opinión es que cuanto antes se aclare todo, será mucho mejor para todos —interviene Marc—. ¿No querías que se notase tu presencia aquí esta noche, cuando vinieran a recogerte?

—Sí.

—Pues móntalo todo a lo grande. Da orden de que el expediente te lo traigan acompañado de dos coches con muchas luces giratorias. Eso le encanta a la gente.

Carles se levanta y habla por el móvil. Son apenas veinte segundos y lo hace en un tono conciso, justo y equilibrado. Después vuelve y se sienta de nuevo en la mesa.

—No hay como unas buenas croquetas para lograr que todo funcione y encaje —me dice Carles sonriente. Creo que estamos llegando al final.

—En cambio yo creo que tan solo acabamos de empezar —le contesto intentando marcar y acotar mi criterio—. Si todo lo que he imaginado es cierto, voy a necesitar más de una libreta entera para poder redactar todas las denuncias que pienso interponerle.

—¿Qué es exactamente lo que te imaginas?

—Prefiero esperar a leer el expediente. Mientras tanto quisiera hacerte otra petición.

—Tus croquetas han hecho méritos para que te escuche. Dime qué quieres.

—Quiero que hagamos venir aquí a Mercedes. Creo que puede estar en peligro. Inventemos cualquier excusa. Me da lo mismo si le mentimos o si le contamos una media verdad.

—No puedo hacerlo —contesta Carles de inmediato. Ella forma parte del equipo contrario. Eso sería dejar al descubierto nuestras bazas y si lo hacemos perderemos la partida. No quiero volver a empezar otra nueva ronda en este juego. Yo quiero ganar esta mano de forma definitiva y contundente. Tenemos que ganar por K.O.

—Pero es que yo creo que ella...

Carles no me deja terminar la frase. Mueve la cabeza de un lado al otro negándome la posibilidad que le solicito. No sé si para convencerse más a sí mismo, me dice.

—Ahora está todo muy maduro, Georgina. Si quieres, puedo aumentar su vigilancia y esto redundará de forma directa en su protección. Mi idea era esperar a comienzos de la semana próxima para que Graciela comenzase su actuación pero creo que lo voy a anticipar todo. Le voy a decir que lo haga mañana mismo.

—Después de lo que acabo de oír, todavía insisto más en que deberíamos hablar con Mercedes. Puede que ella decida ayudarnos. No creo que ella sea consciente de lo que está pasando.

—Es correr demasiado riesgo. No puedo, Georgina. Lo siento.

Marc ha estado callado durante todo el cruce de peticiones y negativas. Se ha comportado como el perfecto espectador de tenis porque no ha abierto su boca mientras duraba la disputa del punto. Ahora que el juego parece haber caído del lado de su hermano, toma la palabra y haciendo uso de su proverbial facilidad de palabra logra darle la vuelta al calcetín, con una sola frase.

—Mira, Carles —dice en tono pausado—. Aunque ahora dé la impresión de ser todo lo contrario, Mercedes en realidad es una buena amiga de Georgina. Estoy seguro de que si se enterase de que le ha sucedido algo, lo dejaría todo y vendría sin pensárselo ni un solo instante. Yo creo que en ese momento le pesaría mucho más su amistad que cualquier otro pacto que haya hecho o que le hayan obligado a hacer. Te sugiero que cuando lleguen los coches con las luces, los retengas aquí abajo sin moverse. Mientras tanto llamas a Mercedes y te identificas. Le dices que ha ocurrido

un accidente y que Georgina te ha dado su nombre para que la avisases. Le pides que venga sin más explicaciones. No le digas nada más. Déjala en ascuas para que su pensamiento trabaje por si solo y comience a crear el caldo del cultivo que necesitamos.

Me aprovecho de la nueva coyuntura que se ha creado y rápidamente me subo al carro de Marc, que me parece de manera irrefutable que es el carro que lleva el número del ganador.

—Si la llamas, verá las luces de los coches desde su casa y vendrá corriendo hacia aquí —apostillo.

Marc todavía le da un par de vueltas más al tornillo de su estrategia cuando sutilmente le dice.

—Mientras ella viene, su propia mente la irá inculcando internamente de lo que le haya sucedido a Georgina. Cuando llegue, la tendremos a punto de caramelo. Apuesto mil contra uno a que decidirá cambiar de bando y nos lo cantará todo. Todo lo que ella sepa, claro.

—¿Has pensado en dedicarte a escribir guiones para series televisivas? Con lo que acabas de sugerir se podía montar un buen capítulo —dice Carles.

—Mis guiones serían demasiado buenos. No tendrían ningún éxito. La gente quiere otra cosa —aclara Marc.

—Me parece una idea excelente —digo yo intentando centrar el tema en lo que realmente nos interesa—. ¿Crees que lo podemos hacer de esta forma?

—Solo podremos asumir este riesgo, si primero logramos identificar a la mosca —acepta Carles.

Marc y yo nos miramos. Carles se da cuenta de ello y añade.

—Son solo las nueve y cuarenta minutos de la noche. Estoy seguro de que todavía hay alguien que vigila la plaza. A mí, aunque me haya visto llegar no me habrán identificado ni tampoco relacionado con Georgina. En cambio a ella sí que la relacionará de inmediato y la mosca volará hasta un lugar que considere seguro para poder dar el soplo.

—Podremos identificar a esa mosca cuando vea los coches con las luces. Seguro que entonces intentará avisar de algo sucede y entonces delatará su posición —interviene Marc.

Habrá que estar muy atentos porque el vigilante intentará disimular. No avisará inmediatamente. Si es una buena mosca, esperará en la sombra para ver lo que sucede y luego informará desde un lugar que le cubra su acción.

—Quizás Georgina, nos pueda ayudar —dice Marc—. Ella podría indicarnos si reconoce a alguien de la plaza de tanto verlo.

—No es mala idea —asiente Carles—. Apaga la luz de la habitación y sube la persiana con un poco de sigilo. No hagas movimientos bruscos con ella. No

necesitamos mucho para poder ver y debemos evitar que se nos vea. No quiero que nos descubran.

Hago lo que me piden. La persiana ya está con los ojitos abiertos. No necesito subirla porque tal y como está podemos mirar con toda libertad. Identifico a un hombre que parece que siempre está esperando a otra persona. Ésa es al menos la sensación que a mí me da. El hombre está en la parte izquierda de la zona de las ruinas. Justo al otro lado, dos indigentes están sentados con una gran cantidad de bolsas a su lado. La mosca no puede ser ninguno de ellos. Tiene que ser el que espera.

Carles realiza otra llamada. Las órdenes vuelven a ser concisas. No puede haber el menor error en ellas. Esperamos unos cinco minutos en silencio. Nada ni nadie se mueve abajo. Todo sigue igual. De repente aparecen dos «*yonkies*». Se sientan en un banco que está a unos escasos veinte metros del hombre que espera y se ponen a liar y a compartir un porro sin ningún disimulo.

—Esos dos son míos —nos dice Carles—. Ya podemos empezar la fiesta de luces.

Ninguno de nosotros nos movemos de nuestra privilegiada posición de mirones. Seguimos observando todos los movimientos de nuestros actores en la plaza. Es una función privada que solo nos tiene a nosotros tres como espectadores. No existe ningún guión escrito. Lo bueno de esta obra es que toda ella va a ser pura improvisación.

Los actores principales de la obra no conocen a sus compañeros de reparto. Bueno, esto no es rigurosamente cierto ya que solo hay uno que lo ignora todo mientras que el resto conoce al menos el comienzo del primer acto.

Un espectacular movimiento de coches y luces invade y toma la plaza. El profesional de la espera se mueve e intenta colocarse en un lugar que le permita observar sin ser visto, pero ya es demasiado tarde. Uno de los «*yonkies*» se abalanza sobre él y le amenaza con un cuchillo. Le está obligando a entregar el dinero, la cartera y el móvil. Se lo roba todo y le deja completamente seco. Los dos «*yonkies*» desaparecen. Todo ha sucedido en un abrir y cerrar de ojos. Han actuado al amparo del desconcierto que han creado las luces y han limpiado a la mosca que intenta marcharse pero dos policías se acercan a él y le piden la documentación.

Él sabe que está perdido. Es consciente de que ha fallado e intenta huir de nuevo pero ya es demasiado tarde y es detenido. La mosca ya está neutralizada. La mosca ya está en el bote.

—Es hora de llamar a Mercedes —dice Marc—. Dale el número de teléfono a Carles.

Hago lo que me piden y Carles la llama. Su mensaje es corto y suficiente para lograr que ella se haya preocupado. Es eso precisamente lo que se pretendía. Las luces continúan girando e iluminándolo todo de forma caprichosa. La plaza se ha

convertido en un carrusel de colores. Ya se han llevado a la mosca. El camino para Mercedes está libre.

Llaman a la puerta. Al abrirla puedo ver el resultado de toda la expectación que se ha creado en la cara de mis vecinos. Carles sale a recoger el sobre que le entrega un agente.

Cuando lo hace, le ordena que los coches permanezcan quietos en la calle hasta que él mismo dé la orden de que la abandonen. Yo estoy detrás de él cuando para calmar y tranquilizar a mis desconcertados vecinos, se identifica y les dice.

—No pasa nada. No tienen porqué preocuparse. Esto solo es una reunión familiar. Georgina va a convertirse en mi cuñada en breve. En su casa solo estamos ella, mi hermano y yo. ¡Ah!, me olvidaba que también estamos esperando a una amiga. Todo está bien. Entren en sus casas. Les repito que no tienen nada porqué preocuparse.

Las caras de las que han sido mis vecinos durante años, cambian el gesto preocupado y compungido de sus caras por unos ojos abiertos como platos. No habrán entendido mucho de lo que les ha dicho Carles. Sin embargo, sí que estoy segura que se han quedado con la palabra «cuñada». Ya veo que mañana voy a ser la comidilla de todos y que además voy a tener que aguantar con paciencia muchas preguntas envenenadas que estarán enmascaradas en falsos halos de felicitaciones.

Entramos en el piso y cerramos la puerta sin esperar a que ellos se retiren a sus respectivos pisos. Parece mentira pero los tres nos sentamos de nuevo en la mesa y continuamos picoteando. Todo está ya frío pero ninguno de los tres le hacemos asco a nada. Comemos en silencio. Los tres estamos muy expectantes y esperamos a que suene el timbre que nos anuncie la llegada de Mercedes.

Cuando esto sucede nos cruzamos la mirada. Carles asiente con la cabeza y yo me levanto y voy a abrir la puerta. Lo hago y Mercedes se me abraza. Viene desencajada y sin aliento. Se nota que ha venido corriendo. Le pido que se quite el abrigo y le invito a pasar al comedor.

Se queda sorprendida cuando ve a Marc y a otro hombre que no conoce pero que se imagina quién es. Yo no le dejo reaccionar y le digo.

—Ya conoces a Marc, Mercedes, pero déjame que te presente a Carles. Es el hermano de Marc pero también es el inspector jefe de la brigada de Asuntos Especiales de Barcelona.

Mercedes permanece inmóvil. Se nota que le cuesta asimilar y procesar toda la información que acabo de darle. No le cuadra nada. No sabe el porqué de la situación en la que se encuentra. Ella se esperaba otra cosa. La llamada telefónica le había retratado algo muy distinto a encontrar tres amigos cenando con toda normalidad.

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué pinto yo aquí? —dice en voz muy alta como queriendo esconder en ese tono, lo asustada que está.

Estamos los cuatro de pie en mi salón comedor. Todas nuestras miradas se cruzan

varias veces pero no nos decimos nada. El ambiente que se respira es muy tenso. Nadie parece estar cómodo en esta situación. Carles retoma entonces la palabra.

—Voy a tutearte, Mercedes. Con ello solo pretendo que te encuentres más cómoda. Estás aquí porque Georgina cree que puedes estar en peligro y yo he querido evitar que esto suceda. Me gustaría que nos informaras de la clase de relación que te une con el Sr. Méndez que trabaja en la misma oficina donde, hasta la semana pasada, trabajaba también Georgina.

—No le conozco personalmente. Solo lo he visto de lejos. Nunca he hablado con él —afirma Mercedes.

—Mal empezamos —comenta Carles.

—No empezamos absolutamente nada —contesta ella chillando—. No teníais ningún derecho a hacerme lo que me habéis hecho. Me habéis engañado para que viniera aquí haciéndome creer que le había sucedido algo a Georgina. Esto no es justo —continúa diciendo. Sin embargo, su tono de voz es ahora mucho más bajo y entrecortado—. Os habéis aprovechado de mí. Os repito que no teníais ningún derecho —añade ya sollozando y tratando de esconder y tapar su cara detrás de sus manos.

Me doy cuenta de que Carles me está haciendo un disimulado pero a la vez enérgico gesto con una de sus manos, para que yo no diga nada. Me estoy sintiendo mal. Me estoy notando muy mal. Estoy deseosa de correr hacia ella para abrazarla. Quiero estar a su lado para acariciarla y consolarla. Tiene toda la razón. Nos hemos aprovechado de ella. Todo ha sido culpa mía pero ahora no puedo hacer nada para remediarlo. El gesto de Carles me ha colocado una tonelada de cemento en cada pie. Estoy anulada. Estoy prisionera de mi petición al hacer que ella viniera. Marc me mira y también me pide con la mirada que me mantenga firme. Me pide que aguante un poco más. Sé lo que ambos pretenden. Lo sé, y también sé que es lo mejor, pero me duele. Me siento mal. Me siento muy mal.

La habitación permanece en silencio. Tan solo se oyen los gemidos que se escapan por la boca de Mercedes y que también logran colarse entre los dedos de sus manos. La escena que representamos los cuatro es la de una obra de teatro de baja calidad. Nadie habla. Nadie se mueve. Como siempre es Carles quien interviene de nuevo. Por eso él es, el único Director y el Guionista principal de este panfleto teatral.

—¿Quién más se aprovecha de ti, Mercedes? Cuéntanos quien más se está aprovechando de ti —apostilla con la voz muy serena.

El ritmo de sus gemidos aumenta al escuchar la pregunta y rompe a llorar. Se está derrumbando. Mejor dicho, yo creo que ya se ha derrumbado porque ha caído de rodillas. Estoy esperando a que se produzca una señal de Carles para ir hacia ella. Si tarda mucho en llegar la señal, iré sin permiso. No me van a importar nada las dos

toneladas de cemento que hay en mis pies. Miro a Carles pidiendo clemencia. La imagen de *Mel Gibson* en «*Braveheart*», se instala de forma permanente en mi memoria.

Cuando Carles asiente, vuelo materialmente hacia ella. La abrazo y también me pongo a llorar. Me había propuesto no hacerlo pero estoy llorando como una Magdalena. Ella también se agarra a mí como si tuviera miedo a caerse. Pasamos algunos minutos abrazadas. Los dos hombres permanecen en un respetuoso silencio. Cuando todo parece calmarse, Carles vuelve a la carga y dispara al centro de la diana.

—Tan solo queremos saber cómo lo ha logrado. Ya sabemos a ciencia cierta que ese desgraciado se está aprovechando de ti. Pero tenemos que saber por qué puede hacerlo.

—Tiene unas fotos —balbucea ella entre sollozos y de una manera que resulta casi ininteligible.

—¿Unas qué? —pregunto yo.

—Unas malditas fotos —repite Mercedes.— ¿Qué clase de fotos son? —pregunta esta vez, Carles.

—Si no hago todo lo que él me ordena, se las enseñará a mi madre y yo no puedo permitir que esto suceda. Mi madre no lo entendería.

—¿Qué sucedió? —le pregunto yo mientras nos levantamos del suelo y nos sentamos las dos, en el sofá. Tanto Marc como Carles cogen una silla y se sientan frente a nosotras.

—Me tendió una trampa —empieza contando Mercedes—. Me salvó de una presunta agresión y yo le estuve muy agradecida. Sin embargo, cuando poco después me amenazó con las fotos, comprendí que todo había sido un montaje para atraparme en sus redes.

Mercedes está temblando mientras habla. Su voz acusa la alteración de su estado actual. Carles se da cuenta y le habla para infundirle seguridad.

—Tómate tu tiempo —le dice—. No tenemos prisa, pero necesitamos saber por qué estabas en el otro bando. Cuéntanoslo todo, Mercedes.

—Todo sucedió hace unos siete años. Un sábado por la noche salí con un grupo de amigos que no conocía. Lo hice porque ellos y yo teníamos un amigo en común. Sin embargo, este último no pudo venir y yo me encontré allí sola. No conocía a nadie. Todos le quitaron importancia a este hecho y me pidieron que me uniera a ellos y yo, lo hice. Bebí más de la cuenta. Poco a poco todos se fueron marchando y me quedé sola. Fue entonces cuando dos ligones sin escrúpulos comenzaron a molestarme. No se de dónde salió él, pero lo cierto es que allí apareció y me defendió. Logró espantar a los ligones y se ofreció para acompañarme a mi casa. Yo acepté y él me invitó primero a tomar otra copa. Yo no pude ni supe negarme. Ignoro si él puso algo más en mi copa o si ya no era necesario, pero yo apenas recuerdo nada

de lo que pasó después. Pasaron varias semanas y un día me llamó para tomar una copa juntos al salir del trabajo. Sabía donde yo trabajaba porque me había visto salir allí.

—¡Que cabrón! —digo yo, sin poder reprimir mi expresión.

—Tampoco pude negarme. No le concedí ninguna importancia y acepté. Me equivoqué porque ese fue el día en el que comenzaron las preguntas sobre ti. Las primeras fueron preguntas sin importancia pero poco a poco estas preguntas iban tomando cuerpo y se iban adentrando en temas que ya no me parecieron tan lógicos como él pretendía que fueran. Empecé a contestar con 351 —] reparos y también a negarme a contestar ciertas preguntas. Entonces fue cuando él saco dos fotos y las dejó caer sobre la mesa. Cuando las vi, me faltaron manos para recogerlas y apartarlas de la vista de todo el mundo. Me dijo que tenía muchas más como éstas y me amenazó con mandárselas a mi madre y a mi trabajo. Se me cayó el mundo encima y acepté. En estos siete años ha aparecido y desaparecido de mi vida a su completo antojo. Ha vuelto a abusar de mí cuando ha querido y también he tenido que informarle de todos tus pasos— vuelve a decir dirigiendo su mirada hacia mí. — Perdóname Georgina. No tenía ninguna escapatoria. Me tenía y me sigue teniendo en sus manos.

—Es muy propio de él —digo yo—. La historia que nos has contado coincide con su forma de actuar. En la oficina, hay varias personas que o bien le deben favores, o bien él se las ha ingeniado para cobrárselos, aunque no se los deban.

—Ahora él le enviará las fotos a mi madre —dice Mercedes—. Va a ser un golpe terrible para ella. Está muy mayor. No lo superará.

—No te confundas —le digo yo—. Te sorprenderías si pudieras conocer la gran cantidad de cosas que nuestras madres han soportado y que no nos han contado nunca.

Carles le pone la guinda al pastel. Con gran delicadeza se acerca a ella y le dice una frase que parece tranquilizarla.

—Tu madre nunca recibirá estas fotos. Voy a pedir una orden judicial para frenar y revisar el correo de tu domicilio antes de que éste se entregue. Todo tiene siempre una solución.

—¿Y si emplea una de esas empresas de entrega de paquetes? —No le vamos a dejar tiempo. Mañana mismo actuaremos y le detendremos.

—Estoy muy nerviosa —dice ella.

—Mañana no deberías ir a trabajar. No te muevas de casa hasta que Georgina te llame —le dice Carles—. ¿Tienes identificador de llamada en tu teléfono?

—Sí.

—Pues no contestes a nadie que no sea el número de Georgina. Ahora vamos a acompañarte a casa en uno de los coches que están abajo. Sé que tenéis muchas cosas

que contaros y que aclarar entre vosotras, pero lo primero es lo primero. Después de mañana tendréis mucho tiempo para hacerlo. ¿De acuerdo?

Las dos estamos sentadas y cogidas de las manos. Las dos asentimos con la cabeza. Nos queda mucho por sincerar pero también tenemos mucho que nos ha unido y que todavía nos une. Nos levantamos y nos volvemos a abrazar. Ella se marcha acompañada de Carles. Marc y yo nos quedamos solos.

—Empiezas a brillar —me dice mientras se coloca a mi espalda y me rodea con sus brazos—. Esta noche acaba de desaparecer una de las neblinas que te amortiguaba el resplandor.

—Eres muy amable. Lo he pasado muy mal.

—Lo he visto. Sin embargo, no te conformes. Aún te quedan algunas espesuras más de las que también tienes que deshacerte.

Carles aparece de nuevo.

—Vamos a repasar el historial de Méndez, Georgina. Voy a tomar notas de tus impresiones. ¿Te importa?

—En absoluto —le contesto yo.

—Vamos a por ello, pues. Nombre completo, Carlos Mestre Fernández. Su primera detención está fechada en 1963, cuando se le relacionó con la muerte de un matrimonio extremeño que se había afincado en Barcelona después de la guerra civil. El muchacho acababa de cumplir los trece años. Los hechos reflejan una relación de ese matrimonio con su madre. Al parecer ella había sido empleada suya durante su juventud. El matrimonio murió al despeñarse su coche por un precipicio del *Montseny*. El estado de embriaguez de ambos conyugues, hizo pensar que esta fue la causa del accidente. Sin embargo, está reflejado un hecho que puso la investigación patas arriba. Algunos testigos testificaron que el muchacho había salido de excursión con ellos en ese viaje. Él lo negó y nunca llegó a poder demostrarse nada aunque se barajó seriamente la hipótesis de la venganza por el trato que había recibido su madre de ese matrimonio.

—¡Menuda pieza! —exclama Marc—. Si con trece años fue capaz de cargarse a dos adultos, no quiero ni imaginarme lo que ha podido hacer después.

Yo permanezco callada. Las fechas que quiero constatar son otras. Continúo expectante hasta que lleguen. Carles sigue leyendo.

—Su primera reclusión fue en 1966, cuando aún no había cumplido los dieciséis años. Estuvo doce meses recluido. Se le acusó de chantaje y extorsión a un industrial de Manresa. Como era menor de edad no pudo ser juzgado. Sin embargo, las influencias de la víctima, logró que le recluyeran un año en un centro de menores.

—¿Cómo pudo con menos de dieciséis años, hacer chantaje a un industrial? —pregunta Marc.

—Al cumplir los catorce años y como complemento a su controlada formación,

empezó a dedicar algunas horas de su tiempo en una Notaría. Él rápidamente se dio cuenta de que allí había muchos documentos que entre sus palabras, escondían pasiones y secretos inconfesables. Eso le convirtió en una rata de los archivos. Empezó a buscar entre esos papeles y descubrió una nueva forma de aprovecharse de ellos. Actuó a cara descubierta y le pillaron.

—¿Pone el historial hasta que día estuvo recluido en el centro de menores? —pregunto yo.

—Sí. Salió el 15 de Febrero de 1967.

—Mi hermano murió dos días después. Mi madre siempre tuvo la sensación de que cuando ese día volvió a casa, había algo que había cambiado o que no estaba como ella lo dejó. Este pensamiento le persiguió durante el resto de su vida. Ahora acabo de constatar que Méndez estaba libre. Puede que mi hermano no muriera de accidente.

—La sugerencia que queda implícita es muy grave —dice Carles.

—Lo sé —confirmo yo—. Lo malo es que nunca podré probar si mis sospechas son o no son ciertas.

—Continuemos. Desde esta fecha se le perdió la pista durante casi cinco años. Parece ser que durante ese tiempo se marchó fuera de nuestras fronteras. En 1973, se le volvió a relacionar con un grupo que se dedicaba a desvalijar segundas residencias. El grupo actuaba durante los días laborables de la semana en los que las casas estaban abandonadas. Las casas eran saqueadas de cosas materiales para que parecieran robos vulgares, pero en realidad el verdadero objetivo eran documentos sobre los que luego se pudiera chantajear a sus dueños. En 1976, fue pillado con las manos en la masa y le cayeron quince años. Su buen comportamiento y los beneficios de los trabajos realizados en la cárcel le permitieron salir teóricamente rehabilitado en 1982. Se cambió el apellido en un acto que pretendía romper con su pasado y se casó. Su carácter pendenciero y sus continuas aventuras de mujeriego hicieron que su esposa le abandonase en 1989. Su mujer murió a finales de 1991, víctima de un atraco en plena calle. Le quitaron el bolso y la acuchillaron para robarle algo menos de dos mil pesetas. Lo cierto es que él no la dejó en paz desde que ella le abandonó. Ella había presentado un montón de denuncias por ello, pero no se pudo probar su relación en el desgraciado incidente.

—Desconocía que su esposa hubiera muerto —digo yo—. Él nunca lo menciona. Siempre explica que fue él quien rompió la relación.

—En cierta manera puede que sea cierto. Sobre todo si la relación a la que se refiere es la de la propia vida de su esposa —me dice Marc.

—Me estoy asustando solo de pensar que he estado cerca de ese monstruo durante más de once años.

—¿Trabajabas tú en la Empresa, cuando él entró a trabajar?

—Sí. Él entró a mediados de 1993 cuando ya hacía tres años que yo trabajaba allí.

Mi propia contestación hace que caiga en la cuenta de otro hecho importante. Mi madre reavivó la historia y consiguientemente el Diario, cuando visitó a tía Clara a finales de 1992. Todo cuadra a la perfección. Nada es demostrable pero tampoco nada se puede desdeñar, ni despreciar de antemano ninguna posibilidad.

El historial termina aquí. A partir de este punto solo se reflejan algunas reyertas en algún local de alterne, siempre con prostitutas de por medio. Nada importante si se puede decir que pelearse no es importante. En fin, a los ojos de la sociedad, el cerdo de Méndez, es un reinsertado ejemplar. Es el triunfo de los que defienden que la principal misión de las cárceles no es el castigo sino que son la rehabilitación y la reinsertión.

Más de la mitad de la cena está todavía sobre la mesa. No tengo hambre. Miro a Marc y me encojo de hombros. Sé que nunca podré probar nada pero mis sentimientos siguen estando del lado de mis más oscuros y fatalistas presentimientos.

No hay nada nuevo bajo el sol, aunque a estas horas sería mejor decir, bajo la luna. Carles se despide. Me llamará mañana sobre las nueve y media para darme instrucciones de cómo proceder. Parafraseando al gran *Joan Manuel Serrat*, puede que mañana sea un gran día. Será mejor que yo también empiece a planteármelo así.

Capítulo 28

JUEVES, 3 de marzo de 2005. 11 horas 43 minutos.

Estoy en una cafetería a unos escasos ciento cincuenta metros de mi antigua oficina. Frente a mí, reposa humeante el segundo de los cortados. Esta vez sin embargo, he pedido dos sobres de azúcar de verdad. Necesito fuerzas. No hago más que intentar imaginar todo lo que estará sucediendo arriba. Graciela habrá cumplido con su parte y habrá destapado la caja de los truenos. Garavaia estará siguiendo las órdenes de Carles al pie de la letra y habrá solicitado la intervención de la controller para magnificarlo todo. La inesperada presencia de un interventor judicial habrá puesto la guinda al pastel de los despropósitos de la inexperta Graciela.

La única condición que se requería como indispensable era la presencia de Méndez en la oficina. Un inesperado cólico nefrítico o cualquier otra causa o contingencia hubieran retrasado el plan. Pero todo ha resultado como estaba planeado y a estas horas, Garavaia y Méndez, deben estar discutiendo y acusándose mutuamente de todas las irregularidades imaginables.

Estaba previsto que Garavaia iba a pedir la intervención policial, más o menos a las once y media. De esta forma, Carles ya habrá hecho acto de presencia en la representación. Solo faltó yo. A última hora se ha decidido descartar la presencia de Mercedes. Bastante difícil lo tendrá cuando tenga que testificar contra él y explicar con detalle los motivos de su colaboración al estar chantajeada por unas fotos que tarde o temprano van a tener que salir a la luz con el correspondiente mal trago para ella.

Remuevo el azúcar con la cucharilla. Lo hago con esmero para no derramar el contenido del vaso. No quiero que al beber una gota se escurra y manche mi blusa de color azul claro. Es mi blusa preferida.

He decidido vestirme para la ocasión. Mi regreso tiene que ser triunfal. Hace tan solo una semana que yo todavía trabajaba allí. Quiero impactar a mis antiguos compañeros pero sobre todo quiero ser esa presencia que acabe por joder a Méndez de una forma definitiva.

Suena el móvil cuando solo faltan cuatro minutos para mediodía. Me levanto y dejo dos monedas de dos euros sobre la mesa. Junto a ellas queda medio cortado todavía por beber.

Encamino mis pasos hacia la oficina. Sé de memoria cuál va a ser mi papel y estoy decidida a representarlo de principio a fin. Estoy ya a solo veinte pasos de la puerta cuando Marcelo me reconoce y me saluda. Le hago una señal para que guarde silencio. Entro en el edificio y voy directa al ascensor. Subo. Me siento como si la semana que llevo fuera no hubiera existido jamás. Noto que todas mis coordenadas vitales se resetean de forma automática. Sobre todo las coordenadas encargadas de

controlar el hábito y la costumbre. Llamo a la puerta. La cara de sorpresa de la chica de recepción es enorme. Le hago otra señal para que se calle. Paso por delante del improvisado despacho de la controller. Está vacío y la puerta está deliberadamente entreabierta. Mis órdenes son esperar allí hasta que suene el teléfono de la controller. La señal convenida son cuatro timbrazos.

El tiempo se me hace eterno. Por fin suena el teléfono. Uno, dos, tres, cuatro y se para. Es la señal. Respiro hondo y salgo a la sala principal. Nadie me había visto hasta ahora. Nadie, excepto la recepcionista, conocía mi presencia y por extraño que esto pueda parecer, la chica ha sabido respetar el secreto. Avanzo por el pasillo hasta el despacho de Garavaia. Veo que Carmen ya me ha visto. Nuria y el resto de compañeros también lo han hecho. Es como si mi presencia corriera como la pólvora. Carmen se muerde las uñas de nervios. Otros se tapan la boca con las manos y la mayoría mira de un lado para otro buscando, que alguien les dé una explicación a lo que ven.

Soy consciente del golpe de efecto que represento. Sin embargo, sé que lo mejor está por llegar.

Golpeo tres veces el cristal de la puerta y entro sin esperar el permiso. Cuando Méndez me ve, suelta uno de sus acostumbrados exabruptos y grita.

—¿Qué hace aquí este fante? ¿Qué pinta ella en todo esto?

No le contesto. Sigo a rajatabla las instrucciones de Carles. Le veo en un rincón pero de inmediato se abre paso hasta tomar una posición de privilegio en la sala. Es entonces cuando Garavaia contesta a Méndez.

—Escúcheme bien, Méndez. La señorita Pineda fue quien descubrió la estafa. Sin embargo, no tiene nada que ver en todo esto. La responsabilidad en la denuncia presentada contra usted es únicamente de la Empresa. Ella es la persona que va a sustituirle y queríamos que lo supiera.

La estrategia diseñada por Carles, lleva el sello inequívoco de la provocación por estandarte. Sabe que Méndez es un chulo y también sabe que lo único que no permite un chulo, es que le chuleen a él en público.

La reacción no se hace esperar. Se levanta como un poseso y se abalanza sobre mí. El movimiento es tan rápido que nadie logra reaccionar e interponerse a tiempo, entre él y yo.

Yo pierdo el equilibrio en el envite y los dos rodamos juntos por el suelo. Mientras tanto, en plena algarabía, oigo que me dice.

—Eres la viva imagen de tu padre. Eres igual de patética que él. Me gustaría que hubieras podido ver cómo lloraba cuando le hice tragar los polvos para las ratas. Murió temblando y agitando los brazos de la misma forma que seis años antes lo había hecho tu hermano. Fue una lástima que ese día, tu madre abriera la puerta cuando iba a apretar tu pequeña cabecita contra la almohada. En aquel momento debí

acabar con las dos. Tenía que haber terminado con toda la familia. No sois más que ratas. Mi madre siempre me reprochó que no lo hubiera hecho y mi madre siempre tenía razón.

Mientras pronuncia la última frase yo ya estoy rodeada de gente. Me han sentado en una silla. Méndez está de pie e inmovilizado por los cuatro hombres que había en la sala. Él continúa dedicando lindezas e improperios a mi familia. Todo son atenciones hacia mi persona. Me veo rodeada de gente pero yo estoy bien. Me siento como si me hubieran quitado treinta y ocho años de encima. Me siento como si acabara de nacer. Continúo rodeada de gente pero mi sensación es que estoy con la sola compañía de mi padre, de mi madre y de mi hermano. Los cuatro estamos por fin juntos. Estamos flotando por encima de un puente. El sol luce en un cielo muy azul. Mi hermano me sonrío y me coge de la mano. La brisa me mece y me acaricia el pelo. Cierro los ojos y me dejo llevar por todos ellos. Me siento feliz. Reconozco a mi tatarabuelo Jacinto por sus bigotes. Se cruza junto a mí con Carlota a su lado. Mi padre le lanza un balón de colores a mi abuelo Josep, pero mi hermano lo intercepta con agilidad. Luego se pone a correr y se lo entrega a mi bisabuelo Joaquín. Genoveva y Beatriz están riéndose sentadas a la sombra de un enorme árbol que tiene flores amarillas y blancas. A ellas las reconozco por sus cabellos, Veo también como mi abuelo Josep monta a caballo. No me puedo llegar a explicar cómo me ha sucedido, pero de pronto me veo cabalgando con él, en las grupas de su caballo. A su lado galopa una bella amazona que exhibe unos marcados rasgos cobrizos y unas trenzas que desafían constantemente la ley de la gravedad.

La brisa aumenta su fuerza y me obliga a cerrar los ojos. La brisa es muy fuerte. Todos desaparecen y yo me duermo. La brisa ha vuelto a calmarse y yo me he abandonado a ella.

Capítulo 29

MARTES, 8 de marzo de 2005. 05 horas 40 minutos.

La pared que veo es totalmente blanca. Acabo de abrir los ojos y no sé dónde me encuentro. Trato de incorporarme pero no puedo. Siento un fuerte dolor en mi costado izquierdo cuando vuelvo a intentarlo. Quiero mover mi mano pero tampoco puedo porque noto que está dentro de otra mano más grande que me la retiene. Miro hacia ese lado y veo a Marc. Está durmiendo. Está recostado en una extraña postura que intenta adaptarse con cierta dificultad a un incomodo sillón con orejeras.

Aprieto levemente mi mano y él se pone en pie como impelido por un resorte. Abre la luz indirecta que tengo sobre el cabezal de la cama y puedo ver su cara. Me mira y me sonrío. Veo el arco iris en el resplandor de sus lágrimas. Está llorando. No le había visto llorar. Me encanta comprobar que soy yo quien le produce esta emoción.

Quiero hablar con él pero me pone un dedo encima de mis labios. Segundos después, sustituye el dedo por sus labios. Es un contacto corto pero es un beso que emana esa dulzura a la que ya me siento ligada.

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy? —logro decir cuando él se separa diez centímetros de mí.

Marc no aparta su mirada. Se sienta en el borde de mi cama y me explica.

—Creí que te iba a perder. El pasado jueves pasaste dos momentos muy críticos. Tuvieron que intervenir de urgencia. Perdiste mucha sangre y llegamos a temer lo peor. Aquel desgraciado te clavó tres veces el abrecartas de Garavaia. Nadie pudo evitarlo. Carles está desolado. Se culpa de lo sucedido. Durante todos estos días te han tenido que administrar sedantes porque estabas muy nerviosa. Anteayer por la mañana cuando todo parecía estar controlado, se manifestó una nueva complicación con el riñón de tu lado izquierdo. Por fortuna todo volvió a la normalidad ayer por la tarde. Dos semanas más aquí y estarás como nueva. Me lo han asegurado los médicos y aunque yo no acostumbro a creérmelos demasiado, en esta ocasión estoy convencido que han dado con el diagnóstico correcto.

—Eres un chaquetero interesado —le digo mientras giro la cabeza hacia el otro lado. Busco un vaso con agua pero encuentro una imagen de la «Moreneta».

—¿La has puesto tú? —pregunto señalando al icono.

—No, no he sido yo. Ha sido mi madre.

—¿Tu madre?

—Sí. Ella ha venido cada día a las ocho de la mañana. Se ha quedado contigo hasta las cuatro de la tarde. A esa hora llegaba Mercedes y yo la relevaba a las diez de la noche. Entre los tres, no te hemos dejado sola ni un solo minuto.

—¿Y el descerebrado de Méndez, dónde está?

—Está entre rejas. Está allí donde no debía de haber salido nunca. Carles está instruyendo personalmente el caso. Creo que no ha dormido en estos últimos cinco días. Ha desempolvado todos sus libros en busca de todas las acusaciones que pueda interponerle. Creo que ya va por la número veintisiete.

—¿Intento matarme, verdad?

—Casi lo logra. Estuvo muy a punto de conseguirlo.

—¿Tanto me odiaba?

—Yo no emplearía el verbo en tiempo pasado. Lo que hizo demuestra que todavía te odia. Te odia casi tanto como yo te amo.

—Me gusta que seas exagerado cuando me hablas de amor. Lo adoro. ¿Puedo pedirte que me prometas una cosa?

—Sí. Siempre y cuando esté en mi mano poder cumplirla.

—¿Qué día es hoy?

—Hoy es martes, es el día 8 de Marzo de 2005.

—Quiero que me prometas que el día 8 del próximo mes, me llevarás a *Delaware*.

—¿Y nuestros trabajos?

—No te preocupes de eso ahora. ¿Me llevarás sí o no? —insisto yo con decisión.

—Pero ¿llevarte a *Delaware*? ¿Qué se te ha perdido allí? —me pregunta al mismo tiempo que me coloca el dorso de su mano derecha sobre mi frente.

—Estoy hablando en serio. No tengo fiebre —protesto yo.

—De acuerdo. Si estás en condiciones, iremos a Delaware —acepta él claramente para no llevarme la contraria en este momento.

—Lo estaré —aseguro yo, mientras le hago un guiño con mi ojo izquierdo—. ¡Ah!, otra cosa —le digo a continuación.

—¿Qué más quieres ahora? ¿Sabes que te has despertado muy exigente?

—¿Qué hora es?

—Las siete y cinco.

—Ayúdame. Tengo que arreglarme un poco. Falta menos de una hora para que llegue tu madre.

Capítulo 30

LUNES, 18 de abril de 2005. 21 horas 12 minutos.

Las azafatas acaban de mandar que bajemos las cubiertas de las ventanillas. Estamos volando de regreso a Barcelona. El destino y sobre todo mi madre, han logrado que este viaje de regreso tenga connotaciones muy distintas al viaje de ida. Ahora ya conozco *Delaware*. También he podido conocer el pequeño rancho de mi abuelo Josep. Un rancho que ahora también me pertenece. Los empleados que trabajan en él, lo han conservado como si nos hubieran estado esperando durante todos estos años. He conocido a «*Perthy*», el caballo de mi abuelo. Es de color negro azabache. Es una preciosidad. Tanto Marc como yo, hemos aprendido a montar. Es una verdadera pasada. Vamos a volver en cuanto nos sea posible.

Pienso en el momento en que tomé posesión de la herencia. ¡Qué sorpresa! Aparte del rancho y una vez descontados los impuestos, las transmisiones y el resto de retenciones, los cálculos aproximados indicaron que me quedaban algo más de siete millones de dólares netos. Casi me desmayo. Hice el viaje de ida en plan pobre y regreso muy rica. Pienso que todo se lo debo a mi madre.

Abro los ojos, giro la cabeza y miro a Marc. Ha encendido la luz cenital de su asiento y está leyendo. Se ha puesto las gafas para poder ver de cerca. Está interesantísimo. La cercana luz que le cae casi en cascada vertical le acentúa las incipientes canas que ha ido cosechando en estos dos últimos meses. Me doy cuenta que le quiero con locura.

El ronroneo del avión me suena a música celestial. Debe ser porque estoy a más de diez mil metros de altitud y eso debe quedar muy cerca del cielo.

Tengo un deseo que, poco a poco, se va convirtiendo en una idea que me absorbe la voluntad de manera casi total. ¿Qué voy a hacer con el Diario, ahora que ya no tiene ningún valor que pueda incitar a la codicia? No quiero destruirlo, pero tampoco puedo colocarlo en una estantería, compartiendo espacio con los otros libros. El Diario no es un libro normal. El Diario es vida y tiene su espacio definido. Creo que lo mejor es que vuelva a su escondite. No lo hará como castigo sino como todo lo contrario. Lo hará con total reconocimiento a su valor íntimo y a su carácter estrictamente familiar. Lo que sí que destruiré serán las hojas sueltas de mi madre. La única que salvaré será la que mi abuelo dirigió al Consulado antes de morir. Las demás ya no responden estrictamente a la verdad. En cambio el Diario, el Diario es un código privado de incalculable valor si se analiza su sentido de carácter público.

—¡Ya lo tengo! —me digo de repente a mí misma.

Marc sigue leyendo. Está completamente enfrascado en la lectura. Con mucha suavidad le coloco mi mano sobre las páginas que está leyendo y le interrumpo la lectura. Le rescato del pequeño éxtasis literario en el que se encuentra, para

transportarlo al mío propio.

—¿Sabes una cosa? —le digo sin darle más pistas.

—¿Qué es lo que intentas decirme?

—He tomado una decisión. Lo he meditado mucho pero al final he decidido hacerlo ahora que voy a disponer del tiempo necesario para llevarlo a cabo.

—¡Cuánto misterio!

—Solo el suficiente —contesto alargando un poco más el momento de incertidumbre.

—¿Vas a decirme de qué se trata, o no?

—Voy a escribir un libro —le suelto de sopetón.

—¡Ah, sí! ¿Y de qué va tratar ese libro?

—Eso lo tendrás que averiguar tú mismo cuando lo leas.

—¿Has pensado ya en el título?

—Sí. Esto ya está completamente decidido.

—¿Y voy a ser yo el primer afortunado mortal que lo conozca? ¿Me vas a conceder ese honor?

—Por descontado que sí —acepto yo de forma gustosa.

—Soy todo oídos —me dice mirándome a los ojos.

—Mira Marc, después de todo lo que me ha sucedido en estos últimos meses, creo que tengo motivos más que suficientes para haber decidido que el título de mi obra sea, «*REENCUENTRO*».

————— F I N —————

Nota Anexa (edición digital)

Por si algún lector siente la curiosidad de conocer la composición de la clave de la cuenta numerada en Suiza que descubre la madre de Georgina, aquí os dejo la explicación.

Año de nacimiento de Joaquín Pineda (bisabuelo)... 1870
Año de nacimiento de Josep Pineda (abuelo)..... 1899
Año de nacimiento de Jaime Pineda (padre)..... 1935

Episodios escritos por Jacinto Pineda (tatarabuelo)... 24
Episodios escritos por Joaquín Pineda (bisabuelo)..... 06
Episodios escritos por Josep Pineda (abuelo)..... 12

Clave de la cuenta numerada en Suiza: «702499063512»

La suma de todos los dígitos de la clave es: «48»
Si sumamos $4+8$ el resultado que obtenemos es: «12»
Y finalmente, si sumamos $1+2$ el resultado obtenido es: «3»

El autor.

Epílogo

Este libro es una historia de ficción y está dedicado a todas las «Georginas» de este mundo. En esta historia de ficción, tan solo un pequeño pasaje sin importancia corresponde a un hecho real. Estoy seguro de que cuando leáis las próximas líneas lo recordaréis.

Fue en una fría tarde de Febrero de 2005. Yo estaba paseando por mi Barcelona natal y caminaba como acostumbro a hacerlo siempre, o sea, con las manos en los bolsillos. Me adentré por la calle de la Canuda y un hecho aparentemente normal me llamó la atención. Observé que una apuesta mujer salía de uno de los portales que dan a la plaza de la Villa de Madrid. Iba ataviada con un abrigo tres cuartos de color oscuro y con unos pantalones del mismo color. Su paso era rápido y caminaba con las manos cerrándose la prenda de abrigo a la altura del cuello.

Sentí una inexplicable curiosidad para interponerme en su camino y busqué una sutil excusa para hacerlo.

—*Perdone señorita, ¿es usted de este barrio?*

Ella tardó en contestarme pero al cabo de unos segundos asintió con la cabeza sin pronunciar palabra. Yo volví a preguntarle.

—*¿Sabría indicarme dónde está el edificio de la Asociación de Escritores?*

Aquella enigmática mujer respondió rápidamente a mi segunda pregunta.

—*Es el edificio de la derecha que hace esquina con la plaza. Pregunte usted allí. Hay conserje.*

Y fue en esos momentos cuando sucedió. Mientras por su boca salían aquellas diecisiete amables palabras que me indicaban la dirección que yo acababa de solicitarle, sus ojos me transmitieron, o quizás solo me inspiraron, toda esta historia.

Tengo la certeza de que las historias no empiezan ni terminan cuando lo hace un libro. Normalmente, la mayoría de nuestras historias, las reales, siguen su propio camino cuando terminamos de leerlas.

Está claro que las musas existen y que nosotros tan solo precisamos de aquella pequeña dosis de fortuna para que nos permita ser capaces de reconocerlas, cuando alguna de ellas se cruza en nuestro camino.

Francisco Zaragoza Esbrí.